

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Últimas actividades del Club, desde Internet
- 1.02. Las reseñas del Comité de Montañismo
- 1.03. Concurso de Fotografía del club *Montañeros de Aragón Foto-Día*
- 1.04. Productos con el emblema de *Montañeros*
- 1.05. Oferta a nuestros socios

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Entrevista a Luis Granell
- 2.02. Presentación de *Regreso al Sáhara*
- 2.03. Llega el libro solidario de *Ediciones Desnivel*
- 2.04. Un film sobre el pionero de la fotografía en color
- 2.05. Anexo del BD76 sobre el pirineísmo en Andorra

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. Slow mountain
- 3.02. Nuestros autores y sus libros: *Por qué preservar la montaña*
- 3.03. Un texto para el cierre: *La vía Montañeros de Aragón*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Últimas actividades del Club, desde Internet

APERTURA DEL CLUB EN JULIO

Durante el mes de julio, *Montañeros de Aragón* (secretaría y boulder) abrirá los martes y jueves de 18:00 a 21:00 h. La biblioteca abrirá los jueves.

Hemos adoptado las medidas de seguridad y protección recomendadas por el Gobierno.

Para agilizar y evitar esperas, recomendamos la tramitación de gestiones a través de nuestra página Web. Y las consultas en el correo: administracion@montanerosdearagon.org

MONTAÑISMO

Casa de Piedra-Ibones de Pecico.

Fecha: 12 de julio de 2020.

Hora de salida: 6:45 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel de subida: 1.180 m.

Distancia: 19 km.

Horas de duración: 8 horas aproximadamente.

Dificultad: moderada.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones-obligatorios, gafas de sol, gorra, agua y comida. Además, recuerda llevar mascarilla, ya que es de uso obligatorio en el autobús, gel hidroalcohólico y una bolsa desechable o bolsa de basura para meter tu mochila en el maletero del autobús. Recuerda llevar calzado apropiado de montaña; está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis.

Descripción: salimos del Balneario de Panticosa por la GR-11 en dirección a los ibones de Bachimaña, que rodearemos hasta llegar a la confluencia con el río que baja de los ibones Azules. A continuación, dejamos la GR hacia el puerto del Marcadau. Antes de llegar al puerto, nos desviaremos a la izquierda donde encontraremos el primer ibón e inmediatamente detrás el segundo, y de mayor dimensión, situado a los pies de la Gran Facha.

Plazas limitadas.

Precio socios y federados: 18 euros.

Precio socios y no federados: 19 euros.

Precio no socios y federados: 23'50 euros.

Precio no socios y no federados: 24'50 euros.

Promoción. El precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), y discapacitados, está bonificado al 50% (a los efectos de la aplicación del descuento dirigido a personas con discapacidad se considerarán que tienen tal condición las personas que, conforme al artículo 4.2. del texto refundido de la Ley general de derechos de las personas con discapacidad, aprobado por Real Decreto legislativo 1/2013, del 29 de noviembre, tengan reconocido un grado de discapacidad igual o superior al 33%.

Los participantes en la actividad podrán participar en el concurso de fotografía Foto-Día.

ALTA MONTAÑA

Pico Palas (2.974 m), por la chimenea Ledormeur.

Fecha: 11 de julio de 2020.

Hora de salida: 6:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Plazas limitadas.

Obligatorio estar federado en montaña en la modalidad correspondiente (B, C).

Reunión informativa, el jueves 9 de julio a las 19:00 h.

Desnivel acumulado de subida/bajada: 1.680 m.

Dificultad: alta.

Material: botas, ropa adecuada.

Precio socios y federados: 22 euros.

Precio no socios y federados: 29 euros (no está incluido el desplazamiento).

CIRCUITO ESTRELLA EN ANDORRA

Os presentamos el programa previsto para realizar, desde el día 14 al 20 de agosto de 2020 (la realización de dicha actividad estará condicionada a que las previsiones de libre circulación a Andorra se cumplan).

En caso de estar interesados en participar, podéis realizar la inscripción en:

administracion@montanerosdearagon.org

Precio socios y federados: 460 euros.

Es obligatorio estar federado en modalidad B o superior.

Los participantes en la actividad podrán participar en el concurso de fotografía Foto-Día. La finalidad de este concurso es promover la participación de los asistentes en nuestras excursiones del Club, a través de la fotografía, siendo el tema objeto una fotografía tomada durante el desarrollo de las mismas. El concurso comenzará en la actividad de montañismo Casa de Piedra-ibones de Pecico que se realizará el día 12 de julio de 2020.

SENDERISMO

Ibones de Anayet.

“Descubre la magia de nuestros ibones”.

Opcionalmente se podrá realizar la ascensión al vértice de Anayet.

Fecha: 6 de septiembre de 2020.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel de subida a los ibones de Anayet: 581 m.

Desnivel de subida al Vértice de Anayet: 813 m (232 m más desde los ibones).

Distancia: 10'30 km (ida y vuelta a los ibones de Anayet). Hasta el Vértice de Anayet, 2'50 km más.

Horas de duración: 7 horas y 30 min aproximadamente.

Dificultad: fácil hasta los ibones, y moderada con la extensión al Vértice de Anayet.

Material: botas de montaña, impermeable, bastones-obligatorios, gafas de sol, gorra, agua y comida. Además, recuerda llevar mascarilla, ya que es de uso obligatorio en el autobús, gel hidroalcohólico y una bolsa desechable o bolsa de basura para meter tu mochila en el maletero del autobús. Recuerda llevar calzado apropiado de montaña. Está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis.

Plazas limitadas.

Precio socios y federados: 18 euros.

Precio socios y no federados: 19 euros.

Precio no socios y federados: 23'50 euros.

Precio no socios y no federados: 24'50 euros.

Promoción: el precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), y discapacitados está bonificado al 50%.

A los efectos de la aplicación del descuento dirigido a personas con discapacidad se considerarán que tienen tal condición las personas que, conforme al Artículo 4.2 del texto refundido de la Ley general de derechos de las personas con discapacidad, aprobado por Real Decreto legislativo 1/2013, del 29 de noviembre, tengan reconocido un grado de discapacidad igual o superior al 33%.

MONTAÑEROS DE ARAGÓN PERMANECERÁ CERRADO EN AGOSTO POR VACACIONES

Si tienes que tramitar tu licencia federativa, recuerda hacerlo antes del cierre.

¡Feliz verano!

RECORDATORIO A FEDERADOS

Este verano vamos a disfrutar de nuestras montañas, con sensatez y responsabilidad, lo que nos caracteriza como colectivo.

En caso de accidente, os recordamos lo siguiente:

Es obligatorio llamar al teléfono de asistencia 24 horas de FIATC (no es necesario que se produzca un rescate para considerarlo un accidente), debes hacerlo lo antes posible, y siempre dentro de los 7 días siguientes.

Teléfonos de asistencia nacional: 902102264-911227625-932759056.

Teléfono de asistencia internacional: 34 902202031.

¡Feliz verano en la montaña!

APERTURA DEL CLUB EN SEPTIEMBRE

Se abrirá la sede social los martes y jueves (de 18:00 a 21:00 h), secretaría y boulder. La biblioteca abrirá los jueves.

Hemos adoptado las medidas de seguridad y protección recomendadas por el Gobierno.

Para agilizar y evitar esperas, recomendamos la tramitación de gestiones a través de nuestra página Web. Y las consultas en el correo:

administracion@montanerosdearagon.org

Nuria Moya

1.02. Las reseñas del Comité de Montañismo

Pico Palas

Fecha: 11 de julio de 2020.

Máximo 8 personas participantes.

Salida: 6:00 h. Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Punto de partida: embalse de la Sarra, Sallent de Gállego (Huesca).

Punto de recogida: embalse de la Sarra, Sallent de Gállego (Huesca).

Dificultad: difícil.

Material: botas, ropa adecuada a la estación y altura (gorra, crema, cortavientos, forro, guantes), crampones y piolet, casco, arnés, cordino, descensor, mosquetón seguridad.

Itinerario: embalse de la Sarra-llano de Tornalizas-paso del Onso-llano Cheto-desvío a los ibones de Arriel-ibones de Arriel-chimenea Ledormeur-cima del pico Palas-chimenea Ledormeur-ibones de Arriel-desvío ibones de Arriel-llano Cheto-paso del Onso-llano de Tornalizas-embalse de la Sarra.

Ascensión larga y con un considerable desnivel que discurre por terreno de alta montaña con pedreras y trepadas expuestas; ascendiendo por la chimenea Ledormeur, de unos 60 metros de desnivel, con pasos de escalada II-, se requiere manejarse bien en zonas expuestas. Descenso por el mismo itinerario.

Manuel Calvo del Arco

1.03. Concurso de Fotografía del club *Montañeros de Aragón Foto-Día*

La finalidad de este concurso es promover la participación de los asistentes en nuestras excursiones del Club a través de la fotografía, siendo el tema objeto del mismo una fotografía tomada en el desarrollo de las mismas.

El concurso comenzará en la actividad de montañismo Casa de Piedra-ibones de Pecico, que se realizará el día 12 de julio de 2020.

Normas del Concurso de Fotografía del Club *Montañeros de Aragón Foto-Día*:

Bases:

La finalidad de este concurso es promover la participación de los asistentes en nuestras excursiones del Club, a través de la fotografía, siendo el tema objeto del mismo una fotografía tomada en el desarrollo de las mismas.

Participación:

Podrá participar cualquier persona mayor de edad que presente una imagen fotográfica representativa de la excursión de la convocatoria. Dicha imagen no puede ser presentada en otro concurso, ni utilizarse con fines publicitarios. La participación supone la aceptación de las bases y la conformidad con la decisión del jurado y de la organización.

Tema:

Las imágenes deberán reflejar la actividad de la excursión objeto de la convocatoria del concurso, respetando el medio ambiente y espacios (flora del entorno, espacios urbanos u otros elementos a destacar) por donde transcurre la excursión.

La fotografía seleccionada será publicada en la página web del club, y redes sociales, así como será expuesta en la sede del Club, o en el local que el Club acuerde.

Presentación:

Las fotografías serán enviadas por correo electrónico a la cuenta de correo que el club designe a tal efecto. Las fotografías deberán tener un lema, indicando el nombre y apellidos del autor, y número de móvil y correo electrónico.

Cada participante presentará una fotografía.

Técnica:

La técnica será libre, ya sea en blanco y negro o a color. En caso de ser premiada la fotografía, el autor deberá facilitar al Club convocante el medio digital con una resolución de 300 ppp y formato JPG para su futura reproducción.

Plazos:

El plazo límite de entrega será la semana siguiente a la realización de la excursión, antes del viernes.

Jurado:

El jurado lo compondrá un socio del Club, aficionado a la fotografía.

Dicho jurado realizará una selección con aquellas fotografías presentadas que se ajusten a las bases y decidirá la fotografía premiada, que se hará públicas en la página web del club, y redes sociales.

Premios:

Se establecerán un premio único, una equipación de camiseta y complementos del Club.

Las fotos participantes no premiadas serán publicadas en la Galería de Fotografía del Club, y en redes sociales.

Isabel Ezquerro

1.04. Productos con el emblema de Montañeros

Se encuentra a disposición de todos, tanto socios como simpatizantes, una nueva serie de prendas con el logo de nuestro Club. En la Secretaría pueden adquirirse a unos precios de coste:

Camisetas (azul celeste): 5'50 euros.

Bolsa de nylon (azul eléctrico): 3 euros.

Buff de cuello (blanco): 2'50 euros.

El lote de tres productos completo: 10 euros.

Dichos productos no suelen estar disponibles de forma indefinida, pues su aceptación es muy buena y se agotan con frecuencia. ¡Que no se os escapen!

1.05. Oferta especial a nuestros socios

EIZASA Hoteles ofrece un descuento a socios de *Montañeros de Aragón*: el 15% en estancias cortas y para estancias de más de cuatro noches un 30% de descuento.

Más información: comercial@eizasahoteles.com

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Entrevista a Luis Granell

En estos meses que dejamos atrás uno de nuestros socios ha publicado un interesante libro. Se trata del *Regreso al Sáhara* de Luis Granell. Con el fin de conocer mejor esta obra, parece oportuno reproducir la entrevista que le realizara Ramón J. Campo para el *Heraldo de Aragón* del 7 de julio de 2020. Se encabezaba así: "Luis Granell: Tardé 40 años en volver al Sáhara, de hacer la *mili* a montar huertos. El periodista zaragozano, de 72 años, revisa en su libro *Regreso a Sáhara* la historia del lugar que conoció en 1972, cuando era parte de España". De este modo discurrió el interview a nuestro activo consocio:

Escribe *Regreso al Sáhara* en medio de la pandemia, pero su batalla aquí es el Canfranc.

Los ecologistas dicen: piensa en global y actúa en local. La descolonización del Sáhara no está resuelta y en Canfranc –hace 27 años creamos Crefco– es más fácil lograr la reapertura, que es lo local. La visita del ministro Ábalos ha sido muy válida.

¿Cuándo fue por primera vez al Sáhara y por qué volvió?

Tardé 40 años en volver al Sáhara. La primera vez fui a hacer el servicio militar en El Aaiún, en 1972, y no me apetecía nada porque había acabado los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, que estaba muy inquieta. Era delegado de curso y tuvimos una huelga muy larga, desde Navidad hasta junio. Entrabas en un Ejército diseñado por el franquismo después del 36 muy cerrado y con unos compañeros muy distintos a los de la Universidad. Una sociedad más inculta...

¿Qué hacía un aficionado a la montaña en la mili del desierto?

Las montañas son verticales, verdes y húmedas, pero el desierto es horizontal, amarillo y seco hasta el extremo. Todo el día estabas en el cuartel, yo era oficinista en el Estado Mayor, o salías a la calle de militar en El Aaiún, una ciudad de 30.000 habitantes, y un 10% éramos militares. Veíamos a 'hippies' franceses que atravesaban el desierto hacia Senegal.

¿Qué balance hizo de aquel primer Sáhara que era español?

Cuando acabé después de quince meses tengo una foto cuando me licencio en el aeropuerto de El Aaiún esperando el avión, con una sonrisa de oreja a oreja. Me dije que no iba a volver nunca. Pero dos años después llegaron los acuerdos de Madrid, el abandono del Sáhara y su ocupación por Marruecos y Mauritania, el estallido de la guerra... Me dije que no era justo haberlos dejado tirados a los saharahuis en contra de toda la legislación internacional.

Y se fue acercando al Sáhara...

Quedaba un rescoldo, me acerqué a Um Draiga, las concentraciones en la plaza de España y a varias manifestaciones en Madrid por la independencia del Sáhara, que son en noviembre. En una de ellas conocí a Vicente Ugalte, que es un agricultor mayor que yo de Villafeliche, que lleva quince años en un proyecto de cooperación de la UGT montando huertos para proveer alimentación fresca a la población saharahui. Y me fui con él en 2013, unos doce días. a través de un vuelo de Barcelona-Argel, a los campamentos de Tinduf y hasta el Sáhara occidental. La segunda parte del libro es una especie de diario de este viaje.

En Aragón queda una sensación solidaria los veranos cuando vienen los chavales saharahuis...

Este año, los chavales no pueden venir por la pandemia y es una faena porque en verano se superan los 50 grados en los campamentos de Tinduf. Cuando hablas con la gente mayor te enseñan su DNI español porque lo guardan y atesoran. Aunque un tribunal no les reconoce su derecho a la ciudadanía española. Todo quedó enquistado desde la entrada de Marruecos al Sáhara.

¿Marruecos ha sido apoyada en esta decisión unilateral?

Mauritania se retiró del Sáhara y Marruecos, asesorado por Estados Unidos e Israel, instalan aquel muro de tierra con campos de minas para asegurar el triángulo económico de las minas de Bucrá y las ciudades de Esmara y Aaiun. Extiende su muro hasta la situación actual tras firmar un alto el fuego en 1993. La mayoría de la población saharui se ha exiliado a Argelia donde viven.

¿Por qué España no ha sido condescendiente con Marruecos?

Primero es un motivo económico porque hay muchas empresas españolas invirtiendo en Marruecos e influyeron a firmar el acuerdo de 1975, y montaron la Marcha Verde hasta la frontera del Sáhara y se volvieron a casa. El motivo

estratégico por la Guerra Fría y EEUU se alió con Hassan II, como Francia. Los ministros españoles Antonio Carro Martínez, de Presidencia, José Solís Ruiz, secretario general del Movimiento, fueron los adalides del acuerdo con Marruecos y dejaron totalmente descolocado al de Asuntos Exteriores, Pedro Cortina (padre de los conocidos empresarios Alfonso y Alberto Cortina), y al embajador español en la ONU, el aragonés Vicente Piniés, por el papelón que le hicieron jugar.

¿Es decir, que había intereses económicos para abandonar el Sáhara?

Económico y estratégico, porque en esos momentos está en marcha la Guerra Fría y Estados Unidos concibe a Marruecos como un régimen tapón en el Magreb hacia el socialismo implantado en Argelia, el nacionalismo de Naser en Egipto y luego Libia. Quería pararlo y se alía con la monarquía marroquí, que es de lo más sibilino en política internacional. Marruecos utiliza la inmigración, la pesca y la droga, más que el terrorismo, para presionar a España. Si está más descontenta, llegan más pateras a las costas españolas, y produce el hachís que se consume en toda Europa. Provincias como Cádiz y Huelva parecen ahora la Galicia de hace veinte años.

¿Cómo ha afectado la pandemia al libro?

Íbamos a presentarlo en marzo y ahora la asociación Um Draiga (Amigos del Pueblo Saharahui en Aragón) a la que pertenezco me han propuesto hacerlo en septiembre. Ahora optamos por actos de 15 ó 20 personas interesadas directamente en el tema.

Aun así, España dejó de ser el administrados del Sáhara...

Hablé con un profesor de Derecho Internacional y me dijo que España sigue siendo la potencia administradora del Sáhara, encargada por la ONU, pero abandonó su papel en 1975 y nunca ha cuestionado lo que ha hecho Marruecos.

¿Aspirar a la independencia en el Sáhara es un sueño?

Sí, los saharauis lo desean, pero la mayor parte de su población está en los campamentos (en Argelia) no en el Sáhara ocupado por Marruecos porque los trabajos que salen no son para ellos, sino para los colonos marroquíes, como el control judicial. Dos abogados de Zaragoza van a los juicios y ni siquiera les dejan bajar de los aviones. Es una situación muy parecida a lo que pasa en Palestina. Cuando yo nací, empezó el estado israelí desplazando a los palestinos de su tierra a campos de refugiados, y 72 años después ese proceso tan erróneo los seguidores de aquellos palestinos viven en el mismo sitio.

¿España olvidó su pasado con el Sáhara?

En el Sáhara recuerdan a Felipe González en 1976 defendiendo la causa saharahui en los campamentos y se vistió con el traje de ellos, peor al llegar al Gobierno (1982) no hizo nada porque la real política se impuso de manera vergonzosa. Lo digo como español que conoció la colonia y eso me lleva a embarcarme de escribir el libro, porque les debemos una deuda con los saharauis.

¿Qué recuerda de aquel Ejército español?

Trato también los militares españoles que estuvieron en el Sáhara y los conocí porque estuve en el Estado Mayor, y pasaban por mismas manos

documentos de Información, que procedía de Marruecos. Nos correspondía el protocolo y la trayectoria de aquellos militares, salvo el gobernador militar que fue Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil, que estuvo con Arias Salgado, todos los demás jefes fueron hombres de confianza de Gutiérrez Mellado y jugaron un papel fundamental en la transformación del Ejército en un país democrático como José Borugón, que fue jefe de Ingenieros y el creador del Cesid. O Aramburu Topete, el del 23-F, Iñiguez del Moral, que fue capitán general, o Agustín Muñoz Grandes, hijo del general que mandó la División Azul y mandó allí una brigada de helicópteros, pero fue ayudante del Rey en el Golpe de Estado, de los que llamaron a las Capitanías para pararlo.

¿La experiencia del Sáhara sirvió para democratización en España?

Aquellos militares tenían una formación franquista, pero al ver como actuó con deshonor con el Sáhara y habían vigilado mucho a Marruecos, pero luego tienen que entregar cada puesto a los militares marroquíes y fue un trago muy malo. Eso les hizo meditar.

Sus obsesiones son el Sáhara y el Canfranc...

No sé si el ministro viene a darme un anuncio o se puede hablar sobre los estudios de la línea que están en la Unión Europea o los proyectos de modernización que han quedado paralizados en la parte española, a pesar de que queda material en Plasencia del Monte y Ayerbe. No se ha licitado esa obra y aquellos 70 millones del Gobierno del PP se reabsorbe por la caja común. Pero hay otros proyectos de renovación de vía de Plasencia-Ayerbe, Ayerbe-Caldearenas y Jaca-Canfranc están validados por el Adif, podrían licitarlos pronto y que empiecen las obras. Parecía que iba a licitarse a final del 2019 y deberían estar en obras ahora, peor todavía no.

El ministro Ábalos expresa su "voluntad" para conseguir la reapertura del Canfranc

El ministro Ábalos quiso ver Canfranc meses antes de su visita del sábado... Desde la pandemia no se ha hablado de la reunión del cuatripartito (Francia, España, Aragón y Aquitania). Los estudios están finalizados, pero no los facilitan.

¿La posición del puerto de Valencia puede agilizar la reapertura?

El puerto de Valencia tiene también la salida del corredor Mediterráneo para sus importaciones y exportaciones, pero en la zona al oeste es mejor acceder por Irún o Canfranc, donde además tiene poco tráfico de pasajeros y podrían meterse los trenes de mercancías que quisieran. Las inversiones de Sagunto y de la línea ferroviaria de Teruel van en esa dirección, y su sentido es llegar a Canfranc.

Ramón J. Campo

2.02. Presentación de Regreso al Sáhara

La situación creada por la pandemia ha impedido hacer una presentación clásica de mi libro *Regreso al Sáhara*. Así que, de acuerdo con *Editorial*

Comuniter, hemos optado por presentaciones de pequeño formato, dirigidas a grupos concretos y reducidos, celebradas en locales que permiten la separación necesaria entre los asistentes. Como la que tuvo lugar el sábado 27 de junio, en la sede zaragozana de la Comunidad Saharaui en Aragón. Allí estuve acompañado por Mohamed Yumani y otros amigos, saharauis y españoles. Tras de mi intervención se abrió un interesante coloquio que, sin duda, tendrá otros capítulos como el que prepara la asociación Um Draiga para septiembre. Y, como es tradición, al terminar firmé los libros que bastantes asistentes adquirieron. Muchas gracias a todos ellos.

https://www.heraldo.es/noticias/aragon/2020/07/07/sahara-periodista-mili-solidaridad-canfranc-1384501.html?utm_source=whatsapp.com&utm_medium=socialshare&utm_campaign=mobile_web&fbclid=IwAR1VNzO2e79_i9x9xOtwPoCqQ1OUBzQ3OcOMIia2YP85JuC8WdGNw6VrMqo

Radio Algérie Internationale:

https://www.radioalgerie.dz/rai/es/news/regreso-al-sahara?fbclid=IwAR0jAkyjAix0t3VBrJcXt58oX1TNkXhS0aI_JwSCMY6CaVRUbfF8V7v3OTk

Luis Granell

2.03. Llega el libro solidario de Ediciones Desnivel

Otro de los acontecimientos destacables del pasado mes de junio fue la publicación, por parte de *Ediciones Desnivel*, de su obra coral de narrativa sobre las *Montañas confinadas. Relatos desde la cuarentena*. Además de las tramas galardonadas durante el referido concurso de *Relatos Cortos Desnivel* que se iniciara en abril de 2020, se han incluido hasta un total de 26 colaboraciones. Un modo de glosar los 560 relatos que se presentaron a concurso por parte de los casi 500 participantes de esta experiencia para hacer más llevadero el confinamiento por el Covid-19. Al menos un socio de esta Casa ha sido incluido en dicha selección, tras ganar la primera semana de concurso.

Por lo demás, se trata de un proyecto "en papel" cuyos ingresos se destinan a la *ONG Ayuda Directa Himalaya*. Parece una buena idea que lo adquiera quien esté en condiciones de hacerlo, ya en su librería favorita, ya "on line" (por ejemplo, en la página de la *Librería Desnivel*, donde hacen buenos descuentos). Hablamos de 16'50 euros...

Como ha declarado la coordinadora del proyecto, Pati Blasco: "Gracias por esa voz, ese claro en el bosque, compañía y montañas imposibles de confinar más allá de estas páginas encuadernadas".

2.04. Un film sobre el pionero de la fotografía en color

Unos amigos de esta Casa, Michel Chambert y Gérard Raynaud, acaban de protagonizar cierta noticia "de cine". Se trata de dos pirineístas franceses de la ciudad de Agen con quienes diversos *Montañeros* (Pepe Díaz, Ramón Tejedor,

Fernando Garrido, Carlos Mur, Marta Iturralde o Alberto Martínez) han coincidido en varias reuniones y eventos de nuestro colectivo. Esta vez llegan con un film que se aleja de esos temas pirenaicos que tanto dominan, para pasar a enseñarnos cómo fueron los arranques de la fotografía en color.

En efecto: Michel y Gérard han participado como actores en el film sobre "Louis Ducos du Hauron à Agen: La photo prend des couleurs". Es decir: una película en el idioma de Molière donde se explica (de un modo muy comprensible al francoparlante medio) cómo fue el arranque de la fotografía en color a través de un rastreo de las actividades por Agen del pionero Ducos du Hauron.

La cinta gustará, y mucho, a cuantos estén interesados en el desarrollo de la fotografía heroica del siglo XIX. Está muy bien filmada, y el hilo conductor es una bonita trama: nuestro amigo Michel, un "teórico" abuelo ilustrado que muestra cuanto sabe sobre el tema, como buen historiador "real" que es, a su encantadora nieta de "ficción". A partir de aquí formaremos parte de sus rastreos, visitaremos algún museo y participaremos en visitas culturales o conferencias amenas. Todo un viaje en torno a la fotografía primitiva y a Louis Ducos du Hauron..., un personaje histórico que se "materializará" entre nosotros para tomar la palabra, ya avanzado este film extremadamente interesante.

En estos casos, nada como traducir las explicaciones con las que llega surtido el referido DVD:

"Louis Ducos du Hauron realizó, en 1877 en Agen, el primer paisaje fotográfico en color de la Historia: un film de René Dreuil producido por la *Association Photo Vidéo Création 47*. Con Michel Chambert, Elsa Renaud, Jacques Perrault, Gérard Raynaud, René Dreuil, Christian Schiro, Rémy König, Lysiane Perrault, Alexandra Dibon... Son 1 h 40 minutos, junto con un *bonus* de 20 minutos con las novedades del *Museo Niépce*.

"Louis Ducos du Hauron (Langon 1837, Agen 1920) es conocido en el mundo entero como el inventor de la foto en color. Pero ese título no es sino un resumen, pues se trata de toda la comprensión del análisis y de la síntesis de la luz explotada por los tres colores en la foto de plata en la imprenta, o incluso hoy en la foto digital o el monitor de nuestras pantallas. Louis Ducos igualmente puso en práctica la foto en relieve (anaglifos) y ha descrito, de forma visionaria (con más de 30 años de adelanto) las películas modernas y lo que será la cinematografía a partir de 1895. Esta película es un documento-ficción que explica todo esto de un modo pedagógico. Evoca el período más fértil de su vida como investigador gracias al descubrimiento de documentos desconocidos sobre su vida en Agen. El hilo conductor de nuestra historia es una transmisión intergeneracional. La memoria franquea los siglos y Louis Ducos de Hauron aparece finalmente hoy en día..., más vivo que nunca.

"En Agen, la población que amaba, se aprestan a conmemorar el centenario de su fallecimiento. Diversos científicos trabajan en la organización de un coloquio..., en el que Jean Petitjean, un especialista en nuestro inventor, nos hace el honor de colaborar en este proyecto, mostrándonos un análisis de nuestro film y haciéndonos llegar las emociones que ha sentido. Nada más natural que hallarlo en el *Museo Niépce* de Chalon-sur-Saône para que nos explique sus últimos descubrimientos. Es el *bonus* que ofrecemos".

Desde aquí nuestras más sinceras felicitaciones a estos viejos amigos de *Montañeros de Aragón*: los pirineístas Michel Chambert y Gérard Raynaud. También al director de esta película de altísimo nivel, René Dreuil, a quien ya conocíamos de otras realizaciones sobre la crónica pirenaica. Sin olvidarnos de hacerla extensiva a todos los documentalistas y actores del proyecto. Les ha quedado verdaderamente “de cine”.

Alberto Martínez Embid

2.05. Anexo del BD76 sobre el pirineísmo en Andorra

Este verano las montañas de Andorra han estado más en boga que nunca para *Montañeros de Aragón*. No en vano, un grupo de socios se ha embarcado en una travesía por lo más granado de su orografía. No es la primera vez que los nuestros se interesan por las regiones montaraces del Principado pirenaico. Justamente, nuestro primer Vocal de Publicaciones, Longinos Navás Ferrer, protagonizó en 1916 una expedición para estudiar diversos aspectos de su naturaleza salvaje. En memoria de este fundador de *Montañeros* en 1929, al final de este *BD76* se sirve un *Anexo* con una crónica pirineísta del *País del Pirineo*.

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. Slow mountain

PURUJOSA - LA CUEVA DE LOS PILARES-PURUJOSA

Distancia 14 km.

Desnivel 780 m.

Tiempo total 6 horas y 4 minutos.

21 de junio de 2020.

A los guías Andrés Aznar y Manuel Calvo, y al resto que me acompañaron.

Volver al monte después de tanto tiempo en confinamiento por culpa del maldito coronavirus ha sido recuperar la sonrisa perdida, el reencuentro con compañeros de *Montañeros* y el contacto con la Naturaleza. Volver al Moncayo un año después ha sido recordar aquella ascensión del Club sin sospechar cómo nos iba a cambiar la situación, con el miedo y la incertidumbre que todavía nos invade. ¡Increíble! Es 21 de junio, primer día de fase de “normalidad” en Aragón y desplazarnos en coches en lugar de autobús es ya un indicador de lo que realmente sucede. ¿Hasta cuándo? Llegar a Purujosa (978 m) es conocer la falda sur del Moncayo recorriendo la comarca del Aranda, adentrarse por sus tortuosos caminos, divisando cañones que los ríos han ido erosionando y contemplar el singular relieve y vegetación, hoy más iluminados que nunca. La repentina imagen de Purujosa surgiendo de la Naturaleza, es contemplar por un momento la belleza de su asentamiento fundido con las rocas de la peña, y es comprender su ubicación defensiva en el límite con Soria, donde curiosamente han confluído las cuatro culturas: celta, cristiana, islámica y hebrea. Comenzar a subir a través

de sus calles es comprender también el sentido común de su escasa y apagada estructura urbana. El único semáforo existente parece una ironía de la realidad. Son las diez de la mañana. El fuerte sol radiante, el escaso arbolado y los meses inactivos hacen lenta la ascensión por dos de los numerosos barrancos llamados del Cuartún y de la Virgen -por el que pasa la GR.90- hasta alcanzar el llamado Cerro Gordo (1.441 m) donde divisamos las grandes plataformas horizontales con sus altos y bellos paredones calizos, manifestando al exterior su grandeza y su piel erosionada por el agua y el tiempo. Subir a la Cueva de los Pilares (1.540 m) amplio abrigo que forma parte de las denominadas grutas del Col, quinta oquedad desde el collado de la Estaca es acceder a un precioso mirador del monte sagrado del Moncayo en donde la vista, enmarcada por un arco ojival bajo una bóveda de piedra, invitan al silencio y a la soledad. El mito de la caverna de Platón parece resucitar, pero es necesario salir hoy más que nunca y afrontar la realidad. Oscuridad o luz. Tú decides. Y descender al refugio próximo de Cerro Gordo a las dos de la tarde, ha sido comer todos juntos en un espacio bajo un cielo azul, azul vivo, entre paredones, muelas, barrancos, cuevas y vegetación, recobrando el contacto social y la alegría de estar juntos de nuevo..., y en donde una suave brisa nos envolvía con un profundo olor a malva, que me hacía respirar hondamente para aumentar aún más el espacio. Descendiendo por la Cueva del Cuartún a través de un barranco estrecho y pedregoso por donde debería discurrir agua, llegamos juntos a un gran Peirón o Pilón próximo a Purujosa, columna con imagen inscrita como Virgen de la Leche, límite de dos mundos y cruce de caminos entre lo urbano y lo rural, entre lo real y lo irreal. Son las cuatro de la tarde. 28 grados. ¡Junto al río Isuela brindamos todos juntos por la vuelta y con el ánimo bien alto! ¡Hoy vuelvo a casa viendo todo de color malva!

CIRCULAR POR EL SOBREPUESTO

Distancia 12 km.

Desnivel 874 m.

Tiempo total 6 h 20 minutos.

5 de julio de 2020.

A Alfonso Martínez, a los guías Manuel Calvo y Andrés Aznar, y al resto que me acompañaron.

Ir al Sobrepuesto ha sido conocer una zona deseada y desconocida todavía para mí, situada entre los ríos Gállego y Ara, entre la Tierra de Biescas, el valle de Broto y la Ribera de Fiscal, límites que siempre he recorrido en coche con la ansiedad de llegar directamente al Pirineo. Adentrarse desde Fiscal por el barranco de Forcos a través de una estrecha pista y un frondoso bosque es oír lentamente el silencio de la Naturaleza con sus luces y enigmáticas sombras junto al sonido del agua, anticipo de una verdad que ellas mismas esconden. Llegar a Bergua, inicio de la excursión, es conocer el único poblado habitado del Sobrepuesto y descubrir una solemne torre medieval junto a una arruinada iglesia formando conjunto con algunas casas que se resisten a desaparecer. Estamos a 1.034 m y son las 9:30 h de un caluroso domingo de julio. Ascender al pueblo de Escartín (1.360 m) es descender primero al río Forcos, cruzarla a

través de una pasarela metálica y tomar la ladera norte del barranco de Otal, terreno quebrado de barrancos y bosques frondosos de hayas, robles y pinos, variedad verdosa y hoy muy luminosa de hojas y agua esmeralda, hasta llegar a un Plano donde asoma en lo alto de un cerro el pueblo deshabitado de Escartín, emergiendo sobre los muros de piedra de sus arruinadas casas la agrietada torre de su iglesia. Llegar a la fuente de la plaza es contemplar un paisaje inmenso de manto verde limitado arriba por los altos montes hoy amarillentos de 2.000 metros, Manchoya, Erata, Pelopín al norte, Oturia y Cancías al sur, y abajo de este a oeste los barrancos de Forcos, Otal y Oliván. Y es también contemplar con tristeza el desmoronamiento de las casas y la invasión de la Naturaleza de lo que fue presente, resucitando en mi interior las formas y costumbres que José María Satué Sanromán escribió de su aldea natal. Aislamiento y soledad. Vida eremita. Absorto contemplando el paisaje urbano y natural me pregunto, ¿de qué huían los primeros pobladores? Silencio. Callar, ver y escuchar. Ir a Basarán, situado en la otra vertiente del barranco de Otal, es descender hasta el puente As Crabas, hoy con barranquistas, y ascender lentamente y con mucho calor hasta alcanzar sus muros desplomados y casa ruinosas y poder comer y beber a la sombra. De Basarán ya no queda nada, al menos se salvó la iglesia románica que fue trasladada y reconstruida –con algunos añadidos– en Formigal. El calor aumenta y los guías –Manuel Calvo y Andrés Aznar– toman la sabia decisión de recortar el recorrido regresando por un sendero horizontal de hojas secas, alto arbolado y abrupto sotobosque, último camino de muchos que emigraron huyendo de la falta de servicios, de accesos incómodos, miedo a la soledad, a la enfermedad, en búsqueda de otra vida mejor. Y llegar a Bergua como punto final, remojarse con agua o cerveza, ha sido oír el susurro de las palabras escritas por una maestra en la pared de la escuela de Escartín: “Qué pena me da dejar el lugar este! ¡Mi escuela y mis niños y todos los vecinos! ¿Verdad? Dios mío, que tan buenos han sido”. Son las cuatro menos diez de la tarde y seguimos con mucho sol.

Francisco Izuzquiza

3.02. Nuestros autores y sus libros: *Por qué preservar las montañas*

VIÑUALES COBOS, Eduardo, *Por qué preservar la montaña. Guía natural de la A a la Z*, Ediciones Sua, Bilbao, 2020. 17 x 21 cm, 174 páginas. 18'50 euros.

Llega a nosotros la última realización de un antiguo socio de esta Casa, colaborador reciente en los diversos eventos organizados por los 90 años que hemos cumplido. Comparece con la primera de las nuevas producciones de la reconocida editorial bilbaína. Así, bajo el rótulo de “El Mundo de los Pirineos” se presenta con un trabajo titulado, muy acertadamente, *Por qué preservar la montaña*. Que es tanto como apostillar: una *Guía natural de la A a la Z*. Viene numerada con el 133 de la antigua revista bimestral, dado que es la cifra que le hubiera correspondido de seguir en dicho formado. Porque este ha cambiado y

se ha reconvertido en otro que, sin duda alguna, gustará a sus partidarios. Incluso es más que probable que los incremente.

La segunda época de "El Mundo de los Pirineos" ha arrancado con pie firme y seguro. El ánimo que lleva al autor que estrena serie no es otro que servirnos una obra cuidada (la marca de su factoría), que en ningún momento decepciona. Viñuales Cobos lo sintetiza de modo claro desde la misma contraportada:

"Lo que tienes en tus manos son unas *gafas* nuevas. Sí, aunque no lo parezca. Y queremos que te las pongas y deseches la mirada que usabas hasta ahora. Tú también formas parte del medio natural y bajo esa premisa, concienciado, debes acercarte a las montañas. Con esta gran guía natural de la A a la Z sabrás más de todos los actores y escenarios de los Pirineos".

Eduardo no ha estado solo en esta empresa. Por un lado, la editora Argiñe Areitio le ha aportado una bonita introducción a este libro-revista bajo el rótulo expresivo de "Un necesario cambio de mirada". Donde, como no podía ser más lógico, las letras del abecedario juegan su pequeño rol. Por otra parte, el artista gráfico César Llaguno abre con su dibujo de un *Vignemale Onírico* la explicación sobre *Por qué preservar la montaña*. Verdaderamente, estamos ante un inicio de lujo: tanto de obra como de colección.

El autor sale con presteza a la palestra para mostrarnos este libro que también se puede considerar como un número especial de revista. O viceversa. Su texto se muestra muy bien ordenado. Un vistazo rápido al índice así lo confirma, preparando el terreno para lo que será un festival degustado en plena naturaleza. Pero nada más esclarecedor como su reproducción:

1. El nacimiento de las montañas.

Una lección de geología.

Montañas y otros accidentes geográficos.

Ríos. El espíritu salvaje.

Lagos. Huellas heladas.

2. Teoría de los cuatro humores: nieve, sol, viento y agua.

Un cóctel de temperaturas y condiciones atmosféricas.

Ecosistemas. Un hogar a la medida.

3. ¿El origen de las especies o las especies en el origen?

Árboles. Los pulmones pirenaicos.

Plantas y arbustos. Ante todo, variedad.

Reino animal. La selección natural.

4. La huella del ser humano.

5. Preservar la vida y los espacios naturales.

En efecto: no bien avanzamos por este número 133 de "El Mundo de los Pirineos", se comprende que ha sido una buena idea su inclusión en nuestra biblioteca. Muy especialmente, los espíritus más montaraces, que descubrirán un magnífico debut, tanto en sus interpretaciones como en el lujoso surtido de fotografías.

Ya he hablado en otras ocasiones de las fantásticas imágenes del autor. Por ejemplo, puestos a destacar alguna, ese retrato de una encina que se materializa en la página 73. Se diría que nunca antes un árbol tan querido en Aragón fuera fotografiado de un modo tan favorecedor... Además, la obra se

apoya en fotos de varias firmas reconocidas del gremio. El resultado visual es sumamente logrado, no hay duda de ello.

En cuanto a la estructura de la obra de Eduardo Viñuales, decir que muestra cierto aire de familia con otra más añeja de Agustín Faus, creador del casi mítico *Diccionario de Montaña* (1961). Pero, como es lógico, ahora con la iconografía, el lenguaje y los conocimientos del Tercer Milenio. No en vano, el autor de esta *Guía natural de la A a la Z* es un comunicador de primer orden que siempre tiene mucho que contar y que lo hace invariablemente de forma clara, brillante y rotunda. Será difícil que con este libro-revista no aprendamos algo nuevo sobre estas montañas pirenaicas. Muy difícil.

El texto encantará a los más pirineístas, pues su desglose por las montañas, desde Amitges hasta Orédon, esconde ese deseo tan *russelliano* de ir desglosando la cordillera de nuestras devociones en unidades perfectamente individualizadas. Pero mejor no destripar aquí *Por qué preservar la Montaña*, sino animar para que nuestro colectivo se interese por bucear entre sus páginas y que descubra sus tesoros. Que los hay, y muchos. Solo apuntar el derroche de esquemas y de croquis que ayudan a interpretar la geología, flora y fauna más característica del Pirineo. Transmitiendo unos conocimientos que nunca debieran de faltar a quienes deseen sacar un provecho máximo a sus descubiertas. A partir de ahora no hay excusa para que no estemos al tanto del ABC de los naturalistas de montaña. En lo básico y esencial. Para que jamás seamos "alguien que simplemente estaba de paso por estas montañas". Con mensajes muy convincentes en favor de los cuidados que requiere esta tarea, dispersos por todo un texto que se hace corto. Recomendaciones que se muestran más firmes y perentorias en las páginas de cierre.

Va un ejemplo breve. En el terreno de los contenidos se podría tomar una sola letra, pongamos la B, para ilustrar el tipo de texto que tenemos entre las manos. No ocultaré mi querencia por esa "Brecha de Rolando" de la que Eduardo nos cuenta:

"Collado fronterizo entre dos parques nacionales por el que transitan hoy numerosos montañeros, pero antiguamente fue paso de contrabandistas. En él fue tomada, en 1857, la primera fotografía que aún se conserva de Ordesa y Monte Perdido. La hizo Farnham Maxwell-Lyte, pionero fotógrafo, que tuvo que subir desde Gavarnie con todo el laboratorio de colodión húmedo con el que había que revelar in situ antes de que se secase la placa. Pocos son, por otro lado, los que se han percatado de que en un lateral hay escrita con letras romanas una leyenda que recuerda el paso de 1828 de la duquesa de Sicilia. Se cuenta que deseosa de ver tan famoso tajo de cien metros de alto por cuarenta de ancho, María Carolina de Nápoles ascendió ataviada con trajes de época, calzada con abarcas de suela de cáñamo y apoyada en un batón de punta de hierro".

Por lo demás, dicha explicación llega arropada por un pie de fotografía donde "cuenta la leyenda que este paso fue abierto por Rolando con su espada Durandal", con una evocadora escena de esquí de montaña firmada por *Imag'In Pyrénées*. Una combinación irresistible para las páginas 26-27. Es solo un ejemplo. Lo dicho: vamos a aprender mucho sobre estas montañas.

Todo parece indicar que este libro-revista será reeditado con rapidez. Muchos que tienen en su casa *Por qué preservar la montaña. Guía natural de la A a la Z* (Sua, 2020) estarán pensando en el siguiente trabajo de Eduardo Viñuales Cobos que, bien que me consta, anda ya muy avanzado...

Alberto Martínez Embid

3.03. Un texto para el cierre: *La vía Montañeros de Aragón*

Vivimos unos tiempos en los que se nos solapan las efemérides. alguna de ellas, intensamente relacionada con nuestro Club, no es tan conocida como se debiera. Tal sería el caso de la apertura de la vía dedicada a *Montañeros de Aragón* en la emblemática peña Telera. Es factible saber de ella a través de los recortes de prensa facilitados por uno de sus protagonistas, *Ursi Abajo*...

Así, en cierta sección sobre "Montañismo" del *Heraldo de Aragón* del mes de julio de 1970, aparecía una interesante reseña firmada por M. A. con el título de: "Nueva vía de escalada en el Pirineo". Una línea más abajo se explicaba que era una "Primera absoluta al Gran Diedro de Telera, que ha sido denominada Montañeros de Aragón". Pero vamos ya con el texto, tal y como se editaba en el periódico zaragozano:

"Una nueva vía de escalada en el Pirineo aragonés se ha abierto estos días, concretamente la primera absoluta al Gran Diedro de Telera.

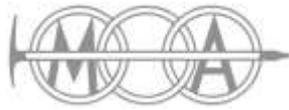
"Se trata del gran diedro central del pico Telera. Esta bonita y difícil cordillera que arranca desde el pico Peña Blanca para terminar en el Campanal de Izas, con su cima más importante en el pico Telera, macizo cortado en el centro por un diedro de gran belleza y verticalidad. Su larga pared está formada por un corredor de hielo de trescientos metros, muy vertical. Los novecientos metros de que consta la pared son impresionantes, donde grandes desplomes cortan la pared continuamente puede decirse que hasta la cima, haciendo de ella una de las escaladas más largas y complejas del Pirineo.

"Aparte de la gran dificultad que representa la escalada en sí, hay que añadir que, debido a su duración, los escaladores debieron realizarla cargados con sus mochilas, sacos de dormir, material y alimentos para dos días como mínimo.

"Se comenzó la escalada el día 26 de agosto [de 1970] a las seis de la mañana, y fue coronada a las siete de la tarde del día siguiente, después de veintiocho horas de escalada y un vivac en un pequeño saliente de la roca.

"La cordada estaba compuesta por Ursicino Abajo, conocido por sus incontables éxitos en la montaña, perteneciente a *Montañeros de Aragón*, profesor de la *Escuela Nacional de Alta Montaña*, además de ser guía nacional, el cual reside actualmente en el gran centro de esquí y montaña de El Formigal, haciendo allí continuamente sus actividades en la montaña, como se ha reflejado en estas páginas en diversas ocasiones.

"El otro componente de la cordada fue el francés de nacimiento (sus padres son españoles) Pedro Fonz, también gran montañero y compañero de *Ursi* en estos últimos tiempos. Está considerado como uno de los mejores escaladores



del Pirineo francés. Este muchacho, por su gran afición a otros deportes, le hacen lograr una estupenda preparación física y conseguir triunfos como el que aquí reseñamos.

“Esta nueva vía de escalada está dedicada a *Montañeros de Aragón*, club al que pertenece el primero de los escaladores citados”.

Hace medio siglo que se trazaba la impresionante vía *Montañeros de Aragón* en Telera. Un gran logro de la escalada y todo un detalle de sus artífices hacia esta Asociación Deportiva. Nuestro más sincero agradecimiento a los aperturistas.

Alberto Martínez Embid

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

LA ANDORRA PIRINEÍSTA CRÓNICAS DE VIAJEROS, EXCURSIONISTAS Y ESCALADORES (1788-1936)

Dedicatoria
Introducción

I. VISITAS TEMPRANAS AL PRINCIPADO PIRENAICO (1788-1828)

- 1.01. Foráneos en las montañas andorranas
- 1.02. Un territorio de leyenda
- 1.03. Pinceladas desde los Anales
- 1.04. El más temprano montañero
- 1.05. Reseñas de un coruñés en 1794
- 1.06. Observaciones de dos viajeros del Norte
- 1.07. La Memoria de 1820
- 1.08. Cierta ascenso al Puymorens
- 1.09. Cimas para un geólogo suizo
- 1.10. Los Pirineos de Chausenque
- 1.11. Con los geodestas militares galos
- 1.12. Exploraciones botánicas
- 1.13. Los peligros de un puerto

II. LOS EXCURSIONISTAS PRUDENTES (1834-1862)

- 2.01. Las medidas anti turísticas de 1834
- 2.02. El periplo de Murray
- 2.03. La Relación del mosén
- 2.04. La dama curiosa
- 2.05. Viajes en el ecuador del siglo XIX
- 2.06. Un país de ficción
- 2.07. Decorados para una ópera
- 2.08. Desde el Diccionario de Madoz
- 2.09. El regreso de los militares de Francia
- 2.10. Un supuesto Gibraltar Pirenaico
- 2.11. Trazado de la frontera hispano-andorrana
- 2.12. Operaciones de deslinde de muga en 1858
- 2.13. El periplo de Alfred Tonnellé
- 2.14. Debates desde Septentrión
- 2.15. Nuevos amojonamientos cimeros
- 2.16. El Tratado de Bayona

III. LA ARRIBADA DE LOS PIRINEÍSTAS (1862-1885)

- 3.01. La guía del inglés
- 3.02. Evocaciones russellianas
- 3.03. El accidentado ingreso de Mary Eyre
- 3.04. La mirada de una británica
- 3.05. Un benigno análisis de Vidal
- 3.06. El Medacorba de los geodestas
- 3.07. Guías Joanne de 1873 y 1879
- 3.08. El medio físico de cierta República Federal
- 3.09. Los imaginarios Livingstons de la Valira
- 3.10. La geodesia hispana hacia 1860
- 3.11. Cuando medio Comapedrosa se creía español
- 3.12. Primera turística al Techo de Andorra
- 3.13. Las exploraciones de Wallon
- 3.14. El viaje walloniano de 1882
- 3.15. Un primer cruce de escaladores
- 3.16. Dos pícaros guías de L'Ospitalet
- 3.17. La Pequeña Suiza de Deverell
- 3.18. Un cura con maleta y paraguas
- 3.19. La perspectiva del pirineísmo catalán

IV. LOS CAMBIOS DEL MONTAÑISMO FINISECULAR (1886-1899)

- 4.01. Schrader en los Pirineos Orientales
- 4.02. El conde cartógrafo
- 4.03. Un trasiego de periodistas
- 4.04. Segunda campaña de Saint-Saud
- 4.05. El clan Marcaillou d'Aymeric
- 4.06. Dos parisinos en descubierta
- 4.07. El trueque imposible
- 4.08. Más turismo norteño
- 4.09. La Andorra de Avilès
- 4.10. El tiempo de los socios delegados
- 4.11. La guía de Osona
- 4.12. En recolecta de cumbres y flores
- 4.13. Inquietudes culturales de Régnault

V. EL DESPERTAR DE LA ESCALADA (1899-1918)

- 5.01. En busca de la dificultad
- 5.02. Acrobacias en el circo del Siscar
- 5.03. El vizconde y los gendarmes
- 5.04. De La Massana al Puig de Salòria
- 5.05. El CEC toma impulso
- 5.06. Escaladas con el cambio de siglo
- 5.07. Desde los abismos del Principado
- 5.08. La perspectiva de un hombre de Ley

- 5.09. Un Rousseau tardío
- 5.10. La topoguía de Carlet
- 5.11. Cierto periplo de Hilaire Belloc
- 5.12. La excursión filológica
- 5.13. Campañas botánicas de 1916 y 1917
- 5.14. Citas interrumpidas por una Gran Guerra
- 5.15. Exploración del Gavarnie Andorrano
- 5.16. Desde el Tíbet Pirenaico

VI. EL DEPORTE DE ENTREGUERRAS (1919-1936)

- 6.01. Semana Santa en el País del Pirineo
- 6.02. Viajeros en los Felices Veinte
- 6.03. La gran obra del Viejo Rebeco
- 6.04. Primera incursión de Jean Arlaud
- 6.05. La Guide Joanne de 1921
- 6.06. El retorno de Saint-Saud
- 6.07. Un germano fascinado
- 6.08. Semblanzas de un viaje en 1929
- 6.09. Nuevo coleccionismo de gendarmes
- 6.10. El Centre de Entreguerras
- 6.11. Un geólogo y cartógrafo nantés
- 6.12. La Soubiron de 1931
- 6.13. El Señor de las cimas del Principado
- 6.14. Trepadas catalanas en los años treinta
- 6.15. En la Tesalia del Pirineo
- 6.16. Aventuras postreras del GDJ
- 6.17. La frontera candente

VII. FUENTES PRINCIPALES

VIII. BIBLIOGRAFÍA NO EXHAUSTIVA

LA ANDORRA PIRINEÍSTA CRÓNICAS DE VIAJEROS, EXCURSIONISTAS Y ESCALADORES (1788-1936)

Dedicatoria

Dedicado al padre Longinos Navás Ferrer (1858-1938), quien desde la *Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales* participó en una expedición entomológica y botánica por Andorra durante el estío de 1916. Entre sus muchos otros haberes, este sacerdote jesuita fue socio fundador de *Montañeros de Aragón*, figurando en su Junta Constitutiva del 15 de abril de 1929 como responsable de nuestras Publicaciones.

Dedicado, con toda la humildad del mundo, al más temprano y erudito de mis predecesores en esta Asociación Deportiva. Al explorador de la naturaleza andorrana de hace ciento cuatro años.

Alberto Martínez Embid

Introducción

El conocido como *País del Pirineo* puede enorgullecerse de una brillante historia montañera. Durante el período de su descubierta pirineísta, que bien podría fijarse entre los años 1788 y 1936, las rutas andorranas fueron testigo del paso de los más variopintos turistas, montañeros y trepadores. Unos visitantes foráneos que regresaron a sus casas con la impresión de haber hollado un territorio tan sorprendente como atractivo, tras vivir unas peripecias intensas que no siempre obtuvieron el eco que merecían. En muchos casos, acompañados por unos guías locales que conocían a la perfección sus montañas.

Cuanto menos, desde las páginas digitales de *Desnivel.com* se ha realizado cierta difusión del pasado pirineísta del Principado de Andorra. Más en concreto, a través de los treinta y un artículos publicados entre el 3 de diciembre de 2011 y el 26 de junio de 2015. Sin contar con los otros seis trabajos que, desde ese mismo medio con sede en Madrid, fueron dedicados al esquí andorrano primitivo entre el 3 de abril y el 21 de junio de 2014. Precisamente, esta última serie sobre el *deporte blanco* ya fue recopilada en el *Anexo* del número 49 del *Boletín Digital de Montañeros de Aragón* (marzo-abril de 2016). Ahora le llega el turno al devenir histórico de sus cumbres.

Así, desde la veterana Asociación Deportiva con sitio social en Zaragoza se va a insistir en el mejor conocimiento de esta Andorra Montañera a través de una significativa reordenación y un importante pulido de los textos de 2011-2015 para *Desnivel Ediciones*. En el presente *Anexo* del *BD76* se han añadido muchos aportes novedosos y corregido alguno de los inevitables deslices que a veces se deslizan por este tipo de crónicas. También se ha adaptado la mayoría de los topónimos a las grafías actuales en catalán. El resultado es un trabajo muy distinto del original, que no pretende sino aportar una piedrecilla más a la historia pirineísta, en espera de que se recolecten nuevas vivencias que la enriquezcan. Ni que decir tiene, abierto a cualquier tipo de mejora.

En los noventa y cuatro capítulos que ya se inician se ha tratado de mostrar los primeros ciento cuarenta y ocho años del pirineísmo andorrano. En extenso, a través de doscientas dieciocho páginas de relatos, como bien se merece el tema y permite este formato. Unos anales apasionantes para los enamorados de sus viejas veredas, sus orgullosas montañas o sus vertiginosos abismos.

I. VISITAS TEMPRANAS AL PRINCIPADO PIRENAICO (1788-1828)

1.01. Foráneos en las montañas andorranas

Se inicia aquí un viaje que buscará las regiones altas de un Principado. Por unos territorios que constituyen el *País del Pirineo* por excelencia. Unos lugares

ricos en tradiciones y aventuras montañeras no del todo conocidas por el gremio deportista foráneo. Sin embargo, las cimas de Andorra nunca dejaron de comparecer por los textos de los siglos pasados, conformando un legado turístico fascinante. Así, muchos de los grandes protagonistas de la *Edad de Oro* de la conquista de esta cordillera escucharon la llamada de sus alturas: Alfred Tonnellé, Charles Packe, Henry Russell, Alphonse Lequeutre, Franz Schrader, Maurice Gourdon, Aymar d'Arlet de Saint-Saud, Jean d'Ussel, Pierre Soubiron, Jean Arlaud... Rastreado un poco tras las huellas de estos y otros compañeros de viaje se esbozará cómo pudieron discurrir los inicios del pirineísmo en estos decorados seductores.

Por lo que muestran las crónicas montaraces andorranas, el gremio de los trotamundos tuvo siempre un mayor tirón que el de los montañeros o el de los trepadores. A modo de ejemplo, puede destacarse como primera cita del presente compendio cierto párrafo de ese capítulo sobre "Andorra" que firmara David Ferrer en el número 81 (Pirineos) de la revista *Historia y vida* (1996). Desde el apartado sobre los "Viajeros ilustres..., por caminos de cabras", resumía la referida prevalencia con las siguientes líneas:

"El Siglo de las Luces lleva consigo el afán de viajar y conocer nuevos países. El exotismo se pone de moda. Y también a nuestro pequeño país le llega su momento, si bien algo más tarde, entrado el siglo XIX. Antes, solo sabemos del infatigable caballero don Francisco de Zamora, quien hacia el año 1788 viajó incansablemente por los Pirineos, subiendo y bajando montañas, perdido por senderos y atajos intransitables, estudiando pacientemente la geografía humana y física, al servicio de Su Majestad. Ya en el siglo XIX, se publican los primeros libros sobre Andorra, fruto de la estancia de sus respectivos autores: el del militar Antonio Valls, en castellano, en 1820, el de fray Tomás Junoy, en catalán, en 1835, y el del compromisario político Bonifacio Ulrich, en 1843. Poco después aparecen los primeros *turistas*: ingleses, franceses, españoles. Botánicos, como Bentham; excursionistas, como el conde Henry Russell; geógrafos, como Marcel Chevalier; viajeros atentos, como Pascual Madoz o Adolphe Thiers. No faltan damas intrépidas: Mary Eyre, Lady Chatterton; historiadores, como Miret y Sans; escritores, como mosén Jacinto Verdaguer o Hilaire Belloc, de corpachón tan voluminoso que no sabía cómo acomodarse en los sencillos albergues. Todos ellos cuentan sus dificultades para encontrar alojamiento, la falta de servicios sanitarios, de guías e incluso de comida. La gente se muestra acogedora, pero es ruda y primitiva. Las excursiones a las cumbres de los Pirineos y la maravillosa vista que desde ellas se domina, disipan finalmente malos humores y pasajeras incomodidades".

Este país enclavado entre Francia y España, independiente según la tradición desde el siglo IX por cuenta de un emperador franco, llegó a los tiempos *Ilustrados* envuelto en cierto halo de misterio. No extraña que, en torno a 1787, cuando los pirineístas tempranos comenzaron a rondar los senderos de montaña, Andorra quedase fuera de los *circuitos habituales*. Así, durante los balbuceos del montañismo deportivo, los terrenos de descubierta parecieron limitarse al Midi de Bigorre, al Monte Perdido y a la Maladeta. De hecho, el considerado como *Padre del Pirineísmo*, el alsaciano Louis Ramond de Carbonnières, desde sus

célebres *Observations* (1789) ni siquiera hizo mención del Principado pirenaico. Al cual tampoco incluiría en su famoso mapa a escala de 30.000 toesas sobre "Les Pyrénées": entre "Ax" y "Puicerda" nada aparecía que señalase al *País del Pirineo*.

Sorprende poco que, para los coetáneos del pionero Ramond de Carbonnières, las cimas del Principado interesasen de un modo discreto durante largas añadas. Pero, a despecho de cuanto se insinuaba desde ciertos textos novelescos, Andorra no se hallaba en la Cara Oculta de la Luna. Y sus montañas tampoco eran ninguna *terra incognita*. Sencillamente, solo atañían a los nativos por sus recursos ganaderos, cinegéticos y mineros, o por los secretos del cruce de sus puertos elevados. El estudioso del pirineísmo en el sector oriental de la cadena Curt Wittlin, aludiendo en 2004 a las rutas de esta región, apuntaba que era una "zona de paso, eje transversal atravesado por muchísimas personas, la mayoría de las cuales no saben escribir, por lo que ninguna va a hacer un libro".

No obstante, como enseguida se comprobará, algún foráneo sí que se animó a tomar la pluma y el pergamino para hablar de sus orgullosas montañas...

1.02. Un territorio de leyenda

Antes de acompañar a los primeros exploradores foráneos de Andorra, parece obligatorio el brindar unos apuntes sobre el ambiente mitológico que rodeaba a alguna de sus cumbres. A costa de efectuar unos importantes saltos en el tiempo que no se repetirán fuera de este capítulo.

Una de las más madrugadoras alusiones al legendario de las montañas andorranas se encuentra en los *Anales de la Corona de Aragón* (1512-1580), del padre Jerónimo Zurita. Su breve nota se limitaba a significar el carácter como mojón fronterizo de cierta argolla que más adelante se conocerá mejor:

"En los montes de Andorra del Port de Fontargent y en el Puig de Altacaba de Boet se hallan unos anillos de hierro a la parte de Cataluña. Todos los autores que tratan de estos anillos dicen que *pertenece a Cataluña todo el término adonde miran*".

Sobre este comentario del Cronista del Reino de Aragón, añadiría Antonio Valls en 1820, mucho más interesado en el tema de la territorialidad que en el del mito, que "Pujadas en su *Crónica de Cataluña*, capítulo 69, folio 119 y columna b, solo dudan los autores quién los puso, entre ellos Beuter y Cart., Ambrós, Morales, Viladomat y Calsa, pero convienen todos en que fueron colocados en terreno de Cataluña". Bien se ve que, en los años previos a la llegada de los pirineístas a estas montañas, las *argollas andorranas* eran sobradamente conocidas.

Se puede proseguir este recuento con varios autores con quienes más adelante se volverá, como es el caso de Francisco de Zamora. Este comisario regio, natural de Cuenca, se hallaba en Soldeu el 25 de septiembre de 1788. De su visita apenas se limitaría a citar a "la montaña del Juclar, donde están las Anillas". Un comentario tan parco como enigmático que otros esclarecerán.

El segundo testimonio procedente del Siglo de las Luces llega a través de la *Descripción física, civil y militar de los montes Pirineos* (1794). Un texto del coruñés José Cornide Saavedra, un cronista a quien sin duda interesaban más

las tradiciones, dado que aireó otra obra anterior a la suya. Procedía del cosmógrafo real Pedro de Medina y de su *Libro de grandezas y de cosas memorables de España* (1548):

“En este lugar [el puerto de Andorra] hay una gran argolla de hierro, y gran parte de ella metida en la peña, engastada en plomo. De esta argolla, dice Eusebio que, en tiempos antiguos, entrando los alemanes [visigodos] en España, llegaron a Tarragona, y destruyendo alguna parte de ella, y volviéndose por aquí, pusieron esta argolla, queriendo dejar memoria de su entrada”.

Cornide Saavedra no se privó de aportar su opinión sobre esas conjeturas llegadas desde el siglo XVI, en tanto que insinuaba una posible visita al Principado para investigar un tema que le pudo parecer sugerente:

“No salgo fiador de esta entrada de los alemanes y de la memoria que dejaron en ella en esta argolla por más que quisiera probar Medina con la autoridad de Eusebio. Ni la parte del Pirineo que cae sobre el valle de Andorra permite paso a las tropas por su aspereza, ni la pretendida argolla se descubre ya por más que lo haya solicitado un sujeto instruido y curioso que ha recorrido estos montes”.

Además del misterio de esta argolla del puerto de Andorra, el ilustrado de La Coruña nos legó otro sobre toponimia montaraz cuando describía los límites septentrionales del *País del Pirineo*:

“Formando varias tortuosidades, pasa la división por los puertos Levege, Martillat y Negro, en donde empieza el valle de Andorra, y las altas montañas llamadas las Maladetas y de la Argentera, por la cual y por la Perucella continúa la raya hasta las fuentes del río Valira y portillo de la Lioza”.

Por desgracia, Cornide Saavedra no explicó la ubicación de esas *Maladetas Andorranas* que tanto hubieran hecho por su legendario de montaña. Pues sin duda aludía a unas cumbres que, similares a otras del Pirineo, llegaban con su correspondiente anatema.

Avancemos un poco más en este rastreo no exhaustivo. Durante el siglo XIX no se olvidaron los asuntos mitológicos de la vega de las Valiras. Así, se pueden obtener nuevos datos desde la *Relació sobre la Vall de Andorra* (1838) de mosén Tomás Junoy respecto al llamado puente Pla:

“La fabulosa tradición de que Carlomagno, o uno de sus Pares, pasando por aquí, no sabiendo cómo contentar a su caballo, dio un golpe a la piedra que realizó dicha concavidad, y en ella puso el grano con el que alimentó a su caballo”.

Por otra parte, el trabajo de Pere Vidal sobre “Andorra. Recorts d’un turista”, publicado en el número 118-120 del *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* (julio-septiembre de 1888), retomaba de este modo la tradición de la argolla mitológica:

“Allí [en el port de Fontargent] es donde, por el decir de los andorranos, Luis el Piadoso clavó una argolla o gran anilla de acero destinada a marcar la divisoria entre Andorra y Savartès, una de las posesiones de los condes de Foix. No parece factible que Luis el Piadoso hubiese estado alguna vez en Andorra, pero, después de todo, esta opinión de los andorranos parece sostenible, mientras que la de los historiadores españoles que han reconocido en la referida

argolla los restos de los Trofeos de Pompeyo, es absolutamente ridícula. Por lo demás, esta anilla, al igual que la que se decía que estuvo clavada en lo más alto del Puig d'Altavaca, ya no se ve allí, y parece dudoso que haya estado nunca”.

El galo Victor Dujardin difundió en 1890 una leyenda más para las montañas de Andorra. Más en concreto, sobre el monarca carolingio Luis el Piadoso y la posible etimología del topónimo Andorra/Andar:

“Antes de retirarse de estas montañas y tras haber derrotado a los sarracenos, el emperador notó la similitud de la zona liberada con ciertos lugares de un pasaje de las Escrituras: *Andar, cerca del monte Thabor, es un lugar donde los hijos de Israel se preparan para combatir, situando su campamento frente al de los infieles* (Libro de los Reyes, versículo 28)”.

Bien se ve que el gremio montañero divulgó gran parte de las tradiciones que escuchaba en labios montañeses. Así, durante su avance hacia la cúspide andorrana del 18 de julio de 1894, Hippolyte Marcaillou d'Aymeric se informaba sobre alguna de las historias locales:

“El camino que seguimos bordea la orilla derecha de la Valira y pasa al pie de los roquedos cortados a pico [tras Sant Joan de Sispony] del montículo de la sierra de Nor, o mejor *del Honor*. Según la leyenda carolingia, Luis el Piadoso, entonces rey de Aquitania, derrotó a los sarracenos en esta montaña en el año 805, tras un sangriento combate. Para perpetuar el recuerdo de esta victoria conocida como la Batalla del Honor, se emplazó en este lugar una piedra con una inscripción conmemorativa, cuyo texto fue dictado por Carlomagno. Por lo que parece, esta piedra desapareció hace una cincuentena de años. El guía nos enseñó la roca donde habría estado tallada, siempre según la leyenda, *mediante un golpe de espada, de Carlomagno o de uno de sus paladines, para echar allí la avena para sus monturas*. Las tradiciones carolingias no faltan en Andorra”.

Insistiremos a través de estos ocasionales saltos en el tiempo para revisar un ejemplo más, procedente ahora de un viajero catalán. Se trata del mito recogido sobre el terreno por Salvador Armet i Ricart en 1904, que de este modo quiso transmitir:

“La tradición quiere hacer pasar por el port de Fontargent al ejército liberador de Luis *el Piadoso* cuando vino a desalojar de moros nuestra patria. Es esto muy verosímil, dado que dicho collado es franqueable a menudo, y sin duda constituye el mejor camino para entrar en Cataluña desde Toulouse y Foix. No obstante, solo es frecuentado por los andorranos que van a vendimiar a Francia, y por los *paquetaires* [contrabandistas], porque se ahorran muchos kilómetros de camino y salen muy adentro del departamento del Ariège. La tradición añade que Luis *el Piadoso* clavó una argolla de hierro en la cumbre del pic de Fontargent”.

Con el discurrir de los años, tan célebre argolla permanecería en el imaginario como la más popular para los turistas de montaña. Se puede airear una versión con elementos novedosos, la de un prolífico escritor barcelonés con raíces familiares en el Principado. Agustín Faus Costa explicaba de este modo el célebre mito desde su texto sobre *Andar por Andorra* (1992):

“Lo que sí tiene que ser leyenda –y leyenda pura– es la que habla de la anilla de hierro clavada en Fontargent donde Carlomagno llevó a atar su caballo. Otros dicen que no fue Carlomagno quien primero usó la anilla sino, muchísimo antes, el propio Noé, quien amarró su arca en la anilla de Fontargent cuando las aguas del Diluvio empezaron a bajar. Aunque hay otros que afirman que, si bien Noé amarró su arca en el Pirineo, no lo hizo en el Fontargent sino en el Canigó [...]. Sea en Fontargent o en Canigó, lo que sí se asegura es que la famosa arca está todavía escondida allí, debajo de un gran nevero y a punto de servicio para un nuevo Diluvio. Y si alguien se acerca entre tanto al nevero y hurga buscando el arca, se desencadena una descomunal tormenta con fuerza como de trece vientos, suficiente para ahuyentar a los curiosos [...]. ¿Puede estar en algún rincón de aquel alto lugar el arca, escondida bajo la nieve helada, sin necesidad de protección de los trece vientos? Otros aseguran que no fue Noé y que tampoco fue Carlomagno quien empleara la anilla, sino Ludovico Pío, el hijo del emperador, que fue al Fontargent a clavar no una, sino dos anillas de hierro en agradecimiento a Andorra y en confirmación de las libertades otorgadas por su padre. Y hay todavía algo más bonito: que dichas anillas se vuelven de oro macizo todos los años en la noche de San Juan [...]. Es posible que las anillas estén todavía allá en lo alto, a más de 2.500 metros de altura. Debe ser bonito ir a Fontargent el día antes de San Juan por la tarde para esperar en aquel ámbito mágico la noche y ver brillar las anillas de oro o, cuando menos, contemplar un atardecer magnífico, de oro verdadero, sobre un paisaje sobrecogedor”.

Existen otras narraciones modernas que entran en el difundido cuento. Desde la obra coral sobre el *Principat d'Andorra. El País dels Pirineus*, de este modo la trasladaban en 2001:

“Cuenta la leyenda que el emperador Carlomagno fue el fundador de Andorra. Sobrepuesta a esta creencia, también se explica que en los alrededores del pico de Fontargent –uno de los puntos fronterizos de la parroquia de Canillo con Francia– existe una argolla de hierro en la que Carlomagno habría sujetado su caballo al llegar a tierras andorranas. Aunque nadie la haya visto jamás, las buenas gentes aseguran que la argolla está allí, y que la noche mágica de Sant Joan se convierte en oro. La antigüedad de la argolla se remonta a los mismos orígenes del mundo, ya que, según se asegura, mucho antes de la llegada de Carlomagno, ya habría servido para amarrar el Arca de Noé, al ser Fontargent el primer pico que emergió de las aguas tras el Diluvio Universal, y también uno de los lugares donde Aníbal estacó su caballo al cruzar los Pirineos en su expedición a Italia”.

No hay duda de que las montañas andorranas tienen mucho de legendarias. Pero es hora ya de poner los pies sobre la tierra y rastrear la historia pirineísta siguiendo cierto método cronológico.

1.03. Pinceladas desde los Anales

Se puede permanecer durante unos párrafos más entre los textos previos a la arribada de los exploradores de las montañas pirenaicas. En ellos, las cumbres del Principado pirenaico aparecían de un modo casual, brindando un

mero marco a otras referencias, por lo general, históricas o delimitadoras. Antes de buscar a los viajeros madrugadores, nada como dar un rápido vistazo a estas alusiones a la orografía. He aquí algunos ejemplos de volúmenes con alusiones, aunque mínimas, hacia estas montañas:

El padre Jerónimo Zurita, *Anales del la Corona de Aragón* (1512-1580): "Tuvieron los condes de Foix mucho tiempo el Principado de Cataluña, el vizcondado de Castellbó y el Valle de Andorra, dividiéndose estos Estados de Francia por las cumbres de los Pirineos".

Pierre de Marca, *Marca Hispanica sive Limes Hispanicus* (1688): "Pasado el condado de Cerdaña un poco más ancho se extiende un valle entre dos montes. Allí está la ciudad de Urgel de un suelo más benigno y más abundante de vino; a la derecha está el Valle de Andorra inmediato al condado de Foix".

El padre Juan de Mariana, *Historia General de España* (c. 1754): "La última de las tierras donde el sol se esconde en nuestra España parte terreno con Francia por los montes Pirineos".

Juan Antonio González Cañaveras, *Diccionario Geográfico* (1785-1793): "Famosos valles por su fertilidad en el condado de Cerdaña, estos están enclavados en los Pirineos por la parte que estas montañas miran a Urgel sobre las fronteras de Francia y condado de Foix".

Antonio Montpalau, *Diccionario Geográfico Universal* (1793): "Andorra, territorio de Cataluña en el Obispado de Urgel [...], es de diez leguas de circunferencia, comprende veinte pueblos y entre ellos Andorra que es la capital. Está enclavado entre dos ramas de los Pirineos entre España y Francia".

Entre estas reseñas hay que reservar plaza aparte para las del doctor Antoni Fiter i Rossell, autor del *Manual Digest de las Valls Neutras de Andorra* (1748). Entre sus páginas se encuentran diversas citas hacia la orografía de este Principado. Por ejemplo, desde el Libro 1, donde se trata "de la naturaleza, situación, dominio y gobierno de las Valls de Andorra [...]". Así, en su capítulo 1, tras una explicación sobre la etimología del nombre de "Andorra", aparece una frase donde entre otras acepciones, se dice que "significa un lugar duro, áspero y fragoso". También habla este sacerdote de cierta "Val de Andor, situada entre la montaña de Hermón y la de Tabor", buscando analogías de estos vértices de Palestina con, por ejemplo, la andorrana "gran montaña de Monclar", revestida con "muchos árboles y bellísimos abetos", y poblada por "lobos, osos y cabras montesas". Donde es protagonista "la montaña muy nombrada de Anclar, antiguamente Monclar [...] y dicciones de otras montañas de nuestros Valls, que tenga la curiosidad de leer las antiguas Escrituras".

Se puede seguir rastreando alusiones al relieve dentro de ese capítulo 2 que trata sobre el "término, distrito y límite de las Valls de Andorra"... Así, dice Fiter i Rossell que "se encuentran construidas las Valls de Andorra entre la Corona de Francia y España, enclavadas en los más altos Pirineos de Cataluña". Más adelante, informa de que "las montañas de las Vallas son altísimas, producen bellísimos bosques de pinos, abetos, avellanos y muchos otros", "produciendo así mucha abundancia de hierbas, buenas para todas las bestias grandes y pequeñas". Sigue explicando este doctor que las producciones de "la montaña de Meners, o de los Minerales de la Tierra, la montaña de Casamaña,

la de Seturria, la de Monclar, la de Santa Juliá, y la de Juglar". También comenta los pasos: "Se cuentan en ellas cuatro pasos o puertos principales para pasar desde las Vallas a Cataluña o a Francia, a saber, el port de Framiquel, el de Saldeu, el de Fontargent y el de Siguer". En cuanto a sus producciones, el *Manual Digest* aclara: "La riqueza principal de estas Valls es la hierba para alimentar el ganado, y por eso las célebres praderas son muy apreciadas". Y respecto a las fraguas, se sabían "provistas por las menas de la montaña de Meners y de Cazbo". Tras repasar otras riquezas como las aguas, el cronista habla de la "abundancia de cabras salvajes, vulgo isarts" entre otros representantes de la fauna de montaña. Si bien, es preciso aclarar, "la caza es muy penosa por causa de la aspereza de las montañas".

Hay más referencias montaraces dentro de la obra de Antoni Fiter i Rossell, incluso cuando se adentra en la crónica histórica:

"La naturaleza y su autor han enclavado a la Vall de Andorra que ha fundado los quicios de sus montañas dentro del Principado de Cataluña [...]. Julio César, emperador de Roma, continuó esa división entre España y Francia mediante los Pirineos, declarando ser región totalmente de España aquella parte del terreno y montañas que miran hacia el sur de los llamados Pirineos, cuyas aguas corren hacia el sur y hacia poniente, al contrario que los de Francia".

Hasta aquí, las cumbres del *País del Pirineo* apenas pasaban de ser sino unas barreras o un círculo que se ceñía en torno a sus zonas habitadas. Pero, con el interés por las regiones altas que trajeron los *aires ilustrados*, todo iba a cambiar de un modo radical.

1.04. El más temprano montañero

Uno de los pirineístas hispanos más discretos que se conocen fue Francisco de Zamora, comisario regio de finales del siglo XVIII. Según se cree, un agente al servicio, ya del ministro Floridablanca, ya de Godoy, durante uno de los periodos más convulsos de la historia. El periodista Ricardo del Arco detectó una serie de manuscritos suyos en la Biblioteca de Palacio sobre 1931. Desde entonces, Francisco de Zamora ha ido apareciendo por diversos trabajos de eruditos como Josep Maria Guilera (*Una historia d'Andorra*, 1960), Josep Iglésies ("Un precursor del nostre excursionisme", 1964), Max Dumas (*La vie rurale dans le Haut Aragon oriental*, 1976) o Jean-René Aymes (*España y la Revolución francesa*, 1989). A destacar un par de obras mayores sobre esta suerte de espía del Siglo de las Luces: el *Diario de los viajes hechos en Cataluña* (1973), anotado por Ramon Boixareu, y el *Viaje por el Alto Aragón* (1997), comentado por León Buil.

El autor de estos seis volúmenes de auténtica literatura viajera de la Biblioteca de Palacio había nacido en la localidad conquense de Villanueva de la Jara en 1757. Después de estudiar Leyes, fue designado en 1785 como alcalde del crimen en la Audiencia Real de Cataluña. Diez años más tarde era comisario regio en Navarra, ocupando asimismo el puesto de ministro supernumerario del Consejo Real de Castilla entre 1795 y 1799.

De este abogado de formación se sabe que, en 1793, durante un destino en Madrid, hizo llegar a Godoy datos sobre las actividades bélicas de los

franceses, sin duda obtenidas gracias a confidentes en La Seu d'Urgell, Sort y Figueres. Por lo demás, Zamora se mostró partidario de ocupar Andorra, una anexión que trató con el general que comandaba las fuerzas militares en La Seu d'Urgell el 21 de agosto de 1794. Ejerciendo de comisario general para Cataluña en los tiempos sangrientos de la Convención, crearía un servicio de confidentes al otro lado de la muga, a la par que ponía en marcha un "cordón sanitario" para impedir que penetraran los elementos revolucionarios. Enemigo declarado de Robespierre, llegó a dejar escrito que "no dan un solo paso los franceses por aquella parte que yo no lo sepa". Su propia identidad aparece confusa, y algunos estudiosos han apuntado que el nombre auténtico del autor de los textos viajeros que hoy nos ocupan era cierto comisario regio llamado Bernardo Zamora, o incluso el teniente Bernardo López. Para no complicar el texto, se ha optado por su denominación como Francisco de Zamora.

Un destino en Barcelona cuando tenía veintiocho años, animó a este hombre de Leyes a emprender paseos por la zona, llegando hasta la muga norte con Aran, el Pallars, Andorra y el Ampurdán entre 1785 y 1790. Más tarde Zamora completó recorridos de inspección por la divisoria septentrional de Aragón (1794) y por Andalucía (1798). Según dijo, "para conocer mejor el país". Nunca publicó sus Diarios, redactados a varias manos. Unos relatos de viaje plenos de observaciones tanto militares como políticas.

Es hora de centrarse en la faceta como explorador de Francisco de Zamora. Así, tras pedir permiso para desplazarse con libertad al capitán general de Cataluña, el conde del Asalto, el abogado decidió "ver esta provincia para poder desempeñar mejor las obligaciones de mi empleo e instruirme". Preparó una primera expedición para el 19 de marzo de 1785 a pesar de que sus compañeros le criticaron alegando que "se iba para divertirse". Con objeto de demostrar unas intenciones del todo prácticas, Zamora redactó un diario desde el día uno de su periplo. Con este sistema meticuloso logró contabilizar sus siete salidas hasta 1787: cincuenta y un días de viaje, con marchas de ciento ochenta y una horas "por un terreno tan quebrado como el de Cataluña, cuyos caminos solo permiten ir a caballo y en muchas partes es preciso pasarlos a pie, habiendo padecido más en las mejores posadas que en los caminos más malos". Enfrentándose con grandes dificultades, debido a tener que "andar por montes y valles, de pueblo en pueblo, preguntando a quien teme responder, observando para que no le engañen con las respuestas, apuntando de día para formar el diario a la noche, dormir poco, comer mal y gastar mucho". Realizó cuatro salidas más por Cataluña junto a su criado, Domingo Rodríguez.

La octava de sus aventuras fue un itinerario por el valle de Aran y Andorra. En compañía de su fiel empleado, Zamora salió de Barcelona el 12 de septiembre de 1788. Sufriría un percance serio durante la segunda jornada, pues en el coll de Deví "estuvo para despeñarse el macho que me llevaba". El día 22 y desde La Seu d'Urgell, penetraba en Andorra. De esta manera se pueden extractar sus impresiones montaraces en el curso de su travesía por el Principado pirenaico:

"Más adelante se ve la borda de Fiter, y luego el lugar de Tolse, con un molino y una casa, y luego la borda de Fet y casas de Fontaneda, y se ve que las vertientes mismas que forman estas grandes montañas están aprovechadas

para prados [...]. El monte que se halla delante de Sant Julià, de una elevación extraordinaria, es todo él de roca, sin que se vea tierra alguna, y se llama Rocafort y nada produce [...]. En todo este país caen muchas nieves, de modo que hay casa que tienen que salir por las ventanas [...]. Caminando por este camino, desde Sant Julià, se ve a la mano izquierda un escarpe espantoso [...]. También está enfrente de Escaldes el pueblo de Engordany, y luego se pasa por un puente de piedra sobre horrorosos despeñaderos de la Valira de Ordino [...]. Inmediatamente se halla la ermita de Sant Antoni de la Graella, y allí cerca un paso peligroso, así por la estrechez de la senda como por el precipicio por el cual pasa. Y enfrente hay una fuente que, cayendo su agua desde una grandísima altura, presenta un objeto muy agradable [...]. El país, hasta llegar a Ordino, es bastante gracioso, y el temperamento del Valle muy vario en sus terrenos [...]. Como el país es tan frío y nevoso, se ha de recoger precisamente en el verano el carbón y mena necesarios para el consumo”.

Como bien se aprecia, el comisario regio se fijó en las montañas circundantes. No fue por casualidad, pues entre sus objetivos parecía entrar la realización de observaciones desde las alturas. La primera de estas actividades tuvo lugar un 23 de septiembre de 1788:

“Ese día estuvimos en Ordino haciendo una salida a la elevación del monte de Casamanya [...]. La iglesia tiene su cementerio fuera, y en él hay una pieza que llaman el Comunidor, destinada para *exorcismar* desde allí a las tempestades, cuya práctica acaba de prohibir el señor Obispo en esta parroquia y demás del Valle [...]. Encima del pueblo de Ordino, sobre un monte elevadísimo, está el castillo de Meca, arruinado, y hay otro en el mismo valle que se llama la Ceca [...]. Todos estos montes se ven destruidos continuamente con las carboneras para las herrerías, hechas sin orden ni regla, y que caminan hasta su ruina. Se me aseguró que dentro de treinta años se habrán cerrado todas por falta de leña. Finalmente subimos a la montaña de Casamanya [2.739 metros] por el lado de Canillo, que presenta una hermosa vista, pues toda ella se halla vestida de una continua pradera; y, al contrario, por la parte opuesta solo se ve aridez y que la montaña se arruina. Desde allí vimos toda la figura del Valle y sus ríos, sus límites y montes, de modo que desde allí se arregló el mapa. Esta montaña es elevadísima, y sus faldas y raíces son las que dividen el Valle, ocupando el centro de la Y griega, cuya figura hemos dicho que tiene. También es muy alta la montaña de Miné y la de Fontargent, desde donde se descubre bien la Francia”.

Resulta verosímil suponer que Francisco de Zamora se cobró la importante elevación andorrana: no se hallaba defendida ni por muros verticales ni por glaciares agrietados, y el abogado llegaba muy motivado para observar sus perspectivas aéreas. En cualquier caso, descendió junto a Domínguez para dormir en La Massana, cuyos alrededores recorrieron un día después. Seguido, afrontaron otra etapa dura de reconocimientos por las montañas:

“A la tarde salimos para ir al pueblo de Soldeu, atravesando el coll de Ordino, en cuya falda nos cogió una grande lluvia. Y al pie de este grande monte está la parroquia de Canillo [...]. Desde Canillo, siguiendo la orilla del río, fuimos a dormir a Soldeu, dejando a la izquierda una caída hermosísima de agua”.

El día 25 de septiembre se concretarían sus nuevas pruebas físicas. Posiblemente, escoltados por un grupo de andorranos del entorno de Josep Calbo i Areny, una de las autoridades de Soldeu. Así se llevaron a cabo las pesquisas de Zamora y de Rodríguez por la raya con Francia:

“Por la mañana salimos de Soldeu para ir a la montaña del Juclar, donde están las Anillas [de nuevo, la leyenda carolingia de Ludovico Pío], caminando por la ribera de Incles, que es la que va a dar al port de Fontargent. Toda esta ribera tiene excelentes prados, cubiertos de ganados de todas las especies, con sus bordas y cuartales, de modo que da gusto ver los prados llenos de ganado mayor, y las montañas de menudo. El camino que daba en este puerto era muy frecuentado de los franceses, y producía a este Valle muchas ventajas [...]. Llegamos al paraje señalado para apearnos, y emprendiendo a pie el ir a las Anillas, trepamos por lo más áspero de los Pirineos, sin camino ni senda, con lo cual perdimos la compañía; y continuando por aquellos precipicios dimos en los famosos estanques de Juclar [2.318 metros], el uno de los cuales es muy grande y se comunica con otros dos más pequeños, marchando luego el agua por aquellos derrumbaderos a formar el río Juclar, que entra en la Valira más debajo de Soldeu. Intentamos trepar hasta el pico [¿de Fontargent (2.618 metros)?], pero hallándonos sin fuerzas, sin esperanza de remedio, muertos de necesidad y faltándonos una grande tirada y tiempo, determinamos abandonar la empresa; y al retirarnos llegaron los demás compañeros, y haciendo una ligera comida en las márgenes del estanque, volvimos a emprender la vuelta a Soldeu siguiendo el mismo camino que hacía el río Juclar, llegándonos a ver tan apurados que varias veces tuvimos que arrojarnos con peligro inminente de perder la vida, contando por gran felicidad vernos reunidos a la noche en casa, en Soldeu, después de mil trabajos y cuidados, mojados y destruidos ropa y zapatos”.

Este esfuerzo monte atraviesa terminó con premio: Zamora bajó en su morral cierta descripción de la *Montaña de las Anillas*, el pic de Fontargent. En cualquier caso, los reconocimientos del Principado de Andorra desde su mismo ombligo o desde la divisoria con Francia se parecen mucho a una recolecta de información. Finalizada su tarea, el abogado se replegaba el 27 hacia La Seu d’Urgell sin dejar de apuntar nuevas reseñas orográficas:

“La parroquia de Canillo está situada al pie de un terrible peñasco [...]. El santuario de Meritxell, muy cerca del camino, que es el de más fama del Valle, y luego se encuentra una terrible bajada que llaman la Garganta, y bajando de allí ensancha el Valle [...]. Seguimos nuestro camino pasando por el lugar de Escaldes, en el cual hay varias fuentes que nacen al oriente de la Valira, de una grandísima montaña y tan ardientes que no se puede sufrir en la mano [...]. El pueblo de Escaldes carece de sol en mucha parte del año, por la elevación de los montes que le rodean”.

Las descripciones de Zamora cubrirían otros temas delicados. Por ejemplo, de su paso por Sant Julià de Lòria dejó escrito: “Hay muchas tiendas de géneros prohibidos. Hay un armero para componer las carabinas de los contrabandistas”. Y en Andorra la Vella observó: “Al entrar vi el famoso Gravat, insigne malhechor, que se halla aquí refugiado con otros compañeros. Los malhechores no respetan el mismo sagrado de que gozan, pues allí mismo

ejecutan sus atrocidades y muertes, como se ha verificado estos días”. En cuanto a su estancia en Soldeu, le permitiría afirmar: “Uno de los dos Bailes del Valle, Josef Calbo i Areny, me contó los excesos que cometían los malhechores y cuán fácil sería exterminarlos por la abundancia de armas que hay en el terreno y por la estrechez y pasos de él, adonde podrían atacarse”.

Francisco de Zamora pudo ser el primer montañero que dejó constancia escrita de un ascenso en Andorra. Desde el tempranísimo 1788: apenas un año después de la llegada al Pirineo del mucho más famoso Louis Ramond de Carbonnières.

1.05. Reseñas de un coruñés en 1794

Otro de los jalones viajeros durante el Siglo de la Ilustración vino firmado por el ya citado en el capítulo mitológico, José Cornide Saavedra. Un coruñés autor de cierta *Descripción física, civil y militar de los montes Pirineos* (1794) de escasa difusión. Sus parcos apuntes sobre las generalidades del Principado o de sus vías de acceso no dejan hoy de tener interés:

“El valle de Andorra es un distrito situado entre las asperezas del Pirineo, y regado por el ya dicho río Valira y por otro Ordino, que se une con aquel enfrente de la villa de Andorra, capital de este pequeño partido, muy parecido en sus circunstancias locales al valle de Aran. Su clima, así como en casi todo este corregimiento, es frío y destemplado, porque apenas hay tres meses del año que no nieve en los montes que le rodean. El terreno de su parte superior es áspero y fragoso, y solo produce centeno, poco trigo, mucho heno y algunas frutas. Los pastos son abundantes y excelentes, y con ellos se mantiene cantidad de ganado caballar y vacuno [...]. En sus montes se crían osos, lobos, cabras montesas y liebres de un tamaño extraordinario, patos, gallinas silvestres y perdices de distintas especies y colores. En sus ríos se pescan grandes y delicadas truchas; y en sus bosques se encuentran varias venas metálicas que proveen algunas herrerías que se hallan en corriente [...]. Desde este corregimiento comunican algunos caminos, aunque no muy practicables, con Francia. El primero es el que va de la Seu d’Urgell a Vielha, y que después de haber pasado el río Valira debajo de Castellciutat, deja el camino que va a Gerri [...]; y dejando a mano izquierda la gran montaña de Sant Joan del Erme, baja a Romadriu [...]. Otro camino pasa por la Seu d’Urgell a Siguer, dirigiéndose a Calviníá, a Arcadell y Arovell; pasa el río Valira a vado y luego por Santa Coloma y Andorra, en donde se aparta del camino que va a L’Ospitalet; sube a la Masía y vadeando otra vez la Valira, para por Ordino; y sube a Pornás la cortina Ylles, donde deja el camino que va al condado de Foix, y continuando su subida hasta el puerto por donde pasa la raya de Francia, baja seguidamente a Siguer. Este camino hasta el lugar de Andorra es llano y carretero, y por consiguiente bueno, pero lo restante es desfiladero y malísimo”.

Este texto breve casi puede presentarse como una tempranísima guía sobre las veredas andorranas. Además de constituir, como ya se ha anticipado, una carta de presentación de sus mitos montañeros.

1.06. Observaciones de dos viajeros del Norte

Tras un inicio prometedor en los años finales del siglo XVIII, el *País del Pirineo* iba a comparecer con ritmo lento en la crónica montañera del siglo XIX. Sirva como muestra el laconismo del que hizo gala Jean-Baptiste Mercadier de Belesta desde su *Ébauche d'une description abrégée du département de l'Ariège* (1801). El francés surtiría entre sus páginas de materiales que poco iban a aportar al mundo del pirineísmo:

“Andorra, cuya lengua corriente es el catalán, es un país neutral situado en la pendiente meridional de la cadena de los Pirineos, que sirve como límite. Sin embargo, la mayoría de los geógrafos lo incluyen en el País de Foix [...]. El País de Andorra es extremadamente montañoso, y la mayor parte de sus montañas están recubiertas de bosques de pinos. Por otra parte, es poco fértil y está erizado de roquedos [...]. Los habitantes de Andorra apenas tienen tierra de labor, aunque sí muchos ganados y prados para que pasten. En general, constituyen un pequeño pueblo pastor [...]. El distrito de Andorra forma una especie de cuenca. Sus límites no siguen sino los picos elevados o las crestas de montaña, excepto en dos lugares de poca consideración: uno al sur y hacia España, en el paso del río Valira, que por así decirlo es su única puerta; el otro por levante, al lado del municipio de L'Ospitalet, donde acude a las fuentes del Ariège [...] hasta llegar al pico de Porteil y no dejar más las altas cimas de las montañas”.

Se puede servir una muestra más de generalidades desde tierras francesas, recurriendo al célebre estudio de Étienne-François Dralet para su *Description des Pyrénées* (1813). Un texto muy difundido donde apenas mostraba interés ni por el Principado ni por sus montañas:

“En cuanto a la vertiente meridional [de los Pirineos], comprende Cataluña, el país neutral de Andorra, Aragón y la Navarra Alta [...]. La pequeña República [*sic*] se extiende apenas sobre 100.000 hectáreas de terreno. Se trata de un país árido, cuya principal riqueza consiste en sus pastos y ganados. Muchos ríos tienen allí sus fuentes. La Valira, el más importante, desemboca en el Segre, en España. Andorra comprende seis municipios, a saber: Andorra la Vella, que es la capital del valle, Encamp, Canillo, Ordino, La Massana y Sant Julià [...]. Respecto al país neutral de Andorra, se encuentran allí forjas catalanas en número de cuatro, situadas en términos de los municipios de Encamp, Escaldes y Ordino [...]. Las minas de Serrera alimentan una parte de las herrerías del valle de Andorra”.

No parecía que Mercadier de Belesta o Dralet se sintieran fascinados por el singular territorio andorrano. Tampoco dejaban la impresión de haberlo visitado. De hecho, sus textos insinuaban que, para sus respectivas confecciones, habían recurrido a algún testimonio previo. Incluso mostraban cierta similitud entre sí.

1.07. La Memoria de 1820

En el primer tercio del siglo XIX se confeccionaría una reseña política con importantes referencias a la orografía del Principado pirenaico con destino al Gobierno español. Un trabajo breve que como tal era registrado en el *Diario de las Actas y Discursos de las Cortes. Legislatura 1820 y 1821* de este modo:

“Recibieron asimismo con agrado las Cortes, y mandaron pasar a la comisión de política un ejemplar de la memoria acerca de la soberanía que corresponde en el valle de Andorra a la nación española: su autor el ciudadano don Antonio Valls”.

El cronista en cuestión era un capitán de infantería retirado que, como terrateniente de la Seu d’Urgell, tenía fuertes intereses económicos en el Principado pirenaico. Su *Memoria de la soberanía que corresponde a la nación española en el valle de Andorra como parte integrante de la provincia de Cataluña* [...], editada en Barcelona en 1820, proponía anexionar dicho territorio al Reino de España. Valls destacaba la objetividad en sus afirmaciones, dado que, por ser un “propietario en aquel territorio [de Andorra], es mi interés pecuniario como a cualquier otro que subsista el desorden, se fomente el contrabando y se eludan las leyes fiscales”.

Evitando las cuestiones políticas o históricas, sin duda que esta *Memoria* de 1820 contiene, aquí y allí, interesantes descripciones físicas que llegan acompañadas por otros datos característicos del territorio. Como este tempranísimo catálogo de sus montañas principales que aquí se indican con su grafía original:

“Véase la carta geográfica del Valle de Andorra que formé recorriéndolo con la mayor escrupulosidad y cautela. Este se halla situado en el condado de Cerdaña, enclavado entre dos ramas de los Pirineos por la parte que estas montañas miran a Urgel sobre la frontera de Francia, inmediato al condado de Foix. Confina por el este por el corregimiento de Puigcerdá, por el sur con el propio corregimiento, por el oeste parte con dicho corregimiento y el del Talarn, y por el norte con el reino de Francia y el mismo condado de Foix. Está situado a los 43° 35’ de latitud y a los 45’ de longitud según el meridiano de París. Su circunferencia es de quince leguas españolas [...]. Tiene de largo siete leguas y seis de ancho. Está bañado por varios ríos, y entre ellos tres de caudalosos llamados Balira, Ordino y Hos, que tienen su origen en el Valle de Andorra, a excepción del último, que parte de él es en España; abundan unos y otros de gruesas y sabrosas truchas. Todo su terreno es montuoso, y la mayor parte de sus montañas son inaccesibles; y las más celebradas por altísimas son la Montaña de los Minerales de hierro, la de Casamaña, la de Saturria, la de Monclar, la de San Julia de Loria y la de Juglar, y forman estas y demás una prolongación de las faldas de las cordilleras de los Pirineos. Se hallan en dicho Valle ricas y admirables producciones de la naturaleza en cada una de los tres reinos, animal, vegetal y mineral, y preciosos jaspes. Está lleno de frondosos y dilatados bosques, cuyos árboles pueden dar madera para mástiles y construcción de navíos, su transportación es facilísima por los ríos Balira y Segre, hasta Tortosa, y luego al Mediterráneo como se ejecuta todos los días. Es abundante toda clase de caza, en particular de cabras montesas, jabalíes, osos, lobos y gallos silvestres, y de excelentes fuentes, y dilatadas praderías, cuyos sabrosos pastos son muy a propósito para cría de toda clase de ganado, y muy en particular para el caballar, como lo acredita la experiencia. Contiene unas ricas y abundantes minas de hierro de superior calidad, que dan el abasto continuo a las cuatro fraguas que se hallan en dicho Valle, y a la que está

inmediata a este, llamada vulgarmente de Moles, que facilitarían sin disputa una fábrica de armas. Consta de veinte pueblos que pertenecen a seis parroquias llamadas Andorra la Bella que es la capital, San Julia de Loria antes Lauredia, Encamp antiguamente Encap, Canillo antes Canillàus, Ordino Ordinavi, y la Masana Matrana, más cincuenta sufragáneas, y varios santuarios, siendo los principales y más concurridos el de Nuestra Señora de Merichell, el de Canolich y el de San Antón vulgo de la Grella. La planta de tabaco es la que más se cultiva y abunda en todo aquel territorio porque se surten de todos los artículos de primera necesidad de la Seo de Urgel y otros puntos de Cataluña, sin pagar como ellos derecho alguno”.

Antonio Valls daría más informes sobre Andorra que hubieran interesado a los viajeros. Por ejemplo, cuando entraba en la cuestión de los collados desde una perspectiva militar:

“Los puertos de Fra-Miquel, Saldéu, Fontargent y Siguier son inaccesibles por la parte de España, así como por la del Valle son muy practicables. Por ellos puede introducirse con facilidad un ejército en la Península, al paso que no puede ser lo contrario por la fácil defensa que ofrecen a favor del cerco del Valle de Andorra”.

En cuanto a sus consideraciones de índole económica, no dejan de obsequiar detalles sobre un territorio que, hasta entonces, constituía un misterio más allá de sus fronteras:

“Es constante que la utilidad de un terreno no se regula precisamente por su extensión sino por su situación. La circunstancia de tener las minas de hierro, su abundancia y buena calidad, sus cuatro fraguas, facilitarían con una ventaja increíble una fábrica de armas, pudiéndose además verificar sin disputa el aumento y mejora del ganado caballar, de cuyo saludable arbitrio se valen algún tanto los habitantes de Andorra, pues parece que la naturaleza reservó este territorio solamente para este objeto por lo abundante que es de ricos y sabrosos pastos”.

Desde 1820 existía un prometedor informe sobre Andorra que, fuera de su intencionalidad anexionista, hubiera servido como guía básica a los turistas y montañeros de primera hora. Sin embargo, dada su excasa propagación y, más aún, su escritura en lengua española, obtuvo una influencia nula dentro de la cultura pirineísta.

1.08. Cierta ascenso al Puymorens

Uno de esos viajeros frustrados que rozó la muga andorrana sin, aparentemente, ingresar en dicho territorio fue Louis-Adolphe Thiers. Un historiador y político marsellés que fue varias veces primer ministro con el rey Louis Philippe de Francia. Además de ser nombrado, con posterioridad, presidente provisional de la Tercera República francesa.

Si nos ceñimos a su faceta literaria dentro de la rama itinerante, será preciso aludir al texto que firmara sobre *Les Pyrénées et le Midi de la France pendant les mois de novembre et décembre 1822* (1823). Se trata del relato de un periplo corto durante una época de alta tensión entre Francia y España. Curiosamente, Thiers no parece muy informado de la existencia del Principado

del Pirineo a pesar de su paso por las inmediaciones. Aun con todo, los interesantes los párrafos que dedica al cruce de cierto *port de Puymaurin* [Puymorens o Pimorent] merecen la traducción. No en vano, el futuro presidente de la República francesa pudo rozar, sin saberlo, ese *País del Pirineo* sobre el cual también tendría condominio por su cargo.

Así, en 1822 Thiers cruzaba hasta Ax desde Latour-de-Carol y Porta junto a un joven contrabandista que ejercía como guía ocasional. De este modo se produjo su duro ascenso en condiciones invernales:

“No se puede salir de la Cerdanya sino por el valle de Carol, una garganta larga y peligrosa que desemboca en Ax, en el departamento del Ariège. Ahí está el denominado puerto de Puymaurin [Puymorens], uno de los más difíciles del Pirineo [...].

“Acepté las condiciones [del guía de Porta] y partimos. Tenía gran curiosidad por ver lo que era una tempestad en un desfiladero y comprobar si la imaginación de las gentes de la región se correspondía con las escenas que me habían descrito. Esta vez, el sufrimiento fue menor que por la mañana, pues ya estaba acostumbrado al frío y al viento y, por otra parte, nos acercábamos al mediodía. Pero lo que sucedió en adelante durante algunos instantes resultó inconcebible. Había momentos de calma completa donde no se percibía otro movimiento que la caída de nieve. Durante esos intervalos aproveché para mirar, aunque esos instantes se interrumpieran, pues el viento aparecía de repente con una violencia inesperada, revolvía las nubes, las empujaba hacia las hondonadas, y llevaba la nieve que todavía caía, amontonándose ya en la tierra, y la alzaba como las olas del mar, o la echaba hacia delante como las espumas del mar. La desolación durante aquellos instantes es imposible de describir. Los cambios de sus formas, los nuevos deslizamientos de la nieve, la disposición inesperada de las nubes, los sonidos espantosos, todo hacía pensar que uno asistía al fin del mundo. Durante uno de esos momentos quedé maravillado por un espectáculo admirable. Una vez llegué a lo alto del puerto [de Puymorens], me giré y vi ante mí una inmensidad de valles que se desplegaban unos detrás de otros. Las nubes se extendían hasta la última línea del horizonte, pero de repente, mientras que las que estaban sobre mi testa estaban sombrías y espesas, las del fondo se aclaraban, y pude percibir, a una gran distancia, las comarcas de las que venía y que, perfectamente iluminadas por el sol, parecían disfrutar de una calma inalterable. Dicha calma, vista desde el seno de la tormenta y a través de la magia de la lejanía, me maravilló, y me hizo olvidar todas las penas del viaje. El trayecto fue lento y difícil. Me fijé en el instinto de los animales en estos momentos de angustia. Mi caballo abría los ojos y los agujeros nasales, echando las orejas hacia delante cuando no estaba seguro de estar sobre un terreno sólido, sondeando entonces con el pie y apoyándolo cuando estaba seguro de encontrar un apoyo suficiente. Este viaje duró toda la jornada y llegué por la noche a Ax, donde Francia reapareció de repente y con una suerte de elegancia producida por la estancia de los bañistas en plena temporada”.

No cabe duda de que el despistado Thiers, cuanto menos, admiró las cumbres de Andorra. Aunque no fuera plenamente consciente de haberlas tenido justo delante de sus ojos.

1.09. Cimas para un geólogo suizo

Durante el primer tercio del siglo XIX se pudo constatar otro posible ascenso a una montaña andorrana. Firmado de un modo críptico por Jean de Charpentier, un geólogo que rondaba el extremo oriental de la cordillera desde 1808. Este natural de Suiza se asentó en el Ariège un año después, y terminó instalándose en Toulouse hacia 1812, cuando finalizó sus estudios mineros.

Dado que le interesaban mucho las herrerías, es fácil suponer que visitaría Andorra en alguna ocasión. De hecho, dijo haberse apoyado mucho en colaboradores locales, tanto en Tarascon como en Vicdessos. Por desgracia, Charpentier fue extremadamente discreto sobre los recorridos montaraces que esboza dentro de su libro sobre el *Essai de la constitution géognostique des Pyrénées* (1823). Unas páginas donde apenas citaba al Principado sino para nombrar sus vegas principales:

“Andorre o Andorra, país neutral entre el departamento del Ariège y Cataluña [...]: el valle del Valira; el valle de Ordino. Estos dos valles se unen cerca de la población de Andorra, y sus aguas engrosan el Segre cerca de la villa de la Seu d’Urgell. Conforman, con sus gargantas y sus valles laterales el País de Andorra, país neutral que dispone de una forma particular de gobierno”.

Al menos, el helvético dejaría alguna pista sutil sobre sus posibles andanzas, a la par que facilitaba la morfología y cotas de ciertos resaltes de la frontera francoandorrana:

“Pic de Fontargent, sobre lo alto de la cadena superior, al fondo del valle de Aston, en el Ariège, esquisto arcilloso y de transición, medido [a la estima, en el siglo XVIII] por [Henri] Reboul y [Jean] Vidal: 2.807 metros [tiene 2.618 metros].

“Pic de la Serrera, sobre las alturas de la cadena superior, al fondo del mismo valle, rocas intermedias, medido por los mismos: 2.939 metros [tiene 2.913 metros].

“Pic del Port de Siguer, sobre las alturas de la cadena superior, al fondo del pequeño valle de Siguer (esquisto arcilloso), medido por los mismos: 2.917 m [tiene 2.638 metros].

“Port de Rat, al fondo del valle de Vicdessos, esquisto arcilloso y cuarzo de transición, medido por Charpentier [sin explicar si a la estima o sobre el terreno]: 2.267 metros [tiene 2.537 metros]”.

Aun sin disponer de otro documento que lo confirme, quizás pueda aventurarse que Jean de Charpentier ascendió a este trío de montañas y al puerto de la muga Norte andorrana. Con objeto de registrar las alturas y, sobre todo, de analizar la naturaleza de las rocas que luego reseñara. Es probable que sus reconocimientos, efectuados entre 1809 y 1812, supusiesen el segundo capítulo del pirineísmo en este Principado. Una época en la que, tras el vacío de Louis Ramond, los antecesores a caballo del siglo XVIII y el XIX, Henri Reboul y

Jean Vidal, obtenían el grueso de sus cotas altas *a la estima*, registrando ángulos con sus catalejos y mediante procedimientos euclidianos.

1.10. Los Pirineos de Chausenque

Tras este arranque del siglo XIX tan prometedor, el montañismo en Andorra sufriría un nuevo parón. Durante largas añadas ningún habitante de las llanuras pareció preocuparse por sus cimas. Como ejemplo sangrante se puede tomar el texto sobre *Les Pyrénées, ou Voyages pédestres dans toutes les régions de des montagnes depuis l'Océan jusqu'à la Méditerranée* (1834), de Vincent de Chausenque. A pesar de que su autor rondara el sector entre 1823 y 1825, se limitaría a servir consideraciones filosóficas sobre el Principado, que no reseñas prácticas sobre sus valles y montañas. Veamos alguna:

“Ax es la principal salida de los productos poco numerosos de esa Andorra que acabábamos de rodear. Esta región, muy poco conocida, merecería ser visitada. Posee montañas muy altas, grandes bosques y minas de hierros, muchas de las cuales están situadas en el mismo cordal del pico de la Ferrère, otorgándole su nombre, así como numerosas forjas y una población interesante por sus costumbres [...].

“Ceñido a la cuenca superior de la Valira, un río que desemboca en el Segre pasada la Seu d'Urgell, el territorio de esta república patriarcal [*sic*] apenas dispone de cien mil hectáreas de superficie. Es un país pobre cuyos únicos recursos se limitan al ganado, los productos de las forjas y los beneficios del comercio, a menudo fraudulento, entre Francia y España [...].

“Un pueblo feliz tras sus pobres roquedos, a salvo de las ambiciones de los príncipes: encerrado entre dos grandes Estados, jamás ha participado en sus debates sangrientos, aunque sus ecos hayan llevado con frecuencia el resonar lejano de las batallas, como para cobijar mejor todos sus bienes a través de una paz eterna y una sabia libertad. Así, sus montañas y clima duro los han preservado de las tormentas políticas que, desde antiguo, devastan el mundo. Han conservado sus costumbres sencillas y libres cuando todo en derredor se corrompía, cuando tantos poderosos caían. La ignorancia es menor en Andorra que en las regiones vecinas: la mayoría de los jóvenes van a estudiar a Toulouse o a Barcelona, y cada cura dirige una escuela gratuita donde incluso se enseña algo de latín. Es una idea satisfactoria en favor de la Humanidad el hecho de que exista en Europa un rincón, a pesar de lo limitado y de lo salvaje que pueda ser, donde el hombre puede soñar con ser libre sin que esa palabra mágica resulte profanada, donde, efectivamente, uno no esté atado mediante esas mil cadenas que los diversos partidos se esfuerzan por imponer a todo el mundo, bajo las cuales nuestra desdichada época se debate tan a menudo”.

Todo lo más, Chausenque concretó una travesía del puerto de Puymorens o Pimorent, desde Latour-de-Carol. Cuanto menos, la percepción de las montañas de Andorra estuvo presente en este ascenso fechado en 1824:

“En el cielo puro del este se podía admirar un poco más la magnífica cúpula del Puigmal, mientras que, por el oeste, el sol, oculto ya tras las sierras de Andorra, enviaba largas franjas de luz, señal de buen tiempo [...].

“El alba hizo surgir de la noche las crestas de las montañas de Andorra [...]”.

“La subida al collado lleva su tiempo, pero se realiza sobre pendientes herbosas. Al final se surge del valle, y todo son prados y pastizales. Vamos hacia una cabaña de aduaneros que está ocupada día y noche. Los oficiales y nuestro guía se miran con ojos llenos de rencor, y una vez hecho eso, vamos a un lado de la cabaña para abrir nuestras valijas y descansar allí una hora. Sobre aquel altiplano, muy accidentado, aunque bien verde, se encuentra –como ya he visto en el coll de la Perxa– algún túmulo de piedras que indica el camino cuando hay niebla o nieve. Las pendientes herbosas que siguen hacia el oeste pertenecen a Andorra. Se puede entrar en dicha República [*sic*] tanto por el port de Soldeu – desde donde se baja a Canillo, el primer pueblo que hay desde Francia– como por el port de Framiquel, más arriba del estanque donde nace el río Ariège [...]”.

“En poco tiempo es posible bajar del coll hasta el río Ariège, que atravesamos por el puente llamado Cerda; veinte minutos después, entramos en L’Ospitalet, un pueblo bruto con casa miserables que contrastan con las de los pueblos de la Cerdaña”.

Es una pena que este montañero confirmado que llegó a hollar varios tresmiles en el Pirineo central, no incrementara su currículo ascensionista en las cimas andorranas. Máxime, siendo que Chausenque sirvió una completa guía en dos tomos sobre esta cordillera donde se hubiese podido esperar más recorridos prácticos. Sin embargo, se limitó a rodear Andorra mientras confesaba que merecía algún tipo de exploración. Estaba visto que, durante algún tiempo, la crónica decimonónica del *País del Pirineo* sería de caminantes, que no de montañeros.

1.11. Con los geodestas militares galos

En la historia de las montañas del Principado pirenaico será preciso dedicar varios apartados a ciertos hombres de armas discretos que sacaron adelante tanto los cometidos de control como otras tareas de delimitación o cartográficas. Llegaron en varias campañas que iremos revisando cada una en su época.

Antes de pasar a la, posiblemente, primera de todas ellas, se puede realizar una mínima revisión histórica. Así, Andorra no se vería involucrada en ninguna especificación concreta sobre sus territorios como consecuencia del Tratado de los Pirineos (1659). Eso, a despecho de contar con divisorias sumamente imprecisas en lo referente a sus vecinos galos, de unos cincuenta y siete kilómetros de longitud, o a los colindantes hispanos, de unos sesenta y cinco kilómetros. Para ilustrar mejor la perspectiva local, nada como servir uno de los párrafos que más airean quienes abordan el tema de las comunicaciones andorranas de antaño. Que es tanto como hablar de esa cita del *Manual Digest* (1748) donde Antoni Fiter i Rossell exponía su Máxima 44:

“Los caminos de los puertos no tienen que ser muy buenos, sino más bien escabrosos y difíciles, solo para que se pueda transitar por ellos malamente. A diferencia de los caminos reales del interior de los Valles [de Andorra], los cuales parece más conforme a todas las razones y a las del comercio que estén en mejor disposición que los de los puertos que atraviesan los Pirineos: estos tienen

que estar de tal forma que solamente se pueda pasar por ellos, porque de este modo siempre se evitará el paso de las tropas, sobre todo, en tiempo de guerra entre Francia y España”.

Asimismo parece oportuna la revisión de la clase de pliegos que podían manejar los exploradores de las cumbres andorranas. Hasta mediados del siglo XIX se tendrían que apañar con dos manufacturas francesas bastante limitadas. Por un lado, la Hoja XV del mapa de La Blotière y Roussel del año 1717. Se trataba de una porción de la *Carte Générale des Monts Pyrénées* editada por el Ministerio de la Guerra galo a 1:36.000 de escala aproximada. Además, se contaba con el plano de los Cassini a 1:60.000, tirado por cuenta de la *Académie des Sciences* en 1788. En ambos casos se trataba de unas impresiones artísticas con dibujitos de montañas del todo ornamentales, pues lo que verdaderamente importaba eran los pasos fronterizos, los caminos y las villas. Nada que pudiera ayudar a recorrer las altas cotas.

Y, sin embargo, los militares galos que reconocían las mugas tendrían que ganar altura. De estos recorridos cartográficos por la Andorra de mediados del siglo XIX han quedado pocas trazas. Por el momento hay que conformarse con los aportes del historiador Henri Beraldi. Un rastreo sosegado a través de los siete tomos de sus *Cent ans aux Pyrénées* (1898-1904) puede brindar jalones de lo que los soldados norteños fueron descubriendo sobre las cimas del *País del Pirineo*. Así, el erudito parisino dedujo que los tenientes Coraboeuf y Testu subieron al “Pic Oriental du Col Rouge [¿el port de Boet?]” sobre el 17 de septiembre de 1825, para distinguir con sus aparatos geodésicos las cumbres andorranas del “Pédrous [¿Comapedrosa?], Le Bouc, Serrère [Serrera], Gallinas”.

Según Beraldi, hacia 1827 esos mismos geodestas franceses rondaban la zona de Vicdessos a pesar del tiempo pésimo que les tocó en suerte. De cualquier modo, como consecuencia de estas campañas, en 1832 brindaron algunas cotas del sector que nos ocupa: “Le Géant, Gallinas, Peyric, Pedrous [Comapedrosa]... Ascobs [¿Escobes?], pic de Thoumas [¿Thoumasset?], pic del port de Siguer, la Serrère [Serrera]”. Acaso, tras haber subido dichas elevaciones.

Todavía no se ha difundido su listado completo de ascensos ni sus relaciones, aunque es fácil suponer que se encaramaron sobre muchas montañas limítrofes sin que les importara sus dificultades de acceso. No en vano, los geodestas militares franceses encargados de la triangulación de primer orden visitaron varios puntales importantes del Pirineo central. No resulta inverosímil que ganaran en los años veinte del siglo XIX los *techos* del Principado.

1.12. Exploraciones botánicas

Es posible que el primer *herborista* serio que escrutó los pliegues de la orografía andorrana fue George Bentham. Un joven de Portsmouth que se interesó por esta ciencia tras curiosear entre la obra del suizo Augustin-Pyramus de Candolle. Aprovechando que residía en Montpellier, el autodidacta británico comenzó a rondar el piedemonte pirenaico sobre 1820, percatándose de que constituía una *terra incognita* para los estudiosos del mundo vegetal.

Cinco años después reunió a varios colegas para realizar un reconocimiento a fondo: Audibert de Tarascon, Requien de Avignon y Walker-Arnott de Edimburgo. Sus tres meses de recolectas de toda suerte de especímenes entre Figueras y Benasque cuajaron en un tratado inaugural: *Plantes indigènes des Pyrénées et du Bas Languedoc avec des notes et observations sur les espèces nouvelles ou peu connues, précédé d'une Notice sur un voyage botanique fait dans les Pyrénées pendant l'été de 1825* (1826). Donde, ni que decir tiene, se incluiría a Andorra.

Vamos a centrarnos en las peripecias viajeras del grupo de naturalistas. El 8 de julio de 1825 Bentham y los suyos penetraban por el sur en el Principado pirenaico. De esta forma discurrieron sus recuentos botánicos:

“Apenas salimos de la Seu d’Urgell, los policías nos pidieron nuestros pasaportes, que enseguida nos devolvieron porque no sabían leer. Por su parte, los aduaneros nos preguntaron en la frontera sobre nuestras intenciones, pero en cuanto nuestro guía les dijo que *éramos cirujanos franceses y que aquello no les incumbía*, se retiraron tras saludarnos con respeto. Desde allí hasta Andorra, el camino seguía un valle profundo, pintoresco y variado, que tan pronto se mostraba alzado y erizado de roquedos casi perpendiculares hasta gran altura, de unos tonos sombríos que le daban un aspecto todavía más pintoresco..., como se estiraba en pequeñas llanuras que siempre cobijaban dos o tres pueblos, bastante ricos y poblados, aunque miserablemente edificadas, y tan negros por delante como por detrás que llegué a preguntar *si la costumbre era la de pintar sus casas de negro*. Me respondieron que solo se trataba del efecto del humo de la madera de pino que quemaban para alumbrar y para calentarse. Tras haber almorzado en Sant Julià de Lòria, el principal depósito de los contrabandistas, llegamos por la tarde a Andorra la Vella”.

Una vez en dicha población, la entente internacional de sabios tuvo alguna dificultad para hallar alojamiento. A partir de este punto el relato de Bentham se torna más ácido. Desdeñaremos sus opiniones típicas del mundo anglosajón para volcarnos en las andanzas itinerantes:

“Al día siguiente de nuestra llegada realizamos la primera excursión. Salimos de Andorra la Vella antes del amanecer y, remontando la rama occidental del valle hasta más allá de La Massana, viramos hacia la izquierda para trepar hasta el Port Negre, en los límites de los tres estados de Francia, España y Andorra [*sic*]. Siguiendo seguidamente la cresta de Coumallemps [¿Comallempsa?], bajamos al valle atravesando un bosque, para arribar a Andorra la Vella con la noche. Aquella jornada completamos unas veinte leguas recorriendo todas las variedades de terreno y de clima que ofrece una región montañosa, atravesando tanto ricos valles recubiertos de viñedos y de prados y de gargantas estrechas erizadas de rocas escarpadas donde no hallamos la menor indicación de la presencia del hombre, como subiendo por mitad de amplios bosques o de praderas extensas cubiertas de flores hasta los límites de las nieves eternas, por lo que esa misma jornada recolectamos plantas de dos climas diferentes. Por ello, no es de extrañar que a pesar del poco tiempo que nos dio un solo día para un recorrido tan largo, volviésemos cargados de plantas. Sin embargo, yo recomendaría a quienes vengan a este valle que no sigan

nuestras huellas. Por ejemplo, hay una alta montaña [¿Casamanya?] que separa el valle Ordino del de Canillo que creo podría ser más rica, sobre todo por su vertiente sureste del lado de Canillo.

“El 10 de julio [de 1825], fue preciso que secáramos y arreglásemos nuestras plantas, por lo que hasta el día siguiente no pudimos abandonar Andorra la Vella, no sin haber abonado una factura exagerada, y cargados con el último cuarto de nuestra cabra [...]. Remontando la rama oriental del valle, almorzamos en Canillo y marchamos tranquilamente hacia Soldeu [...]. Al menos allí tendríamos un cobijo donde pudimos extender nuestras recolectas de la jornada: había sido rica en plantas meridionales hasta Canillo, y en plantas subalpinas, sobre todo *umbrellas*, desde algo más abajo de Soldeu. Para realizar una herborización [recogida de especies vegetales] exitosa del valle, creo que habría que establecerse en Canillo, en el centro de los altozanos que parecen más fértiles. La cadena de montañas que se eleva por el suroeste debe de ser rica, y el mismo valle produce muchas y buenas plantas... Nuestro proyecto era herborizar al día siguiente entre las rocas de los alrededores de Soldeu, adonde hubiésemos regresado por la tarde, pero nuestras provisiones se habían agotado y el tiempo no era demasiado bueno [...]. Atravesando el port de Puymorens, bajamos al valle francés de Carol. Pasamos ante cinco o seis puestos de aduaneros sin que nadie se preocupara por lo que llevábamos [...]. Desde Soldeu, vale más visitar algún pico escarpado y bajar seguidamente al Ariège hacia la villa de Ax, que seguir al valle de Carol”.

Como pequeña historia secundaria de esta excursión queda la posible difusión desde Andorra del saco de dormir. Un importante complemento montañero cuyo descubrimiento adjudican, en las enciclopedias especializadas, ya a Charles Packe, ya a su amigo Henry Russell. Ambos, unos pirineístas bastante posteriores. La verdadera paternidad podría incluirse en la cuenta de George Bentham a tenor de su paso por el Soldeu de 1825:

“La hora de ir a dormir llegaba y nos enseñaron el lecho, cuyo aspecto nos disgustó a pesar de nuestras fatigas. Como es similar al que utiliza la mayoría de los campesinos de la República [*sic*], voy a describirlo. Era un gran saco de piel de cordero sin curtir, con la lana hacia fuera. Los andorranos se desvestían para meterse dentro de ese saco, que ciertamente debía de mantenerles calientes, aunque se acostaban con una compañía dentro que me pareció demasiado numerosa [¿parásitos?] como para permitir el descanso”.

Parece poco probable que su compatriota Packe no hubiera leído las *Plantes indigènes des Pyrénées et du Bas Languedoc*. Y, puestos a seguir con las conjeturas, extrañaría que se le escapara el párrafo de Bentham sobre los sacos de cordero detectados en Soldeu. Cuyas descripciones coincidían, de un modo rotundo, con el después famoso modelo difundido por su amigo Russell. En consecuencia, el saco de dormir tal vez pudo ser una aportación al mundo montañero que se fraguó en Andorra.

1.13. Los peligros de un puerto

Durante los primeros años del siglo XIX las aventuras excursionistas en el País del Pirineo se iban a limitar a la entrada en su territorio desde Francia. Ya

fuese por sus portillos de Framiquel o de Soldeu, en suelo andorrano, como desde ese puerto plenamente en tierras galas como es el Puymorens o Pimorent. En este último caso, el relato se limitaba a la mera conexión entre Porta y L'Ospitalet, las poblaciones limítrofes francesas. Con, acaso, algún tímido ingreso en Andorra por la Solana.

Dada la fecha temprana en que se produjo el siguiente viaje, se puede revisar la entretenida travesía del Puymorens realizada por el grupo de Étienne Arbanère, un antiguo prefecto que redactó el *Tableau des Pyrénées françaises* (1828). La mayor parte de su relato se refiere a cierto contrabandista local que tomó como guía. De esta forma narraba Arbanère su cruce desde la Cerdaña hasta el Ariège rozando la muga con Andorra:

"El valle de Carol, cuya cabecera comarcal alcanzamos tras una hora de marcha desde Puigcerdà, está situado en la vertiente meridional, por lo que tendría que reconocer al soberano de Madrid, que no al de París. Su comunicación con Francia es penosa durante seis meses, y a menudo queda por completo interrumpida. La Naturaleza reclama a los hombres que vivan junto a los cursos de las aguas de este territorio. Esos enclaves, multiplicados así en varios lugares, constituyen unas anomalías dentro del sistema general que tendrían que desaparecer. El País de Andorra, limítrofe, parece haber sido declarado neutral, totalmente a propósito para ser el depósito de los contrabandistas de las dos naciones. Sus torrentes, tributarios del Ebro, lo declaran, dentro de la Geografía de la Naturaleza, como enteramente español.

"Los males producen bienes a menudo. Esa verdad general tuvo su pequeña aplicación a nuestra salida de Latour-de-Carol, el pueblo principal del valle. Tras nuestra frugal cena en nuestro alojamiento y el duro lecho sobre tablas, acabamos partiendo con impaciencia a la luz de la luna, una hora antes de que los primeros rayos del sol tiñeran las cumbres de Andorra, logrando así que nuestra marcha a esas horas tempranas en las que el frescor del aire y el perfume balsámico de las plantas redobalaban sus fuerzas, donde todo parecía decirnos que nos apresurásemos, con el movimiento del sol y la actividad de la vegetación [...]. Todo parecía ser granito o bloques desprendidos en el seco valle de Carol. La vegetación nace al oeste sobre las pendientes de las montañas de Andorra y sobre el reverso del collado del Puymorens [dice Puy-Morent], que alcanzamos por unos céspedes verdes y cómodos.

"Pero, más que llamar nuestra atención estos partajes corrientes, lo hizo nuestro guía, Joseph Fo. Situados fuera de las fronteras naturales de Francia, gobernados por sus leyes aunque españoles de hecho, los habitantes de Carol son, desde su cuna, llamados a ser agentes de un comercio entre la Cerdaña y la vertiente septentrional. Como el fraude ofrece menor competencia y mayores beneficios, he aquí que son arrastrados a ser unos contrabandistas. La fuerza malhechora de su posición es tal que puede ser presentada como ejemplo de la fatalidad en los destinos humanos.

"-*Nadie escapa a ella*, me dijo [Fo].

"-*¡Cómo!*, exclamé, *¿ni siquiera el alcalde o el cura?*

"La respuesta fue evasiva. Uno de estos contrabandistas más intrépidos era nuestro guía [...]. Una guerra continua de apostamientos y de escaramuzas

a través de los roquedos, las nieves, las sombras de la noche y las tormentas del invierno, y algunas heridas habían hecho tras guerrear contra los hombres, la fuerza se resaltaba en su cuerpo, que no había degustado sino los rigores de esta naturaleza polar que le habían supuesto la pérdida de dos dedos congelados de su pie, hacían de Joseph Fo, en su categoría, un heroico contrabandista [...].

"Atravesando en solitario durante el invierno el col del Puymorens, bajo un cielo amenazador que podía tan fácilmente durante esta estación convertir los puertos en tumbas, vio unas huellas que se dirigían hacia la Combe-d'Elvezine. Eran, según pensó, de gente que se había perdido. Esa ruta no llevaba sino a un desierto de nieve y hielo sin salida. Una piedad poderosa animó su corazón y se lanzó, con riesgo de su vida, sobre esas huellas del infortunio. Después de una hora de marcha precipitada, encontró, acurrucados contra un roquedo debido a la impotencia y el desánimo, a un sargento y cuatro soldados que iban, en esa jornada de 1812, a unirse a su unidad en España.

"-¿Qué hacéis aquí, amigos míos?

"-Vamos a España.

"-Pues os habéis equivocado de camino: seguidme.

"-Dejadnos unos momentos, que tenemos necesidad de reposo.

"-¡Cómo, tú, que eres el jefe, deberías de dar ejemplo, sin dar muestras de pereza! Tras ese descanso viene la muerte: vamos, seguidme.

"Dos puñetazos violentos reanimaron, entre la sorpresa y la indignación, al sargento, ya atontado por el agotamiento y el frío. Todos obedecieron a su enérgica voluntad, surgida con una actitud imperiosa, con su fisonomía ágil y acento de hombre. Los arrancó de la tumba y condujo a L'Ospitalet, el primer pueblo del valle del Ariège. Allí, de vuelta al calor de la vida, lo abrazaron, le dijeron que había sido como un segundo padre, su salvador, y quisieron engrosar su bolsa como recompensa.

"-Pero, les respondí, nos contó Fo, yo no vendo mi piedad, y mi servicio para salvar vuestras vidas no se paga. Lo rechacé todo [...].

"Desde la meseta del Puymorens dominábamos el profundo valle del Ariège y el amplio amasijo de montañas del País de Foix [...]. El sol, sin el velo de las nubes celosas, colmaba todo el espacio de los cielos con la luz más pura. Los céspedes de nuestro entorno estaban llenos de vigor y esmaltados con mil flores desconocidas en nuestras llanuras. Estas hierbas frescas y floridas parecían componer el trono de la primavera. Pero la amplia soledad que nos rodeaba anunciaba que el suave espectáculo no era sino y corto y pasajero sobre estos lugares de altura: que el invierno, con sus nieves, sus hielos y sus ráfagas ejercían aquí un más largo imperio y el hombre, espantado, escapa de estos lugares polares. Los vientos son siempre más temperamentales en estos pasos llamados ports o cols, que en otros lugares de la cadena, porque apretados en el canal de los valles por las altas escarpas que los bordean, desembocan con una furia inexplicable en esas depresiones que el hombre ha elegido por motivo de su accesibilidad para franquear una de las cadenas laterales o la línea de la cresta. La atmósfera es allí como un mar que se escurre y que comprime sus oleajes irritados en algún estrecho [...].

“La aldea de L’Ospitalet se presenta después del descenso completo de la montaña. Está situada como Porta en el valle de Carol; sucede así en todos los collados del Pirineo [...]. El valle se alarga de forma inapreciable, pero durante largo tiempo aparece en solitario. Las casas más numerosas y cuidadas formaban un grupo llamado Mérens, donde estaba el principal puesto de aduaneros. Las gentes de allí, por el instinto o por una memoria fiel, reconocían a nuestro guía [Joseph Fo] como a su enemigo. En cuanto a él, orgulloso y confiado, pasó con la cabeza alta, lanzándoles miradas de refilón mezcladas con desdén”.

Aquí dejaremos aquella travesía del Puymorens y paso junto a la divisoria andorrana completada por Arbanère en torno a 1828. El montañismo de cumbres, tras un comienzo espectacular, había perdido el ritmo para volver sus ojos hacia los grandes puertos de entrada en Andorra. Las cimas tendrían que esperar.

II. LOS EXCURSIONISTAS PRUDENTES (1834-1862)

2.01. Las medidas anti turísticas de 1834

El segundo tercio del siglo XIX iba a debutar con una serie de normativas impuestas desde la Capitanía General de Cataluña que no hubieran podido resultar más perniciosas para el fomento de los viajes por Andorra. Así, debido a la Primera Guerra Carlista, entró en vigor cierto “Edicto de abstención y vigilancia de las Autoridades del Valle de Andorra publicado en Andorra a 22 de diciembre de 1834”. Los artículos que más atañían a la cuestión de los visitantes foráneos así rezaban:

“Ninguna persona podrá hospedar en su casa, borda, o pajar hombre ni mujer sin tener pasaporte refrendado del mismo día o anterior [...].

“Los vecinos de los presentes Valles no podrán facilitar víveres ni otros auxilios a ninguna persona sospechosa bajo la pena de sesenta libras y ocho días de prisión.

“Quien recoja alguna persona deberá dar parte en el acta al Cónsul de la parroquia o a su encargado, y en el caso de encontrarse en ella el Comisionado Español, lo hará a éste también, procurando entretener al que se haya presentado a fin de ser reconocida la persona por la autoridad, bajo la multa de treinta libras.

“Si algún individuo tornase las armas contra el Gobierno de la Reina de España, o se ocupe en traer noticias de los Carlistas, se considerará por este solo hecho haber perdido los derechos de Andorrano y desterrado de los presentes Valles”.

Extraña poco que, con esta normativa tan dura, los visitantes que, sobre todo desde el norte, deseaban conocer el *País del Pirineo*, sacaran adelante su proyecto. Por fortuna, alguno se animó, e incluso puso sus peripecias por escrito. Quizás este edicto de 1834 explique también alguna actitud precavida de los nativos hacia unos turistas que, en su feliz ignorancia, en nada se ajustaban a la situación política de la zona.

2.02. El periplo de Murray

En agosto de 1835 cierto escocés llamado James Erskine Murray recorría los Pirineos de punta a punta. A resultas de sus vagabundeos por ambas vertientes de la cordillera redactó un libro que tituló *A summer in the Pyrenees* (1837). Este natural de Edimburgo no se olvidaría de visitar ese Principado que se arrojaba entre las mugas de Francia y España.

El periplo de Murray arrancó desde Latour de Carol, donde tuvo la precaución de contratar como guías a cuatro contrabandistas locales. A tenor de sus imprecisas indicaciones, el quinteto ingresó en la nación pirenaica desde el valle de Campcardós y la Portella Blanca (2.527 metros). Por aquellas añadas la raya andorrana se mostraba revuelta debido a las incursiones, tanto de *Carlistas* como de *Cristinos*, dentro de su territorio soberano. Por añadidura, los traficantes de armas habían incrementado sus operaciones por las montañas limítrofes. El viajero escocés no tardó en registrar pistas de esta muga candente: sobre la misma frontera su grupo halló los restos tibios de una fogata que supusieron de *paquetaires*. El edimburgués no se privó de describir el terreno en el que ingresaba:

“Este valle rodeado de montañas rocosas es uno de los pastos de altura frecuentados durante cortos períodos de tiempo por los rebaños andorranos. Salvo en las orillas del arroyo, hay poca hierba... En la vertiente andorrana [¿del circo d’Engaït?] no existe un bojedal lo bastante grande como para ocultar un perro... En la parte más elevada de esta montaña llamada Montmalús, cuya totalidad pertenece a Andorra, se encuentran los decorados más salvajes que puedan imaginarse. Hay tres lagos rodeados por montañas con muros verticales, cuyas cimas desgajadas tienen las formas más extrañas... Las paredes que rodeaban estos lagos, más escarpadas y enderezadas de lo que es habitual, se hubiesen dicho unas ruinas. Al cabo de los siglos, han terminado ajadas y desgarradas por la intemperie, para formar picos con todas las formas. Estos lagos no tenían en derredor ni árbol, ni arbusto, ni traza de vegetación alguna, e incluso los líquenes parecían escapar de sus enormes masas rocosas desgajadas de la montaña, apiladas en un desierto donde reinaba la soledad más profunda y un silencio que no turbaba ni el rugido de una cascada ni el murmullo de un arroyo”.

James Erskine Murray percibió la divisoria como “un lugar de muerte y de desolación”. Tras superar el port de Vallcivera (2.528 metros) u otro portillo aledaño, accedería a la vega del Madriu. En el descenso hacia Escaldes se topó con cierto natural del país que pescaba, no lejos de una forja:

“Eran de lo más simple tanto su ropa como instrumentos de pesca. Todo era de confección casera. De talla media, bien formado y atlético, sus rasgos eran agradables y tenía rostro expresivo, en tanto que su testa hubiera podido servir a un frenólogo como modelo de cuanto es grande y bueno”.

Tras constatar con envidia la veintena de truchas que el andorrano acababa de sacar del río Madriu, Murray proseguiría su excursión hacia el interior del Principado. Tampoco contuvo su pluma al detallar la orografía del sector cercano a Escaldes:

“Este valle, uno de los mayores de Andorra, se compone de una sucesión de cuencas formadas por unas montañas que sucesivamente se acercan y se alejan las unas de las otras. La cuenca en la que se sitúa la forja de Escaldes aparece casi separada de las que se hallan por encima y por debajo de la misma, pues las montañas se aprietan en sus extremos y el río cae en cascadas muy bellas en su entrada y en su salida [...]. Emprendimos pronto el descenso del valle, que se volvía cada vez más interesante con cada paso que dábamos. Terminamos por atravesar su sucesión de cuencas donde los bosques de abetos que las cubrían daban un sosiego añadido. Los desfiladeros que los limitaban terminaron siendo cada vez más amplios hasta desaparecer completamente, dejándonos ante la primera de una serie de cascadas y rápidos que, en la parte civilizada del mundo, habrían sido visitados por millares de personas. Ante mí se extendía el mayor de los valles andorranos, al otro lado del cual se hallaba una rica vega donde se alzaban las villas principales, las más pobladas de esta República [sic]. Las montañas de uno y otro lado estaban forradas de bosques casi hasta su cima, por lo que los aromas más delicados se captaban en sus regiones inferiores y en sus lugares abrigados. Los pinos y abetos, que extendían sus brazos descarnados y sus ramas verdes a la intemperie, reinaban como dueños incontestables de las regiones superiores [...]. Se podía envidiar a los andorranos por poseer este valle. No era demasiado grande, pero era una joya donde se hallaban los paisajes más perfectos que pudiera imaginarse”.

Parece que al escocés le gustó Andorra, aunque no en su faceta salvaje, sino en su rol como *jardín inglés*. Pero el valor del texto de Murray no radica en las descripciones de la vega de la Valira, sino en la de los hábitos locales. Como, por ejemplo, de estos chascarrillos referidos a su pernocta en casa del regidor de Escaldes:

“Me senté en el sitio donde tendría mayores probabilidades de hacerme comprender: entre las dos hijas del alcalde. Hacía esto por principio, pues anteriormente ya me había percatado de que las mujeres, en una región donde se habla mal su lengua o no se comprende, tienen mayor capacidad para entender que los hombres”.

Por lo demás, el viajero se negó a beber vino en porrón, para así evitar “que las damas de Andorra le encontraran vulgar”. Se pueden completar estas impresiones con sus alusiones al comercio regional:

“La única tienda del pueblo estaba atendida por un francés. Allí se podía hallar de todo: los estantes estaban repletos de género alimenticio, quincallería y sedas. Ante unas vitrinas tan animadas no pude resistirme a la tentación de comprar un *souvenir* de Escaldes y pasé al almacén para elegirlo, lo que no sería nada fácil. El propietario me preguntó por lo que quería comprar y yo le respondí que no sabía exactamente lo que quería, pero que tenía que ser algo fácilmente transportable, pues cruzaba a Francia. Interpretó mis palabras de forma opuesta a lo que querían decir, creyendo que aludía a esos artículos de contrabando fáciles de cargar, y al punto se retiró a la trastienda, de donde regresó con un gran lote de pañuelos de Barcelona. Unos artículos de semejante género me interesaban más que la carne salada, los botes o las cacerolas”.

Murray solo pasó una noche en el Principado. No nos entretendremos con las peripecias que recolectó a resultas de varios encontronazos con unos contrabandistas españoles de aspecto inquietante. Es preferible acudir a las notas de su viaje hacia la muga con tierras galas por un itinerario zigzagueante, distinto al de entrada:

“Cuando se sube desde la cuenca de Andorra, se penetra en el valle de Arinsal por una de esas magníficas gargantas de las que tantos ejemplos hay en los Pirineos [...]. El desfiladero de Ordino es tan estrecho, y las montañas que lo dominan y oscurecen con su sombra se muestran tan escarpadas y recubiertas de zarzas mientras el torrente furioso ruge a la vez que desemboca en este valle estrecho, que el paisaje en su conjunto recuerda mucho al de los alrededores del Pas de l'Échelle en [el circo de] Gavarnie [...]. Ir de Ordino a Canillo es, para quien viaja a pie, de una cierta exigencia, pero la belleza del paisaje y de las montañas dan fuerza durante este trayecto [...]. Andorra está formada por tres valles de montaña. Dichos valles son los más salvajes y pintorescos de los Pirineos, y las montañas que los rodean, con sus picos inmensos, están entre las más altas e inaccesibles [...]. La subida hasta la frontera comenzaba a continuación de Soldeu y, hasta que se franquean las primeras cumbres, el paisaje no presenta ninguna característica de interés. En lo alto del valle del Valira, pasamos ante la primera aldea andorrana, cuyos habitantes habían sido robados y saqueados por los *Carlistas* unos días antes [...]. A pesar de lo numerosos que son los lugares donde brota gran cantidad de flores silvestres en el Pirineo, jamás vi tantas como aquí. Había un número tan elevado y de colores tan diversos y bellos que caminando sobre ellas creía estar cometiendo un sacrilegio. Incluso me arriesgaría a decir que no existe una terraza de flores naturales tan extensa como lo que se halla entre el port de Framiquel y L'Ospitalet”.

Las loas del escocés hacia los encantos naturales de esta nueva ruta acaso lograran atraer algún visitante hacia el *País del Pirineo*. Un periplo cuyo anecdotario se incrementó pasada la muga, donde fue preciso tratar con los celosos guardianes:

“Una compañía de soldados [franceses] se había establecido en este pueblo fronterizo, y el centinela que vigilaba la entrada pidió ver mi pasaporte. Se lo di, pero como no era capaz de leerlo, llamó a uno de sus camaradas del puesto de guardia. Éste era igualmente un iletrado, por lo que fue un tercer individuo quien demostró que era capaz de examinar mi pasaporte. Que supiera leer o no, no sabría decirlo exactamente, pero, en cualquier caso, me lo devolvió diciendo que podía proseguir mi viaje”.

La literatura viajera iba asentando de este modo una serie de pautas que harían fortuna durante varios decenios. Al menos, mientras duró el largo eclipse de los turistas de montaña.

2.03. La Relación del mosén

Una de las obras fundamentales de la literatura del *País del Pirineo* es cierta *Relació sobre la Vall de Andorra* (1838). Se trata del trabajo de un provicario de Anyós, mosén Tomás Junoy, que cruzó al Principado un 29 de

septiembre sin problema alguno con las partidas de soldados durante la primera *Carlistada*, y después de “haber pasado por todas las alambicaciones modernas de las fronteras de España y Francia”. En comparación, encontró que en Andorra eran todo facilidades, pues no había “guardias que molesten, registros, barreras, aduanas”, sin que fueran necesarios, para ingresar, “guías, mapas o pasaporte”. Seguidamente el sacerdote recomendaba una visita a esta nación, motivo por el cual surtiría de todas las informaciones útiles desde el primer capítulo sobre “El territorio de Andorra”. No es larga la *Relación* de Junoy, pero aquí nos ceñiremos a las porciones más interesantes para un viajero que mirase de reojo hacia las alturas:

“Los Pirineos siguen su dirección natural hacia oriente, marchando hacia el origen de la montaña de Fon Argenta [...], y desde aquí giran hacia el sur hacia el extremo de Valira [...]. Aquí dejan los Pirineos una rama de montaña igual a los Pirineos que se dirigen hacia poniente y acude a el extremo de la Peguera [...] desde donde la montaña comienza a abatirse y toma la dirección hacia el llano del pla de las Forcas al norte y a un cuarto de la Seu [d’Urgell]. Desde el primer punto al extremo del valle de Ausat, y Boet, se desprende otra montaña igual a los Pirineos de la divisoria del partido de Urgell [...]. El río Runer que desde el extremo de la Peguera va desde oriente para al cabo de dos horas morir en la Valira, es la muga de Andorra, y por la parte de poniente la cadena que divide el valle de Fontaneda de la [legendaria] Argolla [...]. Por aquí se forman dos grandes valles, y los dos ríos principales, llamados Valira de Orient y Valira del Nord, y varios ramales que salen de esta cordillera y de la línea antes explicada se forma una multitud de comas, valles, torrentes y riveras que confluyen en las dos Valiras”.

No menos informativa resultaría el apartado que mosén Junoy destinaba a “La población de Andorra”. Rico en topónimos de corte montañero, como por ejemplo, “el famoso puig de Soloria”, “el Puig de Loria y Ras de Ramonet, que es lo más elevado de las montañas que vienen de la rivera de la Seu”, “la escarpada montaña llamada *mons clarus* que hoy se dice Anclar”, “la elevada montaña llamada la Tosa”, “la montaña de Canileus”, “las escarpadas rocas de Juglàn”, “la montaña y puerto de Fon Argen”, “antes de subir al Pla del Estany [estany, o lago] se va a Coma Pedrosa, que es un famoso puig”, “el famoso Puig alto de la parte que da frente al sur de Seturia”, “el majestuoso Puig de Anclar”, “la montaña que forma parte del valle de Pal”, “la montaña del Anclar del Oeste”, “unas elevadísimas peñas y montañas que parece como si sibieran cortadas a plomo hacia las brumas”, “Casamanya es un elevadísimo puig”. Por no hablar de otras alusiones a accidentes naturales como puertos o lagos. Un patrimonio toponímico que hace sospechar que el mosén o subió hasta alguno de estos jalones orográficos, o recibió noticia de quienes así lo habían hecho. Fuera como fuese, este cronista culto y despierto sentenció que “en un terreno como la Vall de Andorra afincado entre los Pirineos, por la fragosidad y aspereza de las montañas y por el rigor de la temperatura no debía de considerarse su población por la extensión en leguas”. Asimismo comunicó que “Andorra está igual de poblado que mis montañas de Cataluña y más que las del Ariège”.

No menos documentados parecen los apartados que este sacerdote dedica a las producciones naturales, aguas minerales, agricultura e industria, donde la palabra *montaña* aparece con frecuencia. Por lo demás, brindaría un cuadro del carácter de los andorranos muy equilibrado, libre de cualquier opinión tendenciosa.

Mosén Tomás Junoy firmó una temprana descripción física del Principado pirenaico que hubiese tenido que interesar a los futuros excursionistas del segundo tercio del siglo XIX. Sorprende que no fuera así.

2.04. La dama curiosa

Ninguna crónica viajera que se precie sobre la cadena pirenaica aparca el relato firmado en 1843 por lady Henrietta Georgiana Marcia Chatterton. Una fémina que redactó los dos tomos de sus divulgadísimos *The Pyrenees, with excursions into Spain*. Los textos de esta aristócrata inglesa no suelen dejar indiferentes, y suscitan comentarios que en ocasiones oscilan entre la etiqueta de *exagerados* hasta la de *inventivos*. Sin entrar en ninguna de estas valoraciones, acudiremos al capítulo XVII de su segundo volumen, donde justamente aparece el apartado que destina al "Valley of Andorre".

El grupo de lady Chatterton se encontraba en el Ariège, visitando el valle de Orlu. Dada la proximidad con el Principado, el cruce de frontera desde L'Ospitalet parecía un trámite obligado para la dama:

"Durante la mañana tuvimos una negociación muy prolongada con nuestro casero, quien entendía sobre caballerías, y con un guía de L'Ospitalet, población que está en el camino a Puigcerdà, en España, y el pequeño estado independiente de Andorra. Se comprometió a tratar de todo esto por nosotros, y lo hizo tan bien que, a nuestro regreso a las 19:00 h, nos encontramos sin lo uno ni lo otro [...]. Así resuelto, ya que no se podían contratar caballos, nos contentamos con una caminata hasta L'Ospitalet por la mañana. Este es el relato de la expedición.

"A las 6:00 h la inicié con mi guía, de quien descubrí era un *antiguo militar* aunque solo tuviera treinta y ocho años [...]. Hay formidables animales de los que son más numerosos en los Pirineos occidentales. Se paga una recompensa de quince o dieciocho francos por una loba. Este año, un campesino tuvo la suerte de encontrar una camada de cinco o seis, por lo que recibió seis francos por pieza, además de lo que obtuvo al exhibirlos en Ax.

"Tras abandonar el desfiladero, el camino sube más abruptamente hacia el valle de Merens; el ascenso es, en general, muy gradual. Merens es un pueblo de buen tamaño que una vez fue muy rico, pero fue destruido por los españoles durante la guerra [¿de la Independencia?] y nunca se recuperó. Se halla en la apertura de dos valles, que a la izquierda está bien, a sus lados hay buenos bosques, etcétera y, en la cumbre, pinos.

"El valle del puerto de L'Ospitalet se eleva en su extremo hasta las alturas, con algo de nieve sobre ellas, pero no hay nada notable en cuanto a su forma. Merens se calcula que está a mitad de camino. Llegué en aproximadamente una hora y media, y en otra hora y tres cuartos llegué a L'Ospitalet. El escenario, a medida que avanzaba, se volvió más salvaje y rocoso, pero las alturas en

ninguna parte alcanzaban algo como la audacia de los otros puertos. L'Ospitalet es un pueblo pobre que tiene una población de aproximadamente ciento veinte personas. Contó el guía que era un lugar con tanto trasiego que el anfitrión de la sucia posada donde desayunamos, con las tabernas y otras especulaciones, era tan rico que dio a sus cuatro o cinco hijas, cuando se casaron, de doce a catorce mil francos por cabeza. Mientras preparaba mi desayuno, continué en el camino hacia Puigcerdà, en España, durante un cuarto de hora, hasta un puente, cerca del cual estaba la frontera del departamento y la del País Neutro de Andorra.

"Este pequeño estado, que probablemente debe su existencia a su pequeñez y a los celos de sus grandes vecinos, tiene unas doce leguas de largo y contiene unos seis mil habitantes; se dice que su independencia data de Carlomagno, quien se la otorgó como recompensa por sus servicios contra los moros en el año 791. Los andorranos pagan tanto a Francia como al obispo de Urgell, un tributo de 1.871 libras cada dos años, y de 900 a España. Tienen dos magistrados principales llamados Viguiers: uno debe ser siempre francés, y nominado por el Rey de Francia; el otro es elegido por el Obispo de Urgell; dos síndicos y un consejo de veinticuatro forman el gobierno; y por lo que escuché, parecen ser una comunidad feliz y próspera. Muchos de ellos, sin embargo, están dispuestos a saquear a cada viajero que pase de una manera tranquila, en el caso de que se presente la oportunidad. Conocí a algunos viajeros cuando regresé que habían desayunado en L'Ospitalet y se dirigían a Puigcerdà. Hasta donde pude ver y aprender, al país no se vuelve sino con audacia. Por el contrario, hasta donde llegué, pude saber de algunos ingenieros que trabajaban en la elaboración de un plano para el nuevo camino. Me aconsejaron que negociara nuestro desayuno, y por lo tanto pagué solo dos francos para su colecta hacia los catorce mil que los que formarían la dote de una hermosa criada, muy sucia, que puso mi cubierto [...]; un hermano, un joven sacerdote, hizo los honores de la casa a un cura, que ocupaba un extremo de la mesa, mientras mi guía y yo estábamos en el otro. Tomamos judías blancas, no mal vestidas, jamón y tortilla, una botella de vino blanco a discreción por mis dos francos. A las 11:20 h comenzamos nuestro regreso. Deduciendo una parada de unos diez minutos en una fuente deliciosa, estábamos de vuelta en un poco más de tres horas".

Tal fue otra de las presentaciones madrugadoras del *País de los Pirineos* ante el público anglosajón. Corta en extremo, pues se limitó a penetrar solo unos metros en su territorio. Pero acaso fuera responsable del naciente interés por Andorra de algunos viajeros ingleses que irían llegando con el ritmo pausado del cuentagotas.

2.05. Viajes en el ecuador del siglo XIX

De un modo sorprendente, cierta nación pirenaica comenzó a bullir por la imaginación de los espíritus soñadores de mediados del siglo XIX. Llegó a constituir una especie de universo onírico que, por el momento, quedaba fuera de los tempranos circuitos turísticos y, más aún, de los montañeros. Si se bucea entre las crónicas de la época se constatan las extravagantes ideas que sobre este Principado circulaban. Poniendo siempre énfasis en los temas montaraces

o costumbristas, se puede arrancar con la *Histoire de la vallée d'Andorre et de ses reports* (1842) del francés Joseph Sans:

“Andorra es más o menos similar a uno de esos cantones suizos de los que nuestros más célebres escritores han servido agradables cuadros [...]. Montañas altas la encierran, separándola de sus vecinas excepto por el sur, hacia el castillo de Urgell y la desembocadura de la Valira [...]. Los demás pasos no son sino puertos impracticables durante la estación de las nieves: uno, por el este, comunica con el municipio de L’Ospitalet, y desciende hacia Francia por caminos montañosos y desérticos siguiendo el curso del río Ariège durante dos leguas; el otro es un puerto, el paso de Aussat, que conduce al valle de Vicdessos [...]. Las costumbres sencillas y austeras de los habitantes de Andorra imperan; los vicios y la corrupción de las ciudades no han penetrado aquí, al menos de forma apreciable: se diría que es el asilo secreto de la moderación y la virtud. Sus habitantes viven todavía como lo hacían sus antepasados hace cinco siglos: nada ha cambiado [...]. Este pueblo es muy hospitalario. Los extranjeros son acogidos, sobre todo cuando cae la noche, tanto en la mesa como en el fuego. Sus anfitriones se muestran poco curiosos. La moral es severa en Andorra: apenas existen ejemplos de chicas que olviden, frente a los jóvenes, esa modestia y contención que caracteriza su sexo. Pero, en el caso (muy raro) de que existan pruebas del comercio secreto entre una chica y un muchacho, el clero, los magistrados y la opinión pública llevan a los padres a consolidar dicha unión sin que importe la proporción de sus fortunas. Los andorranos son, generalmente, robustos y bien formados; las mujeres exhiben mucha frescura y buenos dientes, que es lo que por lo general se busca en el género femenino. La mayoría de las enfermedades causadas por las infecciones inmorales les resultan desconocidas. Están igualmente al abrigo de las enfermedades que el vicio y la corrupción propagan por el resto de Europa”.

Con referencias de semejante calibre el turismo no podía sino florecer con presteza en Andorra. A modo de respuesta ante una hipotética necesidad de difusión, el inglés Richard Ford publicaba en 1845 su *A hand-book for travellers in Spain and readers at home*. Un texto que quizás pudo tomar prestados algunos datos de Murray. Aun con todo, quienes entonces desearan conocer el *País del Pirineo* solo tenían que ojear las escuetas indicaciones de esa “Ruta de Urgell a Tarascon” patrocinada por el británico:

“El valle de Andorra es un amasijo de montes, cerrados por todos los lados por las laderas de los Pirineos [...]. Es una de las comarcas más silvestres de los Pirineos, abundante en madera, que llega flotando por los ríos Valira y Segre hasta Tortosa. El nombre de Andorra se deriva del árabe *Aldarra*, o lugar *tupido de árboles*. Es una zona admirable para la pesca y la caza: aquí se encuentra la cabra montés, el oso, el jabalí y el lobo [...]. La población no pasa de unas ocho mil almas, y se compone de pastores, contrabandistas o rudos herreros [...]. Andorra la Vella tiene ahora más de mil habitantes, y sufrió mucho durante las guerras civiles [Carlistas], tanto por los ataques hostiles de que fue objeto como por la suspensión del comercio y el trabajo. El hospedaje no es bueno y todo el trayecto hasta Soldeu tampoco lo es [...]. Las excursiones desde Sant Julià son variadas y están llenas de encanto alpino. Escaldes es una encantadora aldea

irregular con un buen arroyo truchero que proporciona energía hidráulica a las toscas fraguas de hierro. Los montes en torno a la rica cuenca aluvial de Andorra abundan en bosques de pinos, que proveen de combustible; nada más bonito que las lejanas vistas de los pueblos rodeados de bosques. En Mont Melons [¿Montmalús?] hay tres lagos, encerrados entre altas y fantásticas murallas de roca. Saliendo de Escaldes se puede subir por el valle del Valira, yendo a Canillo o dando un rodeo por el valle de Arinsal, al que se entra por un bello desfiladero, hasta Ordino y el Ariège. Una sierra dentada separa Ordino y Canillo; en este último pueblo, hay una curiosa iglesia antigua. De allí, se sigue por la triste Soldeu, más allá de la cual está la línea fronteriza, y luego por el port de Framiquel, una silvestre región de flora, hasta Ax, en Francia, y el dulce valle del Ariège. Naturalmente, el viajero tomará la precaución de contratar a un guía local”.

La promoción de las montañas andorranas pareció marchar así durante la primera mitad del siglo XIX. A despecho de ciertos textos ambiguos del estilo del brindado por Michel Chevallier desde *La République d'Andorre, ou une république séculaire heureuse et stable* (1848). En su interior podían leerse extraños comentarios para describir el ingreso en el país que deseaba analizar en su aspecto político:

“El Ariège: riberas frescas, dulces colinas, un aspecto ondulado y verdoso... Cuando el viajero le echa un último vistazo, se encuentra con el rostro severo de la montaña, ilas cimas escarpadas y recubiertas de nieve! De Tarascon a Vicdessos, la garganta de Ramade se abre como una tumba de granito: los ojos perciben con espanto una montaña árida y desnuda que parece encerrarle entre dos murallas y, por el fondo, el río Ariège. Por todas partes, soledad y desolación [...]. Esta República [*sic*] sin parangón está situada al lado nuestro, en las gargantas de los Pirineos, entre Cataluña y Francia [...]. Se halla separada de Francia por las cumbres de las montañas, cuyas nieves obstruyen durante seis meses del año: entonces, no queda sino un paso por el lado de España, el del río Valira, que se abre paso entre rocas [...]. Una república de pastores donde todo ha permanecido invariable...”.

No hay duda de que los informes de primera mano sobre la Andorra de mediados del siglo XIX escaseaban. Cuanto menos, algunos de sus cronistas servían unos cuadros que animaban a concretar una visita real.

2.06. Un país de ficción

El fenómeno del *pirineísmo imaginario* se produjo debido a ciertos escritores que, sin salir de su casa, eran capaces de construir las aventuras más inverosímiles entre montañas. Ni que decir tiene, al territorio que riega el río Valira también acudirían estos visitantes creativos. En espíritu, se entiende, pues su presencia física parece más dudosa.

Arrancar con este género literario hará que recurramos a Bertrand *Élie* Berthet, firmante de *Le val d'Andorre* (1848). Una trama ficticia dentro de la colección de “Buenas Novelas Ilustradas” que se situaba en mitad de las convulsiones de la Francia post-napoleónica de 1815. Su imaginativo autor nos conducirá enseguida hacia Vicdessos, por lo que, sin atender los vericuetos

políticos del argumento, marcharemos directamente hacia sus terrenos montuosos. Con un prometedor alzado de telón:

“Era el mes de noviembre, una estación bastante rigurosa al pie de las altas montañas: una brisa áspera y fría soplaba entre ráfagas, y el sol pálido que acababa de alzarse hacía tintinear tristemente los hielos del Montcalm y del Bassiès [...]. Toda la caravana penetró lentamente en el oscuro desfiladero del Pas-de-la-Chèvre y enseguida desapareció entre las brumas. Ciertamente que la porción de los Pirineos que los viajeros iban a atravesar no era donde se hallaban las cimas más altas y escarpadas, pero las montañas de este lugar, aun sin presentar masas tan imponentes como el Canigó o el Monte Perdido, son más numerosas y próximas, y sus valles más estrechos y peligrosos”.

Semejante debut auguraba un cruce emocionante de la cadena desde la vertiente norte. No en vano, la caravana de fugitivos sería guiada hacia Andorra por un grupo de gitanos. Los emplazaremos sobre las rampas septentrionales del port de Rat en plena tempestad:

“Desde el profundo desfiladero que debían atravesar, se escapaba un viento impetuoso y frío que expulsaba hacia delante las nubes que habían cubierto el cielo del valle. El sol, tan brillante hacía unos instantes, había desaparecido de repente, como si se hubiese desplegado un cielo inmenso para interceptar sus rayos. La tempestad que mugía en el interior de las montañas aún no había alcanzado el lugar donde se encontraban los viajeros, quienes ya podían apreciar toda su violencia a un cuarto de legua. La tormenta se había encañonado en un paso estrecho que se abría ante ellos, y hasta los más intrépidos hubiesen temblado viéndola acercarse. La garganta estaba formada por dos montañas majestuosas cuyas pendientes estaban recubiertas de abetos medio hundidos bajo la nieve. El viento rugía en este espacio con una violencia espantosa, elevando los torbellinos de nieve y agitando las nubes que allí se amontonaban. El ruido de las avalanchas, el crujido de los abetos que se rompían bajo su peso, el rugir de un torrente que se precipitaba por dicho desfiladero producían un estruendo comparable al del trueno”.

De este modo se retrataban unos decorados poco propicios para que la heroína Cornélie brinde su opinión sobre el lugar hacia el que escapaban: “Imagino el valle de Andorra como un país privilegiado, un *El Dorado* de la tolerancia y de la libertad donde ha reinado sin interrupción una edad de oro”. Pero el futuro no se ofrecía tan rosa como la joven suponía, pues los *pasadores* gitanos tramaban robarles en lo más agreste de la cordillera. La jugarreta quedó desbaratada ante la aparición del héroe, un cazador andorrano de rebecos llamado Isidoro Duba. Más enterado que otros viajeros reales coetáneos, el autor de esta novela de 1848 hizo que su galán imaginario se interesara por la mundana cuestión de los pasaportes:

“–Sin duda tendréis autorización del prefecto del Ariège para visitar [Andorra] con los personajes que os acompañan. Os ruego que me la enseñéis... ¿Ignoráis que, sin un permiso de las autoridades francesas, la entrada en nuestros valles está vetada? ¿No sabéis que, sin esta formalidad, ningún extranjero puede pernoctar en nuestro país o atravesarlo?”.

De nuevo aparecían las servidumbres de una frontera a veces *caliente*. A pesar de no disponer de permiso alguno, Duba ofrecería su ayuda para traspasar la muga, si bien utilizando el más benévolo port de la Cabane. A estos fugitivos de novela les aguardaba una trepada de auténtica ficción montañera a la vera del pic de Siguer:

“Pasaron varias horas durante las cuales no hubo ni un solo minuto en el que los viajeros no pusiesen su vida en peligro. En ocasiones, bordeaban precipicios hacia cuyos fondos rodaban piedras con estrépito [...]. Otras veces, se resbalaban bajo unas rocas y desprendimientos donde el aleteo de un águila o el empujón de algún rebeco les hubiera ocasionado una caída. Temblando, pensaban que el soplo de este viento terrible que les había detenido por la mañana podía sorprenderles en estas gargantas, para hacerles volar como briznas de paja [...]. Más de una vez, la tímida Cornélie vio brillar a cierta distancia del sendero los ojos feroces de un lobo que parecía listo para lanzarse”.

Como es habitual en estos folletines, acechaban amenazas aún peores: desde las avalanchas o los contrabandistas de la banda de Miguel *el Moro*, hasta cierta prometida que aguardaba al cazador en Andorra. Cerraremos esta muestra inaugural con el epílogo malévolo de Berthet:

“Si algún viajero al que esta novela haya podido interesar pensaba visitar el valle de Andorra esperando hallar allí las costumbres sencillas y patriarcales que hemos tratado de pintar, puede sufrir un cruel desengaño. Treinta años han cambiado mucho las cosas en la República [*sic*] pirenaica, como en otros lugares, y quizás valdría más que se limitara a la lectura de esta historia sencilla antes que ir a romper un sueño agradable con la triste realidad”.

No será esta la última vez que hallemos escritores imaginativos en el *País del Pirineo*. Al menos aportaban un toque de pimienta a su crónica montañera.

2.07. Decorados para una ópera

El gran auge propagandístico de la Andorra del siglo XIX estaba aún por llegar. Este lo haría de la mano del compositor galo Jacques-Fromental Halévy, quien junto con el libretista Jules-Henri Vernoy, marqués de Saint-Georges, firmó una ópera que titularon: *Le val d'Andorre*. Fue estrenada en el teatro de la Opéra Comique de París un 11 de noviembre de 1848. A través de ciento treinta minutos distribuidos en tres actos, iba a cambiar de forma radical la visión exterior del Principado de Andorra.

Su argumento giraba en torno a Stéphan, un desertor local al que aspiraban tres mujeres muy diferentes: tras su captura, juicio y rescate, hallaría la felicidad junto a Rose-de-Mai gracias al descubrimiento de extraños lazos familiares con las otras féminas en liza... Fue todo un éxito de público, pues la obra dio para ciento sesenta y cinco representaciones seguidas. Se cuenta que Halévy, gravemente enfermo durante el *début*, ante la excelente acogida obtenida recuperó de pronto la salud. El crítico Albert de Lasalle reconocía en 1877 que parte del mérito se debió a la elección de los intérpretes: el tenor Montjauze en el papel de Stéphan y la soprano Meillet en el de Rose-de-Mai. Así, la pieza favorita de la obra, cierta “Chanson du Chevrier”, se escucharía mucho

por los bulevares parisinos. Enseguida se adaptó la versión alemana, italiana o inglesa de la pieza. Incluso una en lengua española.

Nos quedaremos con esta última adaptación. Resulta interesante revisar las letras de la zarzuela sobre "El valle de Andorra" que, con música de Joaquín Gaztambide y libreto de Luis de Olona, fue estrenada en el Teatro Circo de Madrid un 5 de noviembre de 1852. Apenas divergía de la obra de Halévy/Saint-Georges sino en los nombres y en otros detalles menores. De este modo se reflejaron sus aspectos más montaraces en las descripciones de los decorados:

Acto Primero: "Sitio pintoresco de los Pirineos, en el valle de Andorra. A la derecha del actor, en primer término, la alquería de Teresa: a la izquierda, las dependencias de la alquería, árboles, etcétera. Una subida a las montañas hacia la derecha, otra a la izquierda y hacia el mismo lado una bajada al valle [...]. A poco, se oyen campanillas que se supone son del ganado, que pasa muy cerca: un guardabosque está dormido profundamente al pie del árbol, con su escopeta. Por detrás de un pico alto de la montaña, asoma un pastor. Se oye el canto de los pájaros [...]"

Acto Segundo: "Aldeanos tocando tamboriles, zampoñas y flautas. Campesinos ancianos con cayados revestidos de flores. Jóvenes aldeanos con un ramo en la gorra y largas varas revestidas también de flores y cascabeles... Jóvenes aldeanas con panderetas y flores en la cabeza [...]"

Acto Tercero: "El valle de Andorra, rodeado de colinas, cuya base está entapizada de verde. Un inmenso panorama al fondo. Se baja al valle por muchos senderos, de los cuales algunos están abiertos en las peñas [...]"

Parece evidente que los horizontes quebrados de Andorra comenzaban a instalarse en el subconsciente del público urbano. De una forma absolutamente idílica, como un cuadro de ópera. Aunque también se iban a servir otras referencias a su orografía de las que solo destacaremos un par, extrayéndolas de contexto:

"-¡Qué gran país! Una soberbia república de..., mil quinientos habitantes, situada en el más bello paraje de los Pirineos... Un estado libre, independiente [...]."

"-Cuando atravesaba vuestras endiabladas montañas... Perdonad la expresión, pero vuestro país es un país de cabras, en el cual es fuerza ir dando saltos siempre [...]"

Esta zarzuela logró triunfar en Madrid, desde donde pasó a Barcelona, El Ferrol, La Coruña..., e incluso a Ultramar. Medio universo hispano canturreaba las piezas pegadizas de este "Valle de Andorra".

Ya nada sería igual. El Principado pirenaico disponía ahora de su propia banda sonora. Y cada viajero que se desplazaba hasta Andorra esperaba descubrir en cada montañés al joven cazador Stéphan haciendo vibrar los riscos con su vibrante voz de tenor, y en cada campesina a la tierna soprano Rose-de-Mai. Una actitud preconcebida que tendría bastantes aspectos positivos y otros que no lo iban a ser tanto.

2.08. Desde el Diccionario de Madoz

Se puede completar el ornamentado de la Andorra decimonónica con los informes, del todo objetivos, de algún estudioso. Como, por ejemplo, las opiniones recolectadas por el navarro Pascual Madoz. Así, desde la edición de 1849 de su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, proporcionó un buen lote de datos sobre el Principado del Pirineo. Sin estridencias ni excentricidades, de este modo identificó los futuros objetivos para los pioneros del pirineísmo:

“Andorra: país neutral con el nombre de República [*sic*], situado entre Francia y España [...].

“Las nieves y hielos, que suelen durar por lo menos seis meses en lo alto de los cerros, hacen su clima frío, pero la pureza de las aguas y los aires contribuyen a que sea de lo más sano; en verano, las lluvias son frecuentes. Metido entre los Pirineos, los montes o cabezos más altos que en él se encuentran son el de las Mineras [¿Meners, 2.724 metros?], llamado así por las muchas minas de hierro que en él existen, el de Casamanya [¿2.749 metros?], de Saturria [¿Setúria, 2.517 metros?], Montelar [¿Monturull, 2.759 metros?], de Sant Julià y de Juglán [¿Juclar, 2.589 metros?]. Entre medio de las ásperas y quebradas cordilleras, inaccesibles las más de ellas a los hombres y a las bestias, se hallan varios puertos o gargantas que en diferentes épocas del año quedan transitables, aunque siempre con mucho trabajo e inminentes peligros; los principales de estos que conducen a Francia son el de Valira, de Soldeu, Fontargent, Siguer, Auzat, Arbella y Rat; y de los que comunican con España, el llamado Port Negre, Perafita y Portella. Abundantes minas de hierro de la mejor calidad; una de plomo, no pocas de alumbre, de cuarzo, de pizarra, tierra negra, de *arminio* y muchas canteras de preciosos jaspes y de varios mármoles se encuentran en las entrañas de estos montes; y por entre las hendiduras de los peñascos brotan en diversos parajes aguas termales sulfúreas y ferruginosas, cuya aplicación y uso interior produce los más sorprendentes efectos en las dolencias de cierto género. Las fuentes y manantiales de aguas ligeras y delicadas que, causando un embelesador murmullo, o se precipitan desde lo más alto de los cerros, o descienden de sus faldas, o salen en los mismos valles, bien serpenteando, bien elevándose en forma de surtidor, son innumerables [...].

“El ganado lanar, cabrío, vacuno, mular, caballar y de cerda, cuyo jamón es buscado por su grato sabor, debido sin duda a la hoja del fresno de que se alimenta el animal, y a la frescura del aire con que se cura, distribuidos en pequeños rebaños pueblan los llanos y los montes; saltan con libertad entre los jarales y mayores espesuras las cabras montesas, osos, lobos, zorras, liebres y ardillas; anidan en los puntos más abrigados de los expresados sitios, o en las ramas de los copudos árboles la gallina de monte, la perdiz blanca, la parda o *xerra*, algunas de la especie común, y multitud de mirlos y ruiseñores; las águilas de varias especies y otras aves de rapiña habitan en lo más pelado de los cerros [...].

“El contrabando que desde esta República [*sic*] se hace con las dos naciones vecinas es grande; solo en Sant Julià de Lòria hay ocho tiendas en las que se venden géneros y artefactos de Francia, desde donde, como es de suponer, se introducen fácilmente en España: también pasan de este reino al vecino, fraudulentamente, vinos generosos, aceite, sal, géneros ultramarinos y

seda, pero en muy poca cantidad por la exquisita vigilancia y buena organización de los aduaneros franceses. Los tenderos son de esta última nación y españoles; los contrabandistas, generalmente españoles. No hay en Andorra ningún camino carretero; todos son de herradura, en general malos y descuidados, y a veces intransitables: el que desde Urgell conduce a Sant Julià de Lòria no es malo y pudiera mejorarse mucho a poca costa [...].

“Los andorranos son religiosos, hospitalarios, apegados a sus antiguas costumbres, sumamente celosos de sus libertades y privilegios, pacíficos; rara vez se cometen delitos de gravedad a pesar de los leves castigos que se les imponen: viven en lo general del producto de sus tierras, ganado y arriería, sin dedicarse a la industria, artes y oficios: son muy aficionados a la caza, a la pesca y al vino. Su vestir es idéntico al de los demás montañeses de Cataluña”.

No todas las opiniones de eruditos y viajeros en Andorra iban a ser tan ajustadas como las del *Diccionario* de Madoz. Una obra, por suerte, de gran difusión en tierras españolas. Seguramente, no lo fue tanto en las francesas.

2.09. El regreso de los militares de Francia

Durante largo tiempo, las fronteras del *País del Pirineo* apenas dieron problemas. Únicamente habría que destacar esos roces, tan añejos como periódicos, en la Solana de Andorra por el tema de sus lindes con Francia: a pesar de la Concordia firmada en el año 1835, solo cuatro añadas después ya hubo disparos por parte de guardas andorranos contra unos pastores galos. Poco extraña que se juzgara necesario crear una comisión de deslinde de frontera, al menos para el sector de la Solana, desde la Francia de 1850.

Un estudio de Joan Capdevila i Subirana surte de pistas desde el año 2009 sobre las montañas limítrofes andorranas. Así se expresaba desde su completísima *Historia del deslinde de la frontera hispano-francesa. Del Tratado de los Pirineos (1659) a los Tratados de Bayona (1856-1868)* para el Centro Nacional de Información Geográfica:

“Otro mecanismo que consideraron las autoridades francesas fue el de aprovechar el paso por la zona de la Comisión Mixta de Límites, que estaba llevando a cabo el deslinde de la frontera hispano-francesa, para que se amojonara de forma que se incluyera la Solana en suelo francés, cosa a la que se negaron los comisionados franceses al considerar que no se trataba de un problema de su competencia [...]. En 1867 se designa una nueva Comisión para el deslinde de la frontera, que remite a los jefes de escuadrón del Estado Mayor Hulot y Boudet las cuestiones de la Solana”.

A falta de otra pista, se puede recurrir al historiador Henri Beraldi. Desde el tomo VII (1904) de sus *Cent ans aux Pyrénées*, el parisino trató de explicar la segunda tanda de campañas militares geodésicas emprendidas por parte de sus compatriotas:

“Por fin se detallan los puertos de Andorra, puertos de una altura enorme, dominados apenas por los picos y obstruidos las tres cuartas partes del año [...]. Pero el verdadero explorador de los puertos de Andorra, siempre tan estudiados por los militares, fue el teniente Péro. En su campaña de 1850, encerrado entre el capitán Deschiens que trabajaba por el Carlite, el teniente Mamony por el

Montcalm, y los capitanes Chatillon, Courier y De Balland por los accesos desde Vicdessos hacia los puertos de Andorra y hasta la línea del lago Fourcat. Péro se encargó prácticamente en solitario de alzar la singular *Hoja de L'Hospitalet*, mapa cuyas tres cuartas partes estaban en blanco al quedar en territorio español, pero cuyo último cuarto, con forma de banda estrecha, comprendía setenta kilómetros de cadena fronteriza, desde el pic de Canalbona hasta el de Campcardós y, entre los intersticios de un ejército de grandes picos, todos los puertos de Andorra”.

La primera conclusión razonable que puede extraerse de su texto es que, a mediados del siglo XIX, los collados fronterizos entre Andorra y Francia ya estaban estudiados por los militares de la última nación. Así logró desglosar Péro la referida muga en el Mapa del Estado Mayor, según refiere el mismo Beraldi:

“Francia proyecta en España [en el Pla de la Crouts] una punta de su territorio, una auténtica lanza de siete kilómetros por cinco de base. Colocaos hacia el sur y tendréis los puertos y la frontera por la derecha, enfrente y por la izquierda: Medacorba, de 2.907 metros [tiene 2.912 metros]; Bareytes, de 2.860 metros [o Pla de l'Estany, tiene 2.859 metros] (el port d'Arinsall, que lleva hasta Andorra por La Massana, de vistas recomendables); Cataperdís (port de Rat o de Ordino, de 2.868 metros) [tiene 2.537 metros]; Cabyrou, de 2.735 metros [¿Cabanyó?]; port de Caraoussans, de 2.680 metros (muy querido por el contrabando andorrano) [Creussans, de 2.621 metros] y el pic del estany Fourcat [...]. Una marcha interminable por el valle de Arbeille (o de Arties) al lago de Izourt, lleva al port d'Auzat o d'Arbeille (o d'Albelle) para desembocar en Andorra por el valle desolado de Tristaina [...]. Una marcha fácil por el lago de Peyregrand y el lago Blanc lleva al port de Siguer, de 2.594 metros [tiene 2.399 metros], del que sabemos por Russell se halla en mitad de una cadena de grandes picos de 2.600 a 2.900 metros, Tristaina-Rialb-Serrera-etcétera, y que desciende hacia Andorra [...]. Por el lago de la Sabine, bajo el pic de Thoumas [¿Thoumasset?], y el lago de Soulanet [Solanet], se pasa el Col de Banyell o des Peyrégails, de 2.585 metros [tiene 2.532 metros], que abocará al sendero de Ordino por Siguer [...]. Por todo el valle de Aston, siempre largo, se accedería al collado poco utilizado de Portaneille [¿Portell de la Coma de Varilles?] y, mejor todavía, por la hermosa región de los lagos de Fontargente, al fácil port de Fontargent o de Dincla, de 2.252 metros [o Incles, tiene 2.262 metros] [...]. Sin hablar del port de la Cabaneta, de 2.761 metros, están los puertos clásicos de Soldeu y de Framiquel (o d'Envalira). Después, algo menos clásica, la Portella Blanca... Así, ¿toda la cadena principal quedaba al descubierto? ¡Un momento!: solo conocemos la mitad de lo esencial. Porque no sabemos los nombres de las montañas que se ven hacia el sur. Aquello es *un revoltijo*, como se hubiera dicho en tiempos de Chausenque. El Mapa del Estado Mayor se detenía en la frontera. La *Pléyade* tendrá que ocuparse de la tarea de ponerles nombre a los picos del Sur”.

Como ya sucediera con los geodestas militares galos en otras regiones del Pirineo, es de suponer que muchas de las cumbres que citaban en sus documentos fueron ascendidas por ellos o por sus ayudantes. De momento, no

han salido a la luz las reseñas de estas visitas hipotéticas a las alturas de Andorra.

2.10. Un supuesto Gibraltar Pirenaico

Sobre 1850 la mayoría de grandes cúspides del Pirineo se habían visto ascendidas por los turistas llegados desde el llano. Sin embargo, las montañas andorranas, ricas en puntales apenas unos metros por debajo de la cota de los 3.000 metros, seguían sin recibir al gremio del bastón herrado y de las botas con suelas de clavos. Quizás su situación alejada respecto al eje conformado por el Aneto y el Monte Perdido provocase aquel extraño plante. Además, varios estigmas estaban a punto de lloverle al *País del Pirineo* como suerte de reacción contra ese *Valle de Andorra* que cantaban las zarzuelas. Un estudioso del pirineísmo, Curt Wittlin, afirmó al respecto en 2004:

“Es difícil hallar un viajero del siglo XIX que haya obtenido una impresión positiva de Andorra. Y no es porque exageraran con descaro (aunque un poco sí): sencillamente, esperaban hallar entre estas montañas un país idílico, según habían leído en las operetas o en las novelillas, por lo que su desilusión era grande”.

Comenzaremos esta revisión de mediados del siglo XIX con cierta Memoria que confeccionó Carlos Llauder el 3 de diciembre de 1851. En ella precisaba el “Actual estado de los límites divisorios de España y Francia en la frontera de Cataluña”. De paso, dicho cronista brindaba de modo frío cuanto sabían por aquel entonces los gobernantes hispanos de su muga pirenaica:

“Desde el puerto de Benasque, límite de Aragón, hasta el cabo de Cervera que se introduce en el Mediterráneo, corre como es sabido aquella frontera en una extensión de una cuarenta leguas midiendo por la vista en línea recta, pero con una distancia cuadruplicada o sextuplicada siguiendo las curvaturas topográficas, contando con el rodeo del valle de Arán, pero prescindiendo del boquete que deja en Andorra, puesto que de los límites con Francia es cuestión exclusivamente. No es exacto que, en toda esta extensión, según de ella se dice y se aplica así mismo a toda la frontera, los montes Pirineos dividan y separan la España de la Francia actualmente, como tampoco separaban en otros tiempos o entrambos países [...]”.

Seguimos ubicados en 1851. Se podría rebuscar más en el apartado que atañe a la “Frontera de la Provincia de Lérida” para ver si Llauder estaba mejor informado:

“La provincia de Lérida está separada de Francia por una línea regular casi recta de los Pirineos y por otra curva. Aquella la forma la cadena superior de los montes en la divisoria general del Pirineo de oeste a este desde el extremo inferior, o sea desde el puerto de Arén que toca en Andorra hasta el de Salan, habiendo el uno al otro la distancia de seis leguas: la segunda la describe el valle de Arán que es una derivación de la cadena principal y cuyo límite al oeste es el puerto de Picada, después del cual entra el Pirineo de Aragón. Desde Arén a Salan la cordillera continúa tan escabrosa que puede decirse cortada á pico permitiendo solo el paso y aun con grandes dificultades y riesgos por las aberturas de Foz, Boaví o Tabascan, Antons, Martillart y Aulas que llevan el

nombre de puertos sin serlo en realidad. La línea divisoria de las dos naciones es en este punto la señalada por la naturaleza, formándola la cresta inaccesible de la cordillera, sin que haya ni pueda haber dificultad alguna acerca su dirección ni cuestiones por consiguiente entre los pueblos fronterizos. Tres pequeños valles bajan perpendiculares de la Cordillera hacia el mediodía, y son el de Serreras, el de Cardós y de Aneo, y los pueblos de ellos que lindan con Francia son Isil, Alol, Serbí, Boldisos, Tabascan, Lladorre, Foz, Lladros y Arán. Al llegar al célebre puig de la Maladita, confin de Cataluña y Aragón, se desprende de la gran cordillera del Pirineo, como un brazo colosal, un grupo de montañas que después de extenderse a mucha distancia hacia el norte, y dejar una estrecha abertura, se repliegan y marchan a reunirse otra vez con aquella a las inmediaciones del puerto de Salan”.

El siguiente cronista será Juan Sánchez de la Campa. No hizo gala de ideas demasiado favorables hacia el Principado pirenaico. Una actitud que se anuncia desde el mismo título de su obra: *El valle de Andorra. Examen crítico del origen, naturaleza y circunstancias de los privilegios que disfrutaban los andorranos, y de los perjuicios que irrogan al Tesoro, a la Agricultura, al Comercio y a la Industria nacional* (1851). Para abrir su trabajo, veamos unos apuntes montaraces sobre esa nación que se disponía a analizar sin demasiada objetividad:

“En el corazón de las montañas que forman el Pirineo, y entre los picos de Montfullá, de Plá, Puerto Negro y Franc, existe un territorio de variada y fragosa topografía, de dimensiones reducidas y dividido en dos valles principales, por cuyo centro corren dos ríos titulados Valira [del Norte y de Oriente], que se reúnen luego entre el Santuario de Sant Andreu y la aldea de Fené, en las inmediaciones de Andorra la Vella, desde donde marchan unidos bañando varios pueblos y caseríos hasta un poco antes de la Farga de Moles, donde se introducen en la provincia de Lérida [...]. Las comunicaciones de este territorio con España y Francia son a través de puertos elevadísimos para comunicar la segunda, y de un camino bastante practicable que desde Andorra la Vella conduce, siguiendo la margen izquierda de la Valira y pasando por Sant Julià de Lòria, a la ciudad de la Seu d’Urgell. Los puertos y caminos principales por donde comunica con Francia son, el de la Valira [Framiquel], el de Soldeu, el de Fontargent, el de Siguer, Auzat, Arbella y Rat; y con España, a más del arriba descrito, el de Port Negre, Perafita, Conflent, Portella y Esparvert [...]. Su clima es generalmente frío, pues colocado en el centro del Pirineo, se encuentra rodeado de elevadas montañas, donde la nieve permanece al menos seis meses al año”.

Según Sánchez de la Campa, era necesario que el Gobierno español terminase con este “Gibraltar del Pirineo en lo relativo a contrabando, almacén y cuartel general de los trastornadores del orden público”. Aludía, de forma muy especial, a ese partido *Carlista* que ya había provocado ásperos conflictos en la España de 1833-1840 y de 1846-1849. En aquellos momentos el Pretendiente del Carlismo organizaba su tercer gran alzamiento de 1872-1876. Respecto al contrabando, decir que se practicaba en gran escala a lo largo y ancho de toda la divisoria pirenaica: en lugares como Ansó y Hecho, con choques violentos similares a los de un campo de batalla. Así y todo, resultará esencial el repaso

de Sánchez de la Campa los duros acuerdos que las autoridades hispanas impusieron a las andorranas en 1834 y 1841 para atajar tales amenazas:

“Ninguna persona podrá hospedar en su casa, borda o pajar, hombre ni mujer, sin tener pasaporte refrendado del mismo día o anterior, de la policía de la Seu d’Urgell o Puigcerdà [...], bajo pena de sesenta libras y ocho días de hierros, y siendo la persona que se haya hospedado sospechosa, se exigirá doble pena, y si hubiese tenido parte en alguna de las facciones carlistas, será desterrado de los presentes Valles y confiscados sus bienes”.

Como ya hemos visto, asimismo existían normas referentes a las vituallas de los viajeros, ratificadas, como las anteriores, por el Síndico General de Andorra. Frente a estas disposiciones hay que preguntarse si los visitantes o, cuanto menos, sus guías, las conocían. A tenor de los textos que más adelante se repasarán, es posible que no. En cuanto a los contrabandistas de esta muga, Sánchez de la Campa iba a servir una interesante relación de sus habilidades monte atraviesa:

“Más de diez leguas tiene la parte de perímetro del Valle que a través de las fragosidades del Pirineo, lo limitan por la parte de España. Esta línea que a primera vista parece inaccesible a excepción de cuatro o cinco caminos que la cruzan por entre las montañas, de pendientes muy escarpadas y fragosas, no es un obstáculo ni para que los andorranos introduzcan en España los géneros franceses que tienen en su Valle en grandes depósitos, ni para que los catalanes y aragoneses bajen a buscarlos al Valle mismo. Bien conocido es el modo con que se efectúa ese contrabando a despecho del resguardo más celoso. El *paquetero* (nombre que se da al contrabandista en esta parte del Pirineo), conocedor y práctico del terreno, acostumbrado a andar por las montañas más escarpadas y difíciles, trepa por allí por donde no le sería fácil hacerlo a una cabra, y se precipita por barrancos y quebradas cual una piedra desprendida desde la cima de la montaña; mas si se ve acosado, arroja el paquete que lleva suspendido a la espalda, que rueda hasta el abismo de donde con la mayor serenidad baja luego a recogerlo él u otro compañero. Difícil es formarse una idea exacta de esta clase de hombres sin haberlos visto correr por encima de los picos más elevados, faldeando ásperas montañas cubiertas muchas veces de nieve, fijando su planta con seguridad allí donde establecen su nido las águilas, y donde ningún otro hombre puede subir. Alguna vez en la vertiente de una montaña formada de roca viva, y por cuyo pie discurre murmurando un río o un arroyo de limpias y cristalinas aguas, y a cuatrocientos o quinientos pies sobre el nivel de éstas, en aquella especie de muralla ciclópea, se descubre una línea que la recorre: aquella línea es el camino que sigue el paquetero, que puesto en él, de un lado se le presenta una roca cuasi vertical y elevadísima, y del otro un abismo por cuyo pie corre el río o el arroyo, habiendo ocasiones en que el punto donde fija su huella, apenas tiene la suficiente extensión para que ponga el pie, y esto no en plano horizontal, sino con una inclinación de treinta o cuarenta grados. Esta pequeña descripción puede dar a conocer cuánta es la osadía del *paquetero* y cuánta la dificultad de poderlo perseguir y coger en su camino”.

Al menos, tan particular cronista político nos trasladó los usos de aquellos montañeses del pasado durante sus recorridos por las zonas altas de Andorra. Fueran clandestinos o no.

2.11. Trazado de la frontera hispano-andorrana

En los anales de la cartográfica del Principado de Andorra hay que agradecer cierto trabajo meticulado de las operaciones decimonónicas de trazado fronterizo. Se trata de la ya mencionada *Historia del deslinde de la frontera hispano-francesa. Del Tratado de los Pirineos (1659) a los Tratados de Bayona (1856-1868)*, realizada por Joan Capdevila i Subirana para el Centro Nacional de Información Geográfica de Madrid en 2009. Una extraordinaria fuente de datos montañeros.

Así, a partir de dicho texto se sabe que en 1850 funcionaba una Comisión Mixta de Lindes franco-andorrana cuya meta era que terminasen los roces por la propiedad de pastos limítrofes. En lo referente a la participación hispana en la misma, se supone que como la reina Isabel II pospuso su firma en el acuerdo, Francia tampoco quiso ratificar la delimitación de la muga sur.

Andorranos y españoles pusieron en marcha hacia 1856 su propia Comisión Mixta. Por parte del Principado la encabezaba el segundo síndico y procurador general de los Valles de Andorra Francesc Duran, el subsíndico Joan Moles y el conseller Josep Perich. En alguna fase puntual se les incorporarían representantes de parroquias afectadas como Sant Julià de Lòria o La Massana. Por el lado español, figuraban en ella el brigadier José Mellid de Bolaño, el diputado provincial José Alviñá y el administrador de rentas Pedro Jover. En ocasiones se verían acompañados por los alcaldes de Arcavell, Argolell, Civís y Os. Los objetivos comunes no eran otros que fijar el trazado exacto de la divisoria. Casi toda la muga era de montañas; alguna de ella, rozando los 3.000 metros de altitud.

Los comisionados deberían superar no pocas dificultades, tal y como sus informes reconocieron, "a causa de la mucha nieve de los montes que han de recorrerse" o "del mal tiempo que en esta estación en ellos se experimenta". Por fortuna, la colocación de mojones contaría con las minutas del notario Luis Dalmau de Baquer, quien actuaba como secretario. Dado que era un hombre detallista, surtió del relato de las andanzas de esta comisión por la misma línea divisoria. Tuvo que ser toda una epopeya que dicho notario marchara a lo largo del territorio de alta montaña comprendido entre el pic de Medacorba (2.912 metros), al noroeste, y la Portella Blanca (2.517 metros), al sureste. Acompañado por un segundo síndico, un subsíndico y un conseller andorrano, junto con un general, un diputado y un administrador hispanos. Además de sus correspondientes alcaldes y auxiliares.

Las operaciones debutaron en el flanco suroccidental del *País del Pirineo*. El 16 de octubre de 1856 y desde Sant Julià de Lòria, partía el grupo encabezado por Francesc Duran, Joan Moles, Josep Perich, José Mellid de Bolaño, José Alviñá y Pedro Jover. Con objeto de establecer la raya limítrofe entre dicha población andorrana y el pueblo leridano de Arcavell, tendrían que ganar cota con decisión:

“Llegados después de cuatro horas de marcha, monte arriba, al punto nombrado el collado de Pinós, y colocados al pie de una roca titulada de Pimes, sita en dicho collado [...], recorriendo enseguida los puntos en los que según los datos que han tenido a la vista deben fijarse los mojones y señales de división”.

En la referida peña, estos comisionados marcaron la frontera con una cruz pintada de rojo. Seguidamente avanzaron hacia la fuente de la Rabasa, disponiendo hasta allí de otros quince mojones. Establecieron sobre el terreno los derechos de paso y pasto de los ganados vecinales, así como el trazado de la muga en torno al río Runer.

El 17 de octubre los mismos protagonistas se ocupaban de trepar hacia ese coll de la Garganta donde comenzaba el término de Civís por el lado hispano. Debido a lo avanzado del día, la caravana no avanzó más hacia el norte, volviendo a Sant Julià de Lòria.

Retomaron los trabajos al día siguiente para situar nuevos mojones de delimitación: el Roc d’Aill (1.947 metros), el Cap del Plá de Morés [¿Mossers?], el Bony de Morés [¿1.829 metros?], el coll de Perrusola... Desde aquí se conectó con ese coll de la Garganta visitado en la jornada previa. Como en algunos de estos lugares ya existían señales fronterizas, se reforzaron con pintura roja. Hacia la collada de Canòlic (1.901 metros), todavía sin grandes complicaciones montaÑeras, se evolucionó por la línea de aguas. No pudieron ir más allá en su reconocimiento del terreno: el 12 de diciembre de 1856 estos “Comisionados de la Reina de España y del Consejo de los Valles de Andorra” se veían obligados a declarar en la Seu d’Urgell que interrumpían sus operaciones dado que el nevazo obstruía la muga por encima de los 2.000 metros.

Era mucho lo conseguido durante aquella delimitación fronteriza de 1856. Pero ni mucho menos estaba finalizado un trabajo que se tendría que proseguir sin demasiada tardanza.

2.12. Operaciones de deslinde de muga en 1858

Vale la pena insistir en los trabajos emprendidos por los artífices de la frontera entre Andorra y España de mediados del siglo XIX. Dos años después de las operaciones iniciales se reanudaba ese deslinde que estorbó “la nieve y el mal tiempo”. Como ejecutores del mismo repetían miembros del equipo de 1856 como Francesc Duran, Joan Moles y Josep Povida por parte del gobierno andorrano; José Mellid de Bolaño, Antonio de Moner y José López por el español.

Las nuevas tandas de amojonamientos arrancaban el 21 de septiembre de 1858. Una vez más fue preciso ganar altura en pos de la línea fronteriza, tal y como refiere Duran: “Habiendo salido a las 7:00 h de la villa de Andorra la Vella [...], y llegados después de tres horas y media de subida al punto nombrado Vista de San Andrés, se reunieron al pie del Roc d’Aill [...]”. Desde dicha balconada se repasó visualmente lo estipulado en la campaña de 1856. Después proseguirían los deslindes hacia la Pica den Clá [¿Pic d’Enclar (2.388 metros?)], donde alzaron la correspondiente torreta. En la collada de Montaner (2.078 metros) ubicaron dos fitas de piedra antes de trepar hacia Septentrión de este modo:

“Siguiendo desde luego en marcha hacia el norte por la vertiente de aguas se ha hecho una cruz en un peñasco negro que ha sido pintado de encarnado, y siguiendo en línea recta al cerro inmediato sobre el coll de Montaner, se ha hecho otra cruz sobre el peñasco que hay encima del bosque de la Solana de Sabaté [...], de aquí seguirá en línea recta y por la vertiente de aguas al pico del cerro nombrado Casamanya [no confundir con los picos de igual nombre del centro de Andorra], donde se ha grabado una barra [...], de aquí seguirá al pico del cerro nombrado Cotobill [¿el cap del Cubil (2.364 metros)?], donde se ha puesto un mojón, de aquí seguirá a otra piedra situada en lo más alto de la sierra de Casamanya [...], de aquí seguirá a lo más alto del bosque de Pal”.

Los comisionados progresaron por la cresta buscando el término de Tor. Su delimitación finalizaría ante las bordas de Setúria, en la parroquia de La Massana. El día 22 de septiembre se abandonaban las referidas cabañas con el amanecer, para retomar el amojonamiento por el costado occidental de Andorra:

“Y llegados después de tres horas y media de marcha monte arriba al punto nombrado Turó mes Alt de Ambots, en la serra titulada del Esquiró [...], hayan podido los mencionados señores ponerse de acuerdo acerca de los puntos en que habían de establecerse los mojones y señales [...]”.

Desde allí, estos montañeros en *comisión de servicio* progresaron situando torres de piedras hacia el port de Cabús (2.298 metros) y, después, hacia el port de l’Ovella (2.335 metros). Su meta era la frontera con Francia. Se acercaban a las zonas más interesantes de la raya entre Andorra y Lleida para un pirineísta amante de las cotas altas:

“El pico nombrado Cap del Croés donde se ha puesto otro mojón, y de este punto seguirá al cerro nombrado de la Selva [...], desde este punto seguirá al punto titulado de las Erolas; de aquí al puesto Negro [¿pic de Port Negre (2.568 metros)?] [...]; desde este punto se pasará a la sierra Gaspedosa [¿pic dels Aspres (2.562 metros)?] [...], al punto llamado sobre de la Coma Torda, en donde se ha puesto otro mojón, desde donde pasará al pico más alto del punto titulado Comapedrosa (2.939 metros), al lado del estanque nombrado Negre, donde se ha colocado otro mojón; de aquí pasará al Turó Boy [¿pic de Baiau (2.881 metros)?] donde se ha colocado otro mojón, y de aquí seguirá por la sierra, y la vertiente de aguas al punto nombrado port de Bat, en donde se ha puesto otro mojón”.

De esta manera discreta Luis Dalmau indicaba la visita más temprana que se conoce al *techo* del Principado pirenaico: el 22 de septiembre de 1858. Una jornada memorable desde el punto de vista alpinístico, aunque no se explicara quienes hollaron exactamente dicho vértice para alzar esa torreta de piedras que, años más tarde, encontraron los montañeros galos. Sin embargo, para el grupo de Duran, Moles, Povida, Mellid de Bolaño, De Moner y López no existía otro interés aparte de situar sobre sus 2.939 metros un mojón, dado que entonces se creía que la divisoria discurría por el mismo pic de Comapedrosa. Debido a que era “ya muy tarde, se retiraron al mencionado lugar de La Massana para continuar mañana las operaciones si el tiempo que amenaza borrasca lo permite”. Dando por delimitado el flanco occidental de la línea entre Andorra y

España, nuestros comisionados bajaron al día siguiente hacia la capital del primer país, donde llegaron después de dos horas "con mucha lluvia".

El 24 de septiembre y con el amanecer, el sexteto de amojonadores y sus adjuntos debería ocuparse de la cresta que arrancaba de la orilla sur del Gran Valira. Extractaremos referencias sueltas para que se pueda rastrear su avance sobre un mapa:

"Y llegados después de cuatro horas y media de marcha monte arriba a un punto nombrado torrente de Caborreu, se reunieron al pie de una peña conocida vulgarmente por la Roca de Pimes (2.171 metros), sitio en que acabando el término del lugar de Arcavell del reino de España, de ser límite al de la villa de Sant Julià de Lòria [...]. Desde aquí seguirá a otro peñasco o roca firme sito debajo del punto, llamado coll de Finestres (2.407 metros) [...]; y desde este sitio seguirá hacia arriba del punto titulado Camp Ramonet [...]; en vista del Puerto Negro, donde se ha puesto otro mojón, y desde este sitio seguirá al pico más alto apodado Port Negre [¿de Clator (2.642 metros)? ¿d'Urgell (2.698 metros)?], en donde se ha colocado otro mojón [...]. Seguirá al pico llamado Monturull (2.759 metros), donde se ha colocado otro mojón con una cruz, y desde este punto seguirá por la vertiente de aguas al cerro nombrado Rocas Blancas, donde se ha colocado otro mojón, y de aquí seguirá también por la vertiente de las aguas y sierra siguiendo al pico llamado Punçó, donde fina el término de Bescaran".

La jornada resultó más que densa, dado que "habiendo anochecido, se retiraron al lugar de Aransa, pueblo más inmediato, para continuar mañana sus operaciones". Merece la pena acompañar a estos funcionarios en su ronda por la periferia meridional del *País del Pirineo*. El 25 de septiembre de 1858, los comisionados dejaban Aransa con el alba para "establecer línea mojonera" entre Andorra y Lleida. La jornada resultó bravía, pues fue preciso ganar "después de tres horas y media de marcha montes arriba a un punto nombrado Monturnell". Para la ocasión traían en sus macutos documentos aportados por los respectivos municipios de Aransa y de Andorra la Vella con los que delimitar mejor el terreno. Se situaron primero sobre la Portella de Clavó [¿Claror (2.565 metros)?], acudiendo luego al "pico más alto que existe sobre los estanques nombrados de la Pera". A continuación marcharon hacia el Cap/Tosseta de Vallcivera (2.848 metros), "siguiendo por la sierra abajo hacia la sierra llamada coll de la Barra". Algún conflicto anterior provocó que tuvieran que hilar fino en el tramo siguiente: Torriella de la Coma Estremera (2.809 metros), Portella de la Salut [¿Setut (2.687 metros)?], Tossa Plana (2.916 metros) y Portella de la Muga [¿la Portelleta (2.763 metros)?], confluencias de los términos de Andorra de Vella, Lles, Viliella y Traveseras. En los sectores problemáticos se recurría a árbitros con documentos o se atendían señales antiguas como las del Planell del Pradell o del Plá de las Someras. Para la porción de la "sierra titulada Salut" [¿Setut?], subiría una cuadrilla encabezada por el alcalde de Llès. Finalmente todos se retiraron a Viliella.

El 26 de septiembre de 1858 y con las primeras luces, abandonaba el pueblo la comisión hispanoandorrana: después de "tres horas de marcha arriba" alcanzaron las inmediaciones del Tosal de la Muga. Insistirían en su avance "por

la vertiente de aguas y sierras siguiendo al punto nombrado Portell o Collada de Vallcivera" [¿port de Vallcivera (2.518 metros)?] y el estany de Montmalús (2.445 metros). Hacia la Portella Blanca (2.517 metros) se fijó donde la frontera de Andorra con España daba lugar a la muga con Francia. Misión cumplida.

El 18 de octubre de 1858 tuvo lugar un encuentro para cerrar el acuerdo de actas de los días anteriores. Fueron firmadas ante notario por la "Junta Mixta de Límites entre España y la República [*sic*] de Andorra, creada Real Orden de 18 de enero de 1854 y ratificada 11 de septiembre de 1857". Seguidamente se enviarían a los respectivos gobiernos. El documento declaraba establecida la línea mojonera entre Andorra y España. Un 7 de noviembre de 1858 se daban por concluidos trabajos de deslinde. Y, con ello, un fascinante capítulo de la crónica montañera del Principado pirenaico.

2.13. El periplo de Alfred Tonnellé

El retraso en la promoción turística andorrana pudo recuperarse un tanto a partir del viaje de Alfred Tonnellé. Este joven de Tours, un trepador hecho y derecho, había ascendido diversas cimas de los Pirineos centrales e iba a pasar a la historia por su *primera* conocida a la Forcanada. Por añadidura, también fue el autor de un apasionante libro: *Trois mois dans les Pyrénées et dans le Midi* (1858). Esencial en la historia montañera de estas montañas y, por supuesto, de las del *País del Pirineo*.

El día 20 de agosto de 1858 Tonnellé se hallaba en Tírvia, en cuya fonda le surtieron de "una bota de vino, queso y bocadillo de tortilla". Su objetivo no era otro que visitar el Principado pirenaico. Junto a su "guía viejo y pequeño", lo situaremos a punto de iniciar su recorrido al otro lado de la muga. Merece la pena la traducción de fragmentos extensos con las impresiones de este viajero de ojo atento y equilibrado:

"Hay dos caminos para ir a Andorra: el col de Mániga, que es el más corto, y el col de Sò, que discurre por su derecha para contornear la montaña. Este último es el que tomamos. La visión de la cadena de montañas por el horizonte es continua y se despliega hasta lo alto del puerto, donde llegamos a las 8:45 h [...]. Nos detuvimos a unos pasos del collado para almorzar. Compartimos nuestra comida con un hombre que nos encontramos, y que iba a Sant Julià en Andorra. Era un contrabandista que acudía al país neutral para cargar mercancías francesas. Mandé de regreso a Tírvia al guía y me puse en marcha a las 12:00 h. Tras cruzar el puerto de Os se percibían las crestas de las montañas de Andorra [...]. Saliendo de Os de Civís, comienza una encantadora garganta, cobijada entre rocas de aspecto variado, que gira y se repliega sobre ella misma, encerrándonos como en un estrecho laberinto. El calor resulta sofocante. En mitad de esta garganta está la frontera de la República de Andorra [*sic*]. Se ven forjas, molinos, etcétera. Encantador, el pueblo de Bixessarri, hundido entre el bosque y con arroyos de aguas espumosas por todas partes. Tiene una iglesia pequeña y sencilla, tan baja como un establo. Más adelante, la garganta se ensancha, y el torrente muge en las profundidades; enfrente, hay montañas altas. Desembocamos en el valle principal de Andorra, el de la Valira, a la altura de la aldea de Juvalló, que conduce, por la derecha, a Sant Julià de

Lòria, y por la izquierda, a Andorra la Vella. Es un valle cultivado y recubierto de bella vegetación; hay algunos pueblos. Andorra la Vella brilla a lo lejos; por detrás hay montañas altas.

“El valle de Andorra, en cuyo centro se halla esta villa, es risueño, encantador y verdeante, irrigado por cursos de agua tan abundantes como magníficos. Tiene un fondo de praderas, un verdadero tapiz uniforme donde resalta el color verde oscurecido por grupos de árboles y encerrado entre hermosos roquedos, iluminado por una luminosidad fresca y tranquila. Llegamos a Andorra la Vella a las 16:30 h. Fuimos al albergue. Su dueña estaba sola y no se apresuró en acudir para recibirnos. En estos países meridionales se suele dejar media hora ante la puerta antes de invitar a entrar. Finalmente me introdujo en una especie de gallinero. La sirvienta me dio un ramillete de flores [...]. Salí al pueblo. Trepé hasta un pequeño roquedo desde donde se dominaba el valle por sus dos extremos. Encantadora cuenca, graciosamente encerrada entre montañas bastante altas. ¡Ésta era la verdadera Andorra! A las 19:00 h me sirvieron una cena muy pasable. Organicé la excursión para el día siguiente. Los informes sobre este país resultan muy difíciles de obtener [...]”.

Es una pena que este periplo andorrano de uno de los primeros montañeros de corazón no fuera más largo ni mejor aprovechado. Solo dos jornadas incompletas. El 21 de agosto de 1858 Tonnellé se conformaba realizando un rápido reconocimiento del *País del Pirineo* antes de acudir para pernoctar en la Seu d’Urgell:

“Me dolía la garganta y bebí dos grandes jarras de leche de cabra que me llevaron a la habitación: dulce, cremosa, deliciosa. Partí para visitar Andorra a las 5:30 h en compañía de un venerable anciano que haría de guía. El día era radiante. Todo nuestro recorrido podía hacerse a caballo, pero salimos a pie para tener frescas nuestras monturas.

“Para ir de Andorra la Vella a Ordino se toma a la izquierda una garganta, bella y muy estrecha. Llegamos allí a las 7:00 h. Es un pueblecito extendido sobre unas laderas, más limpio que los de Cataluña. Dejamos a la derecha un estrecho desfiladero que llevaba a Francia por el port d’Auzat. Para pasar a Canillo, cruzamos la cadena de montañas que separa los dos valles, cuyos flancos estaban recubiertos de pequeños abetos. No se ven apenas bosques: todos han sido talados. Mi viejo cabrero se equivocó de camino en unas pendientes muy penosas hasta que nos encontramos con la familia honesta y piadosa de un anciano leñador, que nos puso en el buen camino. En lo alto, muy bellas vistas de las montañas de Andorra, un país cortado por pequeños valles, cimas distribuidas unas por encima de otras y hermosos roquedos de tonalidades vivas: tras estas montañas, se alzaban otras aún más elevadas. Por el lado de Tírvia se veía un horizonte limitado y salvaje. Desde el puerto de Ordino nos dirigimos hacia Canillo.

“Bajamos con rapidez por un camino áspero siguiendo el recodo de una pendiente. Llegados abajo, hallamos muchas flores [...]. A las 9:30 h estábamos en Canillo, disperso por una ladera en la base de unos roquedos tristes: allí todo era negro y de lo más exiguuo. Subí hasta una de las cabañas del lugar para obtener vino. Nos ofrecieron un pan tan duro que no se podía ni cortar. Salimos

a las 10:00 h para descender a un paso desenfrenado y llevé al viejo cabrero a toda velocidad, para su desdicha. Sudaba a grandes gotillones: echándose su gran boina hacia atrás, tenía que correr para poder seguirme.

"A las 11:30 h arribamos a Escaldes. Nada más hermoso que el lugar donde se encuentra. Está situado donde unos roquedos se abaten con presteza y se separan para enmarcar la bella cuenca de Andorra. Hay casas pintorescas diseminadas en la base de las peñas y entre prados, con bosquecillos y aguas alborotadoras. La cadena de rocas finaliza en unas puntas agudas y salvajes que elevan sus dentaduras sobre las casas. Por lo menos resulta tan hermoso y salvaje como Argelès. Hay en el pueblo dos manantiales termales de agua caliente: uno sin olor y muy caliente; el otro, sulfuroso. No se utilizan [*sic*]. Habiendo dado un largo rodeo para regresar a Andorra, estábamos allí a las 12:00 h. El viejo cabrero se sentó: estaba rendido. Dijo que habíamos vuelto en dos horas, como los rebecos, por un camino que se hacía en tres horas largas. Comí y abandoné Andorra a las 14:00 h.

"El cielo se había cubierto de nubes malvadas. Seguí la ruta de la víspera, hermosa hasta el puente de Juvalló, y no tanto hasta Sant Julià de Lòria. Dicho pueblo está en una buena ubicación y tiene una mejor apariencia que Andorra la Vella. Posee una plaza con casas pintadas; se ven señales de civilización y tiendas abiertas. Hay carniceros, carpinteros, herreros, etcétera. Tres cuartos de hora después cruzábamos la frontera con España junto a la casa amarilla de los Carabineros: abrieron mi maleta para inspeccionarla y fueron muy amables".

De este modo se despedía de Andorra quien bien pudo haber sido el conquistador de sus cúspides. Pero no lo fue. Alfred Tonnellé no pasó de legar otro jalón a los anales viajeros del Principado. La eclosión alpinística de las montañas andorranas quedaba ya cerca.

2.14. Debates desde Septentrión

Cruzado el ecuador del siglo XIX no eran pocas las opiniones controvertidas que se vertían sobre Andorra por parte de los viajeros galos. A modo de ejemplo se puede buscar el testimonio de Jean Lacroix de Marlès, autor de *Gustave, ou Le jeune voyageur en Espagne* (1857). Esto contaba entre sus páginas:

"Existe en los Pirineos, entre el departamento del Ariège al norte y al oeste, y el de los Pyrénées-Orientales al este, y la gran cadena de los Pirineos al sur, un valle que podría tener tres o cuatro millas por dos. Es el valle de Andorra, que cuenta con doce o trece mil habitantes repartidos entre seis pueblecillos y varias aldeas. Su suelo es pedregoso y poco fértil, el país pobre, la industria nula, el clima rudo. Pero los andorranos gozan de una constitución especial con la que se sienten libres".

Con propagandistas de talante tan dudoso parece increíble que se acercara turista alguno hasta dicho Principado, ni siquiera mediando los acordes de la ópera de Halévy. Poco sorprende que otro trotamundos célebre, Charles Richard Weld, descartara esto de su visita de 1858:

"No lejos del collado [de Puymorens], un camino que se dirigía hacia la derecha conducía al valle de Andorra, esa curiosa y pequeña república [*sic*] que,

demasiado pobre para ser objeto de codicia de sus vecinos, no ha sido ni invadida ni molestada, ni por Francia ni por España, desde hace seis siglos. Se puede ver la entrada de estos valles sin que, me permito añadir, tengamos deseo alguno de penetrar en sus estériles profundidades”.

Es de suponer que, al menos en este caso, los guías de L’Ospitalet habían recurrido a la coletilla acostumbrada de que en este Principado solo verían “pastores, herreros y contrabandistas”. Sin embargo, los andorranos ya pensaban en el turismo. Al menos es lo que se deduce de leer la obrita del abate Laubie sobre cierto empleado emprendedor de la Casa de la Vall: *Les aventures d’un grippe-sou dans la vallée d’Andorre* (1858). En dicho texto, a mister Lysander Brown, un británico más interesado en la historia que en los paisajes, el protagonista trataba de convencer para que le comprara un diccionario catalán-inglés. Entre tanto, las altas cimas de nuestra recoleta nación permanecían invisibles para los tempranos montañeros deportivos.

Avanzaremos en nuestro periplo con un autor destacado de la literatura pirenaica. Desafortunadamente, Frédéric Soutras dedicó una ínfima atención a los decorados que hoy nos interesan desde su *Guide aux établissements thermaux des Hautes et Basses-Pyrénées et de la Haute-Garonne* (1858). De hecho, apenas recomendó sino una visita rápida al *País del Pirineo*:

“A partir de Ax se pueden realizar multitud de excursiones por los valles cercanos, especialmente al de Andorra, una pequeña república [*sic*] desde hace varios siglos que, bajo la tutela de Francia y de España, mantiene su antigua independencia y su libertad patriarcal. Tres días bastan para esta excursión”.

Uno se pregunta qué le hubieran parecido a Soutras las poblaciones andorranas de haberlas visitado..., si el pueblo francés de L’Ospitalet le dejó cierta impresión de “aldea árabe”.

Se puede convocar al siguiente integrante de esta selección poco proclive a recorrer las orillas de las Valiras. Ahora será Lannau-Rolland quien descubra las posibilidades de una marcha por el Principado pirenaico desde su *Nouveau guide général du voyageur en Espagne et Portugal* (1864). En la Ruta 45 aconsejaba cruzar desde Ax hasta la Seu d’Urgell para, seguidamente, describir dicho itinerario a partir de L’Ospitalet. He aquí algunos extractos reveladores de este desplazamiento recurrente:

“El camino discurre por el flanco de la montaña, tanto a través de pendientes de roquedos como de gargantas rocosas y áridas. La ascensión por este camino perdido en los Pirineos es lenta y penosa, y finalmente conduce a una altitud de 2.500 metros. Desde lo alto de este puerto, el viajero ve desplegarse a sus pies las montañas de todo el País de Andorra. Comienza a descender por la vertiente sur: este lado es menos árido que el otro; los árboles verdes y los pastos de altura recubren, aquí y allí, el flanco de la montaña. Se llega así a una garganta bastante verde, por cuyo fondo corre la Valira, muy cerca de su fuente [...]. Este pequeño pueblo libre, muy religioso, benévolo, hospitalario, apacible y muy decidido a mantener su independencia, es feliz. El aspecto de bienestar que reina en todo el País de Andorra sorprende al viajero en la simplicidad primitiva de la región. Dichoso valle, digno de aparecer como

en las óperas. Dichosa república [*sic*], que es como una auténtica novela política escondida en el fondo de un valle de los Pirineos”.

Como hecho significativo hay que destacar que Lannau-Rolland no destinó expresiones peyorativas al país que visitaba, reservando incluso algunos elogios para ciertos núcleos: mientras que Encamp era una “encantadora población rodeada de una campiña muy bien cultivada y con aspecto de lo más pintoresco”, Escaldes le resultó “otra villa de aspecto muy floreciente con dos establecimientos termales bien mantenidos y frecuentados”.

Durante el segundo tercio del siglo XIX las montañas de Andorra eran, para muchos, meros lienzos que daban el fondo a las óperas de moda. No solo por Halévy: a la colección se podía añadir “Le berger d’Andorre”, obra que aparecía dentro del *Album chantant* (1864), con música de Coppini y texto de Désombrages.

Sin embargo, la música de las montañas andorranas no erradicaría los comentarios ásperos desde el Norte. Así, para Léon Jaybert, autor de *La République d’Andorra. Ses moeurs, ses lois et ses coutumes* (1865), dicha nación no ofrecía la mínima facilidad turística que los paladares finos de la época reclamaban. Simplificaremos sus quejas para quedarnos tan solo con sus referencias airadas a “camas que jamás vieron sábanas de tela”, a su percepción de “nada de lujos en los baños” o a esa “ignorancia absoluta de la utilidad de una servilleta durante las comidas”. Para compensar, proclamó que allí “nadie preguntaba ni el nombre” de los viajeros y que “ninguna remuneración era aceptada” por el alojamiento. Habrá que bucear por su texto para ver si, por casualidad, alzó la vista hacia las cumbres:

“En el límite extremo del departamento del Ariège, y al salir del último pueblo francés de L’Ospitalet, que bien podría parecernos un oasis en mitad de esta naturaleza inculta y salvaje y de estas rocas desnudas, hallaréis una carretera [...] y las montañas de Andorra, límite de la pequeña república [*sic*] del mismo nombre [...]. Trafican mucho con Francia, y van hasta la Bretaña y Normandía para comprar caballos y mulas, que pasan de contrabando a España [...]. La moral es muy severa en esta república, y cualquier hombre libre que haga que se pierda alguna chica, está obligado a desposarla sin importar su posición. Pero tal situación, por lo demás, sucede pocas veces [...]. En este país donde los caminos consisten en senderos de un metro y medio, con todos los accidentes del terreno al borde de torrentes escarpados, en cada lugar peligroso se encuentra una capilla cuyo nicho aparece adornado con una Virgen que supuestamente guarda a los viajeros. Sus puentes consisten en unos postes de pino. Los andorranos dicen que es preciso que *los caminos sean buenos, pero no demasiado*, para que su país sea menos conocido. Como piensan que sus picos son casi inaccesibles, no los vigilan lo suficiente”.

Da la impresión de que muchos de estos escritores decimonónicos se dejaban influir por los textos de algún predecesor. Por no hablar de su cerrazón radical ante las posibilidades que ofrecía para cierto regreso al medio natural. Un asunto que, para variar, parecía promocionarse desde cierta reseña breve de la *Notice sur les Bains d’Ussat. Ariège* (1869) que venía sin firmar:

“Los turistas que deseen admirar los bellos escenarios de la naturaleza pueden ir a visitar con facilidad, desde aquí [Ax], los valles tan curiosos y pintorescos de Andorra”.

Sin duda, tuvo que haber visitantes que se encaramaran sobre alguna balconada sencilla y con buenas vistas, como era de buen tono realizar en los demás destinos pirenaicos. Por desgracia, si escribió algo al respecto, parece que aún no se ha difundido.

2.15. Nuevos amojonamientos cimeros

El proceso de delimitación fronterizo por el sur no terminó con la campaña de 1858. Cinco años después sería preciso realizar un nuevo repaso de la línea fronteriza. La correspondiente memoria oficial brinda datos de gran interés para el montañismo andorrano. De nuevo los aportaba en 2009 Joan Capdevila i Subirana desde su *Historia del deslinde de la frontera hispano-francesa. Del Tratado de los Pirineos (1659) a los Tratados de Bayona (1856-1868)*.

Así, a lo largo del mes de agosto de 1863 se revisaba el “Acta de Amojonamiento de Límites entre España y Andorra según la Real Orden del 23 de abril de 1863”. Un cometido del que se ocupó, por parte andorrana, el segundo síndico procurador general de los Valles de Andorra, Joan Moles, junto con Josep Perich y Pedro Santuré. Por la hispana, sería asunto del brigadier Antonio Márquez, auxiliado por Francisco María de Martorell y José López. La consiguiente tanda de marchas por los montes de la muga arrancaba el 9 de agosto de 1863. El escribano Joan Cervós dio constancia de estas nuevas ascensiones de comisionados y representantes de municipios interesados que se pueden abreviar sin apenas anotaciones entre corchetes. Volvían las grandes horas del pirineísmo andorrano de utilidad:

“Habiendo salido a las 4:00 h del lugar de La Massana de los Valles de Andorra los expresados señores y llegado después de seis horas de subida al punto nombrado de Bat [¿pic de Medacorba (2.912 metros)?], que divide España, Andorra y Francia, se halló un mojón puesto en 1858, y siguiendo por la línea abajo y vertiente de las aguas hacia los puntos nombrados Turo Boy, Comapedrosa al lado del Estanque Negro, Coma Torta, Sierra Gaspadosa, puertos de las Erolas, pico titulado Cap del Crocs, puerto de la Boya, puerto de Cabús, puerto de Monsech, pico de Aubort en la sierra del Asguiso [...]. Se han encontrado todos los mojones y una cruz pintada de encarnado; y siguiendo por la línea divisoria hacia el punto que da la vista a la fuente nombrada Peu del Allá encima del bosque nombrado Cap del Bosch del Plá Rodó, a la Tallada de Bedó, y luego sobre el Planell nombrado Redó, donde se ha colocado un mojón que había desaparecido, renovando una cruz que hay en un peñazo al pie del llano Redó, y bajando al río de Os se ha renovado otra cruz, y siguiendo al cerrón nombrado Barcarisa, Turó de Barcarisa al cerro titulado sobre la canal del Prat Bordoll del lugar de Os, al cerro llamado Turó de las Bordas, a lo más alto del bosque del lugar de Pal nombrado Planell del Cap del Bosch, al pico más alto de la sierra de Casa Maña, al pico titulado Cotobill, a otro pico del cerro de Casa Maña por la vertiente de las aguas del collado del bosque de la Solana de Sabaté, a un peñazo de la misma Solana de Sabaté al punto nombrado Serra inmediato

al coll de Montaner hacia el collado de Montaner y punto de Aubort [...]; y siguiendo por la línea divisoria y vertiente de las aguas hacia el cerro titulado Auberts y punto nombrado Pica Descalá [...]; y siguiendo por la línea divisoria hacia los puntos nombrados entre la roca titulada la Copa y Solana, al peñazco titulado Colomer, encima del Prado de Tuñó, al punto titulado de la Ajaguda en línea recta al cerro de la Solana hacia el punto del Llimois que dirige a Servellá, prado nombrado Palomisa de Os”.

Por segunda ocasión aparecía un registro de marchas por esas montañas de Andorra limítrofes por el oeste con el reino de España. Solo hay que lamentar que no dieran excesivos detalles sobre la ruta propiamente dicha o las descripciones de vistas cimeras, al estilo de los pirineístas galos posteriores. En cualquier caso, tras esta fantástica jornada, la comisión acudía para pernoctar a Os. Reiniciaron sus operaciones en la muga al día siguiente:

“Habiendo salido dichos señores a las 5:00 h del lugar de Os y llegando después de una legua de bajada y otra de subida al pico nombrado Matella, donde se ha colocado una cruz de hierro, hacia el pico más alto de Aill, al coll de Canòlic; y siguiendo por la vertiente de las aguas hacia otra roca de Aill a otra roca nombrada Cap del Pla de Morés [...] hasta el punto culminante del mismo nombrado Bony de Morés, se han hallado de menos dos mojones que se han vuelto a colocar en el acto [...]; y continuando por la línea divisoria hacia el punto llamado Roca de las Socamusas y fuente del Pilaró [...]; hacia la fuente de Ardins en línea recta a una torre antigua que se halla cerca del pueblo de Aigolell y Serrat de las Bohigas, a otra roca escarpada, a otra roca [...]; y siguiendo monte abajo hacia balmas tituladas de Bulló, a otro mojón de piedra marcada con una cruz y letra D a la derecha del río Valira, renovándola con una cruz de hierro y frente al desagüe del río Runer Negro o de Argolell”.

El grupo de Moles, Perich, Santuré, Márquez, De Martorell y López descendió de las montañas para dormir esta vez en Sant Julià de Lòria. El 11 de agosto de 1863 transitaban por las alturas del sur de la muga andorrana. El alcalde de Arcavell se presentó para mostrar su disconformidad por el amojonamiento, si bien se decidiría no estar capacitados para alterar antigua línea. Se echaron de menos quince mojones en zona de Fuente de la Rabasa-Roca de Pimes, repuestos antes de cobrar cota:

“Y siguiendo Este para arriba hacia el punto nombrado Coll de Finestres, y desde este punto al titulado Camp Ramonet y de aquí en vista del Puerto Negro [...]; y siguiendo desde el punto nombrado Port Negre al pico titulado Monturull y por la vertiente de aguas hacia el cerro de Rocas Blancas, y de aquí al pico nombrado Punçó de Monturull [...]; y siguiendo desde dicho Punçó de Monturull al cerro titulado Portella del Clavo por la vertiente de aguas hacia el pico más alto sobre los estanques de la Pera”.

Eran ya las 17:00 h, y como se hallaban todavía a tres horas de marcha de Aransa, nuestros esforzados funcionarios descendieron hasta dicho núcleo para dormir. En cuanto al recorrido de un día 12 que arrancó a las 4:00 h, fue reflejado en el acta del modo siguiente:

“Y llegado a las 7:00 h al punto titulado Perafita por la vertiente de las aguas al punto nombrado Torriella de la Coma y al punto nombrado Portella de

Salut y de aquí al Tosal de Tosaplana hacia el punto nombrado Portillo de la Muga al pico nombrado Tosal de la Muga [...]; y siguiendo desde el citado Vallcivera por la vertiente de las aguas hacia el estanque titulado estany Gran de Montmalús por debajo de dicho estanque hacia un peñazco que hay al lado del camino que dirige a Angait, y de aquí a la orilla de un río a otro peñazco mucho más abajo del estanque, a otro peñazco puntiagudo que se halla en medio del camino que viene de Montmalús, a otro peñazco que hay en la división de Angait, bajando de Montmalús, y de aquí a otra peña sobre el radil o pleta titulada de Angait, y de aquí a otro peñazco sito en un radil viejo, y de aquí hacia un peñazco que dirige al Agualladó, cuyo peñazco es rendijado y de aquí a otro peñazco que hay en el punto nombrado Portella Blanca [...], concluyendo de confinar los Valles de Andorra con el territorio español, empiezan dichos Valles a ser limítrofes del reino de Francia”.

Durante estos cuatro días de esfuerzos no se descubrieron muchas variaciones en el trazado de la muga respecto a las rondas previas. Solo algunas desapariciones de cruces de 1858 en el sector del Planell Gran de Planell, lo cual disgustó a los comisionados andorranos. Realizada dicha rectificación, todos bajaron a Aransa y se dio por concluido “el amojonamiento en todos los límites” entre Andorra y España de 1863.

Todo parece indicar que cuando el grueso de los exploradores foráneos del Principado se plantó sobre sus cúspides, muchas ya habían sido ascendidas. Si no todas. En su muga con Lleida, acaso en dos ocasiones. Como ni andorranos ni españoles publicaron relato alguno, su recuerdo terminó por difuminarse. Los verdaderos conquistadores, con el permiso de pastores y cazadores, de las cumbres del arco oeste-suroeste-sur del *País del Pirineo* no traían ningún objetivo de promoción turística.

2.16. El Tratado de Bayona

A la vista de las diversas operaciones realizadas por los geodestas, se puede afirmar que la frontera sur del Principado había quedado fijada con exactitud. Por otra parte, los diversos acuerdos que se firmaron en el llamado Tratado de Bayona se ocuparían de delimitar los extremos donde confluían el entonces Imperio Francés con el Reino de España. Es factible glosar el encuadramiento de las dos fronteras, norte y sur, del *País del Pirineo* entre los mojones 426 y 427. En los documentos oficiales de los “Anejos al tratado de límites de 14 de abril de 1862 entre España y Francia, firmados en Bayona el 27 de febrero de 1863” de esta manera se especificaba:

“426. En el puerto de Boet, cruz en la cara inclinada de una roca a unos ocho metros de la senda. Después de este punto la línea internacional tiene que recorrer muy corto espacio para llegar al pico de Bayau o Nau de Bayau, cumbre común a España, Francia y Andorra y término de este amojonamiento”.

Por otra parte, resulta igualmente oportuno revisar el “Tratado de límites entre España y Francia desde el valle de Andorra al Mediterráneo, firmado en Bayona el 26 de mayo de 1866”. Así se explicaba el trazo de la muga:

“La línea de límites comunes al Reino de España y al Imperio francés entre la provincia de Gerona y el departamento de los Pirineos Orientales, partiendo

del pico de Valira, confinante con el distrito de Marangas, y con los valles de Carol y de Andorra, seguirá el estribo del Pirineo que cierra por el Mediodía el valle de Carol, recorriendo los puntos de Puig Pedrós, Fuente de Bovedó, Padró de la Toxa; Puig Farinós, Roca Colon, pico de la Tosa y roca del Talayador”.

Finalmente se puede comprender mejor cómo quedó fijada la aludida divisoria desde el “Acta final del arreglo de límites entre España y Francia por el Pirineo, firmada en Bayona el 11 de julio de 1868”. En ella constan descripciones que delatan las visitas a estas alturas de los delegados oficiales:

“Primera sección. Amojonamiento de la linde fronteriza desde el valle de Andorra hasta el Mediterráneo:

“Las señales de límites consisten en mojones de piedras de término y en cruces, excepto las mugas que circundan el fuerte de Bellegarde. Las piedras o pilares son prismáticas, de ochenta centímetros de altura, y de base cuadrada de cincuenta centímetros de lado. Las cruces tienen veinte centímetros y cuatro brazos iguales grabados en peña firme dentro de un rectángulo de cuarenta centímetros de alto por treinta y cinco de ancho.

“En todas las metas hay esculpido un número ordinal que va aquí escrito del párrafo en que se designa el sitio y especie de la señal correspondiente, empezando por el número 427, que sigue inmediatamente al último del acta de amojonamiento firmada el 27 de febrero de 1863, como primer anejo al Tratado de Límites del 14 de abril de 1862, que comprende desde el extremo oriental de Navarra hasta el Valle de Andorra.

“Número 427. Del pico den Valira, situado en la cresta del Pirineo, entre Francia y España, se desprende hacia el sur un estribo, en el que se encuentra un paso bien conocido con el nombre de Coll den Gait o Portella Blanca de Andorra. Aquí se ha colocado un mojón con el número 427 en la orilla norte del camino, en un punto común a España, Francia y Andorra.

“La frontera sigue desde la señal 427 por la cumbre del mismo estribo, subiendo al pico llamado por los españoles Toseta de la Esquilla, y por los franceses Camp Couloumer [...]”.

Para Francia y España, Andorra estaba comprendida entre sus bornes fronterizos 426 y 427 desde su Tratado de Bayona. Todo un paraíso de montañas quedaba entre medio.

III. LA ARRIBADA DE LOS PIRINEÍSTAS (1862-1885)

3.01. La guía del inglés

El legado del viaje emprendido en 1826 por el botánico George Benthham no cayó en saco roto. Cierta colega y compatriota suyo seguiría casi al pie de la letra los últimos consejos, aunque fuera treinta y siete años después. Es tiempo de fijarse en los rastreos de la flora andorrana realizados por el británico Charles Packe a través de su famosa guía pirenaica.

El autor de *A guide to the Pyrenees* (1862) arrancaba su texto sobre Andorra hablando del “sucio pueblo de Merens”, una población sita en suelo galo. Un comentario desafortunado que se eliminaría en la edición de 1867, donde

Packe se limitó a decir que el núcleo poseía un “albergue pasable”. Tras esta corrección, el británico explicó la ruta hacia Andorra desde L’Ospitalet:

“Cruzar al lado izquierdo del curso de agua y ascender por la garganta: en quince minutos se llega a la aduana que hay en el puente de Cerda. Aquí, la vía se divide en dos ramales [...]; la de la derecha vira en este camino, subiendo por piedras y rastreando pasos por el flanco de una montaña sin el menor árbol o arbusto que rompa su desolación. En dos horas y media se llega a los roquedos de Avignolles o de la Portella, donde nace el río Ariège. Aquí se abren dos gargantas: por del lado izquierdo, a través de una más larga, aunque algo más fácil ruta, se introduce en el valle de Andorra por el port de Framiquel; por la derecha, que es la continuación de la ruta que hemos seguido, termina superando el port de Soldeu (2.500 metros, 8.202 pies) [tiene 2.568 m]. Tras cruzar el puente y atravesar una meseta estrecha, la ruta acude al este y sigue el estrecho de la Valira para descender al valle inferior de Andorra. La angosta garganta de la izquierda, con sus bosques oscuros, conduce hacia el lado hispano [sic] del port de Framiquel. Enfrente, aparece la nevada cima del monte Rialp [...].”

Tal fue la parca descripción del itinerario de entrada al *País del Pirineo* adoptado por Charles Packe en 1862. El botánico pudo dejar algún lugar pendiente durante su primera visita, pues regresó dos años después con su amigo Henry Russell. En la versión de 1867, el primero se explayó contando los motivos por los que deseaba volver a las montañas andorranas:

“Todo este sector del Pirineo aparece muy desprovisto de bosques. Pero los pastos crecen hasta una altura de 2.700 metros. Y aquí hay una gran cantidad de plantas, tan raras como de calidad. Subiendo desde L’Ospitalet hacia el port de Soldeu, advertimos el *Ranunculus aconitifolius*, el *Ranunculus lacerus* y la *Gentiana pyrenaica*. No había visto ninguna de estas plantas en los Pirineos centrales, ni tampoco los raros *Senecios*”.

Bien se ve que Andorra era considerada por entonces como una especie de maravilla de la botánica. Entre otras aportaciones curiosas de 1867, Packe afirmó con mordacidad británica que uno se podía alojar en la Casa Don Guillem de Andorra la Vella, con “no con muchos lujos”. Pero la novedad más importante era su reseña del itinerario por el port de Siguer durante su periplo de 1864, con varios fragmentos montañeros de esta exploración:

“El retorno [a Foix] puede hacerse por otra ruta variada que asimismo es más directa. Dejando la ciudad de Andorra [Andorra de Vella] por el norte, continuar durante quince minutos por la orilla derecha de la Valira: al llegar al estrecho de Ordino, girar por dicha garganta al nor-noroeste [...]. Desde Ordino, subir al norte por un estrecho [...]. Esta garganta se divide en dos ramas. La occidental, por la izquierda, lleva hasta lo alto del Puerto Nuevo y del Puerto Viejo de l’Arbella, desde donde se baja a Vicdessos. Para ir al port de Siguer, tomar la rama de la derecha. El sendero sube al nor-noreste entre rocas y acrobáticos pinos [...]. Después de subir una media hora, los árboles desaparecen. Se continúa por la orilla izquierda del estrecho en dirección norte, y en una hora otra garganta vira hacia el oeste. En sus laderas, el *Ranunculus aconitifolius* es abundante. No dejar el curso de agua hasta llegar al desolado y

más llamativo anfiteatro que hay al pie del port de Siguer. Aquí, subir en zigzag hacia el norte para ganar el puerto en cuarenta minutos. La altura del mismo es de 2.594 metros [tiene 2.399 m]. Unos diez minutos de fácil descenso permiten llegar ante una colección de laguitos medio helados. Rodeada por manchas de nieve y a no más de 100 metros por debajo del puerto, hay una triste cabaña de pastores usada únicamente durante dos meses al año; probablemente, la más alta del Pirineo. El port de Siguer está a seis horas largas de Andorra la Vella, y a cinco de bajada del pueblo de Siguer [...].

“Quienes deseen escalar, pueden subir el pic de Siguer o pic de Rialb (2.903 metros) [tiene 2.687 m], al oeste del port de Siguer, lo cual, probablemente, obligue a dormir en esa cabaña del lado francés del puerto. Desde la cabaña, se cruza la loma algo al oeste para salir del puerto, y entonces se desciende un poco, tomando por el lado meridional la arista de la montaña, que debe ser recorrida para atacar la cumbre final por el suroeste. No es dificultosa y ofrece grandes vistas, especialmente hacia la Pica d’Estats y el Montcalm. Por aquí se aprecian algunas buenas plantas de montaña como la *Anemone sulfurea*, los tulipanes amarillos, la *Tulipa celsiana* y *Loiseleuria procumbens*”.

De este modo quedó ratificada mediante descripción el ascenso a una cumbre importante del Principado del Pirineo: el denominado para sus lectores anglosajones como *Mount Rialp*, o mejor pic de Rialb (2.687 metros), pasó a engrosar la cuenta de primicias turísticas de Charles Packe y Henry Russell. Sin embargo, a pesar de tan prometedor inicio, ninguno de estos pioneros regresó a cobrarse nuevas cimas en este territorio virgen para el deporte. Aunque, al menos, pasaron su testigo a un compañero: Alphonse Lequeutre, quien aseguró en 1877 que “el guía Henri Passet le dijo que, hace ya algunos años, Charles Packe le había señalado hacia esta parte de las montañas, aunque sin poder nombrárselas”. La tarea de identificación para los turistas del llano quedaría, pues, para otros exploradores.

3.02. Evocaciones russellianas

Se ignora si Charles Packe regresó o no al *País del Pirineo* tras su visita de 1864. No en vano, era un inglés del todo discreto. Mucho más mediático, su amigo Henry Russell difundía sus andanzas desde textos diversos. Sin embargo, nunca reconoció otro viaje a las tierras de la Valira.

Así y todo, la literatura russelliana hizo mucho por la divulgación de estas montañas. Primeramente, desde su texto sobre *Les grandes ascensions des Pyrénées* (1866). Dentro de su Excursión 5, el trayecto “de Porté a Andorra por el port de Soldeu” quedaba desglosado de este modo en la más temprana de sus guías:

“Desde el col de Puymorens, hay que descender gradualmente hacia el oeste-suroeste. Recorremos las orillas del naciente río Ariège, que baja hacia la derecha en pos del L’Ospitalet o de Merens. Ascended por su orilla izquierda, primero hacia el suroeste y luego al sur-suroeste, dando la cara a unos picos descarnados a los que no les falta grandeza y que casi alcanzan los 3.000 metros. El fondo de la garganta: dejando entonces por la izquierda unas

cabañas, el Ariège y el puerto de Framiquel (que también conduce a Andorra por otro camino más largo), hay que elevarse decididamente al oeste siguiendo unas zetas practicables a las caballerías. Ni un arbusto a la vista. Toda esta porción del Pirineo, rica en plantas raras, por lo general carece de bosques: no abandonamos los herbazales antes de los 2.800 metros. Se llega al puerto de Soldeu, amplio y excesivamente sencillo incluso a caballo. La vista por el lado de Andorra es vaga y limitada: resulta un terreno demasiado atormentado; una aglomeración de picos poco o nada conocidos. Dejando a la izquierda un gran circo muy salvaje a cuyos pies brotan algunos abetos, descendí hacia la derecha. Hay granito y abetos, muchos manantiales [...].

“Pueblo de Soldeu, muy antiguo. Bellos bosques por la izquierda. Bajad hacia el oeste. Canillo, algo más agradable que Soldeu. Posee un albergue; como todos los de las poblaciones andorranas, poco acorde con la belleza del país que lo rodea. Sin embargo, aquí las vistas aparecen siempre veladas, encerradas dentro de los límites de la estrecha y profunda garganta de la Valira, por donde desciende el río. En Canillo es preciso pasar a la orilla izquierda y subir para evitar un paso malo que hay si se sigue bajando por la derecha. Es una especie de desfiladero. Encamp, un pueblo donde se cruza a la orilla derecha para volver de nuevo a la izquierda un cuarto de hora después. La garganta se estrecha y el sendero se embellece. Bojedales. Hay que seguir siempre el curso sinuoso del Valira para llegar a Escaldes, donde manan unas aguas calientes y sulfurosas [...]. Se llega a Andorra la Vella, capital de la singular república [*sic*] del mismo nombre, poblada por unas mil almas como mucho, pintorescamente situada en un valle que hizo célebre el compositor Halévy”.

Dentro de su Excursión 6, Henry Russell servía la ruta “de Andorra a Foix por el puerto de Siguer”. Vale la pena extractar las porciones deportivas del trayecto desde El Serrat:

“Se pasa hasta la orilla izquierda. Los árboles desaparecen y la garganta vira hacia el norte. Anfiteatro absolutamente desnudo donde, sin embargo, crece la hierba: al oeste-noroeste, aparece súbitamente la imponente montaña de Rialb. Hay senda para caballerías. Port de Siguer: al norte, se despliegan las llanuras lejanas de Toulouse; al este, brilla muy cerca el bello lago Blanc; y al oeste, se alza el pic de Rialb [...]. Leyendo estas explicaciones largas y complicadas, se puede creer que se trata de trayectos difíciles y de montañas en las que, en solitario, uno se perdería inevitablemente. No es así. El hecho es que todas las excursiones por esta parte del Pirineo constituyen un verdadero placer para el montañero: saliendo de Andorra con una simple brújula y subiendo por cualquier garganta, dirigiéndose siempre hacia el norte, se puede llegar de forma infalible a Vicdessos o a Siguer. Solo es necesario ir armado de tiempo y provisiones. En cuanto a los peligros, estos no existen en los Pirineos al este de los Montes Malditos”.

Sin duda que la inclusión de estos dos accesos a Andorra dentro de la considerada como primera guía sería en francés para montañeros del Pirineo supuso un salto adelante. No obstante, tal vez resultarían más efectivos los párrafos que Henry Russell dedicara a estas peripecias desde la edición primera de los *Souvenirs d'un montagnard* (1878). Así, en su apartado sobre los

“Pyrénées-Orientales, Ariège, Andorre”, incluiría un capítulo sobre “Le Rialp (2.903 m)” [pic de Rialb, 2.687 metros]. Por ello, resulta forzoso regresar al Principado con este explorador con el fin de reconocer “la única zona de los Pirineos donde quedaban grandes picos por ascender, cuyos nombres eran incluso desconocidos, en Francia al menos”. Tras haber repasado la crónica de Packe, se puede conocer ahora la versión russelliana del mismo recorrido:

“En 1864, tras haber subido en dos ocasiones el pic Carlit en el curso de una semana, visité Andorra con mi amigo Packe. Entramos por el este. Es decir: por las fuentes del Ariège y el port de Soldeu. Hallamos en la frontera picos muy descarnados que no esperábamos encontrar allí, con un aspecto orgulloso recordaba el Pirineo central. Deseábamos realizar algunas excursiones por el sur y el sureste de Andorra, adonde acudimos para dormir. Pero, al no hallar para reponernos sino una carne de cabra que recordaba el caucho y algunos huevos, nos marchamos al día siguiente por la mañana. Remontando al norte por Ordino (albergue aceptable) y Llorç el curso fogoso del río Rialb [Valira del Nord], nos dirigimos en dirección a Foix, donde ingenuamente confiábamos llegar por la noche. ¡Qué delirio! Debilitados por el hambre y abrasados por el sol, arribamos, ya muy cansados, a la aldea de El Serrat, donde la garganta se bifurcaba. Entonces subimos hacia la derecha, para acudir seguidamente hacia el norte. Así llegamos, describiendo una graciosa curva, a un anfiteatro de lo más salvaje y en tonos blanquecinos, aromatizado por una flor de un perfume tan embriagador como exquisito: el narciso, adecuadamente llamado *poeticus*. De improviso, por el oeste-noroeste apareció el imponente pic de Rialb, que ascenderíamos fácilmente por el sur al día siguiente. Sin embargo, la noche nos sorprendió al atravesar la frontera por el port de Siguer, y hubo que buscar dónde dormir. Charles Packe, sin saco ni manta, aprovechó una cabaña de pastores que puede que sea la más elevada de los Pirineos: se halla un tanto al norte del puerto, cerca de los 2.500 metros de altitud [tiene 2.329 metros]. Es la altura del Hospicio del Gran San Bernardo. En cuanto a mí, dormí al aire libre dentro de mi saco [de seis pieles de cordero], entre dos grandes montones de nieve y bajo un cielo que parecía ártico por lo glacial y negro que era. Me encontraba prácticamente rodeado por pequeños lagos helados, entre los cuales brillaba por el este el bello lago Blanc, helado incluso en pleno verano.

“Dormí poco. Sin embargo, a pesar de una noche casi en vela, comenzamos la jornada del día siguiente con la ascensión del pic de Rialb [tiene 2.687 metros], una montaña elegante situada en la frontera, a unos dos kilómetros al oeste del port de Siguer, el collado que en ocasiones le ha prestado el nombre. Sus laderas meridionales son de una suavidad extrema: así, nuestra ascensión fue como un paseo sentimental a pesar de que soplara un viento furioso. Pero ambos estábamos muy cansados, y cuando, ya por la tarde, llegamos a Tarascon, después de uno de los descensos más interminables de los Pirineos, casi nos dormíamos mientras caminábamos. Además de tener que descender más de 2.000 metros de desnivel, la distancia era muy grande (sobre todo, cuando no se ha dormido) y el sendero resultó atroz. Era como una escalera resbaladiza. Pero nuestros ojos se consolaron con bellos lagos azules donde se reflejaban unas atrevidas agujas”.

El pic de Rialb dispuso así del ascenso en Andorra mejor documentado de la época. Tanto en los *Souvenirs* de 1888 como en los de 1908, la narración de esta subida se mantuvo sin cambios. Esta tripleta de textos, sucesivamente corregidos y aumentados, debió de obtener una gran difusión en el pirineísmo galo. Por lo demás, en el libro principal de Russell las alusiones hacia ese país lejano que se cobijaba entre montañas iban a ser tan numerosas como evocadoras:

“El amanecer fue algo maravilloso. Esta vez vi todo el panorama desde el Cotiella sin una sola nube, desde los modestos picos del País Vasco hasta las cimas de Andorra [...]. Juegos de luz sobre este conjunto infinito de picos, de hielos, de colinas, de ríos plateados, de llanuras todavía en la sombra” (Cotiella, 1865).

“De cada mil turistas, sean decididos o no, que engordan todos los años las listas y los alborotos de Luchon, Cauterets o Bagnères-de-Bigorre, apenas diez dedican siquiera una hora o un pensamiento a las cimas tan nevadas como históricas, a los lagos y a las soberbias cascadas del Ariège, la Cerdaña o Andorra. Se ha creado una quimera: se cree que, entre la Maladeta y Perpignan, los Pirineos se convierten en montes de importancia secundaria. Sin embargo, no es así. Más allá de Luchon, las montañas todavía rasgan las nubes sin humillarse” (Bassiès, 1872).

“En el puente de Marc, el valle se bifurcaba: dejé a la izquierda el estrecho sendero hacia Andorra por el port de Arinsal, para virar a la derecha [...]. Nuestros pulmones se dilataban con el aire fresco de la mañana: parecía como si alargaran la vida estas frías ráfagas que bajaban de las nieves de Andorra y del Rialb, sin haberse contaminado con nada humano” (Montcalm, 1872).

“A nuestro mismo nivel, no teníamos nada desde el Mediterráneo hasta el Aneto. Cataluña entera, Andorra y la Cerdaña se hallaban a nuestros pies, quemadas por el sol o blanqueadas por la nieve. Sus inmensidades daban una idea del infinito” (Estats, 1872).

“Divisé una cima árida y negra, una cúpula desconocida cuya altura debe aproximarse a los 3.000 metros y que creo que estaba en Andorra. ¿Sería alguna conocida de mi amigo Lequeutre, ese explorador modesto del amasijo inextricable de picos que ya no se cuentan, de tantos que hay, y que se erigen como millares de olas piramidales, entre el Ariège y Andorra?” (Mulleres, 1879).

“¡Qué luz! ¡Qué claridad! La vista alcanzaba unos doscientos kilómetros: ¡veía incluso Andorra!” (Gruta de Villa Russell, 1881).

“Teniendo en cuenta las vistas, que se extendían desde Biarritz hasta Andorra, y las poses tan teatrales de las pomposas cimas que las rodeaban, nos encontrábamos muy bien” (Col de Cerbillonar, 1882).

Se puede añadir otro jalón russelliano dedicado al *País del Pirineo*. Porque desde su guía en inglés sobre *Pau, Biarritz, Pyrenees* (1890) también hacía promoción de este sector de la cordillera:

“Hay tan pocos británicos que desean visitar los Pirineos Orientales que puedo hablar de ellos en un solo capítulo, a pesar de sus numerosos atractivos, poesía y soledad, sus lagos y cascadas encantadoras, la belleza tropical de sus cielos y de sus flores, así como la altura de sus cimas cubiertas de nieve [...].

Sin embargo, los buenos andarines, acostumbrados a las privaciones y no demasiado complicados de satisfacer, apreciarán a las salvajes y soleadas Andorra y Cerdaña, quizás de un modo más intenso que los valles demasiado civilizados y frecuentados de Cauterets y Luchon. Por otra parte, hay aquí picos tan respetables como importantes, del todo factibles para cualquier trepador, en regiones alejadas y recónditas, que comportan grandes extensiones de nieves eternas [...]. Se pueden percibir [desde Foix] las inmensas masas de nieve de los picos del sur, tras los cuales se esconde la singular república [sic] de Andorra, enteramente formada por un caos salvaje de montañas”.

Parece como si, para el poético Henry Russell, Andorra hubiera terminado como una referencia tan inalcanzable como onírica.

3.03. El accidentado ingreso de Mary Eyre

Una tercera viajera británica se disponía a protagonizar, junto a Packe y Russell, los inicios de los años sesenta del siglo pasado. Se trataba de Mary Eyre, quien obsequiará a esta crónica excursionista con una perspectiva femenina que, si bien no deja de tener su interés, parece un tanto hostil hacia todo cuanto se podía descubrir al sur de los Pirineos. Esta botánica inglesa firmó varias obras durante la segunda mitad del siglo XIX. El origen del trabajo que hoy nos ocupa fue su *A Lady's walks in the South of France in 1863* (1864), un éxito en ventas que animó al editor Bentley a que siguiera su periplo por el otro costado de la cordillera. Tal fue el génesis de un *Over the Pyrenees into Spain* (1865) que, ni que decir tiene, incluía al *País del Pirineo*.

Mary Eyre partía para su nueva aventura desde Newhaven, cruzando hasta Dieppe y siguiendo rumbo a Rouen, París... Una vez ubicada en la cadena francoespañola, la británica acudió hasta Ax. Al Principado pirenaico le destinaría dos capítulos enteros y parte de otros dos de su obra: del III al VI. Un texto muy extenso y detallado, por lo que parece más adecuado limitarse a las referencias paisajísticas o costumbristas del viaje de esta escritora y de su perrito *Keeper*. En una primera entrega se puede revisar su cruce de divisoria de aguas desde una Francia que, indudablemente, le entusiasmaba. Según su capítulo III destinado a “Ax”, de este modo ingresó en territorio andorrano desde L’Ospitalet el 26 de junio de 1865. Acompañada por un controvertido guía local llamado Jerome Roan *Tatine*, que llegaba muy recomendado tanto por el cura de la población gala como por una amiga local:

“El aire de la mañana era frío, y me alegré de mi capa a prueba de agua, así como de mi chaqueta de merino [lana], aunque la jornada estuviera clara y brillante, lo cual auguraba un buen viaje. Qué aspecto debía de ofrecer ante cualquier ojo que me hubiera visto a las 5:00 h, siguiendo a mi guía por las callecitas sucias de L’Ospitalet con mi capa y el sombrero de Leghorn, montando una bestia [la *Señora Gamp*] delgada y no muy diferente del célebre *Rocinante* en forma y elegancia [...]. ¿Cómo podía tener un paraguas decente, cuando tenía que servirme como bastón, látigo, ladrón para arrancar flores o frutas, e incluso para sacar las plantas acuáticas más raras de los arroyos? [...].

“Ascendí lentamente, llevando a mi guía a pie, por una región desolada perteneciente a Andorra, si bien alquilada por los habitantes de L’Ospitalet.

Setecientas cabezas de ganado pastaban aquí bajo el cuidado de unos pocos pastores. Eran de raza gris, con cuello grueso y aspecto de búfalo, y fue realmente todo un gran espectáculo ver a un rebaño de este tipo en la ladera de la montaña; no tan agradable cuando amenazaron a [mi perro] *Keeper* con sus cuernos, pues mi guía me dijo que a menudo mataban a cualquier perro que pasara. Las vacas no se ordeñaban cuando se las llevaba a la montaña: los rebaños de ovejas tomaban lo que elegían para su propio uso, y los terneros tenían el resto. Aquí no se hacía ni mantequilla ni queso, ni tampoco en Andorra, y con todas estas vacas los habitantes bebían habitualmente leche de cabra. En el sur de los Pirineos, por el contrario, los campesinos viven durante el verano en chalets, cerca de las montañas, las vacas se ordeñan regularmente y sus productos, ya sean la mantequilla, el queso o la leche, se llevan todas las mañanas al mercado. Pero los patriarcas no vivieron una vida más primitiva y sencilla que los ariegenses y los andorranos. Mi guía señaló hacia una forja en ruinas perteneciente a su tío y a él mismo, donde hace unos años perdieron sesenta o setenta cabezas de ganado y caballos, así como el pobre y viejo pastor que estaba a cargo de ellos. Todos fueron muertos por la caída de los establos durante una tormenta de montaña. Después de pasar entre esos rebaños, mi guía, que se había unido a otros dos hombres que llevaban cargas en caballos hasta Soldeu, me dijo fríamente que él se iba para vadear el Ariège y acortar por la colina. Podía seguir sola: mi caballo seguiría a los demás y podría cruzar donde ellos lo hicieran. No me gustó, especialmente porque algunos de los toros todavía amenazaban a *Keeper*, pero no parecía que necesitara ayuda. De cualquier modo, él unió la acción a las palabras, y en un momento se puso lejos de mí. Así que seguí adelante por El vado, que, por supuesto, no era muy profundo, pues el Ariège corre sobre enormes piedras donde siempre hay considerables remolinos y corrientes [...]. Mi guía acudió al otro lado y me gritó que viniera; pero se lo dije en vano a la *Señora Gamp*, ese miserable caballo que no se enfrentaría la corriente. Finalmente se humedeció lentamente los pies, y luego, animado por la vista de los otros caballos que subían por la colina, o temiendo el palo de su amo, cruzó sin prisa. Ni una disculpa me sirvió ese supuesto hombre de confianza, Jerome Roan: estaba enojado porque no pude obligar a la *dichosa bestia* a cruzar antes. Era inútil regañar o discutir. No dije nada, pues pensé que estaría bien que llegase a Andorra sin sufrir un accidente. Después de aquello, el camino se fue volviendo a cada momento más interesante. Pico tras pico se alzaban por el frente: algunos de ellos aparecían todavía blancos en muchas partes por la nieve, y el sol de la mañana arrojaba sombras azules profundas sobre las hendiduras y huecos de las montañas por detrás de mí. Fue una vista tan grandiosa como memorable: ¡valía la pena dejar Inglaterra para verla! No fue todo: las flores más bellas recubrían las laderas de las colinas, y debo reconocer que más bien agoté la paciencia de *Tatine* al pedirle que me reuniera las raras. Solo le pedí aquellas que me resultaban desconocidas. ¡Oh, cómo desearía haber podido juntar raíces o semillas para los jardines de mis amigos ingleses! Una ladera de la montaña estaba toda amarilla con una gran anémona florecida con el tono pálido del azufre, más profunda hacia el centro [...].

"Nos detuvimos para que los hombres pudieran cenar y los caballos comieran en el pequeño pueblo de Soldeu, de media docena de cabañas de piedra en mitad de un estrecho valle con ricos prados, poco después de haber pasado un pequeño estanque de aspecto negro donde el Ariège tenía su origen. Aquí tuve que sufrir una prueba más para mi *ego* por parte de mi guía, tan *digno de confianza* como *apreciado*. El lugar estaba demasiado sucio y yo me hallaba demasiado cansada y enferma. Hubiera sido bueno tomar cualquier cosa, excepto una pequeña cantidad de aguardiente español, que es un líquido blanco de aspecto lechoso, no muy sabroso. Incluso *Keeper* desdeñó la sopa que le ofrecieron, y se tumbó en el balcón mirándome con reproche porque no lo alimenté mejor después de su larga carrera por la montaña. Un joven, un muchacho de unos diecisiete años que se expresaba solo en castellano [Eyre no lo hablaba], también cenó un poco allí. Roan me propuso fríamente confiarme a él: tenía un caballo y podía llevarme a Andorra junto con mi equipaje, mientras que él mismo podía regresar esa noche a L'Ospitalet con, por supuesto, dos días de paga a cambio de medio día de trabajo. Lo rechacé con energía. Había cerrado un trato con él, y tanto el cura [de L'Ospitalet] como [su amiga] la señorita Charlotte me aseguraron que era digno de confianza, así que no podía romper el acuerdo y confiarme a un chico nuevo del que no sabía nada. Aunque me dijese que era de una familia andorrana muy respetable [...].

"Después de algún tiempo, el recién llegado me preguntó si montaría su caballo, que parecía joven y asustadizo. Decliné, y en un pequeño pueblo en nuestro camino nos dejó para ir a visitar a unos amigos. Nuestros dos antiguos compañeros de viaje se habían quedado en Soldeu. Desmonté y caminé, olvidando, cuando lo hice, de quitarle el paraguas a *Tatine*, que lo sostenía mientras yo bajaba. Él siguió caminando con el caballo a su ritmo, negándose obstinadamente, y muy malhumorado, a detenerse de vez en cuando, esperando hasta que pudiera llegar hasta él. La carretera de montaña se hizo muy empinada, resbaladiza y parecía una escalera; a menudo era simplemente el lecho parcialmente seco de un torrente de montaña, y tenía que elegir con cuidado desde las enormes rocas hasta las pequeñas piedras, ahora a través de una corriente de agua cuyos escalones eran solo los que naturalmente se elevaban sobre la superficie del agua a medida que disminuía su volumen con el calor del verano. A menudo, aunque no en general, balanceándome, pues no tenía ni el *alpenstock*, ni siquiera a mi amada *Señora Gamp* [la yegua] para ayudarme a estabilizar mis pies; si me caía y me lastimaba gravemente, tampoco podría llamar a mi guía. No necesito decir que a él nunca se le ocurrió echarme una mano en cualquier ascenso o descenso, por áspero o peligroso que fuera, excepto una vez, cuando habíamos cruzado la primera montaña después de L'Ospitalet, recubierta de flores hermosas, en una grieta todavía llena de nieve [...]. Por lo que pude juzgar a simple vista, ya que con guías así una no puede detenerse para examinar nada, por curioso o bello que sea, toda la grieta estaba llena de nieve, sin hielo.

"Había conocido en el hotel de Ax a un señor [Henry] Russell, miembro del *Club Alpin*, que acababa de regresar de una expedición por Andorra, adonde fue para hacer una guía más correcta que las que se habían publicado sobre esta

cadena de los Pirineos, y me dijo que el día anterior, al descender de una de las montañas ¿[el pic de Rialb?], resbaló y cayó en una de estas profundas grietas de nieve. Afortunadamente escapó sin lesiones. Creo que es el segundo inglés [al menos se olvida de sus colegas botánicos, Charles Packe y George Bentham] que visita Andorra; el honorable Erskine Murray fue el primero, y durante más de veinte años no tuvo seguidores.

“Así, hasta donde sé, soy la primera inglesa [aquí se salta a la fugaz Henrietta Chatterton] que se ha atrevido a invadir la privacidad de esa república de bolsillo [*sic*]. No le recomiendo a ninguna mujer desprotegida que siga este camino. Yo viajo porque *es mi condición*, como dicen los franceses [...]. Aproximadamente a una milla y media de la aldea de Encamps, estaba bajando penosamente por una empinada montaña, sola, al lado de *Tatine* y el caballo, por supuesto, fuera de su vista, cuando pasé junto a dos pastores. Los saludé: respondieron con sonrisas y pensé: *Si se trata de una muestra de andorranos, son una raza hermosa y hermosa*”.

Aquí comenzaba lo peor del cruce de frontera de la británica: al parecer, aquellos vaqueros le tiraron una piedra que le dio en la cabeza. Interrumpiremos en este punto el largo párrafo que Eyre dedica al incidente, pasando a la siguiente etapa de su viaje hacia Andorra la Vella junto a su escasamente adicto guía:

“Esperaba [*Tatine*] que me cayera y que tal vez me rompiera una extremidad al descender algunos de estos caminos difíciles. El primer deber de un guía es no perder nunca de vista a su viajero. Y sabía que no era una montañera acostumbrada a las montañas cuando le prometió al señor cura y a la señorita Charlotte Sicre [en L’Ospitalet] que me cuidaría bien. Él quería que yo montara durante el resto del camino hasta Encamps, pero estaba demasiado mareada y débil como para poder sentarme a caballo a lo largo de esos caminos, si es que así se podían llamar. En estos Pirineos los caminos generalmente van o hacia abajo o hacia arriba por la ladera de una montaña, por el lecho seco o parcialmente seco de un torrente. Cuando viran alrededor de una montaña con precipicios, parecen haber sido originalmente trazas de cabras, quizás ensanchadas un poco por el hombre. Todo el camino hasta Encamps fue un fuerte descenso y, enferma como estaba, me vi obligada a caminar. Mi cabeza me dolía en exceso, el viento frío me atravesaba como un cuchillo y temía que parte del cerebro pudiera quedar dañado por el intenso dolor que sufría. *Tatine* estaba furioso porque el accidente [apedreamiento] había pasado por su negligencia y porque no me podía llevar a caballo, y no tenía nada conmigo para aliviar la sensación de desmayo, ni una gota de vino o brandy [...]. Por fin llegamos a Encamps. Tenía cartas para un andorrano rico de allí, pero hubo algunas dificultades para encontrarlo. Su hijo, naturalmente, se había dirigido a él por su nombre correcto, pero, como era habitual en Ariège y Andorra, solo se le conocía por su sobrenombre. Finalmente encontramos su casa, presenté mis cartas y recibí de él y de su esposa toda la amabilidad posible, aunque debieron de haberme considerado una especie de oso, porque estaba demasiado débil para hablar. Querían lavar mi herida con sal, vino o brandy, pero sabía que mi cuerpo siempre se curaba bien [...].

"Mi anfitrión estaba muy molesto porque me hubiera sucedido semejante desgracia y prometió que castigaría severamente a los muchachos. Se los describí a él, y a *Tatine* también, pero no es costumbre castigar cualquier crimen que no sea el asesinato en Andorra, y solo bajo circunstancias muy agravantes, por lo que me atrevo a suponer que escaparon. Sin embargo, don Antonio Maestro estaba claramente avergonzado de que se le hubiera dado una recepción tan descortés a una foránea inofensiva que, además, le había traído cartas de su hijo y del maestro de escuela de su hijo, e hizo todo lo que pudo para expiarlo. Él y su esposa insistieron para acostarme y permanecer esa noche en Encamps, pero estaba empeñada en llegar a Andorra [la Vella]. Pensé que cuanto antes terminara mi viaje, mejor, y si empeoraba, al menos debería estar en una posada [...]. Ahora estaba menos débil, después de una hora de descanso, tanto él como *Tatine* me aseguraron que no había más precipicios, así es que volví a montar y comenzamos de nuevo. Enferma como estaba, pues aunque el dolor agudo del corte había cesado el dolor de cabeza debido a la violencia del golpe permaneció: no pude evitar admirar la grandeza salvaje de los pasos por los que llegamos a Andorra [la Vella] y las magníficas vistas desde Escaldes, el último pueblo antes de llegar a Andorra [la Vella]. Aquí nos detuvimos nuevamente para que le pusieran una herradura al caballo, y nos sorprendió ver al joven andorrano que habíamos conocido durante la mañana, que el infiel *Tatine* me había propuesto como guía, quien se había detenido en la fragua con el mismo propósito. También había sido apedreado por los mismos pastores, pero saltó de su caballo y corrió tras ellos y les golpeó. No pudo evitar una sonrisa significativa cuando se enteró de mi desgracia [...].

"El aire fresco y el rico aroma de los árboles me revivieron un poco, y pude admirar e incluso disfrutar las hermosas y magníficas vistas que se abrían ante mí. La fantasía, por la izquierda, de un rico valle bien arbolado, regado por un claro y sinuoso arroyo, amurallado por grandes y majestuosas montañas que variaban entre sí por sus contornos, con sombras profundas lanzadas sobre ellas por la luz tenue, retirándose, por así decirlo, una detrás de la otra, hasta que la imaginación no podía ni suponer su número. De frente aparecía un desfiladero estrecho que conducía al valle, con un puente viejo y alto, de un solo arco, casi cubierto de hiedra y enredaderas, que salvaba un abismo, bajo el cual corría el río. Sobre el puente, unas rocas fantásticamente revestidas de enredaderas, bordeadas por árboles elegantes, se elevaban de forma más abrupta y precipitada, mientras el río caía mediante una cascada de espuma entre ellos, y una gran montaña azul se elevaba como una pared entre nosotros y el cielo.

"Atravesamos el puente, rodeamos una empinada repisa de rocas, solo apta para cabras, teniendo a cada lado jardines y casas [...]. Por fin vinieron dos andorranos que también parecían muy dolidos por el honor de su país, puesto que había sido tan vergonzosamente maltratada. Don Pedro [Babot] no podía hablar sino en castellano [...].

"Hubiera sido una gran escena para un artista; de hecho, una gira por este país salvaje sería una mina de riqueza para un pintor, pero era cualquier cosa menos un lugar agradable para una mujer desprotegida y con la cabeza lastimada [...].

“Nuevamente, justo antes de entrar en Escaldes, vi en una ladera más colmenas de abejas de las que jamás había visto juntas en toda mi vida. Las colmenas eran de construcción muy tosca; aproximadamente un metro o un metro y medio del tronco de un árbol con la corteza cortada, fija en el suelo y ahuecada. Cómo sacan la miel era un misterio para mí, y lo dejo para un viajero más valiente y aventurero [...]. La mayoría de estas colmenas estaban con enjambre, pero no había nadie para recoger la miel [...].

“*Tatine* vino ahora para cobrar, y me alegré mucho por estar en la compañía de los dos Babot mientras ajustaba cuentas con él. Después de darle los catorce francos acordados, tuvo la desfachatez de pedirme que lo recomendara como un buen guía en mi libro. *Ciertamente no*, le dije: *gracias a ti casi me matan. Te habías comprometido a cuidarme bien, y seguiste caminando con el caballo, bastante fuera de la vista y también del oído. Te dije que te quedaras conmigo, que era tu deber como guía, porque si me hubiera caído por los empinados precipicios de las montañas y me hubiera roto una rama, ¿quién estaba allí para ayudarme? Si hubieras estado a mi lado para protegerme como deberías haber estado, esos chicos andorranos nunca me habrían arrojado piedras. No eres apto para guía. Ya es suficiente*, me dijo malhumorado, y se fue. *Me parece*, me dijo el señor Babot, *que estás más enojada con Tatine que con los chicos que te lastimaron. Ciertamente*, le respondí”.

Con estas expresiones de justo enfado interrumpiremos la primera parte de las peripecias andorranas de Mary Eyre. Una dama que durante su permanencia a orillas de las Valiras serviría otras anécdotas de lo más pintorescas, aunque queden algo más alejadas del tema viajero. Su relato del accidentado ingreso en el *País del Pirineo*, por muchos motivos evidentes, no dejará de ocupar un puesto preeminente dentro de su crónica turística.

3.04. La mirada de una británica

En este segundo apartado repasaremos las impresiones más itinerantes de Mary Eyre entre Escaldes y la Seu d'Urgell. Esta vez, recorridos desde su base en Andorra la Vella. Recurriendo de nuevo a su libro *Over the Pyrenees into Spain* (1865), rico en opiniones controvertidas que no tiene sentido reproducir. Revisaremos los capítulos principales sobre Andorra, el IV (“The valley of Andorre”) y el V (“San Julia”), junto con un pequeño fragmento del VI (“The Seu d'Urgel to Calaf”), para extraer sus alusiones a tradiciones y montañas. De este modo se divulgó la perspectiva de una solitaria viajera inglesa. Esto vio en el curso de sus pequeñas excursiones por el *País del Pirineo*:

“Observé por la derecha una inmensa cantidad de rocas rotas que parecían indicar la reciente caída de una parte de la montaña. Fuimos allí, y mi guía me contó su triste historia. Una pequeña aldea de seis o siete casas se encontraba allí esta misma primavera [de 1865], alguno de cuyos habitantes se encontraban entre los más ricos del valle; y mientras nos paramos y miramos, apareció un pobre campesino viejo que rompió a llorar y exclamó: *¡Aquí estaba mi casa! ¡Yo era rico entonces! No guardé nada más que la ropa que llevaba puesta, que era lo peor. Ahora no tengo nada. ¡Pobre hombre!* Le di dos francos, todo cuanto

pude, porque no tenía más que 120 para llegar a Barcelona [...]. Parece que algunos pastores que bajaban la montaña notaron una gran grieta en el suelo y advirtieron a los habitantes de su peligro. En lugar de trasladar de inmediato su ganado y sus propiedades a Escaldes, solo a un cuarto de milla aproximadamente, fueron a la capilla a rezar para evitar la desgracia. Finalmente decidieron partir por completo. Acababan de hacerlo cuando una avalancha de rocas, piedras y tierra se soltó, se supone, por el desgaste gradual de un arroyo subterráneo crecido por la nieve derretida, que arrasó toda la aldea, enterrando casas, capillas, establos y ganado por debajo de él. Nada escapó a la destrucción sino un granero en las afueras del lugar; tan cerca estaban los habitantes atrapados por las rocas que caían, que el último hombre del grupo quedó atrapado por parte de la masa que caía. La rama de un árbol, parte de la cual vi que aún permanecía enterrado en la tierra, lo salvó de perder la vida o las extremidades; me mostraron el ángulo estrecho donde permaneció encarcelado hasta que la gente vino de Escaldes para liberarlo [...].”

”Era domingo, y cuando pasamos por el pueblo de Escaldes, gran parte de la población salía entonces de la iglesia. Todos se detuvieron para mirar y comentar sobre la inglesa. Eso era natural, pero cuando nos acercamos a las rocas de donde provenían las aguas termales, justo por encima de la orilla del río, las mujeres y los niños se reunieron a mi alrededor, hablando en alto, y mi guía [Babot padre] les dijo algo con brusquedad, aunque no logró impedirme las molestias; todavía nos siguieron con sus exclamaciones mientras bajábamos los escalones de piedra para examinar los manantiales. Había varios grados diferentes de calor y componentes minerales. Podía meter mi mano en todos. Algunos alemanes enviaron a un médico para informar sobre ellos y quisieron establecer unos baños, lo cual habría sido excelente para la pequeña aldea, pero los andorranos son reacios a cualquier alteración, incluso para ir a mejor. Habían dejado de trabajar en las minas de hierro, que producían un hierro de excelente calidad, *por miedo*, me dijeron, *pues si las trabajamos y se conocen las riquezas de nuestras montañas, Francia o España se anexionarán nuestro territorio, y nosotros perderemos la independencia* [...]. Sin embargo, nadie nos siguió ni abusó de nosotros, y mientras caminábamos por el hermoso camino hacia el pintoresco puente del que hablé antes, mi guía me contó algunos rasgos del carácter indómito del campesinado andorrano [...].

”Babot [padre] me dijo que el valle de Andorra tiene seis comunas o parroquias, que contienen entre cinco y seis mil almas en total. Cada comuna elige a cuatro miembros de los consejos públicos, que se reúnen en una especie de parlamento y deciden sobre todos los asuntos. Los asuntos penales se refieren al síndico y, además, hay dos viguiers o magistrados; uno designado por el gobierno francés, [...] el otro por el obispo de Urgell, que se titula como Príncipe de Andorra. Ninguno de ellos reside aquí. Me llevó a ver la Cámara del Consejo donde se encuentran estas dignidades, y al abrir un armario donde había una imagen pintada de Cristo, me dijo que primero había que ofrecerle una oración [...].

”Hay uno o dos hermosos lagos que se pueden ver entre las montañas de Andorra, y desde sus alturas hay espléndidas vistas de la cadena circundante de

los Pirineos. Se ven hermosas flores en sus valles verdes; por cierto, el *iris* morado crece en las orillas del río, cerca del puente cubierto de hiedra entre Escaldes y Andorra la Vella, y en la mayoría de los acantilados, hay también plantas acuáticas, y crecen en las cumbres de las montañas de estos Pirineos. Asimismo hay buena pesca en sus arroyos claros, buenas piezas de caza y lobos, aunque no osos, como [el guía del ingreso] *Tatine* me dijo, que poder cazar en las montañas. *Son tan audaces, dijo, que se pueden llevar a un perro pastor hasta el pie de un árbol y se lo comerán ante tus ojos; pero no es cierto que bajen hasta los pueblos y se lleven a los niños. Atacan a los rebaños, y en inviernos duros causan estragos, pero no a los niños.* Sin embargo, todas estas delicias y exploraciones las dejo para el año 2000 o para el siguiente milenio [...].

“Mi joven guía [Babot hijo] no era del todo un chico incivilizado, pero no se detenía ni un momento, y no respondió a una sola pregunta hasta Sant Julià, como lo llaman los andorranos, o Santa Julia, e incluso quiso hacerme ir al trote [de su asno] hasta allí. Se resistió de una manera terca. *Puedes volver al galope hasta casa, si quieres, le dije, pero no iré a un ritmo desagradable para complacerte. Vine para ver el país; mi asno debe caminar.* Apenas sé qué palabras usar para hablar de ese paseo. Las vistas variaban con cada paso. Ahora uno terminaba en un hermoso y estrecho valle, regado por el mismo arroyo claro que corría bajo de Escaldes y Andorra [la Vella] y, a la sombra de alisos, robles y sauces, un pequeño puente rústico que cruzaba el arroyo, la vista se cerraba con un fondo verde montañas, con sombras del azul más oscuro destacando sus oquedades. Luego, había montañas severas y salvajes, desprovistas de árboles, con un talud que se alzaba sobre un acantilado en solemne grandeza pedregosa sobre el estrecho arroyo que, desnudo de árboles, se curvaba alrededor de un lecho de grava. Solo puedo decir que fue pintoresco, hermoso, salvaje y grandioso en extremo, mucho más salvaje y hermoso que el viaje hasta Gavarnie, pero no a Gavarnie en sí. El Ariège y Andorra difieren esencialmente en colores, formas y carácter de los Pirineos de la Bigorra y el Béarn, mientras Luchon se parece mucho a ellos. Los contornos de las montañas son igual de azules. Los contornos de estas montañas parecen más rotos, variados y más grandiosos; su color es más profundo y variado; el azul de sus sombras más oscuro y también más claro. La tonalidad previa de los Altos Pirineos es gris pizarra; la del Ariège y Andorra, un profundo y encantador tinte púrpura que vemos que los pintores le dan a los páramos y montañas escocesas. En todos estos viajes no vi ni un conejo, una perdiz o una liebre, pero escuché la agradable canción de alondra y el ruiseñor, y vi muchos pajaritos bonitos que no conocía. Llegamos a Sant Julià en unas dos horas [...].

“Volví a montar mi mula. La bestia era una verdadera mula. Trató de arrojarme desde el primer puente al que llegamos. Marchaba por el borde del precipicio, claramente con la misma intención villana. Comencé a pensar que sería más seguro caminar hacia la Seu. Llamé a mi guía y, con cierta dificultad, le hice saber mis intenciones, porque ni él sabía francés, ni yo español o *patois*, por lo que desmonté y comencé a leer mi carta ansiosamente, en lugar de mirar el hermoso país que estaba atravesando. Dos tropiezos me advirtieron que no

era conveniente leer en caminos tan salvajes, y la guardé en el bolsillo sin leer [...]. El país se volvía más salvaje en cada momento. Apenas podía llamarse valle: era una cadena de montañas elevadas, escarpadas, estériles, o casi estériles, por la derecha, con, aquí y allá, algunos campos, algunas granjas dispersas, casas o aldeas, o uno o dos pequeños campos, unos oasis verdes en este desierto de piedra. Por la izquierda, a mi lado, se veía una cadena de colinas de baja inclinación e irregulares, ya desoladas y desnudas, ya sembradas con trigo, desde donde unos hombres morenos con cejas negras me decían: *buenos días, señora*. Como camino, había una estrecha y pedregosa pista y, entre estas dos laderas, por sus bases, corría el río. Un poco más allá llegamos a una pequeña cabaña junto a la carretera, cerca de un puente. Sobre su frontal estaba inscrito: *Por la Reina de España*. Era la aduana [...]. La puesta de sol carmesí se había desvanecido en un gris sombrío antes de llegar a la Seu d'Urgell. Estaba bellamente situada en una hondonada, rodeada de altas montañas. Pensé en que me gustaría la Seu, y en lo agradable que sería hacer una o dos excursiones por las montañas y buscar flores silvestres. Y pensando eso, entramos en la ciudad”.

De forma un tanto salteada y fuera de contexto, Mary Eyre ha pintado alguno de los cuadros sobre la naturaleza andorrana más bellos del último tercio del siglo XIX. Bien se puede prescindir de sus valoraciones sobre la “semi civilizada” vertiente sur del Pirineo.

3.05. Un benigno análisis de Vidal

Con demasiada frecuencia se ha podido constatar que muchos viajeros no supieron o no quisieron comprender el alma de la Andorra de otros siglos. Una nación a la que algunos visitantes le destinaban comentarios no siempre afortunados. No es el caso de Victorin Vidal, autor de *L'Andorre* (1866). Una obra que básicamente revisaba la situación política del Principado, de paso que informaba de sus instituciones, carácter de sus habitantes y largo etcétera. Estamos ciertamente ante un volumen político que rogaba por que el *status* andorrano se mantuviera inalterable.

Entre estos datos, como solía ser preceptivo, se incluía en su primer capítulo las reseñas sobre sus rutas de acceso desde Francia a través de “una cadena en apariencia impenetrable”. Agradablemente favorables hacia el paisaje del *País del Pirineo*. Por ello, se exige una reproducción de estas explicaciones prácticas de Vidal en sus sectores superiores:

“Tres pasos que se conocen con el nombre de *ports*, situados en los confines del departamento del Ariège, dan acceso a estos valles.

“El puerto de Siguer es el más difícil de los tres: para alcanzarlo, es preciso atravesar un desierto de roquedos y precipicios que los torbellinos y la nieve vuelven inabordable durante ocho meses al año. El puerto de Fontargente (Fuente de Plata), al que se llega desde el pueblo de las Cabannes, aunque sea de ascenso más suave, es poco frecuentado por los andorranos. En compensación, ofrece un atractivo especial para el turista que, llegando a lo alto de la montaña, puede hacer un alto encantador en las orillas de un bello lago con su superficie plateada. Pero ¿queréis llegar a Andorra sin demasiadas

dificultades ni muchas fatigas? ¿Queréis realizar un viaje completo, recorriendo estos valles en toda su extensión? Entonces es preferible el puerto de Framiquel.

"Hay que dirigirse a Ax-les-Bains. Elegid una de esas bellas jornadas de finales del verano o de comienzos del otoño, como a menudo se dan en nuestros Pirineos, y, con el alba, poneos en marcha.

"De pradera en pradera, de cascada en cascada, hacia las 8:00 h, llegaréis a Mérens [...]. Pronto aparece el sol tras los montes y hénos ante las casas de L'Ospitalet. Desde allí, ascenderéis de un modo rápido por los flancos de la Soulane [Solana], una bella montaña situada a vuestra derecha. Bosques y prados han desaparecido. No hay delante sino un roquedo desnudo. Unos pasos más y el guía señalará con su bastón herrado la piedra que marca el límite.

"Estáis en Andorra.

"El paisaje resulta agreste y severo. Por todas partes, el horizonte aparece cerrado por las montañas. Por la derecha, la Soulane [Solana] despliega su gran tapiz de vegetación. Por la izquierda, es la montaña de Puymaurin [Puymorens o Pimorent], sobre la que serpentea en zigzag el camino que lleva a Puigcerdà por la Cerdaña francesa. Enfrente, se alzan en una soledad imponente unos picos inaccesibles, blancos de nieve. A unos pasos del sendero, el [río] Ariège, del cual se ve su fuente a lo lejos, saltando con estruendo a través de las rocas. El ruido monótono del torrente vuelve más solemne la calma de esta naturaleza desértica. Por ningún lado por donde se mire, ni un campo cultivado, ni una casa, ni siquiera una cabaña de pastores. Solamente aquí y allí, rebaños de vacas y de mulas reunidas en grupos al sol, silenciosas, inmóviles y como perdidas.

"Aunque estéis en el territorio de la República [sic], aún no habéis penetrado, por así decirlo, en el corazón del Valle. No sucede hasta haber franqueado el puerto de Framiquel, cuando las montañas de la Cerdaña, habiendo desaparecido de golpe, van a desplegar ante vosotros la doble cadena de montes vertiginosos en medio de los cuales corre el arroyo del Embalire (la Valira).

"Aunque la soledad resulte cada vez más profunda, el paisaje resulta menos austero. Es casi risueño, comparado con el que se acaba de ver. La Valira murmura a vuestros pies y se pasea sobre guijarros sus aguas de color esmeralda. A través de los abetos erectos de la montaña vecina, el torrente, blanco por las espumas, desciende entre oleajes precipitados, aportando desde el lago de los Pessons un primer tributo al río naciente, cuyas aguas claras reflejan, en mezcolanza afortunada, los rayos del sol con la sombra de los pinos jóvenes dispersos por sus orillas en forma de ramilletes.

"Después de haber caminado por las orillas de la Valira sin otros encuentros que con los viejos troncos de pinos abandonados, por fin percibiréis algunos campos de cultivo y, en la lejanía, una pequeña aldea. Se llama Soldeu".

En este punto abandonaremos la narración poética de Vidal, que por lo general prosigue su periplo con cierta actitud benévola hacia Andorra. E incluso anima a recorrer otras ramas del Valle, siguiendo el río Arinsal. Parece preferible atender a un par de comentarios que realiza sobre esos montañeros de primera hora que, por desgracia, no pusieron por escrito ni contaron sus incursiones por los territorios de la alta montaña:

“La única pasión a la que el andorrano se dedica con pasión es la caza. Cuando, calzado con la *espardeña* [alpargata] y con su escopeta a la espalda, parte seguido por su infatigable sabueso, no existe otro mortal más dichoso que el libre ciudadano de esta República [*sic*]. Pronto supera los bosques y gana la alta montaña [...]. He aquí que tiene un encuentro: un rebaño de rebecos acaba de aparecer sobre las crestas de unos roquedos. Se pone a perseguirlos, y hasta que no cae alguno de los retrasados, ninguna fatiga ni peligro le detienen”.

Como se ha podido comprobar, Victorin Vidal servía, al comienzo de su análisis político, una suerte de guía soterrada de las rutas de ingreso al Principado. Con los tonos amables de quien ha quedado maravillado por su naturaleza.

3.06. El Medacorba de los geodestas

De nuevo hay que prestar atención a los militares hispanos. En 1911 el conde Aymar d’Arlot de Saint-Saud intentó en vano hallar respuestas sobre sus recorridos pirenaicos en los archivos oficiales de Madrid. Mayor éxito ha tenido recientemente Patxi Termenon, autor de un trabajo que fue publicado en el número 252 de la revista *Pyrénées* bajo el título de “Les campagnes méconnues des géodésiens espagnols” (2012). Entre otros hallazgos, este investigador bilbaíno ha sacado a la luz datos vitales referentes al *País del Pirineo*.

El Real Decreto de 1853 se considera como el punto de partida de la cartografía al sur del Pirineo, dado que fue el origen de la Carta Geográfica de España. Para llevarla a cabo, las autoridades hispanas llegaron a adquirir modernos teodolitos germanos de la casa *Ertel & Sohn*. En 1866 la Décima Brigada Geodésica del comandante Francisco Cabello cubría los Pirineos orientales. Recurramos aquí al artículo de Termenon para seguir sus movimientos:

“El 4 [de agosto de 1866] pernoctan en Fornols del Cadí, y el 6 se construye una señal en el Cadí (2.561 metros). El 7 parten hacia Andorra en busca del vértice Montcalm, del que ignoran la ubicación exacta. El 8, por mal tiempo, no pueden partir hasta las 15:00 h, alcanzando el punto límite de los tres estados, el pic de Medacorba (2.912 metros): *Caminamos con exposición por las montañas hasta el límite de Francia, España y Andorra, pudiendo continuar por la divisoria, bajando a pernoctar a Areu. Jornada de quince horas. De esta parte del Pirineo, el ayudante Oncín advertía: Tan largas son las distancias y tan expuesta y costosa la subida a estos cerros que no es posible subir en cada día más que a uno. Teniendo que haber perdido muchos días por no tener descripción de dónde estaba el citado Montcalm*”.

Se sabe la identidad de los protagonistas de tales trabajos de campo, firmantes de aquella temprana ascensión al Medacorba: el ayudante Manuel Oncín, un cabo y los soldados Santos Gil y Eusebio Eira.

Los militares españoles, como sus colegas galos, visitarían las montañas de la divisoria hispano-andorrana prácticamente a la par que los exploradores célebres del pirineísmo. Aunque estos últimos jamás citasen a los geodestas del Sur.

Los datos que han comenzado a aflorar de la mano de Termenon podrían suponer la revisión de ciertas primicias turísticas adjudicadas a montañeros franceses. Arrojan tantas sombras sobre el palmarés real de los pioneros que llegaron desde el Norte como interrogantes. Porque los testimonios recolectados por los hispanos eran remitidos puntualmente a París. Luego el coordinador de la cartografía militar gala, el entonces comandante Ferdinand Prudent, hubiese tenido que estar al tanto de estas ascensiones de sus colegas del sur. Extraña mucho que, en apariencia, no comunicara estos informes a colaboradores de la talla de Maurice Gourdon, Franz Schrader y Aymar d'Arlot de Saint-Saud.

3.07. Guías Joanne de 1873 y 1879

Existe un modo sencillo de evaluar la importancia turística que iba cobrando Andorra durante el último tercio del siglo XIX. No hay más que observar los cambios producidos dentro del entonces apodado como *Vademécum del Pirineísta*. Así, en la edición de 1873 de la *Guide Joanne* apenas se hablaba del *País del Pirineo* salvo para ventear las vaguedades y frases hechas de costumbre:

“Situado casi por entero en la vertiente meridional de los Pirineos, el territorio de esta República [*sic*] limita al norte con el departamento del Ariège, el puerto de Arinsal en el valle de L’Ospitalet; al este y al sureste, lo limitan las montañas de Carol y de Urgell [...]. Solamente las montañas de Andorra no están sometidas ni a levas ni a impuestos, y allí es libre hacer contrabando”.

En el terreno montaraz, Adolphe Joanne se limitaría a proporcionar un escueto listado de puertos por los que se podía acceder desde tierras galas: Arinsal y Arbeille, con “senderos impracticables para las mulas y guía imprescindible”. En cuanto a los collados aptos para las caballerías, se reducían a Siguer, Bagnels, Fontargente, Soldeu y Framiquel. Naturalmente, también describía la ruta de la Seu d’Urgell. Y nada más que pudiera servir a los turistas inquietos, salvo cortas alusiones a “la bella montaña piramidal de Combepédrouse” [*sic*], la “bella montaña de Rialb que domina al este el puerto de Siguer”, o “Sant Julià, dominado por el oeste por una gran montaña con desfiladeros rojizos que se diría un gran bloque de hierro”.

En seis años todo cambiaría. Para la edición de 1879 de la *Guide Joanne* se habían tenido muy en cuenta las observaciones de Henry Russell, así como las de sus, hasta cierto punto, *discípulos* Alphonse Lequeutre y Maurice Gourdon. No resulta raro que las recomendaciones montaÑeras en la *Joanne* para ese trayecto “desde Vicdessos hasta Andorra por el port de Arinsal” de la Ruta 173, se incrementaran de forma notable:

“La subida a través de pastizales, de piedras desprendidas y, después, de nieves, resulta penosa pero no ofrece ningún peligro. Port de Arinsal, abierto a 2.700 metros [2.734 metros], en una arista de rocas en ruinas [...]. Desde este collado, la vista es muy extensa, si bien, agarrándose a los salientes de las rocas, se puede subir fácilmente al pic de Bareytes [o pic del Pla de l’Estany, 2.859 metros], que se alza inmediatamente al oeste y desde donde se descubre un panorama mucho más grandioso. Al sur, se ve desplegarse como en un anfiteatro todas las montañas de Andorra [...]. Por el costado oeste, se ven las

pirámides de la Comapedrosa, de Medacorba y de Bonet [...]; al este, se percibe por detrás de la cima de Tristaina una parte del valle de Ordino y, más allá, las cimas de Rialb y Serrera, de formas piramidales. Por el lado de Andorra, se baja en un principio por unos desprendimientos rocosos, y tras haber sobrepasado cinco pequeños estanques con diques de roca, se llega a la región de los pastos, donde discurre un sendero bien trazado [...].

"Puig de Casamanya: bella y fácil ascensión, muy recomendable. Subida en cuatro horas, bajada en tres. Saliendo de Ordino, hay que elevarse desde el suroeste hacia el noreste, primero por la orilla derecha del río y, después, dejando dicho arroyo a la derecha, se toma un amplio camino de mulas que sube por un gran barranco [...]. Collado de Ordino [coll d'Arenes, 2.538 metros]. Vista de los valles de Ordino al oeste, y de Canillo al este. Una larga loma recubierta de abetos sube hacia el pico. Los céspedes suceden a los bosques, y la subida se vuelve de una gran monotonía. No es sino en la base de la arista terminal cuando la escalada se vuelve más áspera. El Puig de Casamanya, vista panorámica muy interesante sobre Andorra [...]: al suroeste, el Puig d'Anclar, dominando Andorra la Vella; al oeste-noreste se muestra el más alto pico de Andorra, el Puig de la Comapedrosa; al oeste-suroeste, se alza el pico desgajado de Medacorba [...]; al este-sureste y cerca, en Andorra, el pic dels Pessons [o d'Ensagents]. Una vez de regreso al col de Ordino, se podría descender por el este a Canillo. También se puede subir, al noreste, al Puig d'Estanyó, más alto que el Casamanya, desde donde la vista resulta extremadamente bella.

"Port de Siguer: inmediatamente al este de la bella montaña del Rialb, o pic del port de Siguer, donde el arroyo andorrano de Rialb tiene su nacimiento. Dirigirse hacia el suroeste hacia un amplio collado, abierto de forma profunda en la cresta, y después, se contornea por la derecha un circo desértico sin subir ni bajar (flores raras). Desde ese collado, se ataca el pico por la vertiente este (pendientes fáciles). Pic de Rialb, vistas admirables: al sur se percibe Andorra [...]. Es un excelente observatorio para examinar la cadena del Ariège y Andorra. Todo este país merece atraer la atención de los turistas".

Por lo demás, la guía del parisino prestó una atención especial, desde sus Rutas 171 y 173 de 1879, a los altos collados andorranos. Sus reseñas esclarecían alguna denominación múltiple de ciertos puertos: "Port del Rat, de Rat o de Auzat; port d'Arbeille, d'Albères o de Auzat; port de Fontargente o de Dincla; port de Bagnels o de els Peyréguils; port de Saldeu o de els Méringois"... No es seguro que de ese modo despejaran las confusiones; acaso, se complicaba más este rompecabezas a resultas de informar de que "los propios andorranos confunden a menudo el port de Framiquel [o d'Envalira] con el de Soldeu".

De cualquier modo, la Ruta 175 de esta *Joanne* se reservaba a la vía de acceso desde la Seu d'Urgell, así como a las consabidas generalidades culturales sobre el país. Resaltemos alguna frase significativa:

"Casi todo el territorio de la soberanía de Andorra está ocupado por macizos montañosos: unos, revestidos de bosques de pinos, y encinas; otros, áridos y descarnados [...]. Los recursos del país radican en la crianza del ganado, la explotación de los bosques, los escasos productos de sus forjas, el alquiler de los herbazales a los pastores catalanes y del Ariège, así como, sobre todo, del

provecho del contrabando entre Francia y España. Desde hace algunos años, el cultivo de tabaco ha tomado una gran extensión [...]. La educación pública está más extendida en Andorra que en el territorio de Urgell: las escuelas son gratuitas y la mayoría de los hijos de familias que algún día serán propietarios feudales, van a estudiar a Toulouse o a Barcelona”.

Desde la popularísima *Guide Joanne* sobre los Pirineos de 1879, las regiones altas de Andorra ya no resultaban tan misteriosas. Algunos de los seguidores de Russell las habían hecho suyas. Quizás tomaran en serio esa declaración de principios que su *maestro* realizara desde cierto texto sobre los “Pyrénées” con el que se estrenaba el primer *Annuaire* del *Club Alpin Français* (1874):

“Termino este artículo, en el que he hablado de tantas cosas, a través de un ardiente llamamiento a los jóvenes franceses que no tienen una idea clara sobre qué hacer con sus energías, tiempo y dinero: que acudan a los Pirineos, donde el encanto y el misterio todavía imperan, y donde, por lo demás, tantas conquistas quedan por hacer; sobre todo, en la Cerdaña y en Andorra”.

Estaba visto que en 1874-1879 las montañas andorranas despertaban sentimientos parejos de encanto y misterio, así como unas ansias enormes de visita. Aunque estas últimas no se materializaran por el momento.

3.08. El medio físico de cierta República Federal

Existe un trabajo sumamente curioso sobre la *Historia política, social y administrativa de la República Federal de Andorra. Su origen, fundación, privilegios, leyes, administración, población, productos de su suelo, etcétera*. Redactado en 1874 por una pluma anónima que se reconocía como “amante de su patria”. En sus 47 páginas se revisa desde la Historia hasta las Instituciones del Principado, que no República del Pirineo. También contiene una descripción de su orografía que bien vale un repaso.

Esta obra tan poco difundida como en absoluto orientada hacia el sector del turismo decimonónico, contaba con un prólogo que prácticamente glosaba el contenido y, sobre todo, el tono de su interior:

“Creemos que el público verá con agrado la recopilación de lo más interesante que se halla esparcido en varios libros sobre la Historia de esta República [*sic*], cuyo territorio se halla situado entre Francia y España, y que a pesar de figurar entre las pocas repúblicas que durante muchos siglos han subsistido en Europa, es digna de consideración tanto por las leyes sabias que la rigen, como por la paz que constantemente ha reinado en su seno, modelo de los buenos principios republicanos y de la validez de las leyes, fundados en los eternos principios de la justicia y de la moral”.

Pero pasemos ya al territorio montaraz. Desde Barcelona y en español, así se plasmaba cuanto se sabía sobre los relieves del *País del Pirineo* en el último tercio del siglo XIX:

“Las nieves y hielos, que suelen durar por lo menos 6 meses en lo alto de los cerros, hacen su clima frío, pero la pureza de las aguas y los aires contribuyen a que sea de lo más sano; en el verano las lluvias son frecuentes. Metido entre los Pirineos, los montes o cabezos más altos que en él se encuentran son el de

las Mineras, llamado así por las muchas minas de hierro que en él existen; el de Casamanya, de Saturria, Montclar, de San Julián y de Juglar. Entre medio de las ásperas y quebradas cordilleras inaccesibles las más de ellas a los hombres y a las bestias, se hallan varios puertos o gargantas que en diferentes épocas del año quedan transitables, aunque siempre con mucho trabajo e inminentes peligros; los principales de estos que conducen a Francia, son el de Valira, de Soldeo, Fontargent, Siguer, Auzat, Arbella y Rat; y de los que comunican con España, el llamado Port-negre, Perafita y Portella. Abundantes minas de hierro de la mejor calidad; una de plomo, no pocas de alumbre, de cuarzo, de pizarra, tierra negra, de arminio, y muchas canteras de preciosos jaspes y de varios mármoles, se encuentran en las entrañas de estos montes; y por entre las hendiduras de los peñascos brotan en diversos parajes aguas termales, sulfúreas y ferruginosas, cuya aplicación y uso interior producen los más sorprendentes efectos en las dolencias de cierto género. Las fuentes y manantiales de aguas ligeras y delicadas, que causando un embelesador murmullo, o se precipitan desde lo más alto de los cerros, o descienden de sus faldas, o salen en los mismos valles, bien serpenteando, bien elevándose en forma de surtidor, son innumerables, así como la multitud de ríos y de arroyos a que dan origen, o que fomentan con el tributo que a su paso les rinden; las principales de estas corrientes son las tres que con el nombre de Valira atraviesan el Valle en diferentes direcciones, y después de salir de él, se unen formando un solo río que conserva el mismo nombre hasta que, algo más abajo de Urgel, se confunde con el Segre. El terreno, poco fértil, como puede suponerse, se divide en prados, donde se cría variedad de yerbas de pasto para el alimento de los ganados durante el invierno; tierras de labor, en las que se cosecha centeno, algunas legumbres y hortalizas, poco cáñamo, sabrosas patatas, algún frutal, especialmente nogueras y castaños, y cuya parte más baja y meridional se destina a la plantación del tabaco; y en terreno inculto o erial, donde se encuentran ricos pastos de verano, bosques de pinos, abetos, robles, encinas, abedules, fresnos, chopos y otros árboles que proporcionan abundante combustible y madera, no solo útil para los edificios, sino para mástiles y construcción de buques, la cual se trasporta por los ríos Valira y Segre hasta Tortosa y otros puertos del Mediterráneo: hay también extensos trozos en que crecen con lozanía el avellano, el sauco, el boj, el enebro y otros arbustos; la frambuesa, la zarzamora, la fresa y la grosella, que con su fruto aroma que embalsaman el ambiente y halagan el paladar con los ácidos más gratos y saludables; muchas raíces y plantas medicinales. El ganado lanar, cabrío, vacuno, mular, caballar y de cerda, cuyo jamón es buscado por su grato sabor, debido sin duda a la hoja del fresno de que se alimenta el animal, y a la frescura del aire con que se cura, distribuidos en pequeños rebaños pueblan los llanos y los montes; saltan con libertad entre los jarales y mayores espesuras las cabras monteses, los osos, lobos, zorras, liebres y ardillas; anidan en los puntos más abrigados de los expresados sitios, o en las ramas de los copudos árboles, la gallina de monte, la perdiz blanca, la parda o *xena*, algunas de la especie común, y multitud de mirlos y ruiseñores; las águilas de varias especies y otras aves de

rapiña habitan en lo más pelado de los corros, desde donde se dejan caer sobre su presa a golpe seguro”.

Tal era cuanto se conocía del medio físico del Principado de Andorra en la España de 1874. Datos bastante equilibrados y carentes de inquina, si bien con poca querencia por sus montañas.

3.09. Los imaginarios Livingstons de la Valira

Se puede inspeccionar un curioso testimonio llegado desde Septentrión. Donde se narran las experiencias de Albert Laporte, creador del libro sobre *Aux Pyrénées le sac au dos* (1876). Una trama que no especificaba si era ficticia o real. Nos sumergiremos en ella a partir de su etapa luchonesa con el fin de efectuar un periplo, acaso imaginario, hacia los entonces “salvajes Pirineos Orientales”: el Mont-Valier, el Montcalm y Andorra. Laporte lo presentaba como un recorrido para recobrar las fuerzas tras cierto accidente novelesco que acababa de sufrir en las grietas del glaciar del Aneto. Una ruta fuera de los, hasta entonces, circuitos habituales. Es posible que estemos ante otra muestra de excursionismo inventivo.

Como quiera que fuese, de este modo discurrió su viaje andorrano desde el lado español y en compañía de cierto guía resabiado. Comenzando con un ascenso de los que no abundaban en la literatura andorrana de la época:

“Carafa [el guía] me anima a probar mis fuerzas trepando al pico que se encuentra frente a nosotros. Es muy fácil: no hay más que agarrarse a las presas de las rocas... Lo ascendemos con rapidez. Es el pic de Bareytes [pic del Pla de l’Estany, 2.859 metros], pues nos hallamos muy cerca de Arinsal, en el camino de Andorra. No me pena mi escalada. El panorama que se domina es grandioso: veo desplegarse como en un anfiteatro todas las montañas de Andorra y, entre todos esos picos desgajados, redondeados, nivosos o boscosos, distingo el Comapedrosa, una inmensa pirámide de laderas sembradas de abetos [...].

“A lo largo del camino hasta Andorra la Vella, donde llegamos cuatro horas después, solo había montañas verdeantes, torrenceras de aguas limpias y valles tallados en la roca. Desgraciadamente, ¿por qué teníamos que dejar todo eso para acudir hasta allí? Un pueblo de calles irregulares y tortuosas, casas edificadas con pizarra y granito, una plaza pequeña con una pobre fuente, una iglesia muy sencilla, un castillo completamente destrozado y con defensas a medio destruir: tal era el balance de la capital del *Bello País de Andorra*, que no sería conocido si la música de Halévy no lo hubiera hecho popular.

“Esta República [*sic*] que apenas abarca las sesenta mil hectáreas de terreno y que cuenta con diez mil habitantes repartidos en siete pueblos y treinta y cuatro aldeas, paga por su independencia 960 francos a Francia y 450 al Obispo de la Seu d’Urgell. Desde el punto de vista político, forma parte integral de España [*sic*]. El contrabando y su derecho a no ser soldados ni a pagar impuestos son las únicas ventajas que los andorranos perderían de convertirse en españoles, cosa que cabe esperar en un futuro próximo [...].

“Pero no tendría quejas de mi viaje de regreso. Durante la mayor parte de la jornada, vagabundeamos por unos caminos abruptos que convenían a los contrabandistas, a los rebecos y a los bandidos. Ciertamente es que no vimos ninguno,

por lo que me veo forzado a hablar por lo que escuché. De estos decorados tan de su predilección, no recibí otra sorpresa que la variedad de paisajes, lo que, para un turista, vale mucho más que mirar a ese contrabandista que os vende sus artículos a tres veces menos de su valor, a ese rebeco que no se deja abatir o a ese bandido que os matará si es necesario. Entre Andorra y Ax hay un camino largo y penoso, muy accidentado. Carafa me hizo cruzar por el puerto de Framiquel para enseñarme los roquedos de la Portella y la laguna de Font Negre, donde nace el río Ariège. Un lugar con unas vistas admirables sobre las montañas de Puymorens y el valle del Valira que compensa por la aspereza del camino”.

El relato de Laporte pareció dar sobradas razones para que fuese clasificado entre las obras de la literatura imaginaria. Cuanto menos, llevó la narrativa de ficción hasta las alturas de Andorra.

3.10. La geodesia hispana hacia 1860

Las cumbres del Pirineo oriental se desperezaban. Con el último tercio del siglo XIX la curiosidad montañera se iba a extender hacia sus gigantes. En busca de la novedad, algunas figuras señeras del montañismo comenzaron a interesarse por cuanto restaba inédito en la porción de cordillera que separaba el Ariège de Cataluña. Incluyendo a ese *País del Pirineo* por el que Packe y Russell cruzaron como centellas en 1864, dejándolo todo por realizar.

A despecho de las invitaciones de los vencedores del pic de Siguer, parece que, durante unos cuantos años, ningún foráneo quiso degustar las altas cotas andorranas. Confirmar este dato en ámbitos montañeros exigiría buscar en una dirección poco trillada: los geodestas militares españoles que, durante la segunda mitad del siglo XIX, rondaron el Principado. Así, en un prólogo donde comentaba la expansión del fenómeno explorador a partir de 1860 del tomo IV de los *Cent ans aux Pyrénées* (1901), el historiador Henri Beraldi apuntaba:

“¿Quién hubiera hablado de un pirineísmo por todos los circos, barrancos, gargantas y cañones? ¿Quién lo hubiera imaginado por Saboredó, San Cristóbal, Subenulls o Comapedrosa?”.

No tardó en servir él mismo la respuesta. Algo poco más adelante, el parisino abordaba de modo escueto las operaciones de triangulación en la vertiente sureña de la cadena:

“¿Y los españoles? ¿Qué hicieron por los mapas de sus Pirineos? Van con retraso y no trabajan sino a empujones. Desde hace tiempo, dos reputados oficiales, el coronel Coello y el general Ibáñez, han sabido elegir admirablemente las futuras estaciones para una triangulación de primer orden [...]. De oeste a este, a través de cortes meridianos, éstas son: [...] Boumort, Coscollet, Port Negre (o Monturrull, frontera con Andorra), Cadí [...]”.

Henri Beraldi estaba bien relacionado con el responsable de la cartografía gala para el Pirineo, el entonces comandante Ferdinand Prudent. Por ello, parece sensato atender estas insinuaciones sobre el paso de los geodestas hispanos por los confines andorranos. Bien podría pensarse que alguna brigada pudo encaramarse al port Negre (2.605 metros) o al Monturrull (2.759 metros).

Hasta que salgan a la luz los informes de la Cartografía española, habrá que recurrir al bien documentado pirineísmo galo. El de corte estrictamente civil, se entiende.

3.11. Cuando medio Comapedrosa se creía español

Andorra se situó pronto en el punto de mira de Alphonse Lequeutre, discípulo aventajado de Henry Russell. Un hombre que fue descrito por el historiador Henri Beraldi como "simpático y agradable, con ese aire de medio pobre y de medio moribundo que ocultaba un fondo noble y elevado".

En el verano de 1876 Alphonse Lequeutre rondaba la muga del *País del Pirineo* junto al reputado guía de Gavarnie Henri Passet. Traían como objetivo la recolecta de esas primicias de alta montaña que en el Pirineo central comenzaban a escasear. En el entonces *Misterioso Este* quedaba mucho trabajo pendiente en el terreno ascensionista. Por suerte, al parisino le gustaba difundir sus andanzas desde el *Annuaire* del *Club Alpin Français*. Así lo haría con su texto sobre la "Signal de Campcardos et pic de Peyre-Fourque" (1877). Durante su visita al Peiraforca (2.653 metros), el pionero estudió el escenario de futuros reconocimientos:

"Hay vistas al oeste-noroeste del Roc Colom y, al norte, de los seis lagos de Els Pessons, nacimiento de la Valira d'Orient en Andorra. El valle superior de la Valira aparece dominado al sur por una serie de colinas cuya coloración similar a la del vino le da un aspecto singular al paisaje. Aquí y allí, algunos pinos. Más al norte, aparecen los bosques".

Lequeutre completó sus andanzas por el flanco sureste del Principado con una ascensión a la entonces denominada Senyal de Campcardós, punta hoy conocida como Puigpedrós (2.913 metros). Describiría sus panoramas mediante unas líneas parcas:

"Al suroeste están las muy elevadas cimas de Andorra [...]; al sur-sureste, unos picos muy elevados se alzan entre los Valles de Andorra y Esterri. ¿Son los picos de Comapedrosa y de Montaner, junto con los más alejados de Mont-Rouge y de Gelever? Citados algunas veces, en realidad, son unos desconocidos".

El pirineísta había dado en el blanco: la alta montaña andorrana escondía enigmas. En las escasas cartas de la época la ubicación real de sus vértices no pasaba de meras conjeturas que, por ejemplo, situaban al pic de Comapedrosa sobre la misma raya fronteriza con España. A un ojo bien adiestrado como el del parisino el terreno no podía antojársele más apetitoso para sus incursiones de exploración. Una tarea que hubiera deseado emprender en compañía de amigos como Henry Russell o Charles Packe.

Con el estío de 1877, Alphonse Lequeutre y Henri Passet volvían a la carga. De nuevo hay que felicitarse por la afición del primero a compartir sus vivencias. En este caso, desde un artículo para el *Annuaire* del *Club Alpin Français* titulado: "De Saint-Béat à Bourg-Madame par le versant meridional des Pyrénées" (1878). Según el siempre enterado Beraldi, Lequeutre había convocado al guía Passet "con idea de atacar la mitad oriental de los Pirineos españoles". En cuanto el montañés observó el aspecto enfermizo de su cliente y escuchó sus planes, objetó: "¡Son bastante ambiciosos!". Allí figuraban las joyas inéditas del *Oriente*

Pirenaico: Els Encantats, Monsech, Cadí y Andorra. No extraña que el hombre de Gavarnie alegara que, para rematar aquella faena, "harían falta, como poco, tres meses".

El dúo francés partía de Saint-Béat un 10 de agosto de 1877, rumbo a su primer campo de operaciones en la Val d'Aran. Desde las ascensiones inaugurales por la región de Taüll, Lequeutre no tardó en ratificar la pretensión de su listado de objetivos: "¡Que vengan aquí quienes dicen que los Pirineos se abaten súbitamente desde Luchon!". Una vez cobrada la futura punta Lequeutre del Comolo Forno, la siguiente meta de la campaña era, con toda lógica, "la montaña más alta de Andorra, el Comapedrosa". Como únicas reseñas contaban con las obtenidas desde la Senyal de Montseny (2.883 metros) sobre la colocación de la Comapedrosa y el Casamanya según cierto guía de Taüll que identificaron como Jacques Mayou.

El día 19 arribaban a Alins, desde donde habían planeado asaltar esa cumbre supuestamente "virgen" y de "3.000 metros de altura". La idea original, muy atinada, consistía en trepar hacia el oeste. Sin embargo, como insinuó maliciosamente Beraldi, "con una sospechosa unanimidad, las gentes del país le recomendaron otra ruta y él les hizo caso, subiendo por la Vall Ferrera para volver a Francia a través del port de Boet, a los pies del Montcalm". Con objeto de concretar esta nueva estrategia, Lequeutre contrataría en la Vall Ferrera a Tomás Plan. Aun con todo, en Àreu fue preciso realizar nuevas consultas:

"Preguntamos a sus habitantes sobre la topografía del Puig de la Comapedrosa, y todos fueron de la misma opinión: era preciso que tomásemos la camino del port de Boet. Sabían diferenciar muy bien el pico de Salòria y las montañas de Tor del pico que me indicaban".

Era evidente que aquella tentativa de subir el Comapedrosa no marchaba nada bien. La confusión más absoluta imperaba en este sector. En las cercanías del collado fronterizo, casi sobre los 2.511 metros, se produjo otra recogida infructuosa de datos:

"Nos encontramos con unos montañeses del Ariège que bajaban hacia Alins. Nos dijeron que el port de Boet era muy frecuentado por las gentes de ambos costados. En cuanto al Puig de la Comapedrosa, ignoraban tanto su situación como su mismo nombre".

El pirineísta parisino tuvo mala suerte. Sus problemas para ubicar con certeza el objetivo, lo avanzado del día y la llegada de una tormenta terminaron obligándole a desistir. A modo de consuelo, pudo recorrer un sector poco trillado de la cadena:

"Vista de la cresta fronteriza de Andorra. Al noreste, se abre la depresión del port de Boet, entre la Pica Roja o de la Socarana/Soucarrane, y el escarpado pic de Medacorba. En cuanto al Puig de la Comapedrosa, no se veía".

Una vez alcanzado el collado, los galos se encontraron con unos pastores que les brindaron la hospitalidad de su cabaña de Socarana. Lequeutre dedujo que la mole del Medacorba era la causante de que no se percibiera el Comapedrosa desde esta ruta de ataque tan desacertada. Al día siguiente se

olvidaron de la cúspide andorrana para dirigirse al port de Rat. De este modo discurrió su recorrido por el Principado:

“Comenzamos a descender por el País de Andorra. Un camino en zigzag, trazado a lo largo de una gran pared esquistosa, nos llevó a una amplia cuenca, rodeada por un hemicírculo de grandes paredes desnudas, en parte cubiertas de nieve. Pronto atravesamos los pastos que irriga un afluente del arroyo de Tristaina [...]. Los arbustos y los árboles aislados, y seguido los bosques, comenzaron a comparecer. Las faldas de las montañas aparecían revestidas de abetos y pinos magníficos. El valle, ampliamente abierto de norte a sur entre dos crestas elevadas y bastante separadas una de otra, era luminoso y alegre. Extremadamente hermoso y con un gran aspecto, muy especial: el fondo del valle caía hacia el sur de terraza en terraza; cada una de ellas estaba separada del aterramiento inferior por un resalte rocoso [...]. Ni Henri Passet ni yo habíamos visto antes, ni en los Pirineos franceses ni en los españoles, una disposición análoga del terreno, similar a una gigantesca escalera, como en la parte superior de este valle. El torrente, abundante y limpio, sombreado por bellos árboles verdes o ceñido por roquedos rojos, tan pronto corría apacible como se precipitaba en graciosas cascadas”.

En la aldea de El Serrat los franceses tomaron el camino principal al port de Rialb con objeto de bajar hacia La Cortinada. Durante su marcha por las orillas de la Valira del Nord trataron con los pobladores del país, de quienes Lequeutre daría su sincera opinión:

“Los andorranos que nos encontramos tienen un aspecto orgulloso e independiente. Resulta claro que están en su casa y que la conocen bien desde hace siglos. Son limpios, muy amables y nos tratan de igual a igual, lo que no me desagradaba. Parecen querer a Francia, aunque no deseen mezclarse en sus asuntos [...]. No acerté a ver ese carácter un tanto cauteloso que se les atribuye. Por el contrario, me parecieron francos y decididos”.

Algunos tópicos enquistados sobre el carácter de aquellos montañeses comenzaban a desvanecerse. Pero les esperaban nuevas sorpresas: en el albergue de Ordino su dueño les dijo que conocía bien la región del Comapedrosa, cuya cima quedaba a “seis o siete horas” de dicha población, de tomar sus accesos por Arinsal. De esta forma supieron que casi habían dado la vuelta completa al *techo* de Andorra. Sin embargo, los galos no deseaban volver atrás, sino proseguir su travesía hacia el este. Por ello, el 22 de agosto de 1877 se consolaban trepando al Puig de Casamanya Sur en compañía de un cazador andorrano. Vale la pena reseñar la ruta de esta nueva ruta para el catálogo pirineísta andorrano. Con el permiso de Francisco de Zamora, quien dijo ascenderla un 23 de septiembre de 1788. De este modo contó su visita Alphonse Lequeutre:

“Nos elevamos de suroeste a noreste, al principio por la orilla derecha del río de l'Ensegur entre bellos sauces. Después, dejando este arroyo a nuestra derecha, tomamos un camino de herradura que subía hacia la vertiente oriental por un gran barranco entre un espeso hayedo. Por la vertiente opuesta se alzaban unas hermosas crestas de roquedos rojos. La vista se iba extendiendo

poco a poco sobre la cuenca de Ordino y sobre las montañas de La Massana. Numerosos barrancos boscosos surcaban los flancos de las montañas [...].

“Coll d’Ordino (1.655 metros): bella vista de los valles de Ordino al oeste, y de Canillo al este. Una larga loma cubierta de árboles verdes se elevaba mediante una suave y ondulada pendiente hacia el pico. Toda esta ascensión podría hacerse a lomos de un mulo. La subida por los herbazales que seguían a los bosques era muy fácil, aunque cansaba por su desesperante monotonía. Durante dos horas, el pico parecía escapar de nosotros. Finalmente alcanzamos su arista terminal, y una corta escalada nos condujo a la cumbre [del Casamanya Sur, 2.739 metros]. El panorama que nos rodeaba era extremadamente interesante. Estábamos en el centro mismo del País de Andorra, y se podían estudiar sus montañas y valles. He aquí los nombres de algunos de los picos que teníamos a la vista: a lo lejos y al sur, se alza la punta de Bunde; al sur-sureste, las sierras de Orgarnya y de Boumort, y más cerca, hacia el suroeste, ese Puig d’Enclar que domina Andorra la Vella; al oeste-noroeste veíamos por fin de cerca el Puig de la Comapedrosa, evidentemente más elevado que nosotros, por superar los 2.900 metros [...]. Al oeste-noroeste, muy cercano, se alzaba el desgajado pic de Medacorba; más al norte, está la Pica d’Estats; al norte, se mostraba el pic de Les Planes, y al noreste, el pic dels Meners; al este, se abría la Portella Blanca, dominada por el Puig Colom; al este-sureste, volvía a ver con gusto el Puigpedrós; más alejados, los picos del Carlit; más cercano y al este, el Puig de las Néras, al sureste, ese pic dels Pessons que dominaba las fuentes de la Valira d’Orient. Todos los picos de Andorra quedaban a la vista, pero hubiera sido demasiado largo enumerarlos: nuestro cazador andorrano nos los nombró, por lo que pude verificar la exactitud de los nombres indicados por Bladé en su mapa de los Valles de Andorra, si bien hubiera que lamentar que no pudiese completar su concienzudo trabajo desde el punto de vista orográfico”.

Los franceses pasaron una hora intensa sobre el Casamanya Sur, que el frío intenso forzó a no estirar. Desde la cumbre descenderían hasta Ordino, para seguidamente visitar Andorra la Vella y Sant Julià de Lòria. Llama la atención que en todas estas poblaciones Lequeutre no hallase nada que le resultara “desagradable”. Bajo un auténtico diluvio, abandonó Andorra en pos de la Seu d’Urgell. Parece bastante probable que el parisino planeara regresar a este territorio para cobrarse su *techo*. No dispuso de una segunda oportunidad: alguien muy resolutivo tenía a su montaña en el punto de mira. Con algo de dureza, Henri Beraldi enjuició esta campaña de Alphonse Lequeutre de la que tanto se hubiese podido esperar:

“Falló. Como consuelo por este observatorio que necesitaba [el Comapedrosa], subiría el Puig de Casamanya. Grandes vistas: el semicírculo del Montseny, Els Encantats, Comolo Forno, Montardo, Pica d’Estats, Carlit y todos los picos de Andorra, empezando por el propio Comapedrosa [...]. Así perdió la oportunidad de haber hecho algo destacado por la descubierta del Pirineo”.

Según el cronista oficial del pirineísmo, el verano de 1877 resultó rico en tentativas malogradas para su paisano: “Lequeutre, cuya enfermedad acosaba y envenenaba su existencia, evidentemente padecía alguna crisis”. De cualquier modo, nuestro hombre había concretado un temprano reconocimiento del cuarto

noroeste de las montañas del Principado. Por lo demás, sus andanzas tendrían consecuencias positivas: en la *Guide Joanne* de 1886, acaso la obra maestra de Lequeutre, a la mitad oriental de la cordillera se le pudieron otorgar “cincuenta leguas de picos nuevos”. Servirían para una especie de *revalorización* que fue presentada al montañismo francés como “todo un mundo novedoso”.

3.12. Primera turística al Techo de Andorra

Los siguientes exploradores de las cumbres andorranas se produjeron en el mes de mayo de 1878. Llegaban de la mano de dos colegas de Alphonse Lequeutre: los asimismo franceses Maurice Gourdon y Roger de Monts. Tras enrolar en Luchon al guía Barthélémy Courrège para un periplo de larga duración por la vertiente sur del Pirineo, estos exploradores se zambullirían en la entonces *Cordillera Desconocida*. Recurriremos al resumen que Gourdon sirviera desde sus *Soixante ans aux Pyrénées*, un texto redactado hacia 1929:

“Por el collado de Civís (1.723 metros), por fin pusimos el pie en Andorra. Cuando la noche caía, fuimos a pedir víveres y cobijo a la única posada de Sant Julià de Lòria. Nuestra llegada imprevista tuvo el don de intrigar sobremanera a los indígenas, pues en aquella época no se iba a Andorra para pasear. Ahora [sobre 1929], la pequeña República [*sic*] recibe viajeros e incluso creo que se ha filmado algún recorrido, tras haberse escrito mucho sobre este extraño país. El 1 de junio de 1878, ascendimos al Puig de la Maiana (2.519 metros). El día 2, visita a Andorra la Vella, al pueblo de Escaldes y a sus aguas sulfurosas, a las salvajes gargantas de Sant Antoni o de Pont Pla, y a dormir a casa de Valentin Gaspard, en el pueblo de Ordino, en el valle de la Valira del Nord. El día 3, realizamos la primera ascensión del Gran Pic de Casamanya (2.749 metros), al norte de esta montaña de cuatro cimas, sin nombres conocidos y una de las mayores altitudes. El día 6, hicimos la primera toma de posesión de los Puigs de l’Estanyó (2.915 metros), para descender al lago de Sorteny y al pueblo de El Serrat, antes de volver a Ordino. El día 5, después de haber subido, tanto por una orilla como por otra, el largo valle de la Valira del Nord, hasta el puerto de Banyell (2.532 metros), bajamos entre una niebla intensa hacia Francia”.

Se dispone de algún otro fragmento de estas peripecias a partir de lo relatado por Maurice Gourdon. Como el de su cruce de la frontera en 1878 por el coll de la Gallina rumbo a Sant Julià de Lòria:

“Estábamos a punto de proseguir en dirección nor-noroeste, extremo de un bosque de abetos, cuando las nubes se disiparon para permitir que admirásemos las montañas de Andorra bañadas por los últimos rayos del sol. Tanto De Monts como yo, nos detuvimos a la vez: ambos deseábamos gozar de un espectáculo tan inesperado que, durante más de un cuarto de hora, admiramos los juegos de luces sobre las crestas y los neveros de los picos que se percibían por el horizonte. Barthélémy llegó para interrumpir nuestra contemplación, enseñándonos ese descenso prolongado que tendríamos que emprender. Proseguimos por un camino pedregoso y entre bosques, campos de centeno, praderas y, ya al final, de bojedaes, para así arribar a la Valira”.

Una nueva recolecta de puntales andorranos ingresaba en un listado que ahora se abría de par en par al turismo de alta cota. Pero faltaba la pieza

principal. Un premio que ni Lequeutre ni Gourdon iban a ver en su palmarés: el hiperactivo Roger de Monts se les adelantó a ambos. A falta de relato original, habrá que conformarse con reseñas indirectas. Como, por ejemplo, la surtida por Henri Beraldi desde el Tomo IV de sus *Cent ans aux Pyrénées* (1901) cuando evaluaba la campaña de Gourdon en 1878:

“En junio, *tournée* por Andorra con ascensiones al Puig de Casamanya y de l’Estanyó con el conde De Monts, quien, por su cuenta, realiza la primera ascensión *turística* del Comapedrosa, allí donde falló Lequeutre. No es un pico para alpinistas, sino un observatorio magnífico provisto de una torreta voluminosa [...]. La *primera* [etiqueta en el que insiste, aun constatando la torreta], ya lo hemos dicho, fue del conde De Monts; sin embargo, no escribió nada sobre ella. Estas ascensiones mudas jamás constituyen primicias óptimas. Si se quiere ser un montañero completo, también hay que escribir”.

Existe una segunda referencia sobre este ascenso galo al Comapedrosa. La proporcionaba en 1886 Aymar de Saint-Saud cuando recopilaba noticias sobre sus antecesores sobre la cota 2.939 metros:

“Sobre la cima del Comapedrosa descubrí, en su torreta de piedras, una tarjeta de visita de nuestro colega, el señor De Monts: había completado la primera ascensión a este pico el 18 de septiembre de 1878, abordándolo desde el valle de Arinsal. Dos años después, el señor Gourdon llegó aquí desde Tor: nosotros tuvimos que seguir en parte su itinerario, aunque en sentido inverso; hallé en su narración excelentes indicaciones”.

Sobre esta *primera turística* al pic de Comapedrosa hay que destacar dos cuestiones llamativas. Por un lado, el hecho de que cierto hostelero de Ordino se ofreciera a guiar hasta allá arriba a Lequeutre en 1877. Por otro, que De Monts hallara sobre su cima la famosa torre de piedras un año después. Así, existían pocas dudas sobre los ascensos previos a esta cumbre.

En cualquier caso, la cúspide del *País del Pirineo* acababa de ingresar en el listado de objetivos *factibles* de la cordillera. Para el pic de Comapedrosa habían finalizado sus añadas de soledad. Al menos, en lo referente a las visitas de los montañeros procedentes de las ciudades.

3.13. Las exploraciones de Wallon

Con el último tercio del siglo XIX las montañas del *País del Pirineo* fueron saltando a la palestra. Sin embargo, los visitantes iniciales se toparían con una dificultad importante: la carencia de buenos mapas. De un modo similar a lo acontecido en otras regiones del sur de la muga, el sector de los resaltes andorranos aparecía sobre los pliegos como un espacio en blanco o mal representado. No por mucho tiempo: los mismos promotores de la cartografía de montaña en el costado meridional se aprestaban a viajar hacia este Principado cargados con sus orógrafos y eclímetros. Cierta trío de pirineístas se esmerará especialmente para trasladar al papel las cimas que velaban sobre las Valiras.

La cartografía montañera andorrana necesitaba mejoras. Durante el período más temprano del pirineísmo se pusieron en circulación ciertos croquis de Andorra por cuenta de Francisco de Zamora (1789) o de Luis Dalmau de

Baquer (1849). Este último, autor de un famoso *Mapa de los Valles de Andorra* a 1:117.000 de escala que serviría como inspiración al posterior pliego de Jean-François Bladé (1875). El cual, a su vez, sería utilizado como base por F. H. Deverell para su *Map of Andorre* (1883). En su segunda edición de 1889, el cartógrafo británico combinó sus datos con los del llamado *Mapa del Estado Mayor*, que lógicamente solo cubría territorio francés. Además, los pioneros pudieron recurrir, desde 1863, a esa misma producción del *Dépôt de Guerre*: su Hoja de *L'Hospitalet* a escala 1:80.000 para la muga norte del Principado pirenaico. Tan confusa, que casi parecía un tachón en negro. No había nada que se aproximara a las modernas representaciones mediante *curvas de nivel*.

Los pirineístas decidieron colmar semejante laguna. No en vano, ocuparse de la orografía de las regiones recónditas era una especie de tarea para aquellos exploradores. Y existía una dilatada tradición en este gremio que, desde mediados del siglo XIX, se encargaron de perpetuar en los Pirineos centrales figuras como Charles Packe, Édouard Wallon o Franz Schrader.

En los escenarios de montaña andorranos, el adelantado de los precursores cartográficos franceses que situaron a las cumbres de Andorra ante la mira de sus instrumentos fue Maurice Gourdon. Durante su primer escarceo por la región de 1878, este nantés se interesó especialmente por cuestiones científicas como los fósiles o los lechos glaciares. En las rondas posteriores el cometido cartográfico iba a ser prioritario. El repaso rápido de las andanzas de Gourdon por el Principado del Pirineo, recomienda acudir a sus *Soixante ans aux Pyrénées* (c. 1929). De este modo resumía el interesado su segunda aventura andorrana:

"Apenas seis jornadas después [22 de agosto de 1881], partía con mi criado [Bernard Gerdessus] hacia el Ariège. Por la tarde, el tren nos dejaba en la estación de Tarascon, donde mi amigo Émile Belloc [no confundir con el franco-británico Hilaire Belloc], procedente de París, debía de unirse a nosotros. Fue una cita del todo precisa. Al día siguiente pasamos por Ax, Mérens y L'Hospitalet, y para corresponder al amable ofrecimiento el comandante Blanchot, fuimos a buscar su campamento de Baladra, en la Solana de Andorra, no lejos del col de Puymorens. Pasamos allí dos buenas jornadas, aprovechando para realizar la primera ascensión al Gran Pic Negre d'Envalira (2.823 metros) y de otra cima muy próxima y más elevada todavía, cuyo nombre nos era desconocido. A la tarde, regresamos al campamento por el valle triste de las fuentes del Ariège. El objetivo de nuestra expedición era realizar excursiones por el País de Andorra: nuestra parada con el comandante Blanchot no había sido nada más que un agradable divertimento. El 27 de agosto lo abandonamos, para subir por la árida y triste garganta llamada del Cimenteri y llegar al port de Soldeu o port Dret (2.568 metros). Unos pasos más y penetraríamos en Andorra. Apenas entramos en el pueblo de Soldeu, una tormenta prolongada y violenta estalló de repente, reteniéndonos allí hasta muy pasado el mediodía. Sorprendidos por la noche un poco antes de Canillo, tuvimos que dormir en La Mosquera. Al día siguiente, descendiendo el valle de la Valira d'Orient, pasamos por Encamp y Escaldes [...]. Las aguas sulfurosas de Escaldes tienen fama en Andorra. Llegamos a buena hora a Andorra la Vella, donde algunos problemas

con las autoridades de la localidad, mezquinas y desconfiadas, nos obligaron a quedarnos allí para dormir. En 1878, en el curso de mi viaje por Andorra con el conde De Monts, los nativos nos recibieron muy bien. Pero, en esta ocasión, tras el bloqueo del país por el general Aper, la pequeña República [sic] se hallaba aún en plena efervescencia y todo sucedió de forma distinta; sobre todo, aquí. Tuvimos que sufrir un largo interrogatorio y, dado que nada pudieron sacar de nosotros, durante toda nuestra estancia en la región se contentaron causándonos mil molestias y enojos. Incluso hablaron de expulsarnos. A pesar de los andorranos, permanecemos entre ellos durante una semana entera, recorriendo sus valles, escalando sus montañas, tomando croquis y notas, o haciendo fotografías. Ascendimos el Puig de Percanela (2.494 metros) y el Pic del Pla de l'Estany (2.859 metros) en el curso de una de nuestras más rudas jornadas, durante la cual sufrimos cruelmente por causa de la sed. Hacía un calor tórrido. A la tarde acudimos a Ordino, donde nuestra primera recepción [en 1878] había sido de lo más amable; aquel año fue de lo más fría y escasamente amable. Así, al cabo de ocho días, una vez finalizados los trabajos que queríamos hacer, tomamos alegremente el camino hacia Francia por el valle de la Valira del Nord. Lo remontamos en todo su recorrido hasta el port de Siguer (2.399 metros) [...]. Finalmente, después de doce o trece horas de marcha efectiva, entramos de noche en Tarascon, felices por hallar aquí la vida civilizada, los rostros amigos y una comida completamente francesa”.

A pesar de las tensiones referidas, nuevas cumbres del *País del Pirineo* surgían así de su ancestral anonimato para incorporarse al catálogo deportivo. Como de costumbre, el historiador Henri Beraldi andaba atento a cuanto sucedía en la cadena. Resumiría la campaña de 1881 desde el Tomo IV de sus *Cents ans aux Pyrénées* (1901) de este modo:

“Viaje a Andorra de Gourdon y Belloc, con ascenso al pic Negre d'Envalira, y los de Percadella y del Plá. Grandes dificultades y discusiones con los andorranos, que no hacen más que molestar porque no son grandes y se pagan una revolución. Nuestros dos viajeros son expulsados sin titubeos, como personas sospechosas”.

En ocasiones, aquellas fronteras podían resultar un tanto candentes. Sin embargo, en este caso parece que existían ciertas divergencias en las versiones en cuanto a las dificultades políticas de un mismo periplo.

3.14. El viaje walloniano de 1882

Con o sin expulsión, Maurice Gourdon no se iba a desanimar por los problemas políticos que pudieron surgir durante su último recorrido andorrano. Recurrirémos de nuevo de sus *Soixante ans aux Pyrénées* (c. 1929) para obtener la sinopsis de la siguiente exploración por el Principado. Esta vez acudía con escolta de su criado Gerdessus y del guía Augusto, con quienes alcanzó “la miserable aldea de Tor” tras un periplo inicial por el Pallars. Así lo contaba Gourdon:

“El 28 de junio [de 1882] completamos una tan exigente como larga jornada de marcha; de las más interesantes, a pesar de que resultó un poco fatigosa por el calor. Tras enviar a Raphaël Augusto hasta Alins para que se

ocupara de los víveres y del alojamiento, salí con Bertrand Gerdessus hacia el Comapedrosa. Hallar dicha montaña en una región que me resultaba completamente desconocida y realizar por el suroeste su primera ascensión me reclamó una gran parte de la mañana. Pero ¡vaya espectáculo desde la cumbre! Sin mencionar los demás flancos, por el este, todo el País de Andorra se desplegaba ante mí como un inmenso mapa en relieve, hasta más allá de sus fronteras orientales. Al atardecer volvimos a bajar al valle de Baiau, para seguirlo hasta la base del port de Boet (2.511 metros). Subimos allí para ascender por vez primera al gran pico de Medacorba (2.912 metros), malo en algunos lugares: nos reclamó bastante tiempo antes de regresar al *thalweg* del valle. Como eran bellos y grandiosos, no dejamos de admirar todos estos lugares pintorescos durante nuestra marcha”.

De esta manera breve se obtendrá otra referencia clara a una ascensión al *techo* de Andorra, junto con otras demás primicias en la cuenta de los galos. Sin embargo, a Maurice Gourdon le cabría otro honor un tanto particular que quiso referir Henri Beraldi con su sentido del humor típicamente parisino:

“En Andorra, segunda ascensión a la Comapedrosa [en 1882]. Durante el descenso rumbo a un lago anónimo, Gourdon toma involuntariamente un baño frío y, para que se seque su ropa, resulta preciso que se la quite toda y que se pasee por algún tiempo con el uniforme del Paraíso Terrenal antes del Pecado”.

Beraldi jamás ocultó su predilección por este pirineísta. Así, de su serie de artículos sobre el Principado pirenaico recomendaría el relato “Aux rives de l’Embalire, ou ce que j’ai vu en Andorre”, publicado en el *Bulletin de la Société Ramond* de 1885-1886. Lo haría mediante frases un tanto maliciosas:

“Gourdon adopta un tono romántico, siendo el primer texto amplio que se redacta sobre Andorra, tanto de sus valles como de sus montañas. Pero quizás haya tratado demasiado bien a esta Andorra, tan grande como un pañuelo de bolsillo”.

El cronista del pirineísmo no fue el único en alabar la prosa de Maurice Gourdon. Su amigo y consocio en la *Associació d’Excursions Catalana*, Ramon Arabia i Solanas, también reseñó con entusiasmo estas “Rives de l’Embalire” dentro del *Butlletí* de junio de 1886:

“El infatigable alpinista, el señor Gourdon, nos ofrece en este libro el resultado de sus tres excursiones por Andorra de 1878, 1881 y 1882. Es una obra esencialmente descriptiva y de una veracidad absoluta, lo que su autor no pudo constatar *de visu*, lo recogió por boca de sus habitantes. El estilo pintoresco del que es maestro nuestro consocio logra hacer sentir con viveza aquella naturaleza áspera y salvaje [...]. Los recelos tradicionales de los indígenas y la agitación que todavía se aprecia en gran parte de su territorio, han dificultado mucho dicha tarea, principalmente a un francés, por imparcial que éste sea”.

En cuanto se alejó de estos decorados Maurice Gourdon... Como ya le sucediera a su camarada Henry Russell, de este modo idealizado contempló las cimas del *País del Pirineo* en 1891 desde, por ejemplo, la cumbre del Céciré:

“Hacia Andorra, gruesas nubes marrones se adornaban con colores púrpura y oro, en tanto que una estrecha banda en tonos acuosos marinos acudía hasta allí para mezclar sus reflejos metálicos”.

En cuanto a los datos que Gourdon recolectaba a lo largo y ancho del Pirineo oriental, como los de los demás colegas franceses, pasaban a la Cartografía Militar. Que era tanto como señalar hacia el comandante Ferdinand Prudent, quien a finales de 1881 había comenzado a trabajar en la vertiente meridional de la cordillera, corrigiendo y añadiendo sobre los croquis previos de su antecesor, Capitaine.

3.15. Un primer cruce de escaladores

A modo de introducción, vamos a situarnos en el Pirineo central de 1879. Un escenario ya de por sí complicado para quienes rondaban los puntales de alta montaña por los llamados itinerarios *normales*. Es decir: por sus trazados menos complejos. Sin embargo, algunos pirineístas comenzaron a estudiar desde aquella fecha la posibilidad de subir el listón. Las motivaciones serían muy variadas. Por ejemplo, el arranque de la escalada pirenaica en ese Couloir del Clot de la Hount en 1879 se originó ante la necesidad de hallar un acceso directo al Vignemale desde Cauterets. En algún otro caso se acudiría al terreno de lo escabroso porque constituía el único camino hacia los últimos puntales vírgenes de la cordillera. También se dio el caso de adelantados que, pensando en la variedad y elegancia de las rutas verticales, terminaron más o menos deliberadamente sobre algún que otro paredón enriscado: “¡Ascensiones nuevas por regiones viejas!”, proclamarían al bajar. En cualquier caso, con el último tercio del siglo XIX debutaron las trepadas en esta cadena.

La crónica montañera del *País del Pirineo* aparece bien surtida de relatos viajeros, que no tanto de narraciones con cierto espíritu deportivo. De hecho, en un rastreo superficial entre los artículos montaraces apenas se puede localizar la presencia de alguna figura del firmamento trepador: Henri Brulle, quien realizó una campaña fulgurante en compañía de su amigo Jean Bazillac y del guía Célestin Passet. De este modo taquigráfico nos trasladaba Henri Beraldi cómo discurrió un recorrido estrictamente andarín de sus amigos que debutó en el Canigò para avanzar hacia el Oeste en 1882:

“Salida a las 4:50 h [de Porté]; minas de Puymorens, port de Soldeu y Soldeu a las 10:30 h. Albergue sórdido, gente recia.

“Viernes 21 [de julio], salida a las 11:15 h. Canillo, col de Ordino a las 14:20 h. Ordino a las 15:45 h; guisos con aceite perfumado.

“Sábado 22, salida con el porteador Buenaventura a las 3:10 h para subir al Comapedrosa desde Arinsal. Cima a las 12:15 h; vistas maravillosamente extensas. Descenso hacia Tor a las 15:55 h”.

Es una verdadera lástima que el *padre* de la escalada pirenaica se limitara a degustar en 1882 los panoramas desde la cúspide del Principado sin detenerse a considerar las posibilidades de la Andorra vertical. Un honor que Brulle dejaría para otro, ya en las añadas finales del siglo XIX.

El *País del Pirineo* no tardó en apuntarse a la revolución de lo abrupto. Puede afirmarse que Andorra recuperó el retraso acumulado durante la

conquista de sus grandes cimas: casi sin transición, se pasó de buscar las vías *normales* a subirse por sus paredones en un sentido literal. Como se verá más adelante.

3.16. Dos pícaros guías de L'Ospitalet

Uno de los textos más divertidos de Paul Perret se esconde bajo el discreto título de *L'Andorre*. Un descubrimiento de Curt Wittlin desde su recopilatorio *De la Maladeta al Canigò* (2004) que fecha hacia 1882. Se trata de un relato en el que, junto a un amigo, el escritor trata de ingresar en el *País del Pirineo* con la ayuda de unos paisanos de L'Ospitalet. Sus peripecias con estos montañeses galos servirían las porciones más pintorescas.

Con la vista fija únicamente en las aventuras itinerantes y en las descripciones paisajísticas, viajaremos a la Andorra de 1883 junto al literato Paul Perret:

"¡Pasar a Andorra no es tan sencillo! Se lo hemos escuchado a un hombre, que dice que no puede guiarnos, aunque sí su hijo. Necesitamos tres caballos, pero solo tiene dos, aunque lo mismo le da. Hablamos del precio: dice que son veinte francos por caballo y día, y dos por el guía. Tenemos un testigo, un policía de Ax que, casualmente, se encontraba aquella tarde por allí por un asunto de la Mina.

"A la hora convenida se presentaron el padre y el hijo. ¡Bien! Pues nada bueno. Venían para decirnos que no podrían venir. ¡Por suerte, teníamos al policía! Ambos se sometieron a su autoridad y dijeron que bien, que nos guiarían. Pero resultó que el caballo que confiaban les prestaría un amigo se hallaba ilocalizable. Gesticularon en dirección a la Solana, diciendo que tendrían que ir a buscarlo. ¡Que tuviésemos paciencia! Les esperamos.

"Regresaron al cabo de una hora, y entonces aquellos dos tramposos entonaron otra canción. Porque, entre tanto, el policía se había marchado. Dijeron que sí, que nos conducirían a Andorra, pero no al precio convenido. Sería el doble, o mejor, el triple, pues no precisaron de qué dependería. Perdimos la calma, y entonces tuvimos una idea que resulta una artimaña muy frecuente en las comedias: fingimos ser especialistas en Derecho. Así, mi compañero se puso a recitar famosas decisiones jurídicas en procesos de viajeros *versus* arrendatarios de caballerías, y yo cité les leyes y estatutos sobre indemnizaciones, sanciones y castigos. Nuestros adversarios cambiaron el tono y se declararon dispuestos a llegar a un acuerdo. El precio de los caballos seguiría sin cambios, aunque ellos se contentarían con una dieta de cinco francos. ¡Todos contentos! Y entonces no tuvieron que ir a buscar el caballo perdido: lo encontraron en el establo del vecino.

"Salimos por la única calle que tiene L'Ospitalet y atravesamos el río Ariège sobre un puente de madera, unos cien metros más allá del pueblo. El camino comenzó a serpentear por la Solana hasta el arroyo de la Palomera, donde entramos en territorio andorrano [...].

"Estas pendientes ofrecían bien poca hierva, y no había ninguna otra vegetación ni arbustos. Dejamos a la derecha el camino que subía al port de Soldeu. Era la ruta más corta para entrar en la República [*sic*], pero quienes

tenían tiempo preferían pasar por el port de Framiquel para poder admirar, de paso, las fuentes del Ariège.

“Desde el puerto (2.500 metros) pudimos ver todo el valle del Ariège hasta las montañas de Foix. En dirección sur, nada más que unos picos muy grises. En la otra dirección se veía el valle de la Valira Oriental, una de las ramas del río nacional andorrano, llamado en francés *Embalire*. Bajo la cresta desnuda, coronada de cimas –como el Puig de la Valira, la Portella, el Puig de les Nèras [Negre], ectétera– se veían, bien altas, las fuentes de los arroyos que bajaban por canales verdes más y cada vez más amplias hasta el río.

“El sol, oculto por detrás de las montañas del oeste, iluminó las puntas de esta sierra magnífica. Comenzamos la bajada, muy escarpada, inclinada y desagradable. Los caballos a menudo resbalaban. Un nuevo cambio en la vegetación –volvió a haber abetos– se percibió entre los riscos”.

Aquí nos despediremos del grupo de Paul Perret, a punto de llegar al célebre hostel de Soldeu. No les gustó a los viajeros su gastronomía. Tampoco la compañía de esas gentes que, según les advirtió el guía, “no admitían bromas”. La fama del contrabando andorrano.

3.17. La Pequeña Suiza de Deverell

Frederick Harold Deverell fue otro de esos británicos que nos legaron sus interesantes perspectivas sobre el *País del Pirineo*. En este caso, desde un libro que tituló como *All round Spain by road and rail, with a short visit to Andorra* (1884). Narraba en él un amplio recorrido circular realizado desde Valencia hasta Barcelona en el sentido de las agujas del reloj. Lo arrancaba un 5 de mayo de 1883, no sin antes aclarar que conocía España desde 1878. Después de trazar su círculo por tierras hispanas, una vez en la Ciudad Condal, el inglés dedicaría una parte importante de su texto al Principado pirenaico. Tal es así, que este último periplo quedó destacado en el título de su obra.

El apartado andorrano es muy amplio, además de parecer bastante objetivo y equilibrado. De ese capítulo XII que describe con detalle el viaje “Barcelona to Andorra” de Deverell, será preciso extraer sus experiencias itinerantes, costumbristas y de naturaleza. Una nueva oportunidad para analizar la visión anglosajona del Principado:

“Andorra es una pequeña república [*sic*] de los Pirineos que ha mantenido su independencia y preservado sus instituciones en medio de todas las convulsiones políticas que la rodean, en torno a unos mil doscientos años, presentando así a la civilización moderna el extraño ejemplo de un estado de sociedad anterior al feudal que se ha mantenido prácticamente estable y sin cambios durante todos esos siglos hasta nuestros días [...].

“Este curioso Pequeño País colinda con el departamento francés del Ariège, aunque geográficamente pertenece más a España que a Francia, al estar en el lado sur de la cordillera, rodeado por tres partes por territorio español; es decir, por la provincia de Lérida, en Cataluña. Está encerrado por altas montañas por todos los lados excepto por el sur, por donde el río Valira, también llamado Embalira, desemboca en España. El país consiste, en su mayor porción, en un territorio de montaña, aunque tenga tres valles principales, y es tan pastoril

como pintoresco. A través del valle principal, y de norte a sur, corre el río Valira, que, después de haber recibido aguas de las corrientes menores del país, desemboca en el Segre por Urgell. A través de los otros dos valles corren el río Ordino y el Os. Hay otros pequeños arroyos y valles, así como algunos pequeños lagos, y las aguas minerales abundan en Escaldes [dice Escaldas]. Las montañas son grandes, de gran elevación y están recubiertas por bosques de pinos. En resumen, este es uno de los sectores más salvajes del Pirineo. Se dice que el mismo nombre, *Andorra*, significa *lugar lleno de árboles*, procedente del árabe *Aldarra*. En estas montañas, por lo que me dijeron, hay lobos y rebecos, y algunos relatos dicen que también hay osos e incluso jabalíes.

"Un número considerable de ovejas, cabras, vacas, caballos y mulas se alimentan de los pastos de las montañas. La madera se corta allí y va flotando por la Valira hasta el Segre, y desde allí por el Ebro hasta Tortosa. El mineral hierro también se encuentra aquí, se funde y es trabajado de forma tosca por unos forjadores artesanos en aproximadamente media docena de herrerías antiguas. También se produce un poco de tela y lino grueso. El comercio con el exterior es muy pequeño, pero por la venta de la pequeña cantidad de bienes producidos, más allá del consumo nativo, ayudado (se dice) mediante el contrabando, se obtienen maíz y algunos artículos que no produce el país, e incluso sal, principalmente de España y Francia, porque probablemente ni un solo artículo de mercadería llegue desde ningún otro país [...].

"Aunque, naturalmente, la mayoría de la gente vive en los valles, algunos lo hacen en las montañas. Son personas tranquilas y poco agresivas, sencillas y algo toscas, es cierto, que viven un poco como sus padres hace mil años, sabiendo poco del lujo, el arte y el camino hacia las grandes ciudades, pero de ninguna manera son gentes incivilizadas. El amor a la independencia arde en ellas [...].

"Tal era la pequeña república [*sic*] que estaba a punto de visitar. De ninguna manera era de fácil acceso. Había tratado en dos ocasiones antes de llegar hasta allí. En el año 1880 partí de Manresa y llegué por Cardona hasta Solsona [...].

"En 1881 hice otro intento, comenzando, como en el anterior, desde Manresa. Fui nuevamente a Cardona, que es un pueblo bien ubicado en una colina [...]. En la posada lo arreglé para que un hombre y dos mulas me llevaran hacia los Pirineos. Luego fui a Solsona con otras personas, en un carro pequeño, cubierto y tosco, tirado por un caballo. A la mañana siguiente, temprano, comencé un largo viaje de montaña durante el cual, con la fatiga, el sol ardiente y la comida aceitosa, me sentí muy enfermo. A lo largo de todo ese viaje escuché que Andorra estaba cerrada, por lo que contraté las mulas guardando silencio sobre el tema, con una discreción interesada. Era del todo cierto que Andorra estaba cerrada: [...] los franceses estaban protegiéndola por un lado y los españoles por el otro lado, y a nadie se le permitía abandonar el país. Si hubiera entrado, hubiese podido tener dificultades para salir de nuevo. Pero a un inglés no se le detiene tan fácilmente, así es que seguí adelante. Partiendo de Solsona con mi guía y dos mulas, viajamos por unas montañas notables, entre bosques de pinos, a través de valles, y por arroyos y riachuelos hasta Oliana [...]. Aquí

redacté dos cartas, una para España destinada al gobernador de Urgell, pidiendo permiso para entrar en Andorra, y otra en francés para el comandante francés, solicitando que se me permitiera salir por el otro lado. Muy temprano, a la mañana siguiente, partimos de nuevo y, pasando por una cruz votiva que marcaba el lugar de un asesinato, vadeamos un río, entramos en una inmensa garganta y seguimos un estrecho sendero que cruzaba la ladera de las montañas [...].

"Llegamos a la sombría Urgell, llamada *La Seu* (o *Seo*) de Urgell, y a menudo solo *La Seo* (la sede). Acudí al gobernador y le entregué mi carta. La leyó despacio, y luego respondió de manera decidida, aunque no dura, y en francés: *imposible*. Fue el inicio de unas explicaciones y una conversación en la que se fue irritando con cada súplica que le hacía, por lo que todo fue en vano. Ni una sola persona, me dijo, tenía permitido entrar o salir de Andorra [por la tercera *Carlistada*]. Entonces, como era inútil insistir, di las gracias al gobernador y me retiré. Luego, por mi cuenta, me alejé de Andorra y pasé los Pirineos por Puigcerdà para regresar a casa. Así terminó mi segundo intento de llegar a Andorra [...].

"Ahora [en 1883], mi preocupación principal era organizar una visita a Andorra, aunque todavía fuera un enigma si podría llegar allí. Al principio la cosa no pareció muy favorable. Luego, por cuenta de alguien que luego entendí que era una anciana ante cual me llevaron, me dieron seguridades de que la trasladara hasta allí, por lo que la cosa pareció resuelta. Creo que se pretendía que aquella mujer caminara mientras yo cabalgaba. Según ese acuerdo, se esperaba que tardáramos dos días en ir y dos más en regresar, por lo que emplearíamos casi una semana en total. Eso hubiese sido poco satisfactorio, por lo que ese viaje, me temía, hubiera resultado bastante miserable [...]. Sin embargo, en ese momento entró un joven [hermano del alcalde de Porté] y se ofreció a llevarme. Discutimos el asunto y llegamos a un acuerdo: debería llevarme, con un caballo para cada uno, hasta Andorra, para luego llevarme de regreso a L'Ospitalet, al día siguiente, por sesenta y cinco francos [...].

"Por fin comenzó el viaje. Mi hombre, ciertamente, se había provisto de dos caballos útiles [...]. ¡Y, oh, delicia! Ahora iba realmente hacia esa Andorra que tanto había deseado ver durante mucho tiempo, una tierra revestida de misterios e incertidumbres, que, a partir de mi visita, se abriría ante mí con las más claras perspectivas.

"Salimos a las 11:30 h de un Porté que dejamos a la izquierda, cabalgando cuesta arriba por un sendero de montaña áspero, que descubría el uso, en una amplia llanura, de un ganado que se alimentaba y donde la nieve aparecía en manchas. No había camino, solo era una pista. Un camino sencillo, en un valle entre dos altas colinas, separaba Francia de Andorra. Lo rodeamos y entramos en los pastos de Andorra sin obstáculos ni molestias, justo por donde quisimos, porque el país estaba del todo abierto y no había ni casas ni personas. El camino pasó por unas herrerías francesas [...].

"Nuestro viaje fue duro e incómodo, pero resultó memorable. Porque escalar montañas es algo esencialmente maravilloso: hace que uno se sienta tan grandioso que el espíritu se eleva, la sensación de libertad es aguda y hay un

refuerzo moral en ello que parece elevar la naturaleza, agrandar el alma y todas nuestras simpatías, así como expulsar toda pequeñez (envidia, odio, malicia y cualquier falta de caridad; todo eso). ¡Y, oh! Estaba muy contento de que hubiese algo en este mundo fuera de las grandes ciudades, por útiles que éstas sean. Tuvimos que escalar colinas difíciles, con nieve profunda en lo alto, y algo después de comenzar nos vimos atrapados por una tormenta: llovió, granizó y nevó, una vez tronó, y hacía mucho frío. Estábamos literalmente empapados hasta la piel. Quizás, después de todo, mi [impermeable] MacIntosh me hubiera sido útil, aunque nunca me arrepentí por haberlo dejado [...]. En cuanto a mi paraguas de Gibraltar, ni intenté usarlo, pues hubiera sido de poca utilidad si lo hubiese abierto. Mi guía tenía su ropa de viaje, y se colocó bajo mi sombrilla durante un corto tiempo, pero no le fue mucho mejor que a mí. Después de esto, se despejó, el sol incluso salió más tarde y caminamos una buena distancia, bajando las montañas por el otro lado. Así llegamos al valle principal de Andorra, como un bonito valle suizo, por el que corría el río Valira, y llegamos a un muy buen camino de herradura siguiendo el curso del río, a lo largo del cual continuamos el resto del viaje. El valle era estrecho: a cada lado había montañas, que en su mayor parte estaban casi al lado del arroyo, encerrando el torrente y el camino en un espacio muy estrecho, pero en algunos lugares se abría, formando pequeños valles o campos, tan fértiles como agradables. Los lados de las montañas, frente al río, estaban arbolados, principalmente con abetos, aunque no muy densamente.

“Llegamos al primer pueblo, Soldeu [dice Saldeu]. Aquí, por pura curiosidad, fui a la posada con mi guía, y tomamos una copa de vino cada uno, no muy bueno, ciertamente. Cuando nos íbamos, una jovencita, de una manera simple y amable, nos dio a cada una un pequeño ramo de flores silvestres, y quedamos muy encantados con ella: fue un acto agradable para recordar como la primera de mis asociaciones con los andorranos; un pequeño acto, es verdad, que creo nunca permitiré que desaparezca de mi memoria. Luego vino Canillo, muy bien situado: aquí cruzamos el río. En ese momento, con el sol y el aire, ya estábamos más secos, pero de pronto cayó otra lluvia fuerte que nos mojó de nuevo. Desde Canillo recorrimos un estrecho desfiladero por un camino ascendente, pasando por la capilla de Meritxell [dice Merichel], un lugar de peregrinación. Luego, descendiendo, llegamos a Encamp, un pueblo agradablemente ubicado. Después de Encamp llegó el encantador pueblo de Escaldes [dice Las Escaldas], donde se dice que hay un verdadero torrente de agua cálida y sulfurosa que se desperdicia, y donde un arroyo de montaña espumoso se precipita hacia la Valira [...].

Después de Escaldes, en otros veinte minutos llegamos a la ciudad de Andorra [Andorra la Vella], ya con buena tarde, alrededor de las 19:00 h. Había decidido quedarme aquí después de haber hecho las debidas preguntas sobre cuál era el mejor lugar para detenernos, ya fuese allí o en Sant Julià de Lòria [dice San Julián], porque, por lo que había leído, esperaba que el alojamiento fuera poco menos que insufrible. Sin embargo, ahora estaba a punto de poner a prueba, como ya había puesto a prueba tantas cosas sobre España, si la posada en Andorra era realmente *intolerable*. Fui bien recibido y, de inmediato, me

subieron a una habitación mientras me preparaban otra habitación. Hice un cambio completo de ropa, excepto el abrigo, y luego bajé, me senté junto al fuego de la cocina y traté de hablar un poco. Pero aquí hablaban una especie de lengua catalana, y la gente solo podía hablar conmigo en castellano. Luego tuve una comida cómoda, para mi satisfacción. Cuando mi guía le dijo a la gente que no me gustaba el aceite, le dijeron que lo sabían y que no tendría motivos para quejarme por ello. En esa comida mi guía se sentó conmigo, y durante todo el viaje, tanto él como yo fuimos iguales en cuanto a la comida a mi costa, aunque el acuerdo hubiese sido que debía de asumir sus propios gastos. Hablamos de nuevo y acordamos salir temprano a la mañana siguiente. Luego me retiré a descansar. La cama estaba limpia y cómoda, y me dormí. A las 4:00 h me levanté. Como mi abrigo todavía estaba mojado, me prestaron otro que era bueno y que me quedaba bien. Luego salí a caballo, acompañado por el hijo del propietario, por el valle, al lado del río, hasta Sant Julià, que no está lejos de la frontera de España por Urgell. Esa mañana el paseo me dio la oportunidad de aprender algunas cosas.

"Mi guía enseñó varios lugares. Habló también sobre el Estado y su constitución, así como de sus funcionarios. Me informó de que había poco crimen allí, pero que el año anterior había sucedido un asesinato, y el asesino había sido condenado a ocho años de prisión en Francia. Porque no encarcelan en Andorra excepto por pequeños crímenes y delitos menores. En caso de delito grave, el culpable es enviado a España o Francia para que sea castigado. Dijo además que no querían unirse a ningún otro país, pues todo lo que querían era su independencia, un sentimiento que ciertamente prevalecía del que, en mi viaje por el país el día anterior, tuve buenas pruebas, unas pruebas que parecían demostrar que el pueblo de Andorra no quería, en la actualidad, nada de someterse mansamente a la interferencia extranjera: los franceses se encargaron de erigir postes telegráficos por todo el país; los andorranos los habían talado, al menos algunos, y otros los habían cortado y dañado. Se veían muchos postes derruidos yaciendo a un lado del camino. Anticipando un poco, decir que en mi viaje de regreso vi una señal de este sentimiento cuando pude constatar, sencillamente, que a la entrada de un pueblo había un *Árbol de la Libertad*, que en Andorra toma el lugar de una bandera nacional. Mi asistente también me dijo que esperaban en unos años tener un buen camino, y que luego se contaba con tener más visitantes. Sin duda que tendrán más visitantes. En poco tiempo, con o sin camino, y realizando algunas mejoras, no hay razón para que el número de visitantes no sea considerable. Sin embargo, es probable que la apertura del país traiga consigo muchos otros cambios, tanto sociales como políticos. Probablemente a la gente o sus representantes (que por supuesto deben de ser lo mismo), les resultará conveniente tener algunos impuestos, tal vez con edificios de aduanas, y entonces, sin duda, querrán ser como el resto de las naciones y tener ese acompañamiento de la civilización moderna que es la *deuda pública*, y junto con esas *mejoras* puede venir un ejército permanente, por lo que Andorra también puede tener una pequeña participación en las luchas del mundo, siempre, por supuesto, con un propósito moral y en interés de paz [...].

“Mientras estaba fuera, mi asistente señaló a un sacerdote español que no se atrevía a regresar a España porque se había puesto del lado de los Carlistas.

“En esta pequeña excursión matutina avanzamos por la parte baja del valle en el que se encuentra la ciudad de Andorra [Andorra la Vella], al lado del río, que pasamos cerca del cruce de otra corriente. Luego, en el pequeño pueblo de Santa Coloma, atravesamos un torrente y, desde allí, seguimos una corta distancia, llegando a Sant Julià a las 6:30 h, donde tomamos una taza de café cada uno mientras los caballos estaban en el establo. Sant Julià fue anteriormente la capital de la república [sic]. Tiene alrededor de quinientos habitantes y es la sede principal del comercio del país. Se dice que es el centro de las operaciones de contrabando. Aquí hay algunas pequeñas tiendas, aunque también vi un gran rebaño de ovejas, unos animales pequeños, y un hombre estaba cardando la lana en la calle, mientras que otro hombre se hallaba haciendo un arnés con los adornos brillantes tan comunes en España, y otro más estaba con unas mulas, junto a una mujer de nuestra posada que había tomado café. Así que el mundo se movía, también aquí, por lo que mi mente volvió a Inglaterra, para pensar en cómo la gente de allí, en varios lugares, estaría ocupada en lo mismo a esa misma hora.

“Regresamos a la ciudad de Andorra, llamada *la Vieja* [la nombra como *The Old*], la capital del Estado: se dice que tiene unos setecientos habitantes. Es un lugar tan antiguo como pintoresco, bastante aburrido, situado en un hermoso y fértil valle, al pie del monte Anclar, cerca del cruce del río Massana con la Valira [...].

“Después de esta visita, tomamos el desayuno: fue uno de capital, con buena comida y muchas cosas, mejor que el que me dieron en el primer hotel en Barcelona, donde los precios eran el doble que en Andorra [...]. En cuanto a la ciudad, bueno, pues ciertamente no es gran cosa, pero los alrededores son agradables. Y, con respecto al país, decir que Andorra tiene sus encantos: la naturaleza salvaje reina sobre sus bosques y montañas, y hay algunos lugares bonitos por allí, la gente es muy saludable, abundan las aguas, incluidas las aguas minerales, en las montañas hay cosas que hacer, y, en todo caso tienen el encanto de la novedad. Yo mismo puedo decir que mi visita me produjo mucha satisfacción”.

En este punto dejaremos a Frederick Harold Deverell, quien ya se aprestaba a regresar con su guía a L’Ospitalet. Con los materiales recogidos en este recorrido de 1883 y en otros posteriores, no tardó en trazar un mapa de ese Principado que le había producido tantas satisfacciones. Sus diversas ediciones oscilan entre el *Map of Andorre* (1883) y el *Mapa de las Valls de Andorra* (1890) a 1:80.000 de escala. Una carta de itinerarios excursionistas donde se reseñaban las rutas junto a villas, ríos y caminos, que no hacia las montañas. Sin curvas de nivel, aunque con una representación del relieve mediante trazos de *aristas de pescado*. Ciertamente, una obra cartográfica muy bella.

3.18. Un cura con maleta y paraguas

Los montañeros catalanes sienten verdadero fervor por *Mossèn Cinto*. Razones no les faltan, pues el sacerdote en cuestión era un hombre que, tras enamorarse del segmento oriental del Pirineo, se dedicó a explorar sus valles y cumbres. Esencialmente por los accesos sureños, entonces tan complicados como remotos. No contento con afrontar semejante empresa, Jacint Verdaguer i Santaló redactaría unos cuadernos donde plasmó impresiones llenas de simpatía y entusiasmo. Es una pena que no sacase mayor partido de estas vivencias, que básicamente utilizó como inspiración para su poema *Canigó* (1886).

Entre los diversos análisis del universo *verdaguariano*, recurriremos aquí al precedente del coordinador de la antología *Del Teide al Naranjo* (2003). Enric Faura sirvió desde dicha obra una semblanza del poeta de Folgueroles donde reflejaba sus estrategias montaÑeras:

“En aquellas épocas el Pirineo era prácticamente desconocido para las gentes de la ciudad y ni tan siquiera los incipientes excursionistas catalanes se acercaban a él. Verdaguer, vestido con su inseparable sotana raída, un sólido paraguas en lugar de bastón, una pesada maleta como mochila y con zapatos de ciudad en los pies lo recorría incansablemente de punta a punta, realizando jornadas de sol a sol, acompañado por un guía local, alojándose en las humildes rectorías de los pueblos de montaña o en sucios hostales, soportando hambre, sed, aguantando la lluvia o el sol inclemente y constatando la miseria del Pirineo de aquellos años. Cada mañana procuraba cantar misa, y al salir de los pueblos se arremangaba su sotana bajo la cintura para caminar con mayor comodidad, mientras en una libreta anotaba todo aquello que creía interesante”.

Fuera de Cataluña no se conoce en exceso a *Mossèn Cinto*. Una manera de remediar esta carencia podría ser la lectura de los textos en castellano que aparecen en *Del Canigó al Aneto. Edición comentada e ilustrada de los cuadernos de excursión de 1882 y 1883* (2003). Un libro con anotaciones de Narcís Garolera y Curt Wittlin. Entre sus páginas se disfruta de unas *Libretes* donde se reflejan dos de las campañas estivales mejor aprovechadas de Verdaguer, quien veraneó con frecuencia en esta cadena entre 1877 y 1884.

Un episodio destaca sobre todos los demás: el de su, digamos, *noche triste*. Se produjo a finales de agosto de 1882, tras una visita turística a varias ciudades del piedemonte norteño pirenaico que luego quiso rematar, desde Vicedessos, con un histórico ascenso al Montcalm y a la Pica d'Estats. La bajada sería por la vertiente meridional junto a un guía que, antes de abandonarlo a su suerte, se limitó a indicarle la muga con Andorra...

Mucho se ha escrito sobre lo que aconteció después. Tras el esfuerzo previo por el macizo de Estats, un Jacint Verdaguer de treinta y siete años de edad ingresaba solo en la misteriosa cara sur de estas montañas, vestido con una sotana arremangada, su no menos célebre maleta y el sempiterno paraguas-alpenstock. Antes de acompañar al sacerdote, las valoraciones de Wittlin en 2003:

“Cuando por fin llegaron a la frontera de Andorra, tras un ascenso de 1.000 metros, ya eran más de las 20:00 h. Y para nuestro poeta, mojado y cansado, y abandonado por su guía, comenzó entonces una aventura que se recordará

como la más peligrosa de todas las vividas en los Pirineos. La describe en una página que se ha hecho famosa”.

En cuanto al collado donde se desarrollaron los hechos, decir que no se tiene claro cuál pudo ser: Esteve Albert propone el de l’Angonella (2.318 metros), en tanto que Ramon Redondo se decanta por el de Arinsal (2.461 metros). Pero cedamos ya el puesto de cronista a Jacint Verdaguer para que nos traslade sus vivencias de ese 25 de agosto de 1882:

“Llegamos al puerto. El guía me enseñó, a tres o cuatro horas de distancia más abajo, unos sembrados, y me dijo que hacia allí me tenía que dirigir. Se volvió diciéndome *icon Dios!*, y yo, con la maleta a cuestas, emprendí la bajada.

“Justo debajo del puerto hay una pequeña altiplanicie; busqué en ella algún rastro de camino y, si alguno había, estaba completamente borrado por el granizo que acababa de caer. Me fui hacia poniente: bajo la pequeña altiplanicie vi un gran precipicio. Me dirigí hacia levante y, aun sin ver sendero alguno, la emprendí cuesta abajo, patinando por la hierba mojada y en peligro de rodar por la pendiente. El miedo a caerme me obligó a coger la pesada maleta con la mano y, arrastrándome por la pendiente, resbalando por la hierba o avanzando paso a paso, fui bajando la difícil montaña.

“Mientras tanto, acababa de oscurecer. Vi un gran lago [¿el superior de l’Angonella?] frente a mí, y busqué en vano un camino en sus orillas. Canchales peligrosos por ahí, hierba fresca por allá, y la oscuridad por doquier, volviéndose más negra por momentos. Me pareció que el lago estaba suspendido de un gran risco, de donde era difícil bajar, y retrocedí, y me dirigí hacia el oeste por una cuesta, buscando –por un camino de cabras que veía allí– una mejor salida. Encontré, en efecto, un rastro de camino, que me ayudó a bajar del risco, para desaparecer enfrente de mí.

“Había caído la noche con toda su oscuridad. Yo me encontraba bajo el risco, mas en una peña cubierta de hierba, casi tan abrupta como el precipicio de arriba. Los trechos de hierba resbaladiza se sucedían a los pedregales, donde era fácil romperse una pierna, o piedras y césped mezclados me oponían doble obstáculo y peligro a un tiempo. La amplitud del cielo me decía que el valle no era tan estrecho como me temía, y el rumor del torrente que murmuraba, crecido con el agua y el granizo que acababa de caer, me decía que entre él y el precipicio había algún espacio. Eso me animó: paso a paso, tanteando con el paraguas, tanto a rastras como a gatas, atravesé la pedriza y llegué a sus orillas”.

Interrumpiremos en este punto la caminata nocturna, que prosiguió salpicada de traspies a oscuras. Sin nada que comer. Al final, tras pedir ayuda a gritos en vano, el sacerdote logró hallar un senderito por donde se vería forzado a avanzar “tanteando con el bastón del paraguas”. Por suerte, dio con una cabaña de pastores andorranos [¿la de l’Angonella?].

El 26 de agosto Verdaguer bajó sin problemas hasta Llorts. La campaña de reconocimiento por Andorra no había hecho sino arrancar. Cuatro jornadas después del audaz ingreso en el Principado, planificaba una ascensión reputada por sus panoramas:

“El 30 de agosto [de 1882], junto al párroco y al coadjutor de Ordino, mosén Areny, y Josep de Riba, secretario del Síndico, subimos al Casamanya [2.749 metros] siguiendo el riachuelo de Ensegur y, desde el coll de Ordino, siguiendo el curso de la sierra hacia el norte. Desde la cumbre, que aun sin tener arbolado está recubierta de céspedes, pude ver el doble valle que forman los dos ríos Valira, madres que han formado y alimentan este hermoso país, enclavado en un rincón del Pirineo. Esta cordillera forma un círculo cerrado por todos los lados, excepto para dejar que salgan las aguas en Arduix. En la figura y en los hechos es una fortaleza con torres avanzadas, troneras y centinelas que la separan de su entorno.

“Desde el Casamanya se ven, sobre todo, las sierras de Andorra, desde el pic dels Meners y el de la Serrera, así como toda la cadena de montañas pirenaicas, hasta las que cierran por el lado meridional: la de Enclar, que es la que mejor se ve, las de Bescaran y Meranges, el Salòria, el Rubió [la Torreta de l’Orri] y, por el portillo de la Valira, las sierras de Organyà y Montsec. El pic de Fontargent, por el noreste, se encuentra en lo alto de una sierra muy dentada y áspera, tras la que se destacan las cumbres del Carlit y las montañas del interior del Ariège”.

Un día más tarde *Mossèn Cinto* marchaba hacia Andorra la Vella, no sin destacar esas capillitas que salpicaban el camino para dar fe de “la gran devoción de los andorranos”. Sobre la capital del país, a la que contempló con simpatía durante su aproximación, dijo que “más allá de donde confluyen las dos Valiras se asienta, entre pedrizas, como una viejecita tomando el sol, Andorra la Vella; sus casas, en general, están más blanqueadas”.

El 1 de septiembre de 1882 Verdaguer realizaba una excursión a Engolasters, ya por entonces clásica. Una jornada después le tocaba el turno al santuario de Meritxell, donde cumplió con la *Reina de Andorra*. Meros entrenamientos con vistas al siguiente ascenso, que posiblemente llevó a cabo el día 5 de septiembre:

“A las 7:00 h salimos de Soldeu con el coadjutor, Francisco Albós, de Bescaran. Bajamos hasta encontrarnos con el riachuelo de Incles, que sube en línea recta desde la Valira hasta el port de Fontargent. Es verdaderamente hermoso. Como este valle es más bien ancho, su cinta de plata tiene un prado amplio y verde a cada lado, de un extremo de la ribera hasta el otro. Lo atravesamos en oblicuo para ir a ascender al otro lado del bosque de Entor. Alcanzamos la sierra y la seguimos hasta el pic de la Cometa [¿el pic de la Coma de l’Infern (2.730 metros)?], que es casi tan alto como el de Casamanya, aunque con mejores vistas.

“Hacia el este se ve, justo por debajo, un lago cuyas aguas van a otro que no se apreciaba desde aquí, en cuyas cercanías estaba la fuente de Monegó, donde dicen que un pastor vio una luz extraña que se atribuyó a una hechizada que dicen que vivía en ese lugar. Se piensa que hay allí un odre de piel de buey lleno de monedas que muchos han buscado, aunque sin hallarlo. Se aprecia el pic de Fontargent, tan abrupto como escarpado, más alto que las demás montañas de la sierra: el pic de l’Alba, el Nérassol, el Siscaró, el pic d’Escobes bajo el que se encuentra ese lago del que nace el torrente del Incles, la cresta

del Juclar que esconde dos lagos, y el pic de la Cabaneta, por el lado de poniente. Por el lado sur, el pic de las Neres [¿Bony de les Neres?], el bosque de Soldeu, el Hostafà [¿Ortafà?], el pic de la Valira [¿d'Envalira?], el pic dels Pessons, las sierras de Meranges y Bescaran, el pic de la Tossa [¿del Braibal?] con su lago de Engolasters, el Montsec y la sierra d'Organyà. Por el oeste, el pic de la Serrera, el dels Meners, el Casamanya, el Salòria y el Rubió, uno detrás de otro. Y, más cercana, la ribera del Ransol con sus lagos. Por el norte, la plana de Fontargent, el pic de Cavallera y un tejido de sierras y montes pedregosos y tristes hasta las tierras de Foix, donde se aprecian grandes pinares. Todo esto está despoblado y apenas acuden sino algunos pastores, de tan mala que es la tierra”.

Sin embargo, el activo Verdaguer aún no había terminado de desgastar las suelas de sus zapatos. Por ello, el 6 de septiembre se animó a organizar una nueva marcha:

“Salimos de Soldeu a las 7:00 h por el camino del port d'Envalira hasta que se aleja de la ribera. La atravesamos un poco más arriba y, por el lado izquierdo, fuimos subiendo las cuevas que se alzan frente al primer lago. Toda esta ribera es hermosa, recubierta de hierba, y en gran medida, especialmente al otro lado, con pinos sobre alfombras de rododendros. Solo hay sembrados en este lado, y se interrumpen en las bordas de Soldeu.

“Una vez hemos llegado al primer lago, que es de formas regulares, seguimos el torrente que hay más al sur, y que pasa murmurando bajo un canchal medio recubierto de césped. Más arriba se deja ver en un punto, permitiendo que las aguas se detengan un instante a la luz del día, pero éstas no llegan a formar lago. Más arriba hay otro y charcas.

“Subimos a la loma que, en medio de todos ellos, domina los lagos, y vimos el más lejano, que es pequeño. Descendimos por el otro ramal de río que rodeaba la colina y no tardamos en ver una laguna en lo alto del valle, otra más grande más cercana y otra más abajo. Bajamos con las aguas del río que, igual que al otro lado, iban de lago en lago, y no tardamos en distinguir uno enorme con forma de horca debido a que se adentraba en su interior una península rocosa. Más abajo vimos uno o dos más, y los dejamos. Las pedrizas que había que evitar para su visita llenaban todo el valle salvo los lagos, estropeando el placer de verlos. Precisamente, las sierras de los alrededores no muestran al viajero salvo canchales, más secos y tristes que los del valle, pues en este lugar hay algún pino, mucho rododendro y algo de hierba con la que recubren su desnudez las piedras de la Valira, que aquí tiene, sin duda, su mayor cantera, dado que todo es de granito en el origen de la Valira.

“Regresamos por un camino más empinado desde los lagos, pasando al pic dels Pessons [2.864 metros], bajo el lago de Covils [¿Cubil?], que no vimos, y el bosque de Soldeu, bajando hasta las bordas”.

Solo las nevadas del 7 de septiembre de 1882 lograron que *Mossèn Cinto* interrumpiera sus descubiertas pirenaicas. Mientras se retiraba hacia el llano, el sacerdote escribió en las *Llibretes* que había sido “materialmente expulsado del Pirineo por la nieve”. No importaba demasiado: el poema *Canigó* iba cobrando forma en su cabeza.

Visto lo visto, podría pensarse que los parajes andorranos de la alta montaña tiraban poco al grueso de sus visitantes decimonónicos. Al menos, a quienes escribían. Por suerte, siempre hubo excepciones. En este caso, por cuenta de mosèn Jacint Verdaguer, quien se encaramaba en 1883 al pic de Casamanya (2.749 metros) y al pic de la Coma de Varilles (2.759 metros) junto a otros compañeros. No todos los foráneos aborrecían las brisas de las cumbres.

3.19. La perspectiva del pirineísmo catalán

La crónica de las montañas andorranas parece un asunto todavía pendiente de ir completándose. Los capítulos precedentes han gozado de un claro acento francés. Con la excepción previa, aportada por *Mossèn Cinto*. Y, sin embargo, la zona que nos ocupa se podría considerar del todo próxima al ámbito geográfico del deporte catalán. Máxime, por el idioma y fronteras comunes. Hora es de volver la vista hacia las peripecias en este Principado de sus vecinos del Sur.

El terreno de los precursores catalanes muestra evidentes brumas. Así, desde un *Butlletí* del *Centre Excursionista de Catalunya* de 1898, el escritor barcelonés Jaume Massó i Torrents contaba daba alguna pista sobre el pionero Marian Aguiló i Fuster:

“Aguiló va a ser el verdadero precursor de nuestras tareas. Imaginémosle recorriendo regiones apartadas, allá por el año 1845 ó 1850 [...]. En cierta ocasión, contaba que se había perdido por las montañas de Andorra y, al explicarlo, comunicaba realmente sus sensaciones de cansancio, de la noche que le alcanza y del frío que le toma: al final, llegó a un poblado con los pies destrozados y erguido, la ropa desgarrada, donde solo halló a una mujer que enseguida preparó agua caliente donde le introdujo sus pies para curarle”.

En tanto aparecen las trazas de este precursor del excursionismo en Andorra, recojeremos testimonios en otros lugares. Por ejemplo, de otro adelantado que aparecía en un *Butlletí* de la *Associació d'Excursions Catalana* del mes de abril de 1881. Entre sus páginas, Valentí Almirall anunciaba cierta conferencia que impartió el 17 de marzo sobre “Una excursión al pueblo de Puigcercós y a Andorra”. Las líneas que apoyaban esta reseña no dejaban de entrever las posibilidades del turismo verde en el *País del Pirineo*:

“La República [*sic*] de Andorra tiene una extensión de cuatrocientos noventa y cinco kilómetros cuadrados, casi todos de bosques y montañas [...]. Los andorranos están orgullosos de su independencia y aman con pasión a su pequeña patria. Tal es así, que les resulta doloroso en extremo tener que abandonarla, como suele suceder debido a los escasos recursos de aquellos valles. Ante semejante situación, hace años que buscan los medios de proporcionarles recursos mediante lo que en Suiza se conoce como *industria de los extranjeros*. De estos deseos han nacido algunos conflictos actuales. ¿Cómo terminarán? Es difícil de predecir, pero dado el carácter andorrano, se puede adelantar que de un modo u otro sabrán sacarle provecho”.

De esta forma indirecta quedaba constancia de las rondas de los andarines catalanes por el Principado del Pirineo. Parecía una suerte de señal de salida, pues en el *Butlletí* de la *Associació Catalanista d'Excursions Científiques* de junio

de 1881 se reseñaba otra marcha por Andorra: la "Excursión particular por las Valls d'Andorra" de Joseph Guilló Casáis.

Los tres ejemplos previos no fueron una excepción. A partir de esas añadas iniciales del noveno decenio del siglo XIX comenzarían a proliferar. Por ejemplo, con el testimonio de cierta *colectiva* hacia "Les Valls d'Andorra" de la *Associació Catalanista d'Excursions Científiques*. Fue difundida en 1884 por el extenso trabajo de por Joaquim Guasch sobre esa "Excursión desde Puigcerdà hasta la Seu d'Urgell y Valls d'Andorra" del 29 de septiembre al 4 de octubre de 1884.

En 1885 la misma publicación se hacía eco de otra lectura en Barcelona: "Andorra, recuerdos de un turista, por Pierre Vidal de Perpinyá". Nos vamos a detener aquí, dado que el *Butlletí* difundía en su número de julio-septiembre de 1888 un texto del referido Vidal bajo el título de "Andorra. Recuerdos de un turista". Así conoceremos cómo funcionaba la *percepción catalana* de la época. No en vano, dicho cronista parecía interesado en las regiones superiores de lo que presentó como un *Reino de Montañas*:

"Andorra es un país en extremo desigual y accidentado. Por todos sus cantones lo rodean altas montañas cuya altitud varía entre los 2.000 y los 2.900 metros. Su interior lo forma una masa de montañas onduladas como una especie de mar inflado por la tempestad. Algunas montañas se elevan hasta los 2.900 metros de altitud, en tanto que el curso de las dos Valiras se mantiene entre los 1.768 y los 1.000 metros".

La descripción física de Vidal detallaba el sector que iba desde el pic de la Font Negra hasta el pic de Can Colom. Nos estacionaremos en la porción correspondiente al *techo* andorrano, si bien respetando su grafía original:

"La montaña vuelve a comenzar inmediatamente sobre la orilla derecha de la Valira, elevándose de forma súbita a una altura prodigiosa. En el port d'Asnurri, vuelve a dirigirse de lleno hacia el norte, pasando por el puig de Canotich [Canòlic], que domina la célebre ermita del mismo nombre, formando un semicírculo hacia España, y retomando después su dirección casi en línea recta por el port de Conflent, el puig de Coma Llempa, el puig de la Coma Pedrosa y el puig de las Bareytas [pic del Pla de l'Estany], cuyo límite alcanza el territorio francés [*sic*]. Esta parte del país es de un salvajismo que suscita pavor. Los osos abundan y el invierno dura aquí ocho meses largos. El puig de las Bareytas se acerca a los 2.200 metros [tiene 2.869 metros] sobre el nivel del mar y el de la Coma Pedrosa a más de 2.900 metros [tiene 2.939 metros]. No obstante, aquí es donde se encuentra la única riqueza de Andorra. Vastísimos rastos cubiertos de pastos que son recorridos por rebaños de vacas; grandes bosques de pinos y hayas que permiten a sus habitantes pasar el invierno al resguardo de los grandes fríos".

Desafortunadamente para el gremio del piolet, el resto del trabajo acudía en pos de los sectores poblados y terminaba recurriendo a los tópicos habituales. Al llegar a Soldeu, Vidal explicaba que el "camino es un horroroso barrizal", añadiendo que "aspecto del pueblo es profundamente triste". No entraremos en sus duros juicios hacia los habitantes, niños incluidos. Más adelante salpimentados con el uso de etiquetas poco amables hacia sus núcleos como "pobres" o "medievales". Parecía una animadversión con cierto origen moral:

“Las naciones europeas no dan fácilmente autorización para abrir casas de juego. Algunos *croupiers* consideraron la idea de establecerse en Andorra, un país perdido, ignorante, semi-independiente y sumamente pintoresco. Los turistas quieren montañas y bosques, y así habría para todos los gustos en el país andorrano: el aire puro y las aguas cristalinas no le faltan. Podría parecerse a Mónaco en el invierno, y a Las Escaldas en verano [...]. El andorrano imagina tiempos felices con turistas e iglesias nuevas”.

La descubierta de Pere Vidal apenas iba a hablar de cumbres, salvo cuando se aproximó a Andorra de Vella, donde percibe “el lugar más bonito de todo el país: la montaña de Anclar [pic d’Enclar, 2.402 metros] aparece desnuda y pelada, pero la que tiene delante, el puig de Manya, está coronada de abetos”. Tampoco esperemos loas hacia la referida población... Sin embargo, rompió una lanza en favor de su gastronomía, ensalzando las butifarras de Sant Julià de Lòria.

IV. LOS CAMBIOS DEL MONTAÑISMO FINISECULAR (1886-1899)

4.01. Schrader en los Pirineos Orientales

Resulta obligado insistir en las operaciones de los cartógrafos que penetraron en el *País del Pirineo* desde el Norte. Para evitar que sus operarios fueran detenidos, el principal organizador, Ferdinand Prudent, establecería una especie de convenio de reciprocidad por el que facilitaría a las autoridades hispanas las anotaciones obtenidas: el propio Práxedes Sagasta, presidente del Consejo de Ministros de España, surtió de Órdenes Reales a sus enviados para que se movieran sin molestias por el sur de la raya.

Año tras año, en la *Commission de Topographie* parisina se atesoró una impresionante colección de observaciones circulares realizadas mediante orógrafos. En esencia, aportadas por Franz Schrader (en número de 1.700), Édouard Wallon (otras 1.700), Aymar de Sant-Saud (600) y Maurice Gourdon (430). Registros a los que se podrían añadir esas cotas de altura que le hicieron llegar otros voluntariosos montañeros como Alphonse Lequeutre (180), Émile Belloc (120) o Paul Labrouche (180). Ni que decir tiene, Gourdon también participó en esta recogida de altitudes: gracias a sus diversos barómetros *metálicos* y al *holosférico*, hacia 1888 había reseñado unas 400 cotas nuevas en su terreno de operaciones de Andorra y Aran, así como en los valles catalanes comprendidos entre ambos. A ese legado añadiría no pocos dibujos y fotografías.

Es hora de repasar la tarea de otro de esos cartógrafos que llegaron desde Septentrión decididos a mejorar los pliegos del *País del Pirineo*: Franz Schrader, quien se impuso como objetivo la corrección de las carencias de sus cartas. Desde 1884, año en el que pudo empezar desde Puigcerdà su cerco el Principado mediante su orógrafo. Al parecer, deseaba incluir un mapa preciso del mismo dentro del *Atlas Géographique Moderne*, obra prevista para 1889 que la casa *Hachette* quería presentar en la Exposición Universal parisina de la añada siguiente. Sin embargo, con el célebre cartógrafo bordelés sucedió un hecho lamentable: no dejó nada escrito sobre sus operaciones en los Pirineos

orientales. Al contrario que con sus trabajos en torno al Monte Perdido durante la década de los años setenta, los recorridos andorranos entrarían de lleno dentro de lo que se ha denominado como “los años de madurez”. Acaso agobiado por infinidad de tareas, nunca explicó sus campañas pirenaicas tardías: 1883, 1884, 1885-1886 (Ariège y Andorra), 1888, 1892, 1896, 1899, 1900... Sus biógrafos Guy Auriol, Michel Rhodes y Hélène Saule-Sorbé lamentaron esta omisión:

“Desde 1883 Schrader no publica más textos en el *Annuaire du Club Alpin Français*. Lejos de desdeñarlos, el geógrafo prolonga sus recorridos pirenaicos hacia el este, desde el Ariège hasta el Mediterráneo, pasando por Andorra y Cataluña [...]. De sus itinerarios anuales en los Pirineos desde 1883, anota Cadart [*La vie et l'oeuvre de Franz Schrader*, 1944] que se sabe poca cosa. Ya no escribe más en el *Annuaire du CAF* pues, por lo que decía, hubiese tenido mucho que contar y sus colegas demasiado que leer [...]. Sin embargo, proporcionó, ayudado por Prudent, una amplia obra topográfica en el Ariège, Andorra y Cataluña. Numerosos croquis de factura elíptica y acuarelas, a menudo inacabadas, insinúan los recorridos de este trabajador empedernido”.

Del paso de Schrader por las montañas del norte de Andorra quedarían muy contadas pistas: apenas un dibujo con el orógrafo del “Port d’Embalira (25 de julio de 1886)”. Es decir: cierto disco de cartón de unos 33 centímetros de diámetro con el trazo circular de las montañas del entorno de dicho collado. Un bosquejo que, en realidad, estaba tomado desde el pic de Padern (1.859 metros), esa montaña situada casi en el centro del Principado que vela sobre Engordany. Al menos Jean Arlaud utilizó aquella vista radial para sus posteriores recorridos por la zona de Els Pessons, ya en 1920.

Rastreando un poco por todo se puede hallar alguna noticia más. Por ejemplo, una carta de 1886 en la que Aymar de Saint-Saud le referiría a Ramon Arabia i Solanas ciertas actividades del día 3 de agosto de aquella misma añada:

“A la hora de cenar, entrábamos en Francia por Bourg-Madame. Allí nos enteramos de que el señor Schrader, junto con su adjunto Chesneau, tras haber explorado la frontera oriental de Andorra y subido dos veces al Puig d’Alp, había salido hacia Barcelona tres días antes”.

Por añadidura, Saint-Saud quiso realizar un rápido homenaje a su maestro y colega en el mundo de la cartografía desde el número 109-110 del *Butlletí de la Associació d’Excursions Catalana* (octubre-noviembre de 1887):

“Dejamos el camino del port de Sant Josep o de Soldeu, y pasamos al de Envalira o de Fra Miquel, que es más llano y de terreno practicable a las caballerías durante el verano. Allí me despido de la alta montaña saludando a las cimas majestuosas de Els Pessons, ayer desconocidas, pero no hoy, gracias a los trabajos topográficos del señor Schrader”.

Será cuestión de acudir a las fuentes escritas para saber de estos exploradores galos tan vinculados a la Cartografía. Al menos, sobre quienes escribían sobre sus campañas.

4.02. El conde cartógrafo

Los mapas del *País del Pirineo* le deben mucho a quien fuera apodado como el *Comte Courant*, componiendo así un juego de palabras: en francés se dice igual *Conde Corredor* (aludiendo a su agitada vida) que *Cuenta Corriente* (insinuando un desahogado *estatus* económico). Henri Beraldi aclaró la vocación de cierto aristócrata de Burdeos desde el Tomo IV de los *Cent ans aux Pyrénées* (1901):

“Quiere [Aymar d’Arlot de Saint-Saud] entrar en la *Pléyade* [de exploradores pirenaicos] y que su nombre pase a la historia del descubrimiento de los Pirineos españoles... Flemático, mete la mano en las Sierras. Una determinación geográficamente necesaria: es preciso que los Pirineos sean conocidos y cartografiados desde la llanura francesa hasta la española [...]. Partirá con un barómetro y una aliada, su voluntad tenaz, potentes recomendaciones obtenidas en Madrid desde el Ministerio de Gobernación e incluso un talismán: cierto documento supremo, la Orden Real, cuya simple visión petrificaba a los guardias civiles más desconfiados y a los aduaneros más duros”.

Toda una declaración de intenciones que el propio Saint-Saud iría confirmando a retazos. Así, desde los autobiográficos *Cinquante ans d’excursions et d’études dans les Pyrénées espagnoles et françaises* (1924), esto explicaba en lo referente a cierta incursión por Huesca de 1881:

“Uno de mis amigos de Madrid estaba aquel año en los Baños de Panticosa. El Presidente del Consejo de Ministros, el señor Sagasta, también se hallaba allí. Como me hizo el honor de interesarse por mis estudios, terminé por siendo presentado”.

Gracias a sus buenos contactos, el gallo podría recurrir a fuentes hispanas para buscar rastros de sus predecesores en las campañas cartográficas de finales del siglo XVIII:

“Deberían existir documentos en España... La región a la que estos estudios conciernen todavía es poco conocida. En junio de 1911, comencé estas búsquedas en Madrid y, gracias a un amigo mío que era general, pude encontrar allí algunos detalles útiles y curiosos de la Comisión de Delimitación de 1784-1792”.

Esta iniciativa, que no llegó a buen puerto en su día, se aleja de los decorados del Principado pirenaico. Será preciso regresar al año 1883 para observar el ingreso de Aymar d’Arlot de Saint-Saud en las operaciones cartográficas galas emprendidas por Aragón, Cataluña y Andorra:

“¡Me sentía tan feliz por poder contribuir al estudio de los Pirineos españoles! El comandante Prudent no me imponía nada, ipero sabía insinuar muy bien sus deseos! En ocasiones, venía a trabajar conmigo a La Valouze. Una o dos veces al año, yo acudía a París, y allí, en el despacho de este amable oficial, trabajaba desde la mañana hasta la noche [...]. Sus superiores, los generales Perrier, Bertaut, Derrécagaix y De la Noé, recogían y animaban mis estudios. En Madrid eran vistos con buenos ojos, especialmente por el coronel Coello, presidente de la *Sociedad Geográfica*. Por ello me vi forzado a olvidarme de los Pirineos franceses”.

El preámbulo sirve para explicar las campañas andorranas del *Conde Corredor*. Desde sus *Cinquante ans* (1924), Saint-Saud servía un resumen del trascendental verano de 1886:

“Ciertas tomas de ángulos del año anterior hacían sospechar al comandante Prudent que en la frontera del Ariège existía un pico acotado hasta entonces con 2.762 metros que podía superar los 2.900 metros. No necesitó más para picar mi curiosidad y que acudiera allí a finales de julio. Utilizando las cabañas de pastores del fondo del valle de la Socarana, algunas muy poco confortables, pude comenzar el estudio de la frontera occidental de Andorra: los picos de Arcalís (2.777 metros), donde hice una *primera ascensión*, y del Comapedrosa (2.939 metros), la cúspide de Andorra. Aporté datos precisos del punto de unión de las fronteras de Francia, España y Andorra en la zona de los picos de Recofred, de Medacorba y de Roca Entravessada, el verdadero punto de soldadura (una zona de alta montaña que no figuraba en el *Mapa del Estado Mayor* a 1:80.000), que luego sería escrutado a fondo por el vizconde de Ussel, muerto por Francia lo mismo que el señor Huot, quien se me añadiría en aquella ocasión. Mi trabajo sobre el terreno dio algunas hectáreas más a Francia, colocando la frontera un poco más al suroeste de lo que indicaban los mapas y determinando el lugar real de esa Pica Roja de Socarana de la que hablaba al principio [...].

“El 28 de julio [de 1886], el señor Huot y yo ingresamos en Andorra por el Comapedrosa y después volvimos a España para dormir en Tor. No solamente estudiamos esta región poco conocida, él desde esos picos de Saloria y de Alins, y yo desde el de Setúria (2.517 metros), sino que también determinamos sobre el terreno el lugar por donde pasaba la frontera hispano-andorrana. Según se nos dijo constantemente, desde allí hasta la Seu d’Urgell: *Nosotros, los del país, conocemos dónde quedan los límites, pero los ignoran los delegados oficiales y también los carabineros...* Desde la villa episcopal de la Seu d’Urgell, acudiríamos de nuevo a la frontera andorrana del Puig de Monturull (2.759 metros). Tras dormir en Bescaran, tomamos como guía al viejo Joan Albos. En su casa, había respondido con seguridad a mis preguntas. Además, su avanzada edad me hizo creer que dominaba la geografía de su parroquia. Pero, al cabo de una hora de marcha, me di cuenta de que no conocía los senderos. ¡Cuántas veces más me iba a suceder algo igual de desagradable! Estas encuestas toponímicas eran siempre delicadas y difíciles. Solían comenzar por la tarde, una vez se ha finalizado el trabajo y tras terminar la sopa: en torno a la mesa y con el inevitable porrón para humedecer las gargantas reseca por esas discusiones corteses, concernientes a las montañas y ríos vecinos, en las que a menudo tomaban parte todos los vecinos. Con frecuencia, uno debía de coger al vuelo un nombre, adivinando, en el curso de la discusión, dónde radicaba la verdad”.

Esta sinopsis de Saint-Saud anticipa un relato más extenso: su artículo sobre “Ariège, Andorre et Catalogne” para el *Annuaire du CAF* de 1886 (1887). Allí desglosó los pormenores concernientes a su incursión por el *País del Pirineo*. Dicha campaña arrancaba desde Vicdessos el 22 de julio de 1886. El grupo del bordelés lo completaba su amigo Vidal, un tal Rogalle y cierto guía de Marc llamado Dandine-Sépou. Este último, contratado por dominar los recovecos de

la frontera entre Andorra y Cataluña. El cuarteto se dirigiría hacia las cimas del Montcalm y de la Pica d'Estats, para seguidamente acudir hacia las montañas que rodeaban las vegas de las Valiras.

A la par, otros discretos colegas de Aymar d'Arlot de Saint-Saud, Franz Schrader y Victor Huot, recorrían la raya norte andorrana, un tanto estorbados por el mal tiempo. No iba a ser éste el único impedimento de los cartógrafos. El Conde bordelés insinuó el rebrote de ciertos problemas políticos al decir que "por razones que no voy a indicar, me recomendaron que no bajara a los valles andorranos". Más adelante, *Comte Courant* expresó su "temor ante la introducción de armas por los Carlistas, que aquel año obligó a medidas de precaución extraordinarias". Finalmente, desde el *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana* de octubre de 1886, valoró los percances de su "Excursió a la frontera occidental d'Andorra" de un modo extraño:

"Hicimos votos de no bajar a los Valles de Andorra siguiendo ese dicho francés que dice que no hay que despertar sin motivo a un gato cuando duerme. Y subir hasta una cima fronteriza no ofrecía peligro alguno".

Los eruditos venían con parte de los deberes hechos. Tras atisbar desde la Pica d'Estats los vértices limítrofes adecuados para analizar la orografía de Andorra, emprendieron su tanda de ascensiones un 25 de julio de 1886. Cuenta Saint-Saud que la parte más dura de este reconocimiento cartográfico se inició a partir del port de Rat (2.537 metros):

"A la derecha del collado, en el extremo de una cresta afilada, se alzaba ese pic d'Arcalís cuya escalada queríamos tentar. No presentó verdaderas dificultades. Desde la Coma del Furat, fue preciso abordar dicho pico virando algo hacia el sur, sin tomar la cresta que lo conectaba con la frontera. Sobre el Puig d'Arcalís (2.777 metros), estuve desde las 8:00 hasta las 13:00 h, descansando solo una hora, pues sus extensas vistas me dieron mucho trabajo. Una gran porción de Andorra quedaba a nuestros pies: al norte, la frontera entre Francia y esta República [*sic*] minúscula se alzaba imponente y muy elevada, con los picos de Tristanya o Tristaina, del port de Siguer, el de Serrera y la cresta de la cuenca lacustre que lo separa de Arcalís. La Valira del Nord corría por la base del pico, entre roquedos tan sombríos como sus bosques de abetos que bañaban los torrentes. El silencio de estas soledades no se veía interrumpido sino por la monótona queja de la gaita de un cabrero. Bajamos por otro lugar, pasando por el valle alto de l'Angonella o Nangonella, que separaba el cañón de Arcalís del de Pla. Se veían algunos lagos. Después, a través de una brecha elevada a 2.753 metros [¿el port de l'Angonella?], abierta entre los picos de l'Angonella y de Cataperdís, desembocamos en Francia a través de unas laderas de guijarros y nieve".

Tras completar algunas ascensiones por la Vall Ferrera, Saint-Saud volvía la vista hacia la muga andorrana. El 27 de julio de 1886 espiaba su orografía desde el pic d'Escorbes para situar sus próximos objetivos en el Principado pirenaico. De forma especial le interesaba el pic de Comapedrosa. Lo visitaría al día siguiente junto a Victor Huot, deseoso por desvelar sus penúltimos enigmas:

"Desde lo alto de esos picos que había ascendido durante las jornadas previas, traté de descubrir los accesos de una montaña misteriosa a la que

dábamos una cierta importancia para el conjunto de nuestros trabajos cartográficos. Lequeutre fracasó en su ascensión de 1877 por una extraña fatalidad: aunque creyó y sostuvo lo contrario, arribando por los pastos de Boet no se iba por el buen camino. El Puig de la Comapedrosa se hallaba al final del valle de Vall-Ayguá o Baiáu: abordarlo por el de Tor conduciría a una pérdida. Pero como este pico enteramente en Andorra no era visible desde el sendero de Àreu al port de Boet, y no se distinguía sino con dificultad desde las crestas españolas o francesas que sobrepasaban los 2.900 metros, hasta aquel día no había sido reseñada su presencia. Nuestra ascensión resultó penosa. El terreno consistía en una pedriza muy inclinada donde se bajaban dos pasos por cada tres que se ascendían. Las rocas oscilantes a lo largo de sus paredes amenazaban con caer en cualquier momento. Nunca olvidaré lo cerca que estuve de resultar aplastado por una de ellas: cuando pretendía buscar un punto de apoyo, mi mano desgajó una roca y apenas tuve sino el reflejo de sujetarla mientras lanzaba un grito angustiado, pensando en que sería imposible impulsarme de costado. Rogalle retrocedió, se suspendió y sostuvo la roca desde arriba. De haber estado solo, el bloque me hubiera machacado. Durante el resto del día, estuve bajo los efectos del susto. Finalmente, alcanzamos por un corredor estrecho la frontera que separaba España de Andorra. Llamamos a esta brecha Portella de Baiáu (2.757 metros), dado que, presumiblemente, nadie la había atravesado antes. A la izquierda y enfrente, se alzaba la masa imponente del Comapedrosa. Alcanzamos su cima superior (2.939 metros): eran ya cerca de las 12:00 h, y habíamos salido de la cabaña de Socalma antes de las 6:00 h [...]. El panorama se mostró espléndido, con vistas que se extendían por la lejanía. Ni una cima de Andorra se escapaba a nuestros ojos: todos los *Valles* y *Soberanías* se ocultaban en gargantas oscuras, tan salvajes como sus habitantes”.

La gran montaña había estado cerca de ganar una tétrica celebridad como tumba de un pirineísta notable. Pero el *techo* de Andorra no precisaba de crónica negra alguna para incrementar su fama alpinística. Saint-Saud se encaramó al pic de Comapedrosa con intención de aclarar alguna de las confusiones que hasta entonces habían envuelto entre brumas sus laderas poco frecuentadas por los foráneos:

“Hacía tiempo que conocía por el nombre a dicho pico. El señor Lequeutre fracasó en 1877 durante su ascensión, y nuestros consocios [de la *Associació d'Excursions Catalana*], los señores De Monts y Gourdon, lo subieron el 18 de septiembre de 1878 el primero, y en 1882 el segundo. Puede decirse que eso era todo cuanto sabía. Su altitud oscilaba entre los 2.800 y los 3.000 metros. Gourdon afirmaba que se hallaba enteramente en Andorra (hablando geográficamente, estaba en lo cierto), mientras que el Tratado oficial de límites entre Andorra y España hacía pasar por él la frontera (políticamente hablando, también el Tratado podía tener razón). Efectivamente; en este Tratado de límites había anomalías verdaderamente inexplicables y errores de bulto [...]. En una palabra: el pic de Comapedrosa existía, pero ¿dónde estaba?”.

Desde aquel 28 de julio de 1886, dicha cúspide iba a quedar perfectamente situada en el interior del *País del Pirineo*. Sin embargo, lo más llamativo de la

campana del cartógrafo de Burdeos se desarrolló a partir del 30 de julio en torno al Puig de Setúria (2.517 metros). En Tor los franceses habían podido reforzarse con el guía andorrano Luis Morante. Todo un acierto, pues éste les iba a mostrar “bastantes cosas interesantes relativas a la frontera de Andorra”. Así y todo, no fue un camino de rosas: cuando el ahora quinteto entraba en España por la Coma de Setúria, deberían airear la famosa Orden Real ante unos celosos carabineros.

Desde el pueblecito hispano de Os de Civís, la caravana abordó un estrecho desfiladero por donde discurría la sendita hasta Sant Julià de Lòria, siguiendo el costado de la Serra d’Enclar, para atravesar el coll de Laquell (2.162 metros) antes de irrumpir en Civís. El 31 de julio el mal tiempo limitaba sus actividades a cobrar la cresta divisoria con la nación pirenaica por el Bony de la Caubera (2.051 metros). Las nubes no fueron tan permisivas como los carabineros: “Nos hallábamnos en el extremo suroeste de Andorra, sobre su misma frontera, y no pudimos avistar sino algún punto próximo de esta porción de la pequeña República [sic]”. Se impuso así el descenso a Civís por la collada de Canòlic (1.901 metros).

Con el arranque del mes de agosto de 1886, Aymar d’Arlot de Saint-Saud se estacionaba en el pueblecito de Bescaran, indagando entre los nativos “la situación de los puntos culminantes de la cadena vecina”. Ante el fracaso de los métodos indirectos, solo restaba el recurso de contratar a un guía de la localidad y dirigirse hacia la divisoria de la Serra del Port Negre. A pesar de los despistes, ganaron en cinco horas el collado del mismo nombre antes de asaltar una montaña próxima:

“Trepamos hasta un resalte vecino hacia el este desde donde hubiésemos tenido que disfrutar de vistas sobre toda Andorra. Pero, más al este todavía, nos dominaba un elevado pitón que pronto ascendimos, para ganar, más al este aún, otra punta que nos sobrepasaba. Sobre esta amplia cima con forma de colina redondeada, a la que el guía Joan [Albos] nunca había subido, que supuso el Turó o la Gargantilla del Reco aunque más adelante supe que se llamaba el Puig de Monturrull (2.759 metros), instalamos con rapidez nuestros instrumentos. Eran las 12:00 h y no había tiempo que perder. ¡Qué vistas tan inmensas! Ni una sola de las puntas de Andorra quedaba oculta: todas las montañas se apreciaban [...]. El Puig de Monturrull era, sin embargo, el punto más elevado de la porción occidental de esa masa enorme que separaba España del sur de Andorra. Sus tres torretas de piedras indicaban que conformaba la frontera. Al noreste y muy próximo, aunque menos elevado que el Monturull, se veía el pico de la Truita (2.752 metros), entre dos collados, uno de ellos el de Perafita (2.573 metros), que como su nombre indicaba, discurría entre dos rocas abruptas”.

El Puig de Monturull era el punto de confluencia donde Schrader y Saint-Saud daban por finalizadas las respectivas exploraciones. Suponía el cierre de sus *vuelatas periféricas* en torno al Principado. El verano de 1886 no iba a dar para más. Las montañas del flanco occidental y meridional de la muga andorrana surgían de su anonimato para la gente del piedemonte pirenaico. Aunque no fuera así para quienes la recorrían con objeto de cazar o cruzar mercancías por los puertos, concedores de esta raya a la perfección.

El *Butlletí de la Associació d'Excursions Catalana* de enero de 1887 publicaba una carta de Aymar d'Arlot de Saint-Saud a Ramon Arabia i Solanas donde aclaraba el destino de los datos recolectados:

“Acabo de llegar de París, donde he trabajado algunos días con los señores Prudent y Schrader, situando las estaciones de triangulación de nuestra última excursión y, como entonces no tenía calculadas las altitudes exactas, os envío la lista de las consignadas en el referido artículo: Puig d'Arcalís, 2.780 metros [hoy se le dan 2.777 metros], port de Rat, 2.525 metros [hoy, 2.537 metros]..., Puig de la Comapedrosa, 2.946 metros [hoy, 2.939 metros]”.

La orografía de las montañas andorranas había quedado prácticamente resuelta desde 1886. Aunque no del todo.

4.03. Un trasiego de periodistas

El escritor Sutter-Laumann sacaba al mercado en 1888 su obra, no se sabe bien si real o ficticia, sobre *Au Val d'Andorre. Les Ecréhou*. Con una temática periodística que llama pronto la atención. El parisino era por entonces autor de varias novelas y poemarios. El texto que en este caso se revisará abordaba el viaje de un grupo de periodistas franceses a las supuestas *Ecréhou*, unas islitas perdidas del Canal de la Mancha. Entre sus páginas servía no pocas peripecias que hacen sospechar que es una trama inventada, aunque llegase entremezclada con toda clase de temas sobre política internacional, peleas con carlistas y contrabandistas, tensiones con los nativos ante una posible invasión del Principado pirenaico. Con detalles de corte criminal que parecen notables exageraciones, como el de la niña destripada o la ejecución de un reo a la orilla de la Valira...

Como quiera que fuese, su viaje periplo se iniciaba en París un 15 de marzo de 1886. El protagonista del texto del tal Sutter-Laumann, junto con otros colegas de diarios galos, se situaba sin tardanza en Porté para ingresar en el *País del Pirineo* por el Puymorens. Para ubicar a los lectores menos informados, el escritor comenzaba con la clásica presentación rápida del escenario de su trama y, cosa extraña, con una invitación muy favorable al turismo:

“El valle de Andorra, situado sobre nuestra frontera pirenaica contigua al Ariège y al [departamento de] los Pyrénées-Orientales, resulta muy poco conocido. Esta corta narración quizás promueva en los amantes a los buenos viajes el deseo de visitar este país tan salvaje como encantador, donde los habitantes han conservado sus costumbres y leyes ancestrales desde hace más de diez siglos, antes de que la Civilización, esa gran niveladora opuesta a lo artístico, haya pasado por allí para destruir el carácter pintoresco de esta pequeña república feudal [sic]”.

No nos entretendremos en exceso con las disquisiciones sobre política del cronista francés ni en sucesos truculentos difíciles de constatar. Mejor quedarse tan solo con sus alusiones más montaraces y viajeras, aun sin saber si las vivió realmente o recurrió a otras fuentes, e incluso a su inventiva:

“Aquéllos que ignoren las dificultades con las que se tropieza en invierno en las montañas, les parecerá extraño que no estuviésemos ya en algún pueblo de Andorra después de haber dejado París hacía cinco días. Pero en estas

regiones, tanto si hiela como para hacer que las rocas se quiebren como si nieva hasta el punto de no ver a tres pasos por delante de uno, como si una tormenta de nieve con rayos, granizo y lluvia transforma todo sendero en cascadas. Es preciso, pues, aprovechar un período de bonanza para tentar el paso.

"Para descender a Andorra [la Vella] estas dificultades se complican: eso, sin contar con que, en estos momentos, los espíritus estaban exaltados y una bala podía llegar más rápida a su destino que un viajero. Al menos en lo que pudimos conocer, si no se tomaban ciertas precauciones, un *Baile* [autoridad] cualquiera podía impedir que franqueáramos la frontera andorrana. Que se llevaran o no los papeles en regla poco importaba, aunque los franceses tuvieran derecho a penetrar en estos Valles, nuestro Gobierno solo podía protestar por la expulsión de sus nacionales. Pero incluso frente a un pasaporte, los andorranos podían responder con obstinación:

"—*Nosotros no sabemos si sois francés, como decís... ¿Qué pruebas tenéis?*

"—*Aquí están mis documentos.*

"—*Los podéis haber robado.*

"Cualquier argumento quedaba sin réplica, en tanto que se veían apoyado por razones de fuerza a las que ninguna elocuencia podía resistir. Los disparos de fusil resonando contra el suelo decían bastante. Por lo demás, esta corta conversación tenía lugar en catalán. Si el viajero conocía dicha lengua, pues mucho mejor, podría cerrar el asunto más rápidamente. Si no, era preciso que un guía sirviera como intérprete, aunque el tema podía no durar apenas nada. Los andorranos no dejan entrar en sus Valles sino a la gente que conocen, a los habitantes de la frontera con quienes están en relación [...].

"Mi salida hacia Andorra [desde Porté] fue diferida por diversos motivos. El primero fue que no hubiera llegado muy lejos por causa del mal tiempo que reinaba en las alturas. Las fuertes borrascas de nieve se abatieron sobre los collados, y ni con todos los esfuerzos del mundo los correos de los andorranos amigos de Francia, rendidos ante las fatigas y los peligros de las montañas, lograban llegar hasta aquí. En segundo lugar, si bien quería ir a Andorra para ver alguna de las cosas curiosas de este país, si iba solo, podía suceder que no viese nada, pues los desconfiados andorranos se guardarían bien de hacerme su confidente, máxime cuando apenas podía decir algo en catalán, mezclado con palabras españolas pronunciadas al estilo parisino:

"—*¡Es un gavach!*

"De este modo me llamarían si, evitando retener mi impaciencia, hubiese partido. Porque un *gavach* [o gabacho] se refería a un extranjero [francés], con un término lleno de desconfianza que quería indicar a un *ser inferior*, que no podría llegar muy lejos, pues me hubieran cerrado sus puertas, y las costumbres, leyes y costumbres, todo me lo hubieran ocultado, y eso si no era devuelto a la frontera por algún partidario de los Carlistas que hubiese encontrado en mis rondas por los senderos. No sería la primera vez que a un periodista le hubiera pasado algo similar mientras recorría este país [...].

"Finalmente, al cabo de ocho días de bloqueo por la nieve, pude salir de Porté, con sus casas bajas y ahumadas, y callejuelas impracticables. Me dirigiría hacia Andorra [la Vella], capital de la República [*sic*]. Y bien: no quería dar la

imagen de ser víctima del deber profesional, sabiendo por experiencia cuántos de mis queridos colegas estarían tentados a reírse [...].

"Para comenzar, la noche en la víspera de mi salida la pasé en blanco. Al anochecer, una treintena de andorranos llegaron a Porté para servir como escolta a nuestra misión. Entraron al patio del albergue vociferando, y durante cinco horas más siguieron gritando:

"—¡Viva Francia! ¡Viva Andorra! ¡Viva la República francesa!

"Y a esto siguieron canciones catalanas sobre temas variados, aunque siempre con el mismo tono nasal. También bailaron con pasos de vals muy lentos, ocho o diez de estos muchachos, remedando una orquesta y componiendo con sus bocas una música bárbara que acompañaban con el batido de sus palmas. Después hubo más vivas y gritos. Y ese baile improvisado, esta fiesta nocturna en honor del enviado de nuestro Gobierno, se hizo sin otro adorno que la luz de la luna y de las estrellas. Y en verdad que la fiesta fue para mí [...].

"Por fin, tras haber enviado mal que bien mi correo, tras haber extendido sobre mis botines armados con unos clavos enormes una espesa capa de grasa y preparado mis polainas —pues las botas no bastan para la nieve—, cargado con mi maleta, me metí vestido del todo en la cama. No bien sonó la medianoche, los andorranos, a pesar de sus pulmones de hierro y sus piernas de acero, fueron a tumbarse en el heno del granero. Apenas cerré los ojos sino dos horas, y el estruendo se reinició con los últimos preparativos para nuestra partida. Nos tomamos un bol de café muy negro, generosamente cortado con ron para mantener nuestro estómago en buen estado, todo bien caliente, en tanto que los andorranos se tomaron unas lonchas de pan con queso, irrigadas con numerosos tragos. Las mulas con los equipajes estaban dispuestas, y todo el personal del albergue estaba en pie, a pesar de la hora extra matinal, y se amontonaba en torno a nosotros para darnos la mano y hacernos mil buenos deseos. Uno se hubiera creído entre familiares, lo que hubiese resultado casi ridículo de no saber que en esta estación la travesía del Pirineo no dejaba de ser peligrosa. A las 3:00 h en punto: ¡hop, a caballo!

"Hacía un tiempo soberbio, muy suave. El cielo parecía sembrado de estrellas, la luna brillaba y se veía bien. En cabeza marchaban los andorranos, y después, uno detrás del otro, íbamos en este orden: Papinaud, un servidor, el secretario de la misión Guitard, el comisario Darnis y, por fin, los equipajes en una pequeña retaguardia. Desde que salimos del albergue comenzamos a subir a través de los roquedos y los guijarros, durando esta ascensión ocho horas. Tan pronto estábamos en lo alto de una cresta con precipicios por ambos costados, como en el fondo de un barranco encajado. A cada paso, un arroyo se precipitaba rugiendo de cascada en cascada. Las capas sucesivas de las rocas, escarpadas como si fueran escaleras, eran superadas por nuestros caballos sin temor. Tenían un paso de una seguridad asombrosa: un peatón se hubiera roto el cuello cada diez pasos. Aunque sustentarse sobre la silla tampoco era fácil y exigía saber montar bien. A medida que subíamos el aire se enfriaba. Nos encontramos que la nieve se había fundido los días que estuvimos en Porté [...].

“Seguimos la línea de postes del telégrafo que tenía que conectar Francia con Andorra y que los partidarios de los Carlistas habían abatido en parte. El alba comenzó a teñir en violáceo las cumbres, cambiando el manto verdoso que las recubría —la luz de la luna hacía ese efecto sobre la nieve— por la capa de un obispo. Desde el violeta, la atmósfera se tornó en gris y luego viró al ópalo cuando alcanzamos el port de Puymorens [dice Puymaurens]. Allí, las ásperas rocas habían desaparecido bajo una espesa capa de nieve. Bajamos a través de una pendiente de cincuenta centímetros por cada metro, hasta el fondo de una garganta profunda donde el [río] Ariège, que tiene su fuente un poco más arriba, rodaba entre bloque y bloque [...]. Para evitar un accidente, echamos el pie a tierra y fuimos poco a poco, no sin rodar de vez en cuando, ya sobre el trasero, ya de costado.

“Por nuestra derecha, en una garganta paralela a la que seguíamos se veían las casas de L’Ospitalet, el último pueblo francés. Volvimos a subir al caballo y trepamos por una montaña casi cortada a pico. Hacía un buen día y ya casi estábamos en tierras andorranas. En cada momento atravesábamos pequeños torrentes que corrían traicioneramente bajo una nieve que los disimulaba. Entonces cada caballo quedó hundido hasta la tripa [...]. Hacia las 9:00 h —hacia seis que estábamos en camino—, una niebla compacta nos envolvió. Comenzó a llover. La lluvia se escurría, fina y apretada, entremezclada con copos de nieve. No se veía nada y se avanzaba con una lentitud extrema. Las monturas se resbalaban o se hundían a cada instante, y cada cien pasos se hacía un alto para recuperarnos, felices cuando era sobre una plataforma que emergía de la nieve. Los caballos que portaban el equipaje los perdían con tanta frecuencia que fue preciso descargarlos para volver a cargarlos bien. La lluvia cesó y la bruma se disipó, pero el cielo siguió sombrío.

“—*¡Pronto, avancemos!* —gritó uno de los guías.

“Seguimos su consejo, pues si un diluvio parecido a este que acabábamos de sufrir nos pillaba antes de alcanzar el col de Soldeu, sería un desastre [...]. Cuando por casualidad eché un vistazo en torno a mí, pude disfrutar de un espectáculo espléndido y de un pintoresquismo inaudito. Desde todos los costados, a la derecha, a la izquierda, por delante y por detrás, los Pirineos alzaban sus cimas, que se desplegaban en finas dentaduras por encima de nuestras cabezas, a más de mil metros de desnivel todavía.

“Por todas partes, barrancos, agujeros negros y abismos sin fondo donde se escuchaba subir el sordo rumor de un torrente de nieve fundida que se precipitaba hacia abajo con furia. Y sobre la cresta resplandeciente de blancura que seguíamos, nuestra caravana que se estiraba y se encogía, según cada hombre, en una longitud de quinientos o seiscientos pasos. Los gorros rojos de los catalanes destacaban como unas manchas llamativas y en movimiento como amapolas en un campo de nieve. A veces, cuando algún rayo de sol se filtraba a través de las nubes, quedaba como colgado de cada cañón de carabina, que resplandecía. Así, marchando a caballo en medio de nuestra tropa armada, para las gentes que no estuvieran al tanto nos tomarían por los jefes de alguna guerrilla. Pero, poco a poco, los más inquietos pasaron a la cabeza, y cuando la punta de la columna llegó al pie de los últimos barrancos del col de Soldeu, la

cola quedaba a más de dos kilómetros. Imposible franquear el puerto a caballo. Los animales desaparecían literalmente en la nieve hasta los jarretes, y fue preciso realizar esfuerzos inauditos para sacarlos de allí. Alguno, cargado con bastantes maletas, se resbaló, cayó y rodó, pasando sin tocarlo junto a un bloque de roca al descubierto, hasta el pie de un espantoso desnivel de más de doscientos metros. El animal no se hizo daño alguno. A estas alturas el viento soplaba de tal modo que parecía que podía partirle a uno en dos. ¡Valor! Todavía quedaban trescientos metros que subir, y estaríamos casi al final de todos nuestros esfuerzos, pues no habría más que descender. Mientras los andorranos descargaban las maletas para llevarlas a la espalda, Guitard, Darnis y yo proseguimos el ascenso. A cada paso me detenía para sacudir mis piernas, atrapadas hasta los muslos. Además, no tuve la precaución de surtirme de gafas tintadas, por lo que la reverberación de estas masas blancas de nieve comenzaba a cegarme. Veía bailar ante mis ojos como mariposas azules y negras que saltaban en una aureola de fuego. Me vi forzado a detenerme unos minutos para cerrar los párpados, que me picaban de un modo atroz. Jadeaba. Por fin, más que sentarme, caí sobre la pequeña meseta que formaba el collado. Solo diez minutos de reposo. Sobre todo, porque más hubiera resultado mortal, de tanto frío que hacía, por lo que reanudamos la marcha. Ahora se trataba de bajar. ¡Pero vaya descenso! Rodamos y resbalamos durante una hora y media, al cabo de la cual por fin ingresamos en una región templada donde no había sino manchas de nieve, al pie de grupos de pinos renegridos. Una hora más de resbalones y percibimos, en un vallecito estrecho, el pueblo andorrano de Soldeu, todavía a unos 1.800 metros de altitud, adonde llegamos a las 14:00 h; es decir, después de catorce horas de marcha, tanto a pie como a caballo.

“Tal es el relato exacto de una travesía del Pirineo en el mes de marzo. Que el azar os evite tener que realizar semejante proeza”.

El protagonista de esta aventura se sentía *roto* al llegar a la referida población. Un lugar que le pareció minúsculo, por cuenta de su veintena de casas. Aunque no destinó al lugar epítetos amables, al menos reconocería que en una de las edificaciones pudo secarse tanto los pies como las piernas, puesto que botas y polainas le habían fallado. Si bien el plato fuerte del viaje quedaba atrás, parece oportuno que Sutter-Laumann nos describa, siempre con tono teatral, el resto de su ruta hacia Andorra la Vella:

“Como ingresábamos en un país enemigo [*sic*] y era preciso desconfiar un poco, la escolta andorrana se puso en cabeza de la columna, con la misión y la prensa en el centro y los equipajes detrás, con algunos hombres. Seguimos un estrecho valle que siempre descendía, sobre algo que parecía un camino que los ingenieros del Gobierno francés habían iniciado su trazado, cuando fueron interrumpidos en sus tareas por los andorranos, amantes de los senderos de cabras. Un torrente rugía, tanto a la derecha como a la izquierda, pues cruzamos varias veces por rudimentarios puentes de madera que se sostenían de milagro [...].

“El paisaje era de una gracia severa. El flanco de las montañas era de color rojo y a veces gris hierro. Algunos abetos escasos alzaban aquí y allí sus conos en verde oscuro. Sobre las cimas, la nieve compacta, cuyos resplandores blancos

hacían parecer aún más oscuras las primeras rampas rocosas. Unas brumas ligeras que algunas brisas unía y dispersaba, erraban a media ladera y se enredaban en las asperezas por zonas. El valle era sinuoso y curvado, como un laberinto sin final. Siempre se alzaba por delante alguna barrera alta que nos cerraba el horizonte. Pero el sendero, subiendo, bajando, evitando algún obstáculo y serpenteando, seguía los caprichosos contornos de las montañas. A veces, en mitad de algún torrente, un enorme bloque de basalto aparecía erecto, como un islote inaccesible. Sobre uno de ellos, unido a tierra por una pasarela movediza, había una capilla en ruinas”.

En las afueras de esta ermina de Sant Joan, no lejos de Canillo, nos despediremos de tan aguerrida caravana. Tras la lectura de las peripecias por la Andorra de 1886 de estos periodistas galos, más de uno se preguntará si no estamos ante un nuevo ejemplo de *pirineísmo imaginario*. Que incluso pudo ser utilizado por escritores que llegaron más tarde, como Maurice Gratiot, para documentarse para su propia trama, allá por 1890.

4.04. Segunda campaña de Saint-Saud

Un año después de su intenso estudio cartográfico, Aymar d’Arlot de Saint-Saud regresaba al Principado del Pirineo. A tenor de los *Cinquante ans* (1924), nuestro voluntarioso cartógrafo tuvo que retomar en 1887 sus aparatos para despejar unas últimas dudas pendientes. El *Conde Corredor* lo narraba así:

“Mi campaña tuvo como primera meta un estudio sumario de la frontera meridional de Andorra. He de recordar que mis excursiones no tenían otro objetivo que aportar mi contribución al mapa de los Pirineos españoles. No tenía otra cosa que hacer. Pero no fue posible ascender la Tossa Plana de Lles (2.916 metros) por causa de la nieve [...]. Volví a Bescaran y allí contraté a otro guía diferente a Albos para ir al río Runer y estudiar la cuestión de aquella zona tan especial de la frontera... No creo que, desde entonces, los puntos en litigio hayan sido objeto de exámenes oficiales. Pero que nadie diga que eso son *las cosas de España*, pues Francia, por cuenta de su soberanía compartida, tendría cierto *derecho de revisión*”.

Los importantes nexos de Saint-Saud con el montañismo catalán permiten obtener algún dato más de este trabajo de *punto final*. El *Butlletí de la Associació d’Excursions Catalana* de octubre-noviembre de 1887 no dejó de reseñar su “Excursió topográfica en los Pyreneus catalans”. En esta ocasión el bordelés arribaba con objetivo doble:

“Se ha escrito tanto sobre este pequeño Estado, a menudo con tantas exageraciones como verdades, que me pregunto qué más iba a aportarme. Después de haber hecho mis buenas marchas para situar su frontera, tras haber explorado desde la mira del eclímetro sus montañas y torrentes, tenía deseos de atravesarlo para saber cómo eran sus pueblos”.

En un principio, Saint-Saud se había decidido a emprender un reconocimiento turístico del *País del Pirineo*. De su rico anecdotario extraeremos pequeñas muestras. Así, el 19 de junio de 1887, una tormenta lo sorprendía en Santa Coloma. Refugiado en su iglesia junto a unos nativos, el cartógrafo quiso practicar idiomas con ellos:

“Pude pasar dos horas conversando con unos niños. Hace dos días, no me hubiera atrevido a decir una sola palabra en catalán, pero hoy lo hablo un poco, añadiendo palabras en castellano o en gascón cuando no las conozco. Lo más gracioso es que así me entienden”.

Saint-Saud seguiría hacia Andorra la Vella, donde su paso por la plaza mayor fue detectado por cierto “hombre bien vestido” que, después de estrechar su mano, le recomendó dónde alojarse. En dicho hostel se enteró de la identidad de su amable informante: “¡Muchas gracias, señor Síndico! Porque se trataba del M. I. S. Presidente de la República [sic]”. Despediremos aquí el periplo andorrano del bordelés con el suspiro de alivio que dejó escapar en cuanto se vio de regreso en su patria:

“El calor me había agotado tanto física como síquicamente, pero ¡cuántos y cuántos datos nuevos e interesantes traía de estos Pirineos tan imponentes como poco conocidos y, sin embargo, tan dignos de serlo!”.

Los veranos de reconocimientos de hombre de Burdeos trasladaron hasta París los tesoros de sus cuadernos de notas: fotos, croquis, ángulos y altitudes. En el caso que nos ocupa, contenían las imágenes circulares y reseñas de sus *estaciones* sobre el suelo del Principado. Su precisión garantiza los lugares que holló Saint-Saud sin duda alguna:

“Arcalís (Andorra), julio de 1886: 95 lecturas de ángulos, 2.780 metros de cota. Bony del Arn (oeste de Andorra), julio de 1886: 38 lecturas de ángulos, 2.063 metros de cota. Cortal d’Ascas (frontera de Andorra), junio de 1887: 28 lecturas de ángulos, 1.612 metros de cota. Coma-Pedrosa (Andorra), julio de 1886: 123 lecturas de ángulos, 2.946 metros de cota. Montorull/Recco y pic du Port-Negre (frontera sur de Andorra), agosto de 1886: 103 lecturas de ángulos, 2.753 metros de cota. Port-Vell (Andorra), julio de 1886: 15 lecturas de ángulos, 2.606 metros de cota. La Rabassa (Andorra), junio de 1887: 64 lecturas de ángulos, 2.207 metros de cota. Setúria/port de Sotorio (Francia-Andorra), julio de 1886: 78 lecturas de ángulos, 2.523 metros de cota”.

Por un lado, Ferdinand Prudent publicó en 1892 un mapa de la *République d’Andorre*. Por otro, en 1900 se presentaba la carta de Andorra a 1:50.000 de escala para la Exposición Universal de París: la firmaba Franz Schrader, quien no dejó de destacar el concurso de sus colaboradores Aymar d’Arlot de Saint-Saud y Victor Huot. Dicho pliego fue simplificado y reducido para los mapas que, en lo sucesivo, iban a emplear los Ministerios de la Guerra y del Interior galos. Sin embargo, el trabajo original nunca se editó.

No sería la última producción en esta encrucijada de la cordillera. En 1912 Schrader tiraba una nueva versión a partir del material recogido para Francia y Andorra por el *Dépot de la Guerre*, que daría lugar a otra adaptación a escala 1:800.000, dieciséis añadas después. Para las zonas limítrofes con la española, el erudito recurriría a sus propias mediciones, reforzadas por las de su paisano Saint-Saud. Ni que decir tiene, todos estos pliegos fueron vertidos con generosidad en las *Guides Joanne* y *Atlas* de la casa parisina *Hachette*.

El *País de Pirineo* mostraba a la luz del día sus *curvas de nivel* para presumir de altas cotas. Tal fue el legado de los cartógrafos decimonónicos. Los Prudent, Lequeutre, Gourdon, Belloc, Schrader, Huot y Saint-Saud habían

revelado los penúltimos secretos de las montañas de Andorra. Un trabajo que, bien se sabe, nunca queda cerrado del todo.

4.04. El clan Marcaillhou d'Aymeric

Cuando se fije la mirada sobre los decorados de la alta montaña andorrana habrá que recordar con respeto a los Marcaillhou d'Aymeric. Una familia francesa que tuvo un peso importante en lo referente a recolectas, tanto de ascensiones como de primicias para la botánica en el *País del Pirineo*.

Sobre este tema existe un interesante trabajo de Jean Ritter: "Hippolyte Marcaillhou d'Aymeric, montagnard et botaniste ariégeois", publicado en 1995 desde el número 182 de la revista *Pyrénées*. En su apartado montaraz resumió cuanto se conocía por entonces sobre las ascensiones por los *techos* del Principado pirenaico. Se puede reproducir a modo de entrante:

"Hippolyte Marcaillhou d'Aymeric ha dejado el recuerdo de ser un explorador de las cumbres andorranas. Junto a su hermano Alexandre, se consagró al estudio de la flora del Ariège, adquiriendo ambos un renombre a nivel nacional en este terreno [...]. Roger de Monts y Maurice Gourdon habían precedido a los dos hermanos en el pic de Comapedrosa: Roger de Monts realizó su primera ascensión conocida por el valle de Arinsal el 18 de septiembre de 1878, y el *hombrecillo luchonés* [Gourdon] la hizo en julio de 1881 en compañía de Emile Belloc. Serían imitados por Saint-Saud el 28 de julio de 1886. Los dos hermanos Marcaillhou d'Aymeric y su sobrino Alphonse, acompañados por Frederick Deverell, un explorador británico autor de un mapa de Andorra, y por el porteador Louis Astrié, accedieron a la cumbre el 18 de julio de 1894 para extasiarse, a su vez, con sus panoramas".

Así, por orden de edad, esta *sociedad exploradora* familiar estaba compuesta por un sacerdote llamado Alexandre-Lucien-Marie (1839-1897) y por su hermano, el farmacéutico Hippolyte-Léonard-Denis-Alphonse (1855-1909), además del hijo de este último, Alphonse (1876-1944). Inicialmente pudo ser el interés por la flora de Hippolyte lo que encaminara a nuestro trío hacia las elevaciones de la muga: se cree que quedaron fascinados ante los millares de flores que tapizaban el Puymorens en 1882. Desde ese momento, su afición iría a más.

En el plano montañero hay que comentar que Hippolyte Marcaillhou d'Aymeric se relacionó con otros expertos en Andorra de finales del siglo XIX como Roger de Monts, Maurice Gourdon o Franz Schrader. Asimismo mantuvo cierto grado de amistad con Henri Beraldi. Pero con quien estableció mayores lazos, fue con Frederick Harold Deverell, un británico que estudió el Principado del Pirineo desde 1883, antes de que publicar un libro y varios mapas. Para esta última empresa contaría con la colaboración de Hippolyte, quien a su vez terminó editando otra carta del *Haute-Ariège* en 1898.

Aunque habían nacido y vivían principalmente en poblaciones del Ariège, los Marcaillhou d'Aymeric recurrirían a toda una cantera de guías galos que merece la pena desglosar: Baptiste Olive de Ax, Pierre Salvaing de Bouan, Barthélémy Lassalle *L'Aureille* de Aston, Pierre Bonnans *Falquet* de Cabannes, Bordes *Le Pêcheur* de Ax, Not de L'Ospitalet... Sin olvidarnos del personalísimo

Astrié *Plastafond* antes mencionado. A falta de auxiliares andorranos, al menos eran montañeses de las cercanías. Jean Ritter quiso explicar cómo funcionaba nuestro activo terceto, a la par que adelantaba los logros que les adjudicó la posteridad:

“Una vieja foto nos permite imaginar las excursiones botánicas de los dos hermanos [Alexandre e Hippolyte]. Un asno transportaba víveres y mantas, las prensas y el barómetro. Dichas prensas eran necesarias para preparar y disponer las plantas recién recogidas en sacos de tela o en un bote de metal [...]. El molesto barómetro era para obtener las cotas, pues nuestros botánicos eran también cartógrafos. Hippolyte, quien durante toda su vida fue una fuerza de la naturaleza, marchaba a pie y se negaba con obstinación a utilizar mula alguna. Fue así junto a su hermano, pero también en compañía de otros amigos montados [...]. Le debemos la *primera* confirmada al pic de Serrera y a la Senyal de Siscarou, donde los dos hermanos alzaron una gran torreta de piedras, así como otra probable *primera* al Puig dels Pessons”.

Nada como recurrir a uno de los interesados para que relate sus campañas por el *País de Pirineo*. Por suerte para quienes tengan curiosidad por el pirineísmo andorrano, Hippolyte desglosó parte de sus andanzas desde las *Explorations pyrénéennes. Excursion botanique en Andorre. Contribution à la flore de l'Andorra, Topographie* (1907). Era una recopilación de sus trabajos para la *Revue des Pyrénées de la France Méridionale* (1889) y el *Bulletin de la Société Ramond* (1898), corregidos y parcialmente servidos desde el *Ax-Thermal* (1906) antes de ser agrupados finalmente como libro. Con todo este versionado, el arranque de la obra no fue afortunado en exceso:

“¡Quién no ha oído el nombre de Andorra! ¡Esa minúscula Soberanía de costumbres feudales, ese pequeño microcosmos pirenaico...! La mano poderosa del Creador quiso alzar los roquedos de esta comarca para formar allí desfiladeros admirables que son su fuerza y su salvaguardia, y arrojando un rico manto verde sobre la osamenta de estos colosos pirenaicos compuestos de granito”.

El recorrido andorrano de iniciación de nuestros botánicos tuvo lugar los días 13 y 14 de agosto de 1888. Como participantes en este capítulo inaugural, marchaban los hermanos Alexandre e Hippolyte Marcailhou d'Aymeric, junto con otro amigo sacerdote. De prestar atención a su ingreso en dicho Principado, quedará en evidencia cierto interés latente por las altas cumbres:

“Tres horas y cuarto de ascensión bastan para alcanzar el port de Fray-Miguel o d'en-Valira. Desde este collado, se puede tener una idea bastante exacta de la configuración del país andorrano: de sur a oeste, se extiende por completo ante nuestros ojos. Las cimas desnudas se suceden hasta encontrarse con la cadena principal de los Pirineos, y nuestra mirada distingue el contrafuerte de los Puigs d'Estanyó [2.915 metros] y de Casamanya [2.749 metros], que avanzan encajados entre dos altas murallas para determinar con claridad las tres ramas de la Y que configura los valles andorranos [...]. Disfrutando del bello espectáculo de la puesta de sol, descendemos por el valle de la Valira d'Orient. El torrente muge por delante sobre su lecho rocoso, en mitad de granitos grisáceos diseminados aquí y allí, así como algunos pinos negros”.

Por una vez no optaron por la ruta de las cimas. A esta descripción le seguiría la acostumbrada pernocta en el *Hostal del Ostet*, donde se repusieron mediante una cena regada con porrón. Al menos no hubo quejas de los “manjares especiales y azafranados de la cocina andorrana”. A continuación, prepararon esos especímenes recogidos en su trayecto entre L’Ospitalet y Soldeu: ochenta tipos distintos de representantes de la flora del *País del Pirineo*. Los más altos, descubiertos a 2.450 metros de cota.

Durante el reconocimiento botánico de la jornada siguiente, Hippolyte Marcaillhou d’Aymeric nos surtiría de anotaciones no demasiado usuales entre los visitantes decimonónicos:

“Tomamos el sendero rocoso y pendiente que conduce hacia el río del Incles. Lo cruzamos mediante una mala pasarela de madera, unos ciento cincuenta metros por encima de la confluencia de este arroyo con la fogosa Valira. Por la derecha, al fondo de este valle lateral del Incles, hay un collado, el de Incles o de Fontargent [2.262 metros], que permite ganar la villa de Ax en nueve horas. La encantadora pirámide de Juclar, o pic Negre de Juclar [2.627 metros] guarda la entrada; es un severo y grandioso encuadre que contrasta de forma afortunada con este entorno risueño y gracioso [...]. El sonido de una cascada llega hasta nuestros oídos: se trata del Salt del Estanyó, una de las escasas cascadas de Andorra. Nos parece muy bella en su cuadro de rocas esquistas del color rojizo y en medio de su cuna de vegetación [...]. Para dejar Canillo y proseguir nuestra excursión franqueamos la Valira sobre una pasarela construida con unos pinos tendidos de un lado a otro por debajo de la villa. Aquí, el río Valira se hunde entre dos enormes murallas verticales de las cuales es preciso escalar su cresta [...]. Dejando a nuestra derecha la capilla de Santa Maria d’Encamp, franqueamos de nuevo la Valira para entrar en una garganta salvaje de pendientes enderezadas, un auténtico desfiladero de aspecto lúgubre que un puñado de hombres defendería [...]. Pero enseguida, ¡vaya metamorfosis!: Andorra es el país de los cambios de perspectivas. De repente, en una amplia abertura nos aparece el rico valle, la llanura de Andorra. La pendiente es fuerte y descendemos sobre un lecho rocoso [...]. Tras la aldea de Engordany, se abre por nuestra derecha una garganta abrupta y apretada, la de Sant Antoni, que conduce a Ordino, el más fresco y agreste valle de Andorra. El río de Ordino, o la Valira del Nord, que irriga esta villa y brota de los flancos del pic de les Fangasses [2.682 metros], cercano al port de Siguer, confluye unos metros más abajo con la Valira d’Orient, cuyo recorrido sinuoso hemos seguido desde su origen”.

Los eruditos arribaban ya a la capital del Principado, tras haber catalogado unas ciento sesenta especies diferentes. Incluida, como no podía ser de otro modo, la planta del tabaco o *Nicotiana tabacum* L. Todo un tesoro para la Ciencia que se debería organizar pacientemente en el *Hostal de Calounés* de Andorra la Vella. Por una vez, el viajero no fue demasiado cruel la descripción de la villa y, tras aclarar que ésta no se correspondía con la idea que el público pudiera hacerse de una capital, habló de la “gran antigüedad” de sus casas. Esta vuelta clásica, acompañada de las diferentes identificaciones y recolectas vegetales, llegaría hasta la frontera con España que era el torrente de Runer, tras conseguir

setenta y dos vegetales más. De este modo finalizaba una campaña con la que los hermanos Marcaillhou d'Aymeric deseaban compensar que, "según sus datos, ningún estudio botánico hubiese sido publicado sobre Andorra". Querían decir: en exclusiva.

Hasta aquí no se ha apreciado nada de particular en la crónica de estos coleccionistas de especies vegetales que se limitaron a moverse por las zonas bajas de Andorra. Resulta evidente que la hora de los Marcaillhou d'Aymeric, como pirineístas, no había sonado aún.

4.05. Dos parisinos en descubierta

El catálogo de la literatura andorrana dispone de varios casos claros de pirineísmo imaginario. Un género creativo que suscitará un regreso a la vega de la Valira junto a Maurice Gratiot, firmante de los *Deux parisiens dans le val d'Andorre* (1890). A tenor de sus referencias, esta novela relataba un periplo realizado en julio de 1888 por cierto *Capitán* y su *Teniente* con objeto de "recorrer el Pirineo e ir en busca de algunas cimas vírgenes".

El texto parecía prometer toda clase de hazañas alpinistas. Para empezar, durante una pernocta en Prades en la que los protagonistas trataban de enrolar a nuevos compañeros para su recolecta de sensaciones fuertes, se servía este diálogo surrealista:

"-Tenemos intenciones de seguir a pie una gran parte de las crestas pirenaicas...

"-Y, naturalmente, pasaremos por el valle de Andorra, que debe de estar bien verde en estos momentos, cuyos recuerdos poéticos y musicales nos atraen... Ya sabéis: el Viejo Cabrero [de Halévy]...

"-¿El Bello País de Andorra?

"-Exacto: está en nuestro programa. Pasaremos por allí. Y saliendo de Andorra...

"-¡Saliendo de Andorra...!

"-Es indispensable...

"-¡Pues si creéis que uno entra en Andorra como en un glaciar suizo, os equivocáis!

"-¡Cómo! ¿No habéis ido ni una sola vez, en verano y con el buen tiempo, para pedir un poco de frescura y sombra a vuestros vecinos andorranos...?

"-Pero, mis queridos señores, ideo sería un verdadero viaje, toda una expedición! ¿Por quién nos tomáis? [...].

"-Pero nosotros pensábamos que era un bonito paseo...

"-¡Un paseo! ¡Por un país salvaje! ¡Un paseo! ¡Que exige preparar caballerías, mulas y guías!".

Cuando apenas se había iniciado el relato, el autor parecía perder toda su credibilidad para ingresar de pleno en el imaginario pirenaico. Como quiera que fuese, los parisinos por fin lograban echarle el ojo a un mapa del Principado y, sobre dicho pliego, descubrían con emoción "inmensos espacios en blanco, sin un sendero, realmente erizados de montañas inexploradas de 3.000 metros" [sic]. Asimismo recogieron en Prades informes *fidedignos* sobre sus futuros anfitriones, tildados de "sombríos, suspicaces, contrarios a las bromas". Frente

a semejantes perspectivas, los dos galos llegaron a sentirse una suerte de *Livingstons del Pirineo*, listos para “conquistar Andorra con su pequeño equipaje”. El texto desperdicia cualquier viso de realismo conforme se avanza por sus páginas. Por ejemplo, en esa escena situada en un albergue de Puigcerdà donde Gratiot registra otro encuentro no menos extraño:

“Tenemos como vecino de mesa a un hombre entendido, muy sabio o convencido de serlo, que había viajado y completado ascensiones por la montaña que nosotros nunca realizaremos... Nos contó sus paseos de veinte leguas, desde el crepúsculo hasta el alba y sin linterna, con sus bellas noches bajo una tienda, a 3.000 metros de altura [*sic*], así como sus cacerías de serpientes azules, sin comer ni beber en tres días”.

Al parecer, desplazarse hasta la *Andorra Imaginaria* prometía, aun en el año 1888, toda clase de peligros. El nuevo amigo de los protagonistas de esta novela les obsequiaría con un consejo valioso para evitar los problemas con los nativos, en el caso de que logran ingresar en tan *remota* nación:

“Evitar hablar de política o meterse en los asuntos de ese país. Pero, ¡diablos! ¡Pedir eso a unos franceses republicanos...! ¡A unos *Hijos de Fígaro*...!”.

Situemos por fin a estos supuestos aventureros y a su guía junto a la divisoria de Porté. Como no podía ser de otro modo, terminaron perdidos entre las brumas del port de Framiquel. Por suerte, lograron localizar a un montañés mediante un original procedimiento: “Marchamos en la dirección de las esquilas y fue el propio *Cabrero de Halévy* quien se nos apareció en persona”. Comenzaba aquí el despliegue de tópicos. En este tipo de relatos, el andorrano siempre hacía gala de “reserva extrema, balbuceando monosílabos casi ininteligibles”, hasta que le ofrecía un cigarrillo francés. Al menos estos viajeros tuvieron el detalle de incluir alguna sensación montaraz en sus probables ficciones:

“La alta muralla de montañas ha perdido los últimos tintes violáceos que aún proporcionaba el crepúsculo, y marchamos un tanto agotados por este cinturón oscuro de cimas cuyas líneas se enmarañaban y se confundían con el cielo”.

Los auto titulados como *Livingstons Pirenaicos* llegaron de noche a la aldea de Soldeu, alojándose en el albergue de Calveau. Como de costumbre, la cena brindó cuadros en extremo originales y, para variar, los curiosos hacia la gastronomía andorrana:

“En la misma mesa donde nos servían, una docena de pastores que lucía el aspecto de ser unos excelentes bandidos, hundía sus cucharas de estaño en un cuenco enorme, lleno hasta desbordar de una sopa verdosa de la que se captaba un vago aroma a aceite que impresionaba a nuestros olfatos. Pero teníamos hambre montañera, por lo que la visión de aquella materia indefinida, capaz de quebrarle el ánimo al más decidido, nos gustó, e incluso nos daba envidia”.

El anecdotario de la primera pernocta andorrana no terminaba aquí. Sin embargo, saltaremos los demás chascarrillos de fonda para repasar cómo discurriría la siguiente etapa de marcha por el *País del Pirineo*. Dedicada ahora a bajar hasta su capital:

“El silencio, que impresionaba, y esta soledad casi absoluta, constituían las mayores bellezas de esta nación. ¡Imaginad!: durante una larga jornada de excursión, no nos encontramos con un solo turista, ni con un fotógrafo, ni siquiera con un inglés!”.

Quedaban pendientes esas escaladas proyectadas al comienzo del viaje: el “camino de las crestas” prometido. Al parecer, se limitó a descubrir las danzas típicas de Andorra la Vella. Seguido, los parisinos regresaron a su patria por el port d’Auzat tras contratar a Pepe, un guía local. Cuanto menos, disfrutaron con un paisaje que reseñan con cierto estilillo russelliano:

“Las siluetas negras y amenazadoras que se perfilan sobre las murallas [...], el silencio de muerte que cae desde las grandes montañas, cuyas líneas ondulan sobre el cielo estrellado, todo transforma el escenario y lo vuelve, si no más bello, sí más sorprendente”.

También llama la atención una breve estancia en Ordino, donde estos trotamundos quisieron departir con algunos de sus habitantes. Serviría para obsequiar otro fragmento bucólico:

“Nos sentamos con ellos unos minutos ante la puerta de la herrería y allí, en la dulce paz de la tarde, nos hablaron de sus vidas y trabajos, de sus duros sufrimientos durante el invierno, pero también de sus goces y de los buenos libros, que tanto amaban, y que tan a menudo habían leído... Hay buenos corazones en estas montañas que todavía poseen una pureza adorable”.

No se sabe si el autor, Gratiot, seguía inventando con descaro o si acaso había tenido un encuentro con la Andorra real. En cualquier caso, nuestro *Capitán* y su *Teniente* ya abandonaban esta nación pirenaica, ahora en recolecta de flores raras y de sensaciones fuertes:

“En Ordino enrolamos a nuestro tercer guía para atravesar el collado. Pepe nos había dicho que poseía conocimientos bastante imperfectos de la orografía de esta región. El nuevo compañero era un nativo de pura raza que primero no respondió a nuestras preguntas y después se negó a nuestras propuestas, para limitarse a seguirnos a cierta distancia con su gran bastón de punta herrada al hombro.

“–Se trata de un antiguo contrabandista –nos dijo Pepe–: *muy honesto en el fondo y muy valiente. Él nos cruzará, no temáis...*”

“En efecto: enseguida se unió a nosotros, quedando todo arreglado. El viejo enemigo de los aduaneros y de los gendarmes terminó siendo nuestro amigo e incluso nos ayudó a recoger flores, desgarrando las zarzas... ¡Pobres flores! ¡En qué tristes decorados abrían sus pequeñas corolas azules, de una delicadeza infinita...! Por todas partes, la naturaleza olvidaba sus obras maestras..., incluso en el valle de Ordino. A esas bellas praderas que hallamos en nuestro camino pronto les sucedieron unas pendientes fuertes y negras, que caían como talladas a pico en este valle estrecho, silencioso y deshabitado... Habíamos visto pocos lugares tan tristes y desolados [...]. El viejo nos contó que, en cierta ocasión, durante una de las escaramuzas con los aduaneros, llegó a despedazar a dos de ellos. Verdaderamente, fue *uno de sus mejores golpes*. Semejante confesión nos enfrió un tanto. Pepe añadiría que, a veces, los contrabandistas tenían que tirar de cuchillo, cosa que lamentaban los primeros...”

Daba igual: el relato del buen hombre estropeó todas las flores que fue recogiendo”.

Parece como si un periplo por la Andorra de 1888 no pudiera servir mayores peligros a sus protagonistas. Pues véase el percance que el *Capitán* sufrió durante la bajada del port d’Auzat:

“De repente, su pie se resbaló, lo que constituyó todo un drama: el bastón cayó por un lado, el sombrero por otro, y su propietario quedó en el medio, isentado sobre esa parte del cuerpo que jamás tendremos el coraje de nombrar!”.

No es seguro que este tipo de lecturas imaginarias hiciera gran cosa por el desarrollo del turismo de montaña en el Principado. Aunque sirvieran chascarrillos más o menos entretenidos.

4.06. El trueque imposible

Parece adecuado destinarle un capítulo aparte a Victor Dujardin, firmante de los *Voyages aux Pyrénées. Souvenirs du Midi par un homme du Nord. Le Roussillon* (1890). Ya ha intervenido en este recuento como recopilador de mitos. Ahora, en el arranque de su obra viajera, este escritor galo explicaba el escaso interés de los medios de la época por el *País del Pirineo*:

“Todo el mundo ha oído hablar de Andorra, pero pocas personas la conocen. Recientemente, algunos reporteros de periódicos parisinos la han visitado, recorriendo esta región pirenaica y, naturalmente, no han podido hacer sino relatos sucintos y superficiales. No han tenido tiempo de asimilar lo esencial [...]. Un grupo de población, un pueblo o incluso un individuo, no muestran sus almas sino con lentitud, y no a todos. Jamás a los visitantes de paso; solamente a quienes allí se instalan, permanecen y miran con atención. De un primer vistazo no es posible conocer el espíritu de la zona, penetrar en los secretos de esta naturaleza soberbia: montañas, valles, llanuras, bosques, riberas [...]. El buscador, el ojeador, debe también escuchar mucho, para tomar cuanto sea interesante u original, y dejar el resto, pues los campesinos repiten de forma rutinaria algunos temas a menudo absurdos”.

El relato del viaje de Dujardin al “pequeño país perdido en un pliegue del macizo de los Pirineos meridionales” prometía cierto rigor. Máxime, tras conocer que, en esta fascinación por el Principado, los motivos líricos tuvieron su importancia:

“Hasta ese día, no conocía el valle de Andorra sino por la célebre ópera de Halévy y su puesta en escena, así como por su *Canto del Cabrero* tan famoso: *He aquí el hechicero, pues existe todavía; el viejo cabrero del hermoso país de Andorra*. Desde mi juventud, estos versos revolotearon a menudo entre mis labios como una deliciosa poesía dedicada al pasado y a los lugares admirables de estos valles pintorescos”.

A tenor de su explicación poética, prometía mucho un viaje junto a este trotamundos. Así se iniciaban sus andanzas a partir de Porté:

“No existe un camino para carros: es preciso ascender a pie o a lomos de un mulo por un sendero áspero, rocoso y bastante peligroso [...]. Entramos en

una región cada vez más accidentada: montañas, precipicios, multitud de torrentes, senderos a penas practicables...”.

A Victor Dujardin se le iban a olvidar pronto las piezas operísticas. De hecho, comenzó a repartir calificativos duros desde su mismo ingreso en la primera población andorrana. Acaso influyera en sus severos juicios un curioso detalle ornamental que percibió en dicho núcleo: “El país tiene cierta seguridad de que los viajeros no se van a asustar, pues cuando se entra en Andorra, uno se percata de la inscripción en la primera de las casas de Soldeu: *Aspice et retro* (Mira y marcha)”. Cuanto menos, al constatar el entorno que rodeaba dicha aldea, el francés acertaría a proclamar:

“Desde este mirador natural aparece el bello espectáculo de las profundidades de la garganta y de las cimas lejanas que se extienden hasta Andorra la Vella. Tenemos ante nosotros el soberbio valle de Andorra: se abre con su doble cadena de montes desnudos y escarpados donde se extienden los oscuros bosques de pinos. La visión es verdaderamente indescriptible y, durante largo tiempo, uno queda absorbido por la contemplación de esta naturaleza salvaje, tan bella como imponente”.

No hay duda de que al cronista le gustaban los decorados naturales. Así, quiso cambiar de perspectiva para recuperar nuevos jalones de su *ojo alpinístico* en el descenso hacia Encamp:

“A la derecha, sobre las orillas de la Valira, se aprecian claramente unos vestigios de la época glaciaria. Hacia el pic Padern, de 2.580 metros [tiene 1.859 metros], se percibe una gran morrena de rocas amontonadas. Por la izquierda, aparece, alzando al cielo su testa nivosa, el pic de les Neres de 2.700 metros [tiene 2.212 metros]”.

Sin embargo, en lugar de emprender el camino hacia las cúspides de Andorra, Dujardin preferiría avanzar hacia su capital. Destaca su recomendación en favor de la, hasta entonces, marcha más difundida:

“Una excursión muy interesante puede hacerse saliendo de Escaldes o de Andorra la Vella, remontando el curso de la Valira del Nord, que se une en estos parajes con la Valira d’Orient. El recorrido es muy pintoresco. El viajero pasará por La Massana y podrá, sin grandes dificultades, proseguir su camino hasta Ordino. Desde este último pueblo, construido como un anfiteatro sobre el filo de un cuchillo, la vista se extiende muy lejos. Es uno de los sitios más bellos de la región”.

Aquí terminaba una visita que prometía mucho. Victor Dujardin se despediría del Principado añadiendo que “esta zona es tan atormentada y salvaje que en Cataluña la palabra *Andorra* sirve para caracterizar una región *áspera y perdida*”. A modo de cierre, apuntar su curiosa proposición geopolítica: que el Estado Español se quedara con Andorra y que cediera al Francés ya el enclave de Llivia, ya la Val d’Aran...

La tendencia predominante en la literatura pirineísta gala de finales del siglo XIX, referida al *País del Pirineo*, seguía siendo la de un mínimo interés por sus montañas. Aderezada con cierto exceso de imaginación.

4.07. Más turismo norteño

Durante el cambio de siglo los franceses irían llegando al Principado pirenaico cada vez en mayor número para completar una visita cultural. A tenor de lo hallado hasta ahora, parece que no fueron muchos los tentados por sus montañas. Al menos, que luego lo narraran en libros o en anuarios de club. Es posible que las exploraciones de las cúspides andorranas efectuadas a finales del siglo XIX por los pirineístas llegados desde Septentrión no tuvieran demasiados adeptos. De hecho, el *excursionismo de valle y de collado* seguiría mostrándose como el más popular.

Por ejemplo, Fungairon editaba en 1889 cierta *Guide-Annuaire des étrangers aux eaux d'Ax-les-Thermes*. Buscando entre sus páginas, se observa que el cronista recomendaba la excursión a Andorra, aunque con ciertos reparos... Así, para el ingreso en el *País del Pirineo* decía que "se supera la pendiente áspera y penosa del port de Framiquel, un enorme amasijo de roquedos espantosos, desde donde la vista resulta magnífica y, una vez franqueado este temible desfiladero, se baja por el pintoresco valle de Incles hasta el de la Valira". Tras semejante exceso verbal, el galo brindaba los epítetos habituales, escasamente amables tanto para los nativos como para la aldea de Soldeu o la propia Andorra la Vella. Y después de encarrilar a los hipotéticos viajeros hacia la única posada, surtiría de notas culinarias no demasiado desfavorables:

"Os servirán un poco de jamón ahumado, tocino rancio y algunos huevos. Y si por casualidad algún carnero demasiado audaz ha realizado desde lo alto de los picos cercanos algún salto peligroso, podréis regalaros con un buen asado".

Se puede mostrar otro ejemplo que sigue esas mismas tendencias. Solo hay que revisar las cortas líneas que Alfred Germond de Lavigne dirigiera al Principado en 1892:

"Andorra tiene pocos monumentos de los tiempos antiguos. La capital, Andorra [la Vella] es una población de aspecto modesto cuyas casas, edificadas con rocas de esquisto y granito, no tienen, en su mayoría, ningún revestimiento".

Recurriremos ahora al más que conocido pirineísta Émile Rayssé. Desde su obra *De Tarbes à travers les Pyrénées centrales* (1893), este militar galo daba señales de cierta fascinación por el Principado:

"Sobre el horizonte colmado de estrellas del cielo de Andorra se perfilan unas montañas el ébano [...]. Nuestro horizonte se abre y distinguimos las montañas de L'Ospitalet, el pic de la Font Negre donde tiene su nacimiento el Ariège, y los pitones salvajes de las cadenas andorranas".

Pero Rayssé, quien llegaba acompañado por un grupo de *Excursionistas de la Bigorra*, apenas se atrevería a acudir más allá de las fuentes del río Ariège. Aunque antes se hubieran medido con el Balaitús, aquí venía con plenes más sosegados:

"Estamos en Andorra, en la Solana. La vista es bastante limitada por una especie de circo de pastos y pedrizas con algunos bojés, y ni un árbol ni arbusto más. Por el horizonte, las agujas desnudas y grisáceas donde se ocultan los puertos de Soldeu y Framiquel. Ah, ciertamente, no! ¡Halévy [el compositor] jamás imaginó esta Andorra!".

No todos se mostraron tan parcos. Adolphe Mony fue más objetivo desde sus *Notes de voyage. Du Vernet à Ax-les-Bains par la montagne* (1897). Aunque dicho viajero no penetró en el Principado, al menos dejó a sus lectores ciertas ideas evocadoras, no bien lo divisara desde el Puymorens:

“Se trata de un valle de nombre resonante, sobre todo, con el acompañamiento de una orquesta, como es el pintoresco valle de Andorra [...]. Ciertamente, la vista se pierde en esta suerte de visita a vuelo de pájaro sobre este famoso repliegue de montes: parece tentador y sin duda merecería un pequeño desvío de una hora o dos, pero el día estaba avanzado y, por otra parte, el País de Andorra, ese pequeño fenómeno montañoso [...], merecería más de un vistazo”.

Así funcionaba la *mirada francesa* en las postrimerías del siglo XIX. Cargada de miopía y de prejuicios, las más de las veces. Cuando los montañeros, al menos en los Pirineos orientales, eran minoría.

4.08. La Andorra de Avilès

Tras la proliferación de textos sobre Andorra en francés e incluso en inglés, se puede pasar el relevo a los trabajos en catalán. Durante un tiempo, centrados en el *turismo de valles y puertos*. Será cuestión de comenzar revisando los más significativos de las añadas finales del siglo XIX.

Acaso uno de los jalones imprescindibles de este periodo sea el libro de Joan Avilès Arnau: *El Pallas, Arán y Andorra. Recuerdos e impresiones de viaje* (1892). Editado desde Barcelona en 1893, trataba del relato de un circuito de larga duración que su autor emprendía desde la Ciudad Condal un 10 de junio de 1892. Lo completó acompañado por cierto amigo, asimismo militar, llamado Francesc Maciá: un natural de Vilanova i la Geltrú que fue presidente de la Generalitat entre 1931 y 1933.

El viaje propiamente dicho arrancaba en Agramunt, para desde allí avanzar hacia Esterri y la Val d’Aran. Seguido, Avilès y Maciá cruzaron hasta Benasque para encaramarse al Aneto. Una vez completada dicha ascensión, decidían dirigirse al Principado pirenaico siguiendo la ruta de la Vall Ferrera en lugar de tomar las habituales combinaciones de diligencia y ferrocarriles por el lado francés. Llama mucho la atención cierta apostilla del autor: “En el viaje a Andorra [por el norte de Lleida] íbamos a detenernos en pueblecillos pobres, apartados de caminos frecuentados, casi sin recursos”. Un fenómeno que percibieron en algún núcleo del Pallars donde “de ningún modo pueden creer que es por recreo o por mero pasatiempo” el motivo por el que se habían trasladado hasta allí. Mejor evitar las referencias a las diferentes *penurias* registradas en las comarcas leridanas, para apuntar hacia la muga que interesa. El cruce desde el pueblecito de Tor no pudo servirlo Avilès de modo más idílico:

“El camino sube por una triste cañada, y se remonta luego a través de un frondoso bosque. Dejando a la izquierda el difícil port Negre, ascendimos con suavidad, llegando en hora y media a lo alto del port de Cabús [...]. Dirigiendo las miradas hacia Andorra, gozamos de un espectáculo jamás presumido. Entre la estribación que nos hallamos y otra que, arrancando también del Pirineo, se presenta a cuatro kilómetros enfrente, queda un vasto espacio a manera de

embudo, de estructura uniforme, sumamente regular y unido en todas las vertientes, cubiertas de espesa capa de verde hierba, sin que aparezca una protuberancia, una roca, una mancha de pardusca tierra. En el fondo, por el que corre invisible arroyuelo, dos o tres alquerías, de blancas paredes, reflejan en sus pizarrosos techos los rayos del sol. Millares de reses, dispersas en la hondonada, acaban de comunicar tierno encanto al panorama, más propio de los alegres campos andaluces que de las frías entrañas del Pirineo. Si no fuera porque la nieve se extiende en el puerto, a pocos pasos de la divisoria, diríamos que este lugar goza eternamente de las ventajas de una florida y apacible primavera [...].

"Cruzando un ventisquero, descendemos a la riente cañada, llamado *Fondo de Seturia*, y avanzando en línea recta la atravesamos, viendo huir por la derecha el riachuelo que baja a Òs, pueblo español no separado geográficamente del valle de Andorra. Aunque desde Cabús estamos ya en él, no dominamos el territorio andorrano hasta que pisamos la opuesta estribación en el port de Apal. Desde allí, vemos las líneas montañosas que separan a las dos Valiras, y casi todos los altos picos, no solo de Andorra, sino de la Cerdaña occidental y de una parte del departamento del Ariège. Hermoso bosque cubre la pendiente ladera, a cuyo pie se agrupan las pocas casas de Apal. Durante la bajada, pasa por encima de nosotros el vuelo de cinco o seis aves desconocidas: grises, con plumas blancas, algo mayores que palomas, se mueven más deprisa que estas, merced a sus largas alas. Son *perdices blancas* [lagópodos alpinos], de carne dura y gusto menos pronunciado que el de la perdiz ordinaria.

"A mediodía entramos en Apal: comemos allí, donde Campi [José, alcalde de Esterri y guía aficionado] vuelve a lucir sus habilidades culinarias, y por la tarde nos trasladamos a Andorra la Vella, pasando por Erts y La Massana. Hemos llegado al centro del país que queríamos explorar".

Las líneas que siguen a este ingreso tan feliz en Andorra, sin duda alguna interesantes, se dedican a las habituales explicaciones sobre la orografía, historia y costumbres del Principado. Vamos a resumir de este discurso de Avilès sus juicios más curiosos:

"El país forma parte de la cadena pirenaica, presentando un carácter marcadamente abrupto y montañoso. Fuera de las riveras de los ríos donde se ven algunos llanos, el resto del territorio está ocupado por unidos y robustos montes, revestidos unos de bosques, y desnudos, áridos y rocosos los otros [...]. Difícil es precisar con toda certeza el origen de la actual situación política de Andorra, ni española ni francesa, ni tampoco propiamente independiente, y la oscuridad que reina acerca de este puesto débese no tanto a la fecha remota en que se concedieron privilegios al valle, como a otras muchas regiones, sino al secreto y misterio con que guardan y mantienen los andorranos los papeles de su archivo, a las erróneas ideas que, de intento o no, pero siempre en su favor, han propalado los escritores franceses, seguidos a menudo por nosotros [...]. Independiente, sin contribuciones ni tributos que mermen su renta o le absorban el tiempo, el andorrano, eminentemente montañés y por consiguiente frugal, no necesita trabajar mucho para gozar de una existencia tranquila, casi

desahogada. Sin necesidades por una parte, y relegado al Pirineo, cuyo clima le obliga varios meses al año a la inacción, por otra [...].

“Ocioso es añadir que tanto a Francia como a España, este tabaco [local] se pasa de contrabando, al que se entregan los del Valle con la mayor tranquilidad y buena fe del mundo. Pasma en verdad considerar cómo ese *pigmeo*, colocado entre los dos colosos, se dedica sin el menor reparo y a la luz del día a defraudarles y engañarles. Bastante comprende el ladino que los dos gigantes, observándose uno a otro, pasan la vista por encima de él sin hacerle caso y dejándole medrar a sus anchas holgadamente [...].

“Antes de un siglo, hablar de Andorra será lo mismo que hablar ahora del centro de África. Irá degenerando cada vez más, pues no es posible sustraerse a la marcha evolutiva que en todas sus fases sigue la Humanidad, y quedará despoblada, envuelta en una ruina irremediable”.

Nuestro trío ibérico permanecería algunos días en Andorra la Vella, alojado en el *Hostal de Moles*, estudiando los hábitos de los naturales y completando unas “frecuentes excursiones a los pueblecillos y montañas inmediatas” que, por desgracia, no especificaron. Las diferentes ideas que vierte Avilès sobre el Principado resultan a veces negativas. Por ejemplo, en lo referente a una capital que, según él, “tiene todo el aspecto de un pueblo de montaña, con sus calles estrechas, tortuosas e irregulares, sus edificios pésimamente construidos”. Tampoco entraremos en sus comentarios sobre los Consejeros de esta nación, a quienes suponía “acostumbrados a trepar por los riscos”.

Parece más constructivo el repaso de las referencias montaraces o pintorescas de su clasicísima ruta de regreso, cargados hasta los topes de “paquetes de tabaco, muestras de paño y algunos cachivaches”. De este modo la narraba Avilès:

“Desde Andorra la Vella, el camino remonta la orilla de la Valira Oriental, pasando a la derecha en Escaldes, pueblo que ocupa una situación de todo punto soberbia en la confluencia de tres valles, en medio de un circo de montañas que dejan lugar a un llano cubierto de hermosas plantaciones [...]. Cuatro o cinco kilómetros más arriba, el valle ensancha y se descubre, al pie de gigantesca montaña, el pueblo de Encamp. El río corre mansamente entre verdes campos que se extienden por las faldas de las sierras, acabando de imprimir al paisaje un aspecto ideal [...].

“Dejamos atrás Prats, y allí perdemos ya de vista los campos cultivados, los grupos de árboles, todo lo que indica un suelo fértil y trabajado. Desde este punto, el panorama se presenta invariablemente triste, monótono, salvaje. La temperatura, muy agradable hasta ahora, cambia súbitamente al recordar el río al norte, dirigiéndose a Canillo: sigue mostrándose el sol, pero un aire helado que baja del Pirineo nos deja ateridos de frío [...]. Desde Canillo, el camino, siempre junto a la Valira, recorre un valle estrecho, árido y sombrío. Numerosos arroyos se despeñan por las rocas, formando magníficas cataratas [...]. En invierno, un viento del norte, conocido en el país por *Lo Torb*, levanta, a manera de una blanca polvareda, la nieve depositada en el suelo y envuelve toda la región en una a modo de fantástica blanquecina niebla cuya forma varía sin cesar, ofreciendo un espectáculo bellísimo visto de lejos. Pero, de cerca, la

hermosa visión es asaz peligrosa, porque el viento arranca microscópicas partículas de nieve y arremolinándola con furia, ciega al caminante, lo desorienta, le fatiga y acaba por sepultarle en la inmaculada sábana [...].

“El caserío de Soldeu es uno de los lugares habitados más altos de los Pirineos. Reina un silencio solemne y el panorama que de allí se goza es frío y estéril, desierto y como muerto [...]. Hace algunos años, dos viajeros, ricos por las trazas, que durmieron tal vez en los lechos que vamos a ocupar [en la *Casa Ostet*], fueron asesinados al día siguiente cerca de la aldea, desapareciendo sus cuerpos sin dejar rastro alguno: estas noticias hacen que abreviemos la estancia en Soldeu y que durmamos con los revólveres a la cabecera de la cama [...].

“El sendero se desarrolla por una ladera tapizada de raquílica hierba, dejando a la derecha la Valira, y avanzando hacia una mole de montañas que limitan el horizonte. Al cabo de una hora, estamos al pie del port de Framiquel, y en otro tanto ascendemos hasta la divisoria. Picos negruzcos se asoman por todos lados, descollando el pic Negre de la Valira (2.812 metros) y el de Montfullá, los cuales a causa de su proximidad ocultan las más altas cimas de la Cerdaña. Desde el puerto, cuya altitud es de 2.420 metros, el camino desciende rápidamente por la orilla del Ariège. Encontramos varios grupos de andorranos que toman a su país conduciendo mulos cargados. Los hombres marchan alegremente fumando su horrible tabaco. Las mujeres suben pausadamente, entretenidas en animada conversación y haciendo calceta a pesar de las irregularidades del terreno [...].

“Llegamos extenuados [a la carretera Ax-Puigcerdà] por la rápida bajada, como en una hora, hemos descendido cerca de mil metros. No sin fundamento, nos decía el guía que ni franceses ni ingleses ni alemanes andaban tan deprisa como los españoles [...]. Damos un último adiós al valle de Andorra, nos despedimos sin gran pena de mulos y de caminos de herradura, de ascensiones a montañas, de tristes aldeas y de malos alojamientos”.

Aquel periplo de tres meses por el Pirineo oriental llegaba a su fin. Una circunstancia que pareció conmover un tanto al cronista de este recorrido por el Pallars, Aran y Andorra. Así despedía Joan Avilès su aventura de 1892:

“Nuestros compañeros han sido el sol y las montañas, las aguas y las nieves, formando un medio purísimo, sin manchas [...]. En aquellos valles pacíficos donde no han penetrado las corrupciones del siglo, en relación inmediata y directa con la tranquila naturaleza, se dilata el espíritu, se disfruta de una calma y serenidad no alterada por las pasiones y los hombres”.

4.09. El tiempo de los socios delegados

Al parecer, el noventa por ciento de los montañeros decimonónicos únicamente acudían hasta Andorra para pasearse por las orillas de la Valira... Así, desde el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* se publicaba en 1892 el anuncio de las *Excursions per Andorra* de Cosme Vidal i Rosich, natural de la tarraconense Alcover. Un año después, aparecían las *Cartas andorranas. Impresión a la lleugera d'una excursión per las valls d'Andorra*, del reusano Josep Aladern. No puede decirse que estas tierras nunca estuvieron de moda.

Repasando el último decenio del siglo XIX, se constata un nuevo ejemplo de que las montañas andorranas eran consideradas interesantes en Barcelona a través de una nota anónima aparecida en el mismo *Butlletí* de octubre-diciembre de 1894:

“El invierno que estamos pasando es uno de los más rigurosos. La nieve tapa todas nuestras montañas, que muchos de nuestros excursionistas han ascendido durante el invierno [...]. De la Vall d’Andorra no se sabe nada. Debe de estar toda cubierta por la nieve”.

Otro jalón sobre el excursionismo catalán por el Principado podría ser la aparición progresiva de Socios Delegados del CEC: en 1895, Francisco Pla y Gasch para Escaldes; en 1897, Pere Baró para Sant Julià de Lòria. Se pueden completar estas reseñas de las actividades finiseculares con unos apuntes montañeros desde el *Butlletí*...

1895: Marcha a través de las montañas de Osona, Pagès y Vintró, quienes “visitaron Andorra la Vella y Escaldes, donde se dividieron. Los señores Osona y Castellanos entraron a España por el port de Perafita [...]; los señores Pagès y Vintró retornaron a la Seu d’Urgell [...]”. Al parecer, el fruto de esta excursión fue una “muy interesante y asombrosa la colección de fotografías”.

1896: Tras subir al Montcalm y a la Pica d’Estats, Torras y Mitjans “entraron en Andorra por el port de Rat y, atravesando la pequeña República [*sic*], llegaron a Puigcerdà”. Por su parte, Lluís Maria Vidal apuntaba desde la Pica: “Dista de la República [*sic*] de Andorra ocho kilómetros en línea recta, por lo que se tardan tres horas en arribar a la frontera andorrana desde alguno de los tres puertos de Arinsal, de Rat o de Els Crusants, que están en este costado. La alta y escabrosa sierra que va desde el Estats hasta la frontera de Andorra muestra los soberbios picos de Canalbona (2.966 metros) de La Ruja (2.905 metros) y de Medacorba (2.896 metros), que dan aguas por levante al Ariège y por poniente a Lleida, y que termina en el pico de la Roca Entravessada (2.914 metros), que es común a Francia, Lleida y Andorra”. De nuevo, el turismo *portuario*.

1898: El grupo de Cristòfol Fraginals, junto con el guía *Ventureta*, realiza un itinerario por Andorra. Entraron en el Principado desde la Seu, y mientras el trayecto por “un valle estrecho dominado por montañas altas” hasta la capital les parece “del todo alegre”, Andorra la Vella les resulta “triste”. Escaldes lo perciben “con muchos forasteros, casi todos catalanes”. Desde Sant Julià de Lòria, querían cruzar hasta Sant Joan de l’Herm, para lo cual contrataron como guía a “un aragonés que hablaba catalán”. Éste les llevó por una ruta de fuertes cuestas, marchando siempre por delante y “ligero como un rebeco”. Dejarían el *País del Pirineo* por el coll de Jou, “después de muchas revueltas”, viendo cómo “aparecían ante sus ojos sierras y más sierras dentadas y negruzcas moteadas con nieve”. Proseguía la supremacía de los montañeros de collados.

Se podría interrumpir esta revisión del montañismo catalán durante la década de los años noventa con un texto imaginario. Se trata de esa visión que obtendría del *País del Pirineo* cierto viajero de Barcelona que en agosto de 1899 entraba como turista desde la Seu d’Urgell y salía como contrabandista por el

paso del Canòlic. De este modo la servía Pep Coll desde la novela sobre *Los valles por donde se pone el sol* (2002):

“En Andorra, más que en ningún otro valle de los Pirineos, dirías que las montañas se comen el cielo. La dueña del hostel [de Sant Julià de Lòria] me dice que durante los meses de invierno apenas se ve el sol, solo una ojeada al mediodía. En vez de un país extranjero, parece el final del nuestro, el último reducto de los valles del Pirineo catalán. Dejando de lado las plantaciones de tabaco, una especie de acelga, alta como el maíz, que los andorranos cultivan en los campos más llanos cerca del río, la configuración del paisaje no difiere demasiado de la de los otros valles. La misma fisonomía de los pueblos: un puñado de casas de piedra oscura y angulosa apiñadas alrededor de la torre del campanario. Las fachadas enlucidas escasean. Muy de vez en cuando, ves blanquear una entre la negrura, como un abedul solitario en medio de un bosque de abetos. El habla tampoco cambia. Los andorranos emplean más o menos el mismo catalán que sus vecinos españoles de aguas abajo del Valira, el río que muere en la Seu engullido por el Segre”.

Andorra y el excursionismo catalán se daban por fin la mano. No iban a faltar ya los testimonios de este enlace.

4.10. La guía de Osona

Desde sus añadas iniciales, el *Centre Excursionista de Catalunya* mostró un claro interés por Andorra. Con la década final del siglo XIX, sus actividades en torno a las vegas de las Valiras se iban a incrementar de un modo importante. Cierta caso merece un apartado individualizado debido a su amplia difusión.

Se trata de la importante obra de Artur Osona i Formentí: *Guía itineraria de Llussanès, Pirineus, Cerdanya, Andorra y Cadí* (1894). La tercera parte de este libro, reeditado con profusión, se refería al Principado del Pirineo a través de “trece itinerarios de los caminos que unen las seis parroquias que forman la republica” [sic]. Con datos varios que, según la crítica de entonces, lo convertían en un “trabajo muy curioso e interesante que se sale de la natural monotonía de los itinerarios”. Ni que decir tiene, en 1896 hubo una separata sobre Andorra dedicada al *Concell General de las Valls*, cuyos integrantes la juzgaron “sincera y entusiasta” desde las páginas de *La República*.

No es de extrañar que, en 1897, el referido *Concell* nombrara *hijo adoptivo* a Osona, otorgándole la *carta de naturaleza andorrana* en atención a sus “servicios y sacrificios”. Un honor muy codiciado en un territorio que, desde Barcelona, se contemplaba como “la tan pequeña como libre y dichosa nación catalana”. A tenor del fallecimiento de Osona en 1901, cierto editorial del *Butlletí* comentó que fue un “corpulento pero terrible andarín, lento pero que en las grandes distancias diarias se adaptaba bien a las penurias o a dormir poco, con una simpatía natural que abría las puertas nativas”. Pere Pagès i Rueda prefería destacar esta otra faceta:

“Procuró ganarse el afecto de los andorranos y que le nombraran *hijo adoptivo* de aquella república catalana [sic] para así poder utilizar la prerrogativa que tienen sus hijos de situarse bajo la protección de Francia cuando se hallan fuera de su país”.

Antes de su intento de *andorranizarse*, Artur Osona quiso nacionalizarse alemán, suizo y francés para protestar de “las injusticias internacionales que les ocasionan a los catalanes”. Estos afanes fueron siempre muy comentados. En 1959, el historiador Josep Maria Guilera i Albinyana les dedicaba las siguientes líneas:

“Hombre voluminoso y, según, él mismo refiere, propenso al vértigo, [Osona] no era un montañero de grandes retos, pero sí un gran caminante de senderos que no descartaba subir a las cimas [...]. Empezó recorriendo el Montseny desde su residencia en Breda..., y terminó haciendo las excursiones necesarias para redactar una segunda guía comarcal hacia la lejana Andorra. Sus ideales políticos intransigentes no podían abandonar la meta que se había propuesto de terminar siendo súbdito de Andorra para poder circular por el mundo con un pasaporte redactado en lengua catalana. Tuvo que contentarse con ser nombrado *hijo predilecto* y *residente* en los valles de la Valira”.

Vamos a abandonar el terreno de la política para acudir al de las alturas. Aunque la obra de Osona merezca un tratamiento más extenso, solo transcribiremos unos fragmentos significativos del resumen para el *Butlletí* del CEC: “De Berga a Bescaran y a Andorra”. Entre estas hojas, el escritor explicó que, durante muchos años, pasaba el mes de agosto en ese balneario de Escaldes, “situado en el más precioso valle que se pueda imaginar, rodeado por montañas gigantes”. Para abreviar el viaje desde el Sur, proponía que se evitaran las “horribles carreteras” y que se realizase dicho trayecto a pie desde Berga por las montañas y en cinco jornadas. Así lo completó él mismo en septiembre de 1898, junto al guía Ramon Presumit. Artur Osona tomaría una ruta poco conocida por el coll de Pedrerol para cruzar hasta el *País del Pirineo*, calificada como “una de las más fatigosas que he hecho en mi vida”. He aquí los momentos de franqueo de la raya fronteriza:

“Sobre las 6:45 h, pasamos por la copiosa Font dels Andorrans, situada en la Coma de Patubern [¿Pudovern?], desde donde subimos al coll o port de Pedrerol, de 2.010 metros [¿de Pimes? ¿de Traginers?]. Eran las 7:00 h cuando llegamos. Se trataba de la partición de aguas [...]. Desde allí se disfrutaba de un panorama extenso y espléndido sobre el valle de la Valira. Del collado parte un camino de herradura hacia el sur que en cinco horas llega a la Seu: por allí suben con machos a por leña. Desde el coll de Pedrerol, el camino sigue hacia el noroeste hacia la pleta del Vaquer, después atraviesa el torrente del mismo nombre, afluente del Runer y divisoria entre España y Andorra, por donde se entra en la minúscula y feliz República [*sic*]. Cruzado el torrente, podría decirse que se acaba el camino, que se convierte en un estrecho sendero abandonado y borrado en muchos puntos donde no queda ni la sombra de que hubiese camino. Así, sin recurrir a un guía, que resultará muy práctico, resulta imposible saber por dónde se pasa”.

Dejemos aquí a los dos montañeros, que ya iniciaban su descenso “entre precipicios” hasta Sant Julià de Lòria. Quienes rastreen las ascensiones decimonónicas por Andorra no hallarán demasiadas pistas sobre esas cumbres que sin duda visitaron.

4.11. En recolecta de cumbres y flores

En un capítulo previo se servía una suerte de prólogo de las andanzas del clan Marcaillhou d'Aymeric en su cosecha de *primeras* por las grandes cimas andorranas. Con el permiso de otros montañeros que rondaron ese mismo sector durante la última mitad del siglo XIX: desde los geodésicos militares galos hasta cartógrafos civiles como Huot o Schrader.

El segundo itinerario de esta familia de botánicos por las elevaciones del *País del Pirineo* se desarrolló a partir del 16 de julio de 1894. Además de Alexandre e Hippolyte, formaba parte del grupo su sobrino Alphonse, de dieciocho años de edad, así como el cartógrafo Frederick Deverell y un mulero llamado Louis Astrié *Pastafon*. Por esta vez, dejemos aparte los acopios para sus herbarios y situemos al quinteto directamente en Andorra la Vella. Allí, todo serían loas hacia el hostel que regentaba Miguel Montaña *Calounés*. Hippolyte se esmeró incluso por promocionar su apartado gastronómico:

“Nuestro apetito, estimulado por el aire puro de la montaña, se acomodó bastante bien a los extraños perfumes del ajo y el aceite rancio que salían de la cocina. Nuestra cena se compuso de los platos siguientes: sopas de ajo, rodajas de cordero, huevos sazonados con aceite, vinagre y ajo, truchas fritas, ensaladas de tomate crudo, etcétera, así como vino dulce como el que se encuentra en todos los albergues de Andorra y de Cataluña”.

Ante la escasez de relatos de ascensiones por la Andorra decimonónica, parece obligado entretenerse con la que se aprestaba a efectuar: el pic de Comapedrosa. Como pronto se verá, los Marcaillhou d'Aymeric y asociados no hacían suyos ciertos vicios de los turistas al uso. Vamos a ceñirnos a la subida propiamente dicha del 18 de julio de 1894, que destaca sobre las precedentes por su meticulosa descripción. Además, para este coqueteo con la cúspide del *País del Pirineo*, los Marcaillhou d'Aymeric tuvieron el acierto de contratar a un nativo que les condujo sin titubeos por las zonas más recónditas de su nación. Nada como trepar hasta la cota 2.939 metros, tras abreviar la aproximación y eliminar el consiguiente acopio botánico:

“Unas dos horas de marcha nos separan de Arinsal, último pueblo o, mejor, aglomeración habitada, donde debemos tomar a un guía especial para que nos conduzca al Comapedrosa. ¡En ruta, pues! Pasamos sucesivamente ante las aldeas del Piu, de Erts, de Pujol y d'El-Mas, entrando en Arinsal a las 7:00 h. Una vez discutido el precio con el guía Guilhem Moles, seguimos en un principio la orilla izquierda del río Arinsal durante una hora y media aproximadamente, para dejar este torrente poco más arriba de su confluencia con el río del estany de les Truites que baja del estanque del mismo nombre situado al pie del pic de Sanfons. Dicha unión se llama Ayguas-Juntas (1.940 metros).

“Enseguida el camino se vuelve muy estrecho y abrupto, serpenteando un zig-zag a través de un bello bosque de pinos, para arribar a una mala pasarela llamada Pont de Fanoil (2.030 metros) que nos lleva a la orilla izquierda del arroyo mismo del estany de les Truites. Hemos llegado al límite superior del bosque antes de alcanzar la cima del resalte de Goudelens (2.090 metros) y a cien metros más arriba de la Jasse o Pleite del Salt del Aygua así llamado por

las numerosas cascadas que se precipitan con estruendo en este lugar pintoresco.

"Aquí ya no hay pasarela, sino unos bloques de piedra colocados a cierta distancia en el lecho del río de Comapedrosa. Ante nosotros se alza un circo imponente. Seguido, hay que caminar durante una hora aproximadamente por la orilla izquierda del arroyo, por una región de marismas [...]. Por el oeste, se alza la cresta accidentada que une el port Negre de Tor (2.519 metros) con los contrafuertes del pic de Comapedrosa, pasando por el Puig de Sanfonts (2.885 metros), una cresta que forma la frontera de España con Andorra [...].

"Alegrándonos por dejar el torrente, nos elevamos mediante numerosas zetas de un sendero de ganado llamado las Marradas, hasta el pequeño lago Negre (estany Negre Inferior) de la Comapedrosa [...]. Cuarenta metros más arriba, el estany Negre Superior (2.650 metros) nos muestra bancos de nieve helada flotando sobre la superficie de sus ondas azules claras: una imagen fiel de esas almas recogidas que viven apaciblemente alejadas de las pasiones mundanas [...]. Unas pendientes muy inclinadas, recubiertas de una nieve muy dura, suceden a este lago helado y ocupan las zonas bajas del valle terminal que precede a las pedrizas de Comapedrosa que han dado su nombre a la montaña: *Coume*, o valle pedregoso [...].

"Nuestras piernas redoblan sus esfuerzos. El bastón de punta herrada, o *alpenstock*, nos resulta de gran utilidad. Durante nuestros movimientos para ascender, en efecto, aligera el peso del cuerpo, mientras que durante el descenso ofrece un punto de apoyo que brinda a nuestros movimientos seguridad y firmeza. El panorama se vuelve cada vez más amplio, y los obstáculos parecen abatirse cuando a las 14:25 h, alcanzamos la cumbre. Se escucha un ¡hurra!, cuando plantamos con alegría nuestros *alpenstocks* sobre la frente sublime del pico. ¡Qué hermoso panorama se muestra entonces ante nuestros ojos asombrados, bajo ese cielo oscuro que denota las altitudes elevadas! [...]. Disfrutamos de unas vistas admirables, con un tiempo de una claridad admirable. Ni una nube en el cielo, ni el menor ruido que venga a turbar el silencio de este lugar desértico donde planean el águila y el buitre. Apuntamos en nuestro carnet algunas observaciones topográficas y el fósil de una serpiente sobre una laja esquistosa, unos quince metros bajo la cima".

Marchando en compañía de este clan familiar, resulta obligado hacer alguna referencia a la botánica. Así, su censo de especies vegetales identificadas sobre la misma cima de la Comapedrosa ascendería treinta y dos entre plantas, líquenes y musgos. No es de extrañar que la noche les tomara en su viaje de regreso a la capital. Por ello se deberían alojar en el albergue *Palanques* de Francisco Molné, en La Massana. Como su excursión hasta la cúspide de Andorra les había reclamado diecisiete horas de actividad, acaso no estuvieran demasiado receptivos hacia el pintoresquismo de la hostelería pirenaica. Sin embargo, el 20 de julio de 1894 los integrantes del grupo de los Marcaillou d'Aymeric parecían haberse recuperado y planeaban otra incursión por la alta montaña del Principado. Su nueva aventura arrancarían a las 5:00 h de Andorra la Vella, desde donde se adentraron por el curso del río Madriu. Estas fueron las impresiones más deportivas de su periplo:

“Por un camino de pendientes ásperas, subimos hacia el sureste por la orilla izquierda del río Madriu. En mitad de una bella vegetación, dicho torrente se precipita de roca en roca con estruendo; sus aguas son tan pronto blancas y espumosas como verde luminosas, en sus partes más calmadas [...].

“El camino se aleja del torrente y sube en zig-zags hacia el este, para penetrar en un bello bosque de pinos, antes de alcanzar las bordas de Tramesaygues, situadas a 1.500 metros de altitud y que los andorranos llaman Entremesaigües [...]. Entramos en la Vall Civera: de camino, pasamos de forma sucesiva ante las bordas del Ràmio, la fuente de Fontverd [...] y la Roc del Estall, a través de una serie de resaltes, antes de llegar a una pequeña meseta denominada Collet del Infern, sobre la que se perciben aún los vestigios de una antigua forja catalana [...]. Tres cuartos de hora de marcha a través de céspedes verdosos nos separan del Pla del Incla o Ingla, unos herbazales amplios donde pacen numerosos carneros [...].

“Ahora la ascensión se toma más ruda, pues las pendientes se acentúan. A las 11:00 h llegamos con un tiempo tórrido a los estanys Forcats (o, mejor Furcats), así llamado por la forma bifurcada del lago más importante [...]. Sucesivamente, hallamos en nuestra ascensión: un lago que mide unos doscientos por setenta metros, no venenoso; una superficie de agua mucho más amplia (aproximadamente de seiscientos por setecientos metros), igualmente no venenosa. Era el estany Negre del Mutch, situado a 2.450 metros y cuyas aguas, de un azul muy oscuro, dada su profundidad, parecían negras. Estos dos lagos no estaban reseñados en ningún mapa de Andorra.

“Llegamos a una hendidura que bautizamos con el nombre de Portella dels Pessons, situada a 2.779 metros según nuestras observaciones barométricas [...].

“Desde la Portella dels Pessons, subimos hacia el norte al Puig dels Pessons (2.864 metros), uno de los puntos culminantes de esta región, y desde nuestros ojos planean en principio sobre los valles principales y secundarios que componen Andorra, y más a lo lejos, hacia esas cimas milenarias en cuya frente está escrita la edad del mundo.

“El punto más elevado [de esta región] es el Puig Nord de Ensagents, o Alto del Grio (2.852 metros). Su altitud, al igual que la del Puig dels Pessons, fue establecida mediante los cálculos de diversos *panoramas circulares* [con orógrafos] desde los puntos del terreno reconocidos como los más adecuados para estas observaciones de los señores Schrader y Saint-Saud, así como Huot y Chesneau; estos últimos, colaboradores del señor Schrader.

“Dejamos nuestra tarjeta de visita, con la fecha de la excursión, en una pirámide de piedras que alzamos con rapidez en la cumbre de este pico, que no creemos todavía virgen, dado su fácil acceso. Sin embargo, constatamos la total ausencia de torres de piedras. ¿Podrían haber sido demolidas por los pastores? A pesar de nuestras activas búsquedas en el *Annuaire* del *Club Alpin Français*, en el *Bulletin* de la *Société Ramond*, la colección de *Revue des Pyrénées*, etcétera, no hemos hallado ninguna indicación referente a la exploración del Puig dels Pessons y de la región cercana por los señores Gourdon, Schrader, Saint-Saud, etcétera. Suponiendo, pues, que no somos sus primeros ascensionistas,

al menos hemos tenido la primicia de su descripción. Por otra parte, esta región aparece incompleta y está mal representada en todos los mapas”.

Hasta aquí la posible *primera turística* que se conoce al pic dels Pessons o del Gargantillar. Todavía queda el asunto de la segunda cota del *País del Pirineo*. La crónica completa de la ascensión al pic de la Serrera se puede encontrar en un *Bulletin de la Société Ramond* de 1897. Nos decantaremos por el resumen que realizara Jean Ritter en 1995:

“El pic de la Serrera (2.913 metros), al que se accede por una larga cresta, es el punto culminante de Andorra tras el Comapedrosa. Hippolyte Marcaillhou d’Aymeric llegó a aquel un 16 de septiembre de 1896, junto con H. Guilhot, un botánico y profesor en Saint-Jean-du-Falga, Baptiste Olive, el guía Pierre Salvaing y el mulero de Aston, Barthélémy Lassalle, alias *L’Aureille*. Les costó catorce horas desde Saint-Martin-des-Cabannes. Salieron de allí con linterna a la 1:35 h, y se hallaban sobre la cima a las 16:05 h, no sin haber recolectado plantas con profusión [...]. El Puig de l’Estanyó no quedaba lejos. Los Puigs de Casamanya prolongaban la misma cresta: fueron ascendidos por Lequeutre junto con el célebre guía de Packe y Russell, Célestin Passet, el 22 de agosto de 1877, y el Estanyó por Maurice Gourdon y Roger de Monts junto con Barthélémy Courrège, el gran guía de Luchon, el 3 de junio de 1878. El Puig de la Serrera había sido olvidado”.

A modo de cierre, la pista que el mismo Ritter nos dejara en su “Hippolyte Marcaillhou d’Aymeric, montagnard et botaniste ariégeois”. En este artículo ya citado, parece que se les podría adjudicar a nuestros amigos alguna *primicia de turistas* más, concretada como muy tarde hacia 1897:

“Los dos hermanos [Alexandre e Hippolyte] frecuentaron las cumbres de la región fronteriza cercana al Ariège. Los picos de l’Alba y de Escobes no habían recibido por entonces sino raros visitantes. El acceso hasta allí no era fácil: la ruta para carros del port d’Envalira no fue abierta hasta 1911. El jardín botánico natural del valle de Incles no pudo dejar de atraerles”.

El tiempo de tan polifacéticos exploradores ya pasaba. Tras la muerte de Alexandre en 1897, Hippolyte saldría poco a la alta montaña, acuciado por diversos problemas personales. El colofón de estas noticias llegará desde el universo botánico. Porque del mismo modo que Louis Ramond y Francesc Micó son recordados a través de esa flor tan emblemática de esta cadena como es la *oreja de oso* (*Ramonda myconi*), nuestro clan de eruditos cuenta en el catálogo con la *genciana* de Marcaillhou (*Gentiana X marcaillhouana rouy*). Parece justo.

4.12. Inquietudes culturales de Régnault

El turismo de montaña pudo atravesar tres fases características. La primera, desarrollada sobre todo desde las postrimerías del siglo XVIII, era practicada por aristócratas adinerados que buscaban aventuras. En general, arropados por un enjambre de criados con pistolones de chispa en las alforjas de sus caballerías. Sobre 1840, las clases medias acomodadas se aficionaron a ciertos periplos descritos por los caballeros de las hornadas iniciales. En este caso, también subirían al monte con algún revólver en la mochila. Finalmente,

hacia 1900 aparecía otro tipo de viajero que no recurría ni a los lacayos, ni a los guías locales..., ni al armamento. Le gustaba mezclarse con los nativos, comer de sus escudillas y explorar las cordilleras por su cuenta. Entre medio de todos ellos, se constatarían otras muchas subespecies, como esa que se decantaba, no por el turismo deportivo o emocionante, sino por el de corte cultural. Sin proclamar que el ejemplo siguiente pudiera ser el pionero, he aquí un buen precedente de los turistas interesados por el arte andorrano.

Entre las páginas del *Annuaire du Club Alpin Français* de 1896, destaca cierto trabajo firmado por Félix Régnauld bajo el escueto título de: "L'Andorre". A nada que se curiosoee entre sus líneas se descubre una declaración de intenciones que prometía, cuanto menos, rigor en su relato:

"Desde hace mucho tiempo, tenía el proyecto de visitar Andorra. Esta pequeña República [*sic*], emplazada entre Francia y España [...], excitaba vivamente mi curiosidad. A esto, había que añadir mis ganas por saber qué pensar sobre las apreciaciones de los raros turistas que habían recorrido dicho valle, muy pintoresco según unos, o monótono e insignificante según otros".

A tenor del órgano del CAF, el grupo de turistas lo componían, además, el abate Cau-Durban y el doctor Mellier, así como el guía galo Joseph. En cuanto al punto elegido para ingresar en el Principado pirenaico, aquel 30 de agosto de 1895, sería L'Hospitalet. Antes de concretarlo, Régnauld explica las precauciones que tomaron en la víspera de su partida:

"Un viaje a Andorra es una auténtica expedición, si se cree a los numerosos textos publicados desde 1830 hasta nuestros días. Pensábamos que su cocina iba a ser detestable, por lo que, como verdaderos alpinistas habituados a todo, decidimos añadir a nuestro equipaje una provisión de conservas, té, ron y vino de Francia".

El temor que entonces inspiraba la gastronomía andorrana no impediría que Régnauld expresara su alborozo ante los retos que se aprestaba a afrontar:

"¡Íbamos a salir hacia el misterioso país de nuestros sueños! Pasaríamos cinco o seis días en la montaña, en una región desconocida y lejos de la ciudad: ¡qué encantadora perspectiva!".

Por lo demás, los turistas llegaban a la muga convencidos de que su verdadero guía en Andorra sería alguna de las caballerías que alquilaban: al parecer, venían con fama de ser buenas conocedoras de las trochas del Principado por haberse dedicado durante largos años al contrabando... A reparar otro detalle curioso de su equipamiento para afrontar los supuestos peligros de la excursión:

"En pocos minutos, nuestras mochilas quedaron cerradas y los aparatos fotográficos disimulados bajo las grandes botas de piel de cabra con licor, pues me habían avisado de que en Andorra no estaba permitido tomar fotografías ni hacer dibujos, y mi amigo Maurice Gourdon me había contado varias veces las desventuras de las que fue víctima por haber llevado a la espalda un aparato fotográfico".

Arrancamos el periplo ya. Dado que estos galos iban a recorrer las vías principales del *País del Pirineo* sobre jumentos, apenas ofrecen alguna descripción paisajística sino a partir del arroyo de Palomera:

“El sendero sube sin brusquedad en zetas sobre la Solana, unos pastos amplios donde pacen, medio salvajes, millares de vacas y rebaños de carneros que apenas se asustan cuando pasamos, pues están poco acostumbrados a ver turistas visitando esta naturaleza sin cultivar y desértica. Aquí no hay ni granjas ni cabañas, salvo dos casitas en ruinas que fueron construidas con techo de pizarra. Eran los primeros vestigios que una casa de juegos que una sociedad un tanto especial se proponía alzar allí, sin duda para despojar más cómodamente a los jugadores locales, así es que alguna vez se llegaba a terminar! [...]. El aire es fresco y subimos con lentitud, a veces atravesando unas pedrizas que cortan el sendero. Los caballos se dirigen como pueden para atravesar esos montones de guijarros arrastrados por las avalanchas. Ni un arbusto: tal es la naturaleza desolada y salvaje que recorreremos desde hace tiempo hasta el primer pueblo de Andorra [...]. A las 8:00 h, tocábamos la pequeña pirámide de piedras que señalaba el port de Soldeu [port Dret], y nos tomamos unos instantes de reposo para admirar el paisaje. Me habían dicho que era de lo más encantador. Reconozco que nuestro entusiasmo rayaba con el ardor. Frente a nosotros, la vista abarcaba todo el valle de la Valira d’Orient [...]. La cadena de montañas que se alzaba enfrente presentaba cimas grises y desnudas. Sus pendientes, zambulléndose por el fondo del valle en tonos verdosos, mostraban pastos ralos con pinos dispersos”.

Sobre el referido collado tuvo lugar un encuentro con dos jóvenes inglesas [émulas acaso de Mary Eyre] que acababan de recorrer el país con un guía y dos mulas para su equipaje. Según aclara Régnault, portaban “el bastón en la mano y las faldas alzadas”. Por entonces las damas tenían vetados los pantalones incluso en la montaña y debían apañarse con un leve remangado delantero de la parte inferior de sus faldones. Solo unas pocas, como *George Sand*, osaron romper tales usos.

En Soldeu, tras los acostumbrados epítetos sobre el aspecto de las casas y de su posada, los galos decidieron reponer fuerzas “almorzando en una habitación atroz y ahumada, cuando el aire allí es tan puro, el sol brilla y el paisaje se muestra grandioso, lo que era un crimen para unos alpinistas de la vieja escuela”. Se montó una comida campestre al aire libre y, para clausurarla, el cuarteto se dedicaría a fomentar el arte de la conversación:

“Tras haber cazado a menudo la perdiz blanca en los límites de Francia y Andorra, informé a mis compañeros mientras les mostraba las altas montañas de Andorra que nos rodeaban, ceñidas por el lado francés mediante crestas abruptas que parecían inaccesibles, y que sin embargo ofrecían tres pasos o puertos que daban acceso a la antigua y pequeña República [sic]. El port de Siguer era el más difícil. Inabordable durante siete u ocho meses al año, para ganarlo era preciso realizar una marcha larga e interminable a través de un desierto de rocas y precipicios. El port de Fontargent, al que se llegaba fácilmente por Les Cabannes, era poco frecuentado. Sin embargo, su bello lago ofrecía un aliciente especial a los turistas, que podían cobijarse en la choza de los pescadores de truchas antes de cruzar la frontera. Finalmente, su principal vía de comunicación, la más utilizada y fácil, si bien la más larga y fatigosa, era

la del port de Soldeu que ahora seguíamos, la única practicable a las caballerías, aunque solo durante la buena estación. Es decir: cinco o seis meses al año”.

Finalizado el repaso de las particularidades de los collados que conectaban Francia con el Principado, saldrían a colación otros temas sobre el territorio que hollaban en aquellos momentos de buena charla. Para variar, vistos con ojos benignos:

“Todas las funciones son aquí gratuitas: no hay aduanas, ni gendarmes, ni ejército permanente en el país de la economía y de la libertad. ¡Cuántos Estados deberían venir para aprender el arte de hacer felices a sus pueblos! El andorrano, un hombre sobrio, laborioso y sencillo, es feliz entre sus numerosos rebaños, la principal riqueza de estas regiones frías, rocosas y poco fértiles. Hundido entre macizos de montañas, vive separado del resto del mundo por una alta muralla de crestas abiertas de tanto en tanto por algunos puertos que, con la buena estación, los ponen en contacto con Francia y la Cerdaña”.

Desde el punto de vista *alpinístico*, un término que se emplea con generosidad, el relato de Régnault posee un valor escaso. Sin embargo, sus líneas destacan entre los textos habituales debido a la presencia en la caravana del abate David-François Cau-Durban, miembro de la *Société Archéologique du Midi de la France* y autor de diversos libros. El sacerdote les haría aperearse con frecuencia de sus caballos para visitar y fotografiar las diversas iglesias del Principado. Comenzando esta visita cultural por la capilla de Sant Joan [¿de Caselles?], valle abajo de Soldeu. Las consiguientes descripciones sobre la riqueza patrimonial del *País del Pirineo* pudieron hacer mucho en el fomento del turismo culto. Poco más adelante, los franceses retomaban su “periplo arquitectónico” en esa iglesia de Canillo que su párroco les mostró con gusto. Ni que decir tiene, al pasar ante Nuestra Señora de Meritxell, hubo un nuevo alto para gozar de las “delicias de la arqueología”. Pero ni todas esas paradas frecuentes ni la estrechez “angustiosa” de los caminos de entonces, impedirían que el cuarteto arribase a Escaldes:

“¡Hay aquí una estación termal! Y es preciso añadir que sus habitantes están muy orgullosos de sus aguas sulfurosas [...]. Ahora había unos cuarenta clientes, dispersos entre las casas más limpias, disputándose las ocho o diez bañeras diseminadas por el valle. Ante el estruendo de nuestra cabalgata, todo el mundo se precipitó al umbral de sus puertas y al vano de sus ventanas. ¡Las distracciones son tan escasas en tan primitiva ciudad termal!”.

La pernocta en Ordino iba a incrementar su anecdotario sobre esta Andorra finisecular contemplada con mirada francesa. Así, ante la posada de *Caloumès*, una buena porción de los habitantes de la villa se concentró para observar a los forasteros. Poco extraña que devoraran con buena gana cuanto les sirvieron para cenar “sin notar los aromas extraños del ajo y el aceite rancio que despedía la sopa”. En este punto se abriría un debate sobre el carácter del pueblo que visitaban. Por un lado, reconocieron que, en ocasiones, se topaban con cierta desconfianza cuando los veían manejando mapas o brújulas, e incluso tomando notas al aire libre, al suponer que eran *prospectores* de posibles yacimientos de hierro, cobre o plata. Régnault quiso atajar cualquier controversia:

“Los andorranos son buenos y hospitalarios, y no hemos tenido motivos para quejarnos de su amabilidad en cualquiera de nuestras gestiones, ya sea al solicitarles información, ya sea cuando visitábamos sus poblaciones. Tienen costumbres tranquilas y puras. Desconocen los lujos y su rusticidad les procura la felicidad”.

Toda esta serie de juicios bondadosos en favor de sentimientos elevados no impediría que los visitantes adquirieran una generosa provisión de tabaco a precio reducido, en claro desafío a las Aduanas de su patria... Extrañará más que el segundo día de periplo, Régnault reseñara en Andorra la Vella indicios de turismo:

“En el albergue, había tres o cuatro catalanes y un francés que estaban de vacaciones desde hacía aproximadamente quince días. ¿Qué se podía hacer en la capital de Andorra, tan triste y pobre como carente de distracciones?”.

Acompañemos ya a nuestros inquietos viajeros hasta la frontera meridional del Principado. Antes de abandonarlo sin siquiera degustar la menor de sus cumbres, no se privaron de recomendar la visita a nuevos monumentos como la Cruz de Piedra de Escaldes, Sant Miquel d’Engolasters o las iglesias de Andorra la Vella y Santa Coloma.

En su desplazamiento hacia la Seu d’Urgell, el cuarteto tuvo que vérselas con unos carabineros hispanos que no permitían cruzar la raya más allá de las 16:00 h. Eso, a pesar de que solo había pasado media hora del límite, y con la tormenta de la tarde formándose sobre sus testas. Un soborno de seis francos solucionaría el problema y, por añadidura, les surtió de escolta hasta la primera población de Lleida.

V. EL DESPERTAR DE LA ESCALADA (1899-1918)

5.01. En busca de la dificultad

En el terreno de lo vertical, las montañas andorranas tuvieron mucha suerte: durante los años terminales del siglo XIX y de arranque del XX serían objeto de la curiosidad de un pirineísta de primer orden como Jean d’Ussel. Un vizconde parisino que tras su paso por el *Instituto Nacional de Agronomía* y la *Escuela Forestal*, fue sido destinado en el vecino Ariège para que, entre otros cometidos, repoblara sus bosques...

Este aristocrático veinteañero tardó poco en dedicar su tiempo libre a tantear las crestas y murallas más encrespadas del sector. En la mayor parte de los casos, escoltado por guías ocasionales de la vertiente francesa. Entre ellos iban a destacar unos antiguos pastores de la zona llamados Pierre Marfaing y Pierre Rauzy.

Ussel fue nombrado Guarda Mayor de *Eaux et Fôrets* del distrito de Tarascon en 1898. En esa misma añada iniciaba sus reconocimientos de los flancos norte y este de Andorra. La primera de sus andanzas la emprendía apenas llegado a su destino: desde el puerto de Arinsal (2.734 metros), quiso echarle un vistazo al Principado y a su entorno inmediato. Dado su carácter decidido, era cuestión de tiempo que debutase en las ascensiones de dificultad,

que habían ido cobrando vigor a partir del couloir de Gaube de 1889. En gran medida, influido por esos colegas del CAF que publicaban en el *Annuaire* sus peripecias más emocionantes.

Por una vez, se dispone de cierta prodigalidad en la documentación. Al contrario que la mayoría de los escaladores, este vizconde dejó un interesante legado literario. El grueso de sus andanzas por las inmediaciones de Andorra se puede hallar en cuatro artículos: "Paysages andorrans" (*Revue des Pyrénées*, 1899); "La crête frontière depuis le port de Médocourbe jusqu'au port de las Bareytes" (*Bulletin de la Section du Sud-Ouest du Club Alpin Français*, 1900); "Une course dans le massif de l'Estanyo" (*Annuaire du Club Alpin Français*, 1901); "Courses ariégeoises: pic de Rulle, pic de Madérou" (*Bulletin de la Société Ramond*, 1901). Sin embargo, las peripecias de Jean d'Ussel por el sector oriental del Pirineo se iban a difundir, sobre todo, desde su libro sobre las *Excursions et sensations pyrénéennes* (1901). Y la biografía completa del parisino fue abordada por Jean-Victor Parant desde una revista *Pyrénées* del año 1986. Nada más sencillo que extractar los *haberes* del aristócrata trepador en torno al *País del Pirineo*. Comenzando por el que inauguraba la era del vértigo.

No extraña que Ussel acudiera a las crestas fronterizas que flanquean al pic de Medacorba. Un mundo encrespado donde apuntaban al cielo unas cimas en apariencia ya ascendidas por sus *normales*. Veamos cómo pudo discurrir en estos escenarios impresionantes la primera trepada de la crónica de Andorra...

El 2 de septiembre de 1899, Jean d'Ussel alistaba como guía a Pierre Rauzy antes de partir rumbo a lo desconocido. Como meta, el vizconde llevaba en mente un reconocimiento de ciertos "roquedos negros que veía emerger desde unos corredores blancos de nieve" por el sector de Medacorba. Es decir: la pura búsqueda de la novedad en una ruta de la que no existía referencia alguna pero que se intuía complicada. Merece la pena detenerse para disfrutar un poco más de la sensibilidad de este galo tan amigo de los juegos equilibristas que, cuando alzaba la vista hacia la frontera de Andorra, veía "dientes de cresta con formas tan inmensas como extrañas que sobre un cielo pálido se recortaban en líneas interrumpidas que aún se mostraban más agrandadas por esta iluminación metálica donde las nieves resplandecían magníficamente; un país extraño que parecía tan fantástico que no se hubiese dicho terrestre". Vamos ya con las piezas de escalada pura y dura de estas jornadas históricas. Desde sus *Excursions et sensations pyrénéennes* (1901), dio apuntes de una campaña que partió de Vicdessos:

"¿Dónde está el pico de Medacorba, a la derecha o a la izquierda? Ante la duda, haremos el primero: tiene un aspecto lo bastante bonito como para tentarnos [...]. Atacamos un corredor herboso con pendientes algo inclinadas para comenzar, pero que va volviéndose cada vez más enriscado cuando la roca sucede a la hierba, para terminar en un caos de bloques enormes. Mediante una serie de ejercicios gimnásticos diversos, superamos cada bloque. Rauzy va el primero y me da la mano para equilibrarme sobre alguna piedra plana que, a menudo, se extraploma sobre el vacío. Ruda subida. Llegamos a la cumbre: ¡hay una torreta! Con presteza, la examinamos para ver sus documentos. ¡Por desgracia, no hay ni un nombre ni un listado! [...] Como el port de Boet se halla

a nuestros pies, entonces no estamos en el Medacorba, sino en el pic de Lavans (2.892 metros). Entonces, el pic de Medacorba está al otro lado del puerto del mismo nombre, formando parte de esa gran masa rocosa que hemos bordeado en la subida [...].

"En el puerto recuperamos nuestro equipo y comenzamos el contorneo. Es una sucesión de corredores que hay que franquear: al cabo de un centenar de metros, el paso se vuelve terriblemente difícil. Nos hallamos en el fondo de una chimenea y cambiamos impresiones. Evidentemente es mejor seguir subiendo, pero desde donde nos encontramos, no se ve nada. ¡Quién sabe si podremos pasar!:

"-*Voy a ver, señor, si se puede subir.*

"Al cabo de un cuarto de hora, Pierre me hace señas para que acuda. Tomo su mochila y me pongo en marcha. Las presas son pequeñas, la pared vertical y los resaltes que la montaña brinda aparecen terriblemente alejados. Así, será preciso elevarse a base de colocar las rodillas con decisión sobre las rocas como punto de apoyo. Al cabo de un cuarto de hora de ejercicios gimnásticos variados, me encuentro junto a Pierre en una brecha fácil del espolón. ¡Hurra! [...]. Unos bosques de pinos consiguen que identifique el valle de Arinsal. No tenemos más que tomar la primera chimenea que encontremos para subir al pico [...]. Proseguimos nuestro itinerario subiendo todo recto hacia arriba. Pero cuando parecía que llegábamos a la cumbre, escucho un grito de decepción procedente de los labios de Pierre: no se puede seguir por esta arista, pues los dos gendarmes de granito negro la obstruyen; a unos diez metros de allí, se ve el pico y su torreta:

"-*Por aquí no pasamos.*

"-*Déjame ver.*

"Alzarme desde su costado no es nada cómodo y, sin embargo, lo consigo. ¡Vaya espectáculo espantoso! Por abajo, unos esquistos negros y resbaladizos descienden directamente hasta perderse en un resalte de la pendiente. Al lado, los formidables gendarmes muestran con orgullo sus siluetas, en tanto que defienden el acercamiento al pico por ese flanco.

"-*Bueno, media vuelta.*

"Sin embargo doy la orden con alegría, pues estoy seguro del éxito. Así, descendemos unos metros hasta pasar a un corredor cercano por el que trepamos sin dificultad y, a las 14:00 h, estamos en la cumbre. Allí encontramos una torreta muy pequeña y baja: es la que elevó el señor Gourdon en 1883, cuando vino para visitar esta cima, tras bajar del pic de Comapedrosa. Parece que ha sido demolida por los rayos, y la reparamos [...]. Destaca una larguísima extensión de crestas que se recortan hacia el este, formando el cordal llamado Racofred: ¿y si lo siguiésemos? Eso nos permitiría pasar la jornada completa a gran altitud. Así, tras diez minutos de reposo, reemprendemos la marcha siguiendo esa línea rojiza y casi horizontal que se perfila ante nosotros con sus dentaduras y piedrecillas, producidas por la descomposición de la montaña. Un pequeño collado anónimo, y sigue después una amplia cresta llamada Intermedia [...]. Entonces estamos en el lugar de contacto de tres países distintos: Francia, España y Andorra. Ningún signo aparente lo indica: nada,

isalvo la propia cadena de los Grandes Pirineos! Llegados a este punto, la cresta que seguimos presenta un collado bastante destacado y pronto sube con gran rapidez hacia un pico importante formado por esquistos rojos cuya vertiente sur se halla recubierta de piedrecillas:

"-Es un pico podrido -dijo Pierre.

"Primero bordeamos la base de la arista, atravesando la multitud de corredores que llegan desde allí. El avance es muy lento. Es preciso adoptar enormes precauciones, a la vista de la escasa solidez de las presas y de las cornisas. No hablamos, tanteando con nuestros bastones [el *bâton ferré* de pastores y montañeros] los lugares donde emplazamos los pies, probando con las manos todos los salientes antes de usarlos. A menudo, ceden ante la menor presión, aunque a veces no lo hagan sino cuando tienen que soportar una parte de nuestro peso, precipitándose entonces al vacío que hay por debajo de nosotros. Oímos el ruido de su caída cuando sube lúgubrementemente: los vemos rebotando de roca en roca hasta el momento en que describen parábolas soberbias y se pierden tras los resaltes de la pendiente. Dichos sonidos hallan en nosotros un eco profundo y hacen vibrar nuestros corazones, pues constituyen una advertencia: así conocemos el camino que seguiríamos en el caso de que uno resbalara. Por ello, antes de mover un pie o una mano, nos aseguramos de que el resto esté asegurado.

"En el collado se produce una nueva discusión antes de atacar a este pic de Racofred, pues cada uno tenía su idea al respecto:

"-En fin, ya que lo queréis así, probemos la cresta.

"En un principio dicha cresta es lo suficientemente amplia como para permitir un avance fácil. Mas, al cabo de un centenar de metros, se reduce bruscamente y no ofrece sino una arista de medio metro de anchura:

"-Esperadme: voy a buscar un paso por abajo.

"Me quedo ansioso, pues tengo toda la responsabilidad al haber impuesto este recorrido en contra de la opinión del guía. ¡Dios! ¡Si se produjera alguna catástrofe! Veo a Pierre tantear con la punta de su bastón una piedra plantada verticalmente: trata de desprenderla en vano. Entonces se decide a descender a lo largo de dicho obelisco. Para ello, se sirve de dos presas de unos centímetros. Después, lo pierdo de vista tras el roquedo: solo escucho caer las piedras en el vacío, lo que indica su avance. ¡Qué minutos tan crueles! ¡Cómo me hace estremecer ese sonido de las piedras en su caída! Por fin, lo veo aparecer al otro lado de una chimenea que ha logrado superar:

"-Se puede pasar -me gritó-, pero no es bueno. Mirad a ver si os atrevéis, pues no voy a poder ayudaros.

"En efecto: el paso no era bueno. Para empezar, había dos peldaños sobre una piedra oscilante excesivamente estrechos, al lado de una laja plana y casi vertical. Por debajo, eran doscientos metros de vacío. Después, sería preciso dar un gran paso para franquear una chimenea que escapa con una inclinación vertiginosa. Pero esto no sería nada si el roquedo que debería servir como presa para las manos, ino estuviese extraplomado al otro lado del corredor! Mi corazón batía con fuerza: sentía mis sienes mojarse con un sudor frío. Pero, por suerte,

todo discurrió bien, y cuando llegué al otro extremo, hasta los brazos de Pierre, éste me recibió con las siguientes palabras:

"–Eso estaba bien fastidiado, ino era nada bueno!

"Después, el camino se puso mejor por unos metros, si bien nuevamente aparecieron las dificultades. No había más remedio que cabalgar la cresta para llegar al pico sentados, avanzando con las manos. Dicho y hecho: eso hicimos, si bien los bastones nos molestaron bastante en este tipo de avance...

"Llegamos así a la cumbre [del pic de Racofred (2.837 metros)]. Era una plataforma triangular de pocos metros cuadrados que, por el lado norte, limitaba con unos cortados impresionantes: una sucesión de corredores que se precipitaban entre aristas talladas como obeliscos. Ni rastro de una torreta, por lo que construimos una. Una vez alzada, reemprendimos nuestra marcha, casi sin parar, para hacer el último pitón de la cresta, ya sobre el port Dret. Un pitón fácil de 2.735 metros que ya tenía una torreta [...]. Desde este último e innominado pitón del cordal de Racofred, alcanzamos sin dificultad el puerto [...]. Eran las 18:00 h. Les dimos un último adiós a las altas regiones y descendimos con la satisfacción de quienes habían aprovechado bien la jornada. Tanto el uno como el otro estábamos felices, si bien cansados por nuestra estancia prolongada en las cotas superiores y por las horas que habíamos pasado afrontando el peligro".

He aquí el acta de nacimiento de la escalada en el *País del Pirineo*, firmada por Jean d'Ussel y Pierre Rauzy un 3 de septiembre de 1898. De esta forma, los picos de Lavans, Medacorba y Racofred ingresaban de lleno en el universo de la verticalidad. Ya disponían de su primera ruta trepadora. Acorde con los nuevos aires que soplaban por el mundillo pirineísta. El último de ellos, acaso con su *primera turística*... Este vizconde no era sino uno de los adelantados de una tendencia pronto hegemónica que buscaba no la facilidad en los accesos a una montaña, sino los aspectos estéticos del itinerario. Aunque eso fuera a costa de coquetear con el vacío. Pero el *año cero* de la escalada andorrana aún daría para más...

5.02. Acrobacias en el circo del Siscar

Es posible conocer nuevas aventuras trepadoras de Jean d'Ussel. Muy bien documentadas desde su texto sobre las *Excursions et sensations pyrénéennes* (1901). De estas páginas vamos a extractar alguna de sus experiencias verticales en el Principado del Pirineo.

Por ejemplo, el 14 de septiembre de 1899, y esta vez con Pierre Marfaing, Jean d'Ussel trepaba hasta cierto pico virgen que bautizó con el nombre de su guía. Hoy se conoce como Roc Colom (2.724 metros). Aunque partieron del Pas de la Casa, a partir del coll dels Isards (2.654 metros) se mantendrían exclusivamente en territorio galo.

Un día después, el 15 de septiembre de 1899, el vizconde reforzaba a Pierre Marfaing con un pastor de Mérens, Jean Mouchard, que conocía el circo del Siscar. Ussel planeaba cobrarse los puntales más característicos de referido hemicyclo. Parece adecuado saltarse sus peripecias en el tramo francés del pic de Rulhe (2.791 metros), para acudir con rapidez a la frontera con el Principado...

Desde la cima de este último puntal, la vista del parisino había volado con insistencia hacia “los grandes picos de la cadena fronteriza como las puntas de Ransol (2.732 metros), de la Serrera (2.913 metros) y de Rialb (2.687 metros)”. Al menos este trío de montañas parecía bien identificado: a pesar de la colaboración de dos nativos de la zona y del Mapa del Estado Mayor, las confusiones toponímicas con los picos secundarios e incluso con los lagos, iban a ser memorables durante toda la jornada...

Sin saber muy bien hacia dónde se dirigía, el trío galo ingresó en el *País del Pirineo* por la collada de Juclar (2.442 metros). Un teatro con segmentos de cresta posiblemente aún vírgenes. De este modo discurrieron sus consiguientes iniciativas exploradoras, que no trepadoras:

“Marchamos en dirección sur para subir por un *thalweg* muy extenso, apuntando hacia un collado herboso muy fácil que mis guías pretendían que debía de ser la frontera andorrana. A derecha e izquierda, una sucesión de grandes picos: el macizo de Juclar, totalmente rojo, compuesto por desprendimientos de guijarros, y el reverso del circo de l’Alba, cuyos costados resultaban impresionantes. A nuestros pies, al otro lado de la frontera, un lago muy grande que, según mis guías, iera uno de los *estanys* andorranos de Juclar, sobre los 2.300 metros! Acudimos hasta su orilla para almorzar. A las 13:30 h, proseguimos la marcha. Recorrimos la rivera izquierda del lago, superando unas pendientes herbosas que nos condujeron al collado del Siscaró (2.549 metros). Conforme subíamos, el lago se iba mostrando por completo, llegando a percibir un segundo, situado algo por debajo. Tanto el uno como el otro eran lagos muy bellos, rodeados por montañas muy grandes. El ascenso hasta la cresta de Siscaró por unos pastizales sin encanto, fue fastidiosa y larga. Visto desde aquí, el alto valle del Siscar mostraba grandeza debido a sus numerosos lagos, hoy muy azulados, que destacaban sobre el verde apagado de los pastos, con picos de silueta osada: el pic d’Escobes (2.779 metros) con su aspecto de torre inclinada, y el pic de la Cabaneta (2.818 metros), que parecía del todo esquitoso, reconocible por sus guijarros de color rojo oscuro casi verticales, perfilados en rosa y gris sobre el azul del cielo. La región tenía tanto encanto que decidimos prolongar nuestra estancia allí. Como no eran más que las 15:15 h, optamos por seguir la cresta hasta la Senyal del Siscaró [Tossa del Cap de Siscaró] (2.819 metros), pasando por el pic del Siscaró (2.636 metros). Dicha cresta es fácil por la vertiente andorrana, a pesar de estar formada por rocas de granito: ni un gendarme, ni grandes desniveles. La Portella del Siscaró sobre la que desembocamos, medía 2.549 metros. Por el contrario, en el lado francés, la pendiente era mucho más áspera: desde el col de Puymorens, estos cortados a pico nos habían parecido formidables. Después de la Tossa, descendimos hacia el fondo de *thalweg* por una pendiente herbosa bastante fuerte”.

Con Jean d’Ussel instalado en las inmediaciones de Andorra, el cambio de siglo prometía no pocas aperturas escaladoras. Será cuestión de buscar su compañía en las siguientes peripecias.

5.03. El vizconde y los gendarmes

El *padre de la escalada* andorrana aprovechó muy bien los años que estuvo destinado como forestal en Tarascon-sur-Ariège. Antes de acudir a las grandes paredes del Pirineo central, Jean d'Ussel se adiestró de forma concienzuda a las puertas de su casa. El Principado se beneficiaría por ello, al ingresar de pleno en las corrientes más rupturistas de este deporte. Así pues, continuaremos con el repaso de las evoluciones por las alturas del aristócrata galo...

El 21 de julio de 1900, el vizconde de Ussel se encontraba en L'Ospitalet con su guía Pierre Marfaing. Éste le propuso que, dada su querencia por las ascensiones poco trilladas, subiesen el pic d'Escobes al día siguiente. Suponía que acaso fuera una *primera* ascensión. Dado su alejamiento de los caminos franceses, se imponía un buen madrugón: a las 2:00 h, tocaban diana para ellos. Tendrían que recorrer la ruta hacia los estanys del Siscar a la luz de la linterna. Desde el lago de Regalécio pudieron admirar su objetivo, que desde allí parecía "una torre". Luchando contra los numerosos errores que se apreciaban tanto en el Mapa del Estado Mayor francés como en el croquis trazado por Marcailhou d'Aymeric, irían aproximándose a su objetivo. Se trataba de asaltar el pic d'Escobes desde su vertiente oriental. Cederemos la palabra al parisino a través de sus *Excursions et sensations pyrénéennes* (1901):

"Subimos rectos por un corredor de hierba, para ir a ganar las manchas de nieve y el roquedo, y seguidamente atacar de forma directa la pirámide terminal. Dicho ascenso se realizó ya por rocas, ya por cornisas herbosas, marchando de forma que se abordara la cima bajo la arista Norte. Llegamos así a un corredor de arena y piedrecillas con una fuerte pendiente cuya base estaba colmada de nieve. Lo atravesamos para alcanzar de nuevo el roquedo. Un cuarto de hora de ejercicios gimnásticos diversos nos condujo a la cima (2.779 metros). La cumbre era una estrecha plataforma compuesta por granitos dislocados: teníamos allí todos los materiales necesarios para alzar una torreta, la cual hicimos con todo el cuidado posible [...]. A las 9:30 h, nos decidimos a descender. El cono terminal se bajó por el mismo camino, aunque con precaución. Enseguida llegamos al collado pelado que habíamos atravesado subiendo. Sus nieves blancas nos tentaron, por lo que hicimos unos deslizamientos por ella: resultó muy divertido resbalarse tan deprisa".

De este modo discurriría otro lance de escalada, tan fulgurante como decidido, sobre un picacho en la frontera franco-andorrana que tal vez no tuviera registrada una ascensión previa. Al menos, desde su flanco francés. Pero Ussel se movía mucho, como puede apreciarse en este pequeño resumen cronológico:

22 de julio de 1900: El aristócrata uniría fuerzas de nuevo con Marfaing para visitar el pic d'Escobes (2.779 metros), en la muga con Andorra, y explorar de inmediato la cresta de conexión con el pic de l'Alba (2.764 metros), ya en terreno francés.

25 de agosto de 1900: Pierre Rauzy acompañaba a Jean d'Ussel en su trepada al pic de Regalécio (2.669 metros), en el circo del Siscar..., a un tiro de piedra de la frontera con Andorra. Fue otra posible *primera*.

2 de septiembre de 1900: Rauzy ayudaba al vizconde a encaramarse en el casi limítrofe pic de l'Estany Forcat (2.855 metros) y en el pic de Malcaras (2.865 metros), dos puntales muy próximos a la raya norte andorrana.

De este modo brillante se despedía el siglo XIX en lo que al montañismo puntero se refería. Perfectamente acorde con las tendencias más rupturistas del Pirineo central.

5.04. De La Massana al Puig de Salòria

El siguiente viaje se saldrá un tanto del ámbito estricto del *País del Pirineo*. Lo realizaba Ceferí Rocafort i Sansó, autor de unas *Excursions pel Pirineu* donde hay que fijarse en la jornada del 24 de agosto de 1900. El relato de este polivalente geógrafo, arqueólogo e historiador de la Poble de Segur contiene párrafos que hacen gala de un gran espíritu montañero. Y aunque su ascenso desde Andorra rumbo a cierta montaña de Lleida de 2.789 metros de altura escape del terreno del presente estudio, merece la pena reproducirlo.

Así, un joven Rocafort de veintiocho años de edad salía de La Massana para comenzar a cobrar cota hacia la muga del sureste. Llevaba con él a un guía, posiblemente andorrano, del que por desgracia no sirve su nombre:

“Desde La Massana a Tírbia se necesitan de seis a siete horas, pero si se hace el camino a pie se pueden convertir perfectamente en ocho, pues han de atravesarse tres grandes collados. Son los de Montaner, en la frontera andorrana, seguido por el de Conflent y poco después el de Salòria, que comunica Os con las bordas de Conflent, y el tercero es el que lleva el nombre de Màniga, con el Conflent al este y la coma de Burg al oeste. Si se quiere, el itinerario se puede combinar con la ascensión al Salòria, lo que añadiría tres o cuatro horas más, en cuyo caso será mejor ir a dormir a Os para llegar con buena hora a la cima de la montaña más alta de aquellas regiones [de Lleida].

“La distancia desde La Massana a Os es de unas dos horas y media, un trayecto que puede realizarse sin guía, del cual habría prescindido de no haber sido por la molesta carga de la mochila [...].

“Al cabo de una media hora se llega a Sispony, donde se busca el camino de las bordas, distantes unos tres cuartos de hora por encima del bonito pueblo.

“La collada de Montaner se abate al oeste-suroeste desde una gran masa de bosque, una dirección que hemos de tener presente para seguir, pues el camino, borrado en tramos, se fue convirtiendo en una escorrentía que mi acompañante desconocía por completo [...].

“Por el lado contrario, un valle profundo, estrecho y tenebroso a aquellas horas de la tarde, se extendía a nuestros pies de norte a sur –con el pueblo de Os escondido detrás de una loma–, teniendo por delante el surco que formaba el río del Abellar en su descenso desde el port de Conflent al oeste del agudo Puig del Salòria al norte de aquél, que no se había despojado aún de su vestidura del invierno, a pesar de hallarnos en lo más avanzado de la estación estival [...].

“La subida, si bien no es larga (unos tres cuartos de hora) resulta bastante empinada antes de llegar a los cultivos, y en algunos puntos se hace un poco pesada debido a la renegrada y, en tramos, oxidada pizarra que obstruía el camino.

“Al llegar a Os [ya en Lleida], parecía que uno entraba en una casa por el tejado: todo el pueblo era una alineación en la orilla del río, que constituía la única nota un poco alegre que se observaba en toda aquella zona. Todo lo demás

respiraba tristeza, y su aspecto era de lo más mohoso que se pudiera imaginar [...].

“El riachuelo de la Vall, que pasaba por delante del pueblo, venía desde la elevada coma de Setúria (Andorra), y por la oquedad de la Vall se encaminaba hacia Os y se daba otra vuelta, por territorio andorrano, hacia Bixessarri y Aixovall, tras lo cual iba a encontrarse con la Valira aguas arriba de Sant Julià de Lòria [...].

“El camino va subiendo entre apretadas tierras, que va desapareciendo más arriba, mostrándose la ladera surcada por los fuertes aludes que lo barren durante la primavera, pues la nieve aquí es abundantísima. Por eso, a la entrada y salida de la collada, que ya tiene pretensiones de puerto se ven dos palos clavados, con una crucecita en lo alto del todo, que sirven como guías cuando el camino queda borrado del todo [...].

“Para subir al Salòria se deben de tomar los contrafuertes de pronunciada inclinación que caen al norte de la collada de Conflent, a punto para buscar la cresta, lugar desde el cual el ascenso resulta más penoso, y la bajada hacia el coll de Màniga puede realizarse entonces por lo alto de la sierra, resultando así un itinerario más interesante [...].

“En tres cuartos de hora contando algunos pequeños descansos llegamos a la descompuesta cresta, por encima de un fondo pedregoso salpicado de ventisqueros [...].

“La cima apuntaba hacia el noroeste, y a pesar de su aparente cercanía, reclama todavía tres cuartos de hora para llegar a ella. Dificulta el paso una serie de aristas esquistas que no ofrecían peligros inminentes para los más avezados que van a la montaña. A un lado y otro, las vertientes se abatían decididamente. El Puig de Salòria se distingue por presentar una colosal pirámide [acaso construida por Gourdon y su guía en 1882]. De las tres caras que presenta la estructura de esta montaña, una vierte hacia el Segre, mezclando las aguas de los riachuelos del Abellar y de la Vall, o de Os, que desembocan en la Valira, tributario del primero. Las otras dos caras corresponden a la cuenca del Noguera Pallaresa [...].

“El macizo del Salòria, un pequeño desvío del núcleo principal del Pirineo, se une por el extremo sur con la línea que separa las cuencas de la Valira del Nord y de Vallferrera. La distancia que lo separa de la cadena pirenaica y su altitud de 2.780 metros, hacen de la cima del Salòria un mirador incomparable desde el cual extasiarse con la bella recompensa de las agudas crestas que desde el noreste hacia el norte y el noroeste se desperdigan hasta perderse por el horizonte con los neveros eternos de los Montes Malditos”.

Es posible despedirse del cronista en este vértice leridano, tan vinculado con Andorra por cuenta de una de sus vertientes y de sus riachuelos afluentes de la Valira. El descenso de Ceferí Rocafort i Sansó se realizó por Cebollera, para llegar las 20:00 h de aquel 24 de agosto de 1900 a su meta en Tírvia. Volveremos a encontrarnos con este pirineísta a no mucho tardar.

5.05. El CEC toma impulso

El montañismo hispano comenzó a tomarse realmente en serio Andorra con el inicio del siglo XX. Gracias a los tesoros que almacena el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* es factible observar la evolución de sus progresos. Hasta cierto punto, pues parece seguro que hubo ascensionistas discretos que no quisieron pasar al folio sus peripecias. Y, por desgracia, tanto los montañeses como los rebecos nunca han escrito demasiado...

El creciente entusiasmo que se vivió en la vertiente sur por el *País del Pirineo* se constata de muchas formas. Así, el CEC ya disponía de delegados en Escaldes (Francisco Pla i Gasch), Ordino (Guillem d'Areny) y Sant Julià de Lòria (Pere Baró) desde 1901. Otra muestra de la querencia por dicho Principado sería la proliferación de conferencias en la sede de la entidad barcelonesa. Destaca la del 6 de junio de 1904: "Una excursión a Andorra" del conde sueco Birger Mörner, delegado del *Centre* en Constantinopla. Fue leída por el socio Emili Schierbeck, quien tradujo "las agradables impresiones que causó al distinguido excursionista la contemplación de las bellezas de la Vall d'Andorra". Por su parte, el conde de Carlet obsequió a sus consocios con unas interesantes charlas sobre rutas y folklore andorranos: el 27 de febrero, el 3 de marzo y el 26 de marzo de 1905. Repetiría con una cuarta sobre temática etnológica, en marzo de 1906.

La crónica montaraz del CEC pronto iba a aparecer salpicada con recorridos en torno a las Valiras. De corte muy sosegado en un principio. Veamos una de estas marchas: en el verano de 1905, el grupo de Massó, Mitjans, Schilling y los Torras (César Augusto, César Albert, Josep Maria y Oscar), entraba desde la Seu d'Urgell para dedicarse durante tres jornadas a visitar "los valles y las parroquias de Santa Coloma, Andorra la Vella, La Massana, Ordino, Canillo, Encamp y Escaldes, admirando los hermosos valles de Ordino, Soldeu y Canillo, disfrutando del admirable panorama de collado de Ordino, emplazado en el bello costado de la gigantesca montaña de Casamanya". Como el cuerpo les pedía más, nuestro sexteto regresó "por Entremesaigües y el lago de la Nou, atravesando bellos bosques y prados fértiles, entrando en España por el coll de Perafita [2.573 metros]".

La tendencia a cobrar cota sería constante en lo sucesivo. El 5 de septiembre de 1909 los barceloneses Riera i Colom, Romà Pujol y Rigol i Font ingresaban en nuestro Principado monte atraviesa, conducidos por un guía de Latour de Carol:

"Se completó el descenso por la Portella Blanca de Andorra, para ir a media ladera hacia el elevado pic Negre [d'Envalira], saliendo a la Portella de Joan Antoni, desde donde fueron a la región lacustre del circo de Els Pessons y el nacimiento de la Valira y, siguiendo curso descendente de este río, fueron a hacer noche a Soldeu".

Los paisajes encrespados andorranos se irían asomando cada vez con mayor frecuencia entre las crónicas del CEC. En agosto de 1910 su *Secció de Sports de Montanya* promovía cierta travesía desde el pueblo leridano de Tor que completaron Barnola, Miret, Pey, Ribera y Rocafort:

"Emprendieron nuestros excursionistas el camino del puente de Setúria, que pasa por el coll de Llumeneres y entre hermosos bosques. En aquel punto se despidieron del amigo Gosch, quien por el pueblo de Òs se dirigiría hacia la

Seu d'Urgell. Siguiendo por la vertiente andorrana, bajaron hasta las bordas de La Massana, subieron al collet de la Botella [2.069 metros] y, por un camino plano en su primera parte y de fuerte bajada después, llegaron a La Massana, donde comieron, siguiendo después por la orilla del río hasta Escaldes, donde finalizaron la fiesta [...]. Mientras tanto, el amigo Enric Ribera salía de Soldeu, visitando el pintoresco circo de Els Pessons y el nacimiento de la Valira d'Orient, para volver, ese mismo día 20, a dormir a la villa de Soldeu. Al día siguiente salió a primeras horas de la madrugada hasta el pie del port de Soldeu y subió a la Portella de Joan Antoni para encarar la Portella Blanca de Andorra. Desde la primera Portella llegó en media hora a la Blanca, divisoria de Andorra, Francia y España. Desde aquí, siguió por Campcardós”.

Estas peripecias del estío de 1910 se podían completar con las de Ceferí Rocafort. Formaba parte de la cuadrilla anterior, mas se descolgó debido a un pequeño accidente: tras cruzar desde Alins por el coll de l'Ovella, acudió para recuperarse a Escaldes. Al menos subió hasta Engolasters junto con Marcel Chevalier, quien preparaba su mapa de Andorra. En Anyòs Rocafort aprovechó para revisar los escritos del fallecido mosén Tomàs Junoy; alguno de ellos, con descripciones de marchas:

“Se hizo popular [mosén Junoy] por sus prédicas, si bien resulta que este fraile era también un buen excursionista, un *amateur* de la montaña catalana cuando nadie se acordaba de esta, como puede verse leyendo las sentidas relaciones que hizo del país donde que había ido descubriendo durante los años de su larga vida”.

Continuaremos de la mano del *Butlletí* del CEC para otro repaso a su importante labor propagandística en favor del Principado. El 4 de septiembre de 1910 tenía lugar en Barcelona una conferencia con proyección de fotografías sobre sus periplos estivales, impartida por Guillem de Barnola y Ceferí Rocafort. El 11, este último *repetía* con otra exposición dedicada a su marcha hasta la frontera andorrana. Los días 3 y 10 de marzo de 1911, era el turno de Jaume Oliveras, quien mostró “algunas de sus muchas excursiones montañeras, describiendo con su lenguaje pintoresco y fantasioso varios itinerarios, bellezas y monumentos de los Valles de Andorra”. La promoción catalana del *País del Pirineo* iba a ser una constante.

Las montañas andorranas comenzaban por fin a captar clientela deportiva. Con el avance de las añadas del siglo XX se incrementó la querencia por sus regiones elevadas.

5.06. Escaladas con el cambio de siglo

Como ya se ha visto, los balbucesos de la escalada en Andorra tuvieron como gran protagonista al parisino Jean d'Ussel. Resulta del todo necesario insistir en las páginas de *Excursions et sensations pyrénéennes* (1901), buscando sus evoluciones sobre las montañas más complicadas. De nuevo, a través de rápidos resúmenes...

30 de mayo de 1901: Junto a Marfaing, Ussel completaba la conexión del pic d'Envalira (2.823 metros) y el pic Negre d'Envalira (2.818 metros) con el pic

del Port de Fontnegra (2.744 metros). Casi siempre, por la arista franco-andorrana.

13 de agosto de 1901: El vizconde se personaba con Pierre Rauzy por el sector del *techo de Andorra* para visitar el pic de Comapedrosa (2.939 metros), pasar hasta el port Dret (2.683 metros) y seguidamente alcanzar el port de Medacorba (2.748 metros).

21-23 de agosto de 1901: Marfaing secundaba a Ussel en sus peripecias en los llamados Pitones Anónimos de l'Estanyó (sobre los 2.760 metros y los 2.830 metros), en el mismo corazón del Principado. Una vez más, buscando una primicia.

A modo de complemento se podría buscar alguna escalada que realizó en el corazón del *País del Pirineo*. Para ello habrá que recurrir a ese artículo que tituló como "Une course dans le massif de l'Estanyo (Andorre). Pic A (¿2.760 metros?), Pic B (¿2.880 metros?)", para el *Annuaire du Club Alpin Français* de 1901 (1902). Desde una de sus bases habituales de partida, L'Hospitalet, el 21 de agosto de 1901 salía Jean d'Ussel junto a Pierre Marfaing. El montañés le había comentado que escalar las chimeneas de la cara Este del pic de l'Estanyó "podía ser interesante". Con el fin de llegar al zócalo de la tapia, el parisino tendría que situarse en el centro del Principado...

Para dar color a su aventura, nos entretendremos un poco en su viaje por Andorra. Jean d'Ussel obsequiaría comentarios escasamente favorables a las granjas de Sant Pere, a los habitantes de la región y al valle de Ransol. En cuanto al tema de la hostilidad, supuesta o real, de los campesinos andorranos hacia los foráneos, quedó resuelto en cuanto decidieron hacerse pasar por "propietarios de los carneros que llegaban para ver a sus rebaños en la montaña de Ransol".

En cualquier caso, su primer reto iba a ser el de orientarse, pues nadie acababa de explicarles los nombres de las montañas que buscaban. Por ejemplo, era muy diferente el "col de Ransol" según los nativos o según el Mapa del Estado Mayor... Así pues, se impuso su localización utilizando al evidente pic de la Serrera como referencia: el dúo galo se elevó sobre una colina con buenas vistas para identificar a su objetivo. Por su derecha, aparecía "el gran pic de la Serrera, toda la gran cadena fronteriza y numerosos picos sin nombre". Por su izquierda, el objeto de sus deseos:

"El pico que veníamos a escalar, que no era el que habíamos localizado por la mañana y que quedaba más lejos, pero que tenía unas chimeneas que parecían formidables [...], unas dificultades tan tentadoras que harían que modificáramos nuestros proyectos para divertirnos en estos roquedos, de los cuales escalaríamos uno, dos o tres de ellos, y, si no halláramos ningún lugar para dormir, lo haríamos en su base".

Enfrentados por fin con su reto, llegaba la hora de plantearse, como tantos otros, el propósito del viaje. Sin duda que era el momento ideal para una declaración de intenciones por parte de Ussel:

"¿Dónde está el atractivo de un pico al que se sube sin otro esfuerzo que el que da la fatiga de una fuerte pendiente? Nunca lo he podido comprender. Es preciso cierto temblor de todo nuestro ser para que dicha ascensión resulte

interesante. Es preciso haber realizado un trabajo enérgico y casi sobrehumano para ser merecedor de los placeres de un bello panorama. Es preciso haber sentido algún soplo del vértigo para tener el derecho de hollar una cima. Para que la montaña sea algo sagrado que nos conmueva por su majestuosidad y grandeza: es preciso que el hombre sea digno de su conquista a través de la preparación de acuerdo con el objetivo que vaya a abordar. Es preciso que se concentre y, ¿hay algún recogimiento más sublime que el que origina el peligro? Pueden decir que esto es una locura, si bien la creo necesaria para comprender a la montaña en todo su formidable poderío”.

Se hallaba a punto de comenzar la escalada hacia las cotas altas de los pics de l’Estanyó. Tras la correspondiente discusión sobre la ruta a seguir, fue preciso buscar un acceso hacia la arista, lo cual les condujo a una chimenea muy estrecha que más bien parecía “una ranura”. Tras dejar allí las mochilas para trepar ligeros, se encararon con las siguientes dificultades, tal y como refiere el vizconde trepador:

“La subida se realizó primero por un roquedo con presas muy escasas, para ganar la base de la chimenea, que alcanzamos. Era extremadamente estrecha: apenas podíamos meternos en su interior. Entonces nos dedicamos a una gimnasia intensa: nos amoldamos a la roca de forma que adoptásemos exactamente sus formas, y así poder aprovechar la menor presa que nos ofreciese. ¡Qué extraños eran los movimientos que hacíamos! Mediante unas separaciones de piernas enormes, la chimenea se veía escapar entre ellas con una pendiente fantástica. Mediante equilibrios apoyados solo en nuestras falanges o a través de hábiles rotaciones sobre nuestras rodillas, que era preciso que situásemos a la altura de nuestros pechos. Combinamos todos nuestros conocimientos gimnásticos para aprovechar cuantos salientes se nos ofrecían. Y así fuimos subiendo, subiendo siempre”.

Al menos hasta que su canaleta de roca terminó en extraplomo. Marfaing la asaltó mientras Ussel le ayudaba desde abajo con ayuda de su piolet, para que le sirviese de apoyo a sus pies allí donde no había presas donde situarlos. El primero jadeaba con fuerza, el segundo sentía batir su corazón... Cuando el guía llegó por fin a una repisa, le arrojó a su cliente la cuerda para alzar hasta dicha posición los piolets. Era el turno de que subiese Ussel:

“No pude avanzar lo suficiente para atrapar el cabo de la cuerda, por lo que tuve que arriesgarme desde dos salientes imperceptibles de roca y, así, en esta posición crítica, atarme. Las presas eran espantosamente pequeñas y poco sólidas. El roquedo escapaba verticalmente por debajo de mí. Pero la tensión era tal que no me fijaba demasiado: toda mi atención se hallaba en los movimientos que debía ejecutar. Eran inverosímiles: jamás realicé una gimnasia tal como la de aquellos momentos. Finalmente, llegué a la altura de Pierre. Por suerte un tanto a su derecha, pues la plataforma en que se hallaba era tan estrecha que no cabíamos los dos. Así, continué la subida unos metros más hasta encontrar una repisa adecuada, de un metro cuadrado aproximadamente. Allí me detuve y alcé a Pierre”.

Los lances de los escaladores pioneros proseguirían a través de los curiosos procedimientos antes descritos. Ahora por un sector de pared de

l'Estanyó con presas de mayor tamaño. Por suerte. En cuarenta minutos de *gimnasia*, el dúo de funambulistas alcanzaba una cima que rondaba los 2.760 metros de cota. Como solía ser habitual, su vertiente opuesta era una especie de meseta herbosa. Le llamarían *Pico A*, a falta de nada mejor. Por aquella jornada, ya habían tenido suficiente. Tras un descenso sin incidencias, localizaron un gran roquedo bajo el que cobijarse en la base de la muralla, no muy lejos de un torrente... Merece la pena transcribir cómo se desarrolló la consiguiente velada en pleno corazón de Andorra:

“Eran las 18:00 h. No había ni un minuto que perder si queríamos conseguir madera. Así, tras haber descargado nuestras mochilas, nos pusimos a buscar el precioso combustible. Instantes después, volvíamos al campamento con los enebros y rododendros cortados con nuestros piolets. Tras la cena, nos envolvimos en nuestras mantas junto al fuego. Pudimos ver cómo llegaba la noche, lenta y majestuosa: los picos todavía recortaban sus siluetas en el cielo para hundirse poco a poco en la oscuridad. Entonces se dejaron de escuchar todos los sonidos. Era extraordinariamente lúgubre. Estábamos allí los dos, asistiendo a ese espectáculo impresionante del final tan tranquilo de la jornada, preguntándonos si todavía estábamos en nuestro mundo terrestre. Después, una ligera claridad metálica, muy sutil, nos fue envolviendo poco a poco para expandirse por todo: se trataba de la luna, que aparecía entre dos picos para arrojar al espacio. ¡Aquella claridad aportó un poco de alegría a nuestros corazones, entristecidos en estas negras soledades! Tratamos de dormir sobre la hierba o sobre unas rocas, sin lograrlo. Hacía demasiado frío. Volvimos a reavivar el fuego extinto y pasamos buena parte de la noche charlando y fumando. Fue nuestra velada de armas”.

A la mañana siguiente hubo diana a las 3:00 h para poder aprovechar bien el día. Su nuevo objetivo en los precipicios del pic de l'Estanyó había quedado fijado tras el análisis de la jornada anterior, que era “un roquedo de granito que subía terriblemente alto y que estaba cortado por numerosas chimeneas”. Tras ganar altura por la vertiente oriental a través de unas laderas de guijarros sueltos, llegarían a la zona superior, donde les aguardaba como plato fuerte “dos gendarmes impresionantes”. Sería preciso dejar las mochilas en sus basamentos para iniciar las acostumbradas acrobacias:

“Estas rocas se parecían a las de ayer: las mismas cornisas peligrosamente estrechas, las mismas chimeneas verticales y los mismos ejercicios gimnásticos, para los cuales nuestros cuerpos habían adquirido agilidad. En dos ocasiones, nos servimos de la cuerda: una, para ayudarnos en la subida de un muro absolutamente vertical cuya superficie no ofrecía sino presas imperceptibles. La segunda, para atravesar unas rocas lisas con una gran pendiente que se extraplomaban en un hermoso cortado a pico. Nos cambiamos muchas veces de chimenea durante la ruta: las chimeneas a las que pasamos no subían hasta la cima, brindándonos muchos pasos delicados y movimientos de gimnasia complicados. Finalmente, en cincuenta minutos estábamos en la cumbre”.

En este novel *Pico B* al que le dieron 2.880 metros de cota, se repetiría el espectáculo de la jornada precedente: una cara vertical y la opuesta apacible. En cualquier caso, dominaba la vertiente oriental del pic de l'Estanyó.

Finalmente, se decidirían a nombrarlos como "pics de la Coume del Riou" [o picos de la Coma de Riu: ¿el pic de les Fonts (2.758 metros) y el de la Pala Rodona (2.793 metros)?] siguiendo criterios en exclusiva geográficos. El descenso del sector lo abordaron por la *jasse* de la Serrera y luego la de Rialb. Su campaña de escaladas en Andorra había terminado. Por el momento.

Desde el entorno del port de Siguer, Ussel pudo observar con ojos de escalador la zona de Rialb. Más en concreto, su impresionante cara Este, que nada tenía que ver con la ruta que siguieran Packe y Russell en 1864. Sin duda, un objetivo para más adelante.

Pero la suerte no les iba a acompañar en el nuevo escenario. En el curso de ese mismo estío de 1901, Ussel y Marfaing regresaron en un par de ocasiones para abrirle su "ruta de dificultad" al pic de Rialb (2.687 metros). Durante la primera, tras salir desde Escaldes, la niebla y la lluvia forzarían una retirada. En su segundo intento, estos escaladores lograron situarse para la pernocta en la *jasse* de Lestouss, e incluso entrenarse en los llamados Rochers de Redoneilles, a 2.290 metros. Cuando se hallaban en plena travesía del Pé-Pélat, entonces se desencadenó una especie de adelanto del fin del mundo:

"Nos sorprendió una tormenta formidable de ráfagas de nieve. ¡Ah, el viento en estas regiones altas! ¡Qué majestuosamente hablaba mientras azotaba y sacudía nuestro abrigo! Tuvimos que descender de nuevo. Pero la niebla se puso de su parte y terminamos perdidos por los roquedos que dominan Escaldes. Fue preciso descender vertiginosamente entre la bruma y bajo la lluvia. Tuvimos que seguir resbalándonos sobre unas losas lisas, deteniéndonos mediante golpes de talón cuando llegábamos a las terrazas herbosas, extraplomadas sobre el vacío, y bajando por corredores de hierba con unas pendientes fantásticas, encordándonos y desencordándonos sucesivamente. ¡Qué rudo descenso!".

Al menos se puede hacer una rápida anotación más en la cuenta de aquella añada del vizconde. Él mismo la incluía en sus *Excursions et sensations pyrénéennes* (1901):

28 de octubre de 1901: Ascenso al pic de Malcaras (2.865 metros) de Ussel con Rauzy. Una vez más, a las puertas de Andorra.

No sería la última de las escaladas de estas cordadas lideradas por el aristocrático parisino. Volveremos a citarnos con ellas un poco más adelante.

5.07. Desde los abismos del Principado

Antes de proseguir con su historial deportivo, merece la pena entretenerse con unos breves escorzos de la mentalidad del pionero de la escalada andorrana. Para ello escarbaremos por los comentarios que realizara Jean d'Ussel durante su exploración del sector del pic de l'Estanyó en agosto de 1901. Así, en plena aproximación hacia su objetivo, el vizconde y su guía atravesaron el "pueblo negro" de Soldeu, donde constataron que "mochilas, aparatos fotográficos y cuerdas no dejan de intrigar a los nativos con los que nos topamos, quienes nos dedican miradas de desconfianza".

Insistiremos un poco más en la vertiente antropológica de su viaje hasta los basamentos del pic de l'Estanyó. En la aldea de Ransol iban a recolectar una serie de "miradas desconfiadas y respuestas secas y breves". Según ellos

creyeron percibir, claro está. Porque otros visitantes coetáneos quedaron encantados con los recibimientos de los montañeses... En cuanto a sus tentativas infructuosas en el terreno de la toponimia y de la identificación de objetivos se podrían glosar de este modo irónico: "Resulta extraño el destino de las montañas, que son infinitamente viejas y, a menudo, todavía ignoradas!, a pesar de ser tan visibles". El sector que Ussel y Marfaing atravesaban aparecía pleno de animación, por lo que hubo nuevos encuentros en los campos de labor:

"Es la época de la recogida del heno, y hombres y mujeres están con la horca entre las manos. Pasamos entre ellos sin que nadie se digne en mirarnos: eso sería un acto de curiosidad contrario a su dignidad y orgullo. ¡Aquí se aprecia sus diferencias con la raza francesa! Nos cruzamos con algunos, que nos miran casi con arrogancia y responden desconfiados a nuestras preguntas [...]. Los andorranos se sienten una anomalía en nuestra Vieja Europa y quieren que los olvidemos. Todo extranjero les resulta sospechoso: quién sabe si no viene con alguna finalidad política".

Pasemos ahora a difundir alguna de las ideas de Ussel sobre la búsqueda de la dificultad en las crestas y paredes más complicadas de este territorio. Cierta consideración que sacó a relucir cuando se disponía a trazar su itinerario en el pic de l'Estanyó, lo describe perfectamente: "Este camino permitirá realizar un poco de filosofía experimental sobre el grado de fragilidad de la vida humana". En efecto: la mentalidad montañera evolucionaba con el cambio de siglo... Con frecuencia, el parisino serviría gotas de esta ideología. A resultas de las dos tentativas contra la muralla nororiental del pic de Rialb que el mal tiempo terminó desbaratando, esto afirmaba:

"Los Pirineos se muestran aquí, en esencia, variados y engañosos. Pueden resultar a la vez fáciles y difíciles, según el costado por el que se ataquen. Para un mismo pico, se puede hallar un lado ridículamente fácil, otro muy difícil y, finalmente, un tercero imposible. El estudio de los roquedos y de las vertientes delicadas constituye, en la actualidad, el mayor atractivo de las ascensiones pirenaicas. Permiten, a los escaladores, degustar unas sensaciones emocionantes por caminos nuevos o poco conocidos".

Un nuevo ideólogo de la escalada moderna se iba perfilando... Veamos otra muestra más. Tras sus experiencias trepadoras en el pic de l'Estanyó, Jean d'Ussel proclamó:

"No es la altitud lo que da su encanto a un pico, sino su aspecto y la dificultad que opone a una ascensión. La vista que se tiene desde su cima parece cien veces más bella cuando se llega hasta allí con el corazón batiendo tras las emociones de la escalada".

La crónica del montañismo andorrano puede seguir con el rastreo de los registros del *Club Alpin Français*. En ellos quedaron anotados los últimos progresos trepadores de Ussel en las paredes del Principado pirenaico:

26 de julio de 1902: Visita del parisino al pic de Cataperdís (2.806 metros), sito en la misma línea de aguas.

Verano de 1902: Intento de Ussel al pic Rialb (2.687 metros) por el norte. Nuevamente demostraba su querencia por la frontera franco-andorrana.

4 de julio de 1907: Desde el Diente Oriental del pic de Cataperdís (2.806 metros), el vizconde recorría el cresterío hacia el port Dret (2.683 metros) junto a Rauzy. Una posible *primera* a lo largo de la arista limítrofe.

Las montañas del *País del Pirineo* tuvieron mucha suerte al despertar el interés del vizconde Jean d'Ussel. Su vertiente crítica bien se le puede perdonar al *padre de la escalada andorrana*. Lo importante es que él solo logró que sus aristas y paredones formaran parte, bien tempranamente, de esos decorados donde se experimentaban las corrientes más punteras del montañismo del nuevo siglo.

5.08. La perspectiva de un hombre de Ley

En cierto modo, la visión local del Principado podría estar representada por un texto de 1904 que versaba sobre *La Coutume d'Andorre*. Lo firmó J.-A. Brutails, quien en su erudito trabajo se presentaba como corresponsal del *Institut*, archivero de La Gironda y juez del Tribunal Superior de Andorra. Por este último título su resumen, dentro del capítulo primero sobre "La Andorra geográfica, económica y demográfica" no carece de interés.

A modo de introito, el libro de Brutails, eminentemente un recopilatorio de reglas y leyes andorranas, así hablaba de su territorio cuando describía "El país y sus contornos" para unos lectores que, con toda seguridad, estaban interesados en temas de Derecho:

"Andorra dibuja más o menos un triángulo: la base, de treinta kilómetros aproximadamente, está torcida hacia el norte y corresponde a la frontera con el departamento del Ariège. Un trozo pequeño, hacia el oeste, mide una veintena de kilómetros. Finalmente, la mayor porción, la hipotenusa, separa Andorra de los Pirineos-Orientales y de España.

"Andorra está [mayoritariamente] en la mitad meridional de los Pirineos. Al noreste, en el costado de los ports de Framiquel y de Soldeu, desborda la línea de partición de aguas y su límite sigue durante unos kilómetros la orilla izquierda del río Ariège. Esa porción de su territorio forma las amplias praderas de la Solana. Hay que añadir que ese trazado anómalo de la frontera ha dado lugar desde hace siglos a reclamaciones por parte de municipios franceses vecinos, como los de L'Hospitalet y Mérens, con procesos interminables".

De cualquier modo, mayor interés tendrá para los apasionados del montañismo la perspectiva de Brutails en cuanto a "Los relieves" del Principado pirenaico:

"La superficie de Andorra está cubierta por un amontonamiento de montañas, entre las cuales, las más elevadas se acercan a los tres mil metros. Los dos valles principales son los de los dos torrentes que llevan el nombre de Valira: la Valira del Nord corre más o menos de norte a sur, irrigando Ordino y La Massana. En cuanto a la Valira de l'Est, que se dirige desde el noreste al suroeste, atraviesa las parroquias de Canillo y Encamp. Ambos Valiras se reúnen un poco más arriba de Andorra la Vella. Por debajo de su confluencia, la Valira circula por Andorra [la Vella] y Sant Julià de Lòria.

"Estos valles presentan un declive pronunciado. El port de Framiquel o del Embalira, por donde se pasa generalmente desde la cuenca del Ariège a la de la

Valira de l'Est, se encuentra a 2.445 metros, Soldeu a 1.885 metros, Canillo a 1.579 metros, Encamp a 1.359 metros, Ordino a 1.347 metros, La Massana a 1.268 metros, Andorra [la Vella] a 1.079 metros, Sant Julià [de Lòria] a 950 metros, el río Runer, en el punto donde el camino de mulas lo franquea para penetrar en España, a 880 metros [datos que dice obtenidos de *La Republica d'Andorra*, de Arthur Osona].

"Las vertientes de las montañas están rasgadas por los canales o barrancos y los torrentes. Los roquedos abundan: rocas graníticas, esquistasas y de un tipo de pizarras gruesas que sirven para hacer los tejados. Esos esquistos se desgajan cuando sufren fuertes lluvias: entonces las pendientes se cubren de grandes guijarros que se denominan *tariers*, o tarteras. Aquí y allí ese osamento rocoso surge del suelo y se alza en eminencias, o *tossals* [tozales]. Las pendientes se muestran muy distintas según sea su orientación, existiendo diferencias muy destacadas entre el *ubach* o *ubaga* [zona sobria] por un lado, y el suelo de la *solana* [zona soleada] por otro. Estas, caldeadas por el sol, se ven más pronto libres de sus nieves, por lo que se cultivan con mayor frecuencia: durante la primavera aparecen inundadas por el verde tenue de los trigales y por las praderas, donde brota una flora lujuriosa. El *ubach* muestra un aspecto más austero, ofreciendo un verde más sombrío que rompen los ramilletes rojos de los rododendros y los negros abetales, que toman allí el aspecto de batallones fantásticos que se lanzan al asalto de las crestas.

"Otra distinción no menos importante que la precedente separa las partes bajas de las altas, los *rebaixants* de las montañas. Durante la estación estival, las montañas se convierten, casi por entero, en el dominio de los rebaños, que se reparten por los *cortons*, que son las parcelas, los lotes en los que se dividen los pastos. Los *rebaixants* más cercanos a las poblaciones, mejor guarnecidos de humus fertilizante, en gran parte se dedican al cultivo".

Por lo demás, no se olvidó Brutails de surtir su obra con un pequeño listado de las montañas importantes de Andorra, obtenidas a partir de la *Contribution à la carte des Pyrénées espagnoles* de Aymar de Saint-Saud. De un modo muy resumido, se decantaba por este trío: "Pics de Recofred y de Ensagens (2.870 metros), del Estanyó (2.911 metros) y de Coma Pedrosa (2.946 metros)".

De este modo se servía, como anticipo de sus colecciones de Jurisprudencia histórica, una descripción física del *País del Pirineo* en 1904. Aunque hiciera gala de algún tópico, al menos añadía breves aportes locales.

5.09. Un Rousseau tardío

Seguiremos en compañía del excursionismo catalán en la Andorra de comienzos del siglo XX. Un territorio que, en apariencia, no lograba interesar demasiado por sus elegantes alineaciones de dosmiles. Aun con todo, los andarines que arribaban a este Principado desde el sur incrementaron su catálogo de textos excursionistas.

En la crónica del *País del Pirineo* hay que reservarle varios capítulos a Salvador Armet i Ricart, conde de Carlet i del Castellá. A través de una serie de artículos para el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, este aristócrata de la Ciudad Condal dedicó varias entregas al fomento de diversas marchas por

la media montaña andorrana. Más en concreto, desde los números 127 (agosto de 1905), 128 (septiembre de 1905) y 129 (octubre de 1905). Como la colección sobre su periplo "Del Segre a l'Ariege a través d'Andorra" realizado en 1904 es bastante extensa, será preciso abreviar parte de los contenidos, buscando su capítulo "De la Seu d'Urgell a Andorra la Vella".

Quienes acudan a la obra de Carlet descubrirán a un poeta fascinado por la naturaleza pirenaica. Casi podría decirse que con inequívocos aires *rousseaunianos*. En su trayecto desde la muga hasta la capital del Principado durante su viaje de 1904, así se maravillaba:

"Poniendo el pie en territorio andorrano, el camino que en el país denominan *Real*, si bien, en honor de la verdad, no drinda pasos tan malos como los de España, nunca deja de ser pedregoso, con cuevas y pendientes muy fuertes [...]. Se encuentra la bonita casa con borda llamada del Cosp, que casi toca la misma Valira, para entrar al poco tiempo en la garganta del Forn, donde el río corre con estrépito, saltando grandes bloques de piedra. Salimos de allí para marchar por llanos, entre prados y cultivos de tabaco, que ya empieza a verse por todas partes. Pasado el riachuelo de Sant Eloi, no tardamos en encontrar la capillita donde se venera a dicho santo que, como tantas que encontraremos en el país con el nombre de *oratoris*, situados en el mismo camino, son pequeños altares al aire libre, de forma rústica y encalados, estando las imágenes que allí se veneran guardadas por una tosca reja. Estos pequeños monumentos tienen una finalidad destacable: no solo revelan (desgraciadamente, estamos tentados a decir que revelaban) la piedad del pueblo andorrano, sino que durante el largo invierno orientan al viajero cuando la nieve todo lo envuelve, borrando los caminos. Los pequeños escalones que suelen encontrarse al pie de estos oratorios parecen invitar al viajero cansado por las insolaciones del verano a buscar allí, a la sombra de la minúscula capilla, el descanso. En cualquier estación, dado que están en lugar despoblado, predisponen al viajero al recogimiento y a la meditación, reconfortando su espíritu y trasladándole nuevos bríos y fuerzas para proseguir su viaje".

Un arranque poético, propio de Rousseau. Mas no por ello se librarán las poblaciones andorranas de las críticas de este barcelonés. Sin entrar en epítetos, explicar solo que, en la capital, Carlet se creyó "transportado a una época muy lejana, en plena Edad Media". Acaso su fijación por la naturaleza suscitara esas visiones negativas de "aquel pueblo que se levanta en medio de la risueña y lujuriente vegetación que le rodea".

El interés de las tres entregas del conde de Carlet i del Castellá radica en sus propuestas de excursiones por las cotas medias. Descritas siempre con un entusiasmo que contrasta con las opiniones que destina a las obras de los humanos. Aunque no dejen de destacar sus trabajos como folklorista y crítico musical. Por lo demás, así explicaba la ruta hasta La Massana:

"Tomamos un camino hacia el norte, que enfila durante una cuesta empinada hasta un lugar en que, ya en pleno valle o canal de la Valira del Nord, vemos el río hacia abajo, bramando furioso al principio de la garganta y precipitándose en blancas cataratas [...]. Más que pintoresco, estamos ante un paisaje fantástico, y hasta en ciertos momentos parece que uno no se halla en

presencia de la realidad, sino de la naturaleza en toda su más sublime grandeza, y contempla extasiado una decoración de teatro o una creación procedente del genial lapicero de Gustave Doré. La vegetación desplegada y los prados de color verde de esmeralda que en plano inclinado llegan hasta el río, las montañas inmensas que se elevan por ambos costados, las corrientes de agua que por todas partes brotan, hacen de este rincón un lugar verdaderamente ideal [...]. Desde este punto la vista, uno se extasía en la contemplación del paisaje: el río corre a nuestros pies entre prados y arboledas; hay cordilleras llenas de bosques donde pace mansamente el ganado; y, enfrente, rodeado de precipicios, el pintoresco pueblecito de Anyós con su iglesuela, más afilada todavía. Emprende entonces el camino una bajada no demasiado fuerte, y a los pocos minutos entra ya por un bosque con bojés, en el valle o ribera de Massana, tan pintoresca que parece un verdadero jardín que recuerda los mejores paisajes suizos. Prados por todas partes que encajonan el río, saltos de agua en todos lugares, bosques frondosísimos que bajan hasta los verdes pastoreos y, como fondo, difuminados en el horizonte, las nevadas cumbres superiores”.

Estos cuadros idílicos del conde no evitaban sus reproches en cuanto se aproximaba a la civilización. Evitando las diatribas, de este modo viviría el *Rousseau catalán* su entrada en Escaldes:

“Se ve una cruz gótica brutalmente mutilada, porque apenas conserva entera la columna que le servía de basamento. Era un bonito ejemplar del arte gótico y estaba reservada a esa florida juventud que apedrea a los forasteros (es muy frecuente) [...]. Cuando el acceso a este valle deje de ser, como hoy, pesado y hasta difícil, se abrirá una era de gran prosperidad, porque se verá muy frecuentado”.

Sigamos cobrando cota para contener las críticas del cronista. Carlet recomendó mucho la excursión al accesible estany d'Engolasters (1.682 metros), al que subiría con un guía andorrano al que llamó *Abuelo Casas* y de quien iba a destacar “su gracioso hablar y dichos tradicionales”. Los decorados de media montaña surgen a través de unos extractos de su marcha del día 1 de octubre de 1904 hasta el estany Forcat (2.544 metros) siguiendo la vega del Madriu:

“El horizonte, sin una nube, teñido por la albada de un color azul palidísimo que hacía surgir de las sombras de la noche fugitiva la esplendidez del paisaje en el que está enclavado el pueblecito, prometiendo una bella jornada [...]. Por detrás de la nevada montaña de la Tossa d'Engolasters [¿del Braibal?], el vivísimo color rosado del cielo anunciaba el nacimiento del sol; los bosques de las vertientes tomaban color y formas por al fondo, cercados por prados verdes todavía, y por sombrías arboledas, festoneadas por la blanca espuma de la Valira, y teniendo como fondo las caprichosamente nevadas montañas de Andorra [...]. Otra vez en pronunciadísimos zigzags, y teniendo a nuestros pies el río, cuyas riberas todavía poseen una hermosa vegetación, emprendemos una fortísima subida que nos hizo entrar en el Destajo, valle en miniatura donde se encuentra una borda rodeada de prados, por entre los cuales corre el río, que, dividido en varios brazos, resbala suavemente por una inmensa peña en plano inclinado, formando un tranquilo y encantador salto [...]. Nos internamos por este bosque inmenso, a través del cual el río corre locamente y con estrépito,

escondido entre los árboles centenarios y describiendo mil sinuosidades. Solamente un guía muy hábil o un *paquetaire* pueden encontrar el camino, una vereda que se pierde a menudo entre lo más intrincado de la selva, donde es preciso abrirse paso entre el ramaje que el peso de la nieve o los vientos han logrado inclinar [...]. Otro tramo dentro de un bosque, ya menos frondoso, y terminamos distinguiendo, a través de los claros del mismo, la majestuosa silueta de la alta cadena pirenaica por el este, sureste y sur, unos macizos cuyas crestas forman la línea divisoria entre España y Andorra por aquellos lugares, y donde se encuentran esos portillos o puertos que solo se franquean sin peligro en verano, donde se pierden los pobres *paquetaires* que, con grave riesgo de su vida, frecuentan en cualquier estación para burlar la vigilancia fiscal [...]. La naturaleza también se halla en su más grandiosa simplicidad. Inmensas tarteras, un verdadero caos de rocas, descompuestas por las heladas hiperbóreas y por la furia de los elementos; montañas desnudas, agudas, que parecen querer escalar el cielo y desafiarlo, sobresalen a veces por encima de las nubes; pedrizas moteadas de nieve; rocas aquí y allá como escombros; algún pino emigrado, triste y perdido en aquel desolado desierto, que espera, resignado, la muerte como otros cuyos esqueletos se aprecian: tal es la visión dantesca que por delante nuestro hay por todas partes [...]. Un último esfuerzo nos lleva, después de una regular subida, y a los quince minutos de pisar nieve hasta hundir nuestros pies, al último de los *estany*s, el conocido por el lac de l'Illa, que es de lo más hermoso y grande [...]. Echamos un último vistazo al rosario de sierras y montañas que dominamos, medio blanqueadas por la nieve; dejamos aquellos lugares de una grandiosidad que aplasta, que son el reino del silencio de la muerte, y emprendemos la bajada, que se hace más penosa y difícil por los resbalones que nos hace dar la nieve, que ya se helaba en la parte sombría. Así, conversando con el guía, nos contó cómo encontraron allí a dos hombres helados por el frío invernal de aquellos puertos; cómo la nieve, con sus remolinos, y la ventisca, sepultó en Citut a cinco contrabandistas; cómo en esta misma altiplanicie, hace cosa de siete años, un toro mató a cornadas al pastor, Roger de Canillo, en el mismo lugar donde pocos días antes éste le había dado una fuerte paliza, vengándose tan furiosamente que cuando lo encontró su hijo, solo halló un montón de carne deshecha y huesos, así como otros cuentos y sucesos, siempre con notas trágicas, porque aquellas tierras poco hospitalarias solo tienen historias, leyendas, tradiciones y fábulas de carácter dramático”.

Sin duda que el mejor Carlet a floraba en cuanto adquiría altura. Bucearemos un poco más en el amplio relato de su siguiente excursión andorrana. Ahora, hacia el port de Fontargent (2.262 metros):

“El camino *Real*, que dejamos, es aquí peligroso puesto que, colgado en una vertiente de la montaña, tiene a sus pies, y a gran distancia, el río, que encajonado serpentea por abruptas rocas que forman espantosos precipicios, resonando como una especie de trueno. Es un espectáculo que sorprende. Parece como si uno se encontrase ante los más llamativos y fantásticos paisajes alpinos y tiroleses [...]. Se abre a nuestra derecha un ancho valle, el de Juclar, que recoge las aguas del *estany* de este nombre, las cuales confluyesen en el río de Incles. Poco antes, a nuestra izquierda, hemos encontrado un riachuelo

que baja impetuoso de la montaña y que nace en los pequeños estanques de Incles, situados no lejos de allí [...]. Media hora dura la ascensión en zigzag por una tartera cubierta por una amplia pedriza, y después de un último esfuerzo, cinco minutos de subida bastan para ganar el port de Fontargent, altiplanicie en cuyo centro se ve una piedra plana que es el hito que señala la frontera francesa [...]. Desde este punto, un panorama espléndido se nos presenta por todas partes”.

El aristócrata de Barcelona quiso, al menos, encaramarse sobre una de las atalayas que dominaban en corazón de Andorra. Un acto que iba a lograr que ingresara en la pequeña historia del pirineísmo andorrano.

5.10. La topografía de Carlet

Antes de proseguir su periplo hacia el Ariège, Salvador Armet i Ricart recomendó el trayecto “de Ordino al pich de Casamanya [Sur] en tres horas y quince minutos”. Como parece una de las más tempranas topografías para subir a un gran vértice (2.739 metros) por parte de visitantes catalanes, nos entretendremos aquí con sus indicaciones de 1904:

“Desde Canillo puede hacerse esta ascensión por dos caminos: o bien subiendo directamente por la fuerte cuesta de Montaup, recorriendo después la montaña d’Incles y, por camino de cabras, enfilarse hacia la cumbre, o bien yendo desde Canillo hasta el coll d’Ordino, y desde allí hasta la cumbre. Por los dos caminos, hay aproximadamente 2 horas 55 minutos. De Ordino a Segudet (15 min); de Segudet al Planell dels Parregus (35 min); del Planell des Parregus a la Font de la Mavina (10 min); de la Font de la Mavina al coll d’Ordino (40 min); del coll de Ordino por un camino que ha de buscar un guía práctico y yendo provistos de buenos bastones de montaña a la cumbre (1 h 35 min)”.

Se ve que a Salvador, conde de Carlet i del Castellá, le disgustaba el fondo de los valles y se maravillaba con las zonas montañosas de Andorra. Incluso se instaló en su campaña de 1904 sobre alguno de sus puntales.

A modo de curiosidad complementaria, se pueden brindar los horarios de las excursiones que completó Carlet, de los que se “puede asegurar su exactitud, ya que absolutamente todas ellas han sido realizadas y comprobadas personalmente por el autor”. Es decir: su listado de recorridos por el Principado. Así los difundía desde el *Butlletí* número 129, del mes de octubre de 1905:

“De la frontera de España a Andorra [la Vella]: 2 h 25 min.

“De Andorra a La Massana: 1 h 25 min.

“De Andorra a Ordino: 2 h.

“De Andorra a Les Escaldes: 35 min.

“De Andorra a Encamp: 1 h 45 min.

“De Andorra a Canillo: 3 h 5 min.

“De Ordino a Encamp: 3 h 55 min.

“De Ordino a Canillo: 2 h 35 min.

“De Sant Julià [de Lòria] a Òs: 2 h 35 min.

“De Sant Julià a Civís: 2 h 58 min.

“De Andorra la Vella a Tor [por los collados de la Botella, de Seturia y de Cabús]: 5 h 25 min.

"De La Massana a Vicdessós por el port d'Arinsal o Negre: 10 h 50 min.

"De La Massana a Auzat por el port de Rat: 7 h 50 min.

"De Ordino a Vicdessós por el port de Rat: 12 h 50 min.

"De Ordino a Vicdessós por el port d'Arbella: 17 h 10 min.

"De Ordino a Tarascon por el port de Siguer: 12 h 45 min.

"De Ordino a Les Cabanes por el port de Banyells: 12 h 15 min.

"De Canillo a Les Cabanes por el port d'Incles o Fontargent: 9 h 30 min.

"De Les Escaldes a l'Hospitalet por el port d'Envalira: 8 h 30 min.

"De Les Escaldes a Porté por el port de Puymorens: 10 h 15 min.

"De Les Escaldes a Bellver por el port de Vallcivera: 11 h 25 min.

"De Les Escaldes a Bellver por el coll de Perafita: 9 h 50 min.

"De Les Escaldes a Martinet: 8 h 15 min.

"De Les Escaldes a Bercarán por el estany de la Nou y el port Negre: 8 h 55 min.

"De Sant Julià a Bescarán por Aubinyá y el coll de Pedrerol: 4 h 15 min.

"De Les Escaldes al estany d'Angulasters: 1 h 40 min.

"De Les Escaldes a los estanys Forcats: 4 h 55 min.

"De Les Escaldes a los estanys de Els Pessons: 6 h 15 min.

"De Ordino al pich de Casamanya: 3 h 15 min".

Los andarines que desearan marchar por las veredas del *País del Pirineo* disponían desde 1904 de su vademécum particular. Procedente de un ya activísimo pirineísmo catalán.

5.11. Cierta periplo de Hilaire Belloc

En casi todas las crónicas itinerantes del Pirineo se cita a Joseph Hilaire Pierre René Belloc. Un poeta, periodista y escritor nacido en 1870, cerca de París, de padre francés y madre británica. Viviría en un ambiente familiar de escritores merced a las obras literarias de su madre y hermana. Este conocido historiador con doble nacionalidad franco-inglesa, apodado como *Old Thunder*, o el *Viejo Trueno* por su fuerte carácter, fue miembro de la Cámara de los Comunes por el Partido Liberal inglés en 1906, para hacerlo en 1910 como independiente.

En su obra escrita destacan de un modo especial los temas históricos, desarrollados siempre desde una perspectiva cristiana. Inició su carrera en las Letras con unos *Versos y sonetos* de 1896. Aquí se atenderá únicamente a su faceta viajera, que parece arrancar en 1898 con *The modern traveller*. Como quiera que fuese, resulta obligado acudir al gran volumen sobre *The Pyrenees, with forty-six sketches* (1909), una obra de múltiples ediciones. Por alguna alusión, es posible que su periplo fuera concretado, en cuanto a las etapas por el sector oriental de la cordillera, hacia el año 1905.

Aunque Belloc realizara múltiples referencias, un tanto dispersas, hacia las más variadas facetas del Principado pirenaico, mejor limitarse aquí a las paisajísticas y andarinas. Acudamos, pues, a ese capítulo V dedicado a "Andorra and the Catalan Valleys". Nos permitirá observar desde una perspectiva muy *anglo* sus detalladas descripciones de ruta:

"Se pueden considerar Andorra junto con el valle español del Segre, el valle superior de la Noguera Pallaresa y la Val d'Aran, para así completar un

viaje y a través de Andorra hasta la Seu, desde ahí hasta del valle del Segre y el de la Noguera, y así hasta el Alto Garona, en una ronda, en la que se cubra toda una zona de los Pirineos, todos ellos en su sector catalán.

"Hay dos formas por las que se puede llegar al curioso país de Andorra desde el norte, y ambas parten en última instancia del valle del Ariège. La primera forma, más corta y difícil, es por el valle del Aston, un afluente del Ariège que baja por un valle lateral y que queda cerca tanto de la estación de tren de Cabanes como la línea de Foix a Ax. La segunda y más fácil manera de entrar es subiendo hasta las fuentes del propio Ariège, el río principal, y sobre el Embalira. En cuanto a la primera, todos los valles rocosos que se fusionan para alimentar el río Aston forman juntos un distrito de los mejores para aquéllos que se proponen explorar en solitario un rincón de los Pirineos durante unas cortas vacaciones. Incluso si un viajero de este tipo no puede o no opta por forzar una de las entradas a Andorra, habrá encontrado en el Aston un país en el que un hombre puede acampar y pescar, así como subir a cualquier lugar, con una sensación de libertad bastante desconocida en este reino [...].

"Toda la cuenca del río [Aston] incluye seis corrientes principales y, por supuesto, muchos torrentes más pequeños que lo alimentan. Los nombres de los picos descubren por sí solos su evasión, así como la mezcla de miedo y atracción que han tenido para los pastores de estos lugares las tierras altas. Se puede pasar una semana, o un mes, o todo un verano en el sector en ese circo encantado que queda limitado en la frontera por la alta cresta que va desde la *fuelle de plata*, el Fontargente, con su pico alto y cadena de lagos. El Aston tiene en sus fuentes, escindidas de España, y una cresta de ocho mil a nueve mil pies, que es una cresta cuyos pasos son ligeras muescas entre las rocas más altas. Los caminos hacia Andorra a través de esta cresta desde el Alto Aston son tan numerosos como dichas muescas, y casi todas se pueden subir con algo de conocimientos y paciencia, pero las únicas porciones donde existe alguna pista son el Fontargente, en el este, y los Peyregrils [¿Pla de les Peires?], en el oeste. Es fácil fracasar en cualquiera de los dos y, por lo tanto, se requiere cierta habilidad y espíritu deportivo para tener éxito en cualquiera de los dos caminos.

"Para los Peyregrils, se debe comenzar desde Cabanes y seguir la corriente principal del Aston por un camino despejado a través del bosque, llevando un mapa como guía. Un poco después de un punto donde parece arrojarse sobre el río el llamado el puente de Coidenes, los dos arroyos principales del Aston se encuentran: uno va fluyendo desde el sureste por el desfiladero boscoso; el otro baja en cascadas por un barranco empinado, apuntando directamente hacia el norte y el sur. Este barranco debe de tomarse para ir a los Peyregrils. Hay que subir hacia una roca empinada por el espeso del bosque. Al otro lado, se sale a un país de hierba abierta, y se dispone de la primera vista de la zona principal. El camino baja de nuevo hasta el arroyo, habiendo girado en la cascada, cruza el arroyo y fluye a lo largo de su margen derecha, u oriental, entre el agua y una serie de acantilados que son los del pico del col de Gas. A una milla de este cruce de arroyo, como uno va hacia el sur y un poco hacia el oeste, se llega a un torrente lateral que cae por la izquierda; el camino cruza este torrente y todavía continúa por la orilla derecha de la corriente principal. Es un punto difícil,

porque el camino parece bifurcarse y, al tomar la rama de la izquierda, como hice hace cuatro años [¿luego en 1905?], uno puede perderse en el valle vacío bajo y verse perdido durante dos días como me pasó a mí, o para siempre, aunque a mí no me sucediese eso. Al cometer estos errores, es fácil que los hombres se extravíen, y se puede estar seguro de que las personas que son encontradas muertas en las montañas, bajo pequeños precipicios, no han sido, como dicen los periódicos, asesinados por ningún accidente, sino por el agotamiento. Han vagado entre la niebla o se han perdido de alguna otra manera hasta que la privación los debilita tanto que ya no encuentran el menor punto de apoyo: en general, el gran peligro en las montañas no es el de caerse, sino el de quedar separados de los hombres.

"Aquí, como en muchas otras dificultades de este tipo, la brújula puede salvarnos, porque si uno descubre que va cada vez más hacia el este, marcha por el camino equivocado. La derecha va hacia el sur, por el oeste, a lo largo de la orilla izquierda de la corriente. Hay un amplio *jasse*, o pasto, que se atraviesa en toda su longitud, cruzando otro torrente que viene de un desfiladero rocoso por la izquierda: el torrente y el camino, juntos, evolucionan más y más hacia el oeste, hasta que la dirección general es hacia el oeste y, por fin, uno se encuentra con los acantilados escarpados del Étang Blanc. El camino resulta claro porque la corriente no recibe más afluentes y, por lo tanto, no hay ambigüedad alguna en esta dirección. El camino sigue el arroyo alrededor de una arista de roca desde donde se puede ver el Étang de Soulauet, y desde aquí el viajero va derecho hacia arriba durante quinientas yardas, más o menos sobre la cresta, todo recto por el empinado lado de atrás, y se encuentra en el fondo del valle el arroyo llamado Rialb: tal es el pasaje de los llamados Peyregrils.

"Una vez que uno queda por debajo de las orillas del Rialb, no tiene más que seguir el rastro que corre a lo largo del banco de ese arroyo, cruzarlo, llegar a la aldea de Serrat, y así seguir el agua hasta el pequeño pueblo de Ordino. Cuatro millas más allá, está Andorra la Vella [dice Old Andorra]. La distancia desde el collado hasta Andorra es de algo más de doce millas, contando todos los recovecos del camino. En esto, como en tantos cruces de frontera de los Pirineos, la dificultad está totalmente en el lado de los franceses: una vez en el lado de los españoles, sus valles más amplios conducen sin dificultad por los caminos.

"La otra entrada en Andorra desde el valle del Aston, por el Fontargente, se realiza del modo siguiente. Cuando el Aston se divide justo después del puente, uno toma la bifurcación sureste, cruza el puente y encuentra un camino claro que sube por la orilla derecha del arroyo principal del Aston a través de un bosque. Tras cuatro millas por este camino, sale uno del bosque y, durante otras cuatro millas, sigue por el mismo lado de la corriente en una dirección que va primero al este y luego al sur, y por fin se curva hacia el sur. Hay un puente con dos cruces al otro lado, pero uno no debe tomarlo. Hay que mantenerse cerca de la orilla oriental, o derecha, del Aston todo el camino hasta llegar a un lugar difícil de distinguir y, sin embargo, ese reconocimiento resulta esencial para el éxito. Es un *jasse* bastante estrecho y pequeño, situado entre una cresta rocosa a la izquierda, o al este, y una línea de acantilados a la derecha, o al oeste. Aquí

hay algunas cabañas, e incluso si uno se ha perdido, el lugar se puede reconocer por el hecho de que, en el extremo posterior de esta *jasse*, las dos fuentes del Aston se encuentran casi en una línea recta, haciendo que con el arroyo principal que uno ha estado siguiendo, forma como la letra T. El camino toma ya sea el valle o el brazo de la T. Hay que girar a la izquierda o al este: el que está a la derecha, o al oeste, no conduce más que a los acantilados y precipicios imposibles de la Passade y la Cabillère.

"El camino oriental, o derecho, debe de seguirse justo al sur y el este durante exactamente una milla, todo la cual se mantiene al norte de la corriente. Al final de esa milla cruza el arroyo, gira gradualmente alrededor del alto bulto de una colina rocosa, va primero al sur, luego en unos pocos metros al suroeste hasta que viene, a una milla del lugar donde se ha cruzado, sobre el gran *tarn* o pequeño lago de Fontargente, o el *Agua de Plata*. El puerto se encuentra a la vista, justo encima del lago, a no más de quinientos metros de desnivel. Una vez más, es la misma historia que en los Peyregrils: un sendero que sigue la corriente de agua lleva hasta Canillo, la primera población, hasta Encamps, la segunda, y así hasta Andorra la Vella. La distancia desde la cordillera principal hasta Andorra por este sendero es de dos o tres millas más que por los Peyregrils.

"Estas son las dos formas difíciles y de montaña que llevan a Andorra desde el norte. La forma más fácil y mucho más común de entrar es acercarse a ella desde el curso superior del río Ariège. Uno toma la carretera principal de Ax a L'Ospitalet, hacia donde hay un servicio de carruajes públicos, o *diligencia*. Pero hay que ir a pie, porque uno llega a L'Ospitalet antes que la diligencia si comienza en los albores de un día de verano, y es importante llegar temprano, ya que no hay un buen lugar para dormir entre el lado francés y la villa de Andorra. En L'Ospitalet la carretera principal de Andorra baja en pocos metros hasta el torrente del Ariège, lo cruza y sigue su margen izquierdo. Va más allá de la frontera, que es aquí una línea artificial, y aunque todavía está en el lado francés de la vertiente, está políticamente en Andorra sobre esa ladera de hierba desierta que forma la orilla izquierda del Ariège.

"En el segundo torrente que baja por esta ladera hacia el río, o más bien el segundo arroyo, ya que son bastante pequeños, el cable de telégrafo, que hasta ahora ha seguido el camino, se verá pasando a la derecha, subiendo por un valle lateral algo empinado. Esto queda a unas cuatro millas de L'Ospitalet. No hay más que seguir esa línea si hace buen tiempo, y se llega justo sobre la cresta, viendo hacia abajo, en el lado sur andorrano, Soldeu. Si hay brumas en las alturas, casi con toda seguridad se perderá la vista, y posiblemente la vida también. Sin embargo, el cruce se puede realizar incluso con mal tiempo si se va algo más al sur del llamado puerto de Embalira. Para encontrarlo, se necesita cierta atención.

"Observe con su brújula la tendencia del Ariège; se curva alrededor más y más a medida que lo sigue, y cuando comienza a apuntar hacia el sur (lo que hace después de una curva perceptible) se puede observar una pista bastante aplanada que baja desde el lado opuesto del valle: desciende y toca el Ariège en

un lugar casi exactamente a dos millas del lugar donde la línea del telégrafo dejó el arroyo.

"Aquí, frente a la carretera, giré bruscamente, alejándome del Ariège (que ahora era un pequeño arroyo), y fui hacia el oeste siguiendo a la brújula, justo hacia arriba de la montaña, que aquí no era más que una pendiente de hierba empinada, para ganar el Embalira. Es uno de los pocos collados que se pueden cruzar con cualquier clima, porque se encuentra en esa ladera, un poco más hacia arriba, el inicio de una carretera, aunque sea una ruta que nunca se acabó. Nunca había sido terminada, pero estaba trazada y nivelada, y era una conducción tan buena como la mejor carretera de los Pirineos. Probablemente nunca será terminada, pues los andorranos se oponen a que exista una entrada fácil a su país, pero mientras su traza permanezca, uno nunca podrá perderse en su camino al puerto de Embalira. El otro lado es un descenso empinado y fácil sobre una especie de talud, encontrándose Soldeu por esta ruta más larga a unas cuatro millas del collado. Ya sea siguiendo la línea del telégrafo o viniendo por el Embalira, las dos pistas se unen en Soldeu, y el resto del camino es el mismo que el que llega desde Fontargente; es decir, a través de Canillo y Encamps, hasta Andorra la Vella.

"Siendo fácil como camino, sin embargo, hay que recordar que exige un largo día desde Ax, sin contar que con cada revuelta no se está muy lejos de marchar unas treinta millas, y más de la mitad de ellas son colina arriba. Ax se encuentra a unos dos mil o dos mil cuatrocientos pies (según la parte de la empinada ciudad desde la que se mida) y la cumbre del Embalira es casi exactamente de ocho mil pies. No hay interrupciones en los ascensos de uno a al otro.

"El interés de Andorra radica en su supervivencia, así como en el reconocimiento que recibe por ser un estado europeo independiente. Todos estos valles cerrados de los Pirineos llevaron una vida más o menos independiente durante siglos: desde el declive del imperio Romano hasta la unión de Aragón con Castilla, en el lado español, y en el lado francés, en algunos lugares, hasta la propia Revolución, se jactaban de sus propias costumbres y podían defender sus propias leyes. La violenta disputa entre Madrid y Aragón, en la que la independencia de Aragón fue ferozmente destruida, afectó a la mayor parte de los valles, y mató su independencia, pero no afectó los valles catalanes, de los cuales Andorra era el más apartado y remoto y, por lo tanto, Andorra sobrevivió. Se puede estudiar en Andorra lo que todos estos valles fueron en el largo período de crecimientos locales y naturales entre la muy lenta muerte de la burocracia romana y el rápido ascenso de lo moderno.

"Los franceses, a través del prefecto del Ariège (en representación de la Corona de Francia, que a su vez fue heredera del condado de Foix) reclaman un control parcial sobre los andorranos, que pagan al Gobierno en París cuarenta francos al año como muestra de lealtad. Los españoles se aferran a ella a través del Obispo de Urgell, que no solo es su Ordinario, sino también su Soberano civil: obtiene solo dieciocho francos al año de cuanto recolectan los agricultores. Los andorranos tienen todos los excesos y virtudes de las democracias de un modo claramente evidente. Son muy hacendosos, un poco duros, avariciosos,

cortesés, aficionados al contrabando y celoso de cualquier interferencia. También Andorra es en sí una gran tienda que suministra todas sus necesidades y lleva a cabo intercambios internacionales.

“El catalán, un dialecto provincial en España, es aquí la lengua nacional. Están divididos, como todos católicos, en clericales y anticlericales; los clericales, creo, constituyen una mayoría trabajadora, y no hay entre ellos, por lo que se puede ver, un pobre hombre u oprimido. Desde Andorra la Vella, un buen camino abierto conduce a través de las estrechas puertas del país, al valle del Segre, y así hasta la Seu d’Urgell [...]”.

De este modo se presentaba, ante los ojos de un Hilaire Belloc de treinta y cinco años, la Andorra Viajera. Cuyas veredas de entrada desde Francia, sin duda alguna, fueron promocionadas en el mundo anglosajón por este célebre cronista.

5.12. La excursión filológica

En 1906 mosén Antoni Maria Alcover Sureda firmada un interesante texto sobre su *Excursió filològica*. Al menos, en cuanto a los fragmentos que se refieren al ingreso en el Principado pirenaico para recopilar elementos para su *Diccionari Català Valencià Balear* (1962), más conocido como el “Diccionario Alcover-Moll”.

Durante la importante añada de 1906, este sacerdote de Manacor presidió el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana, donde se instauró la Sección Filológica del *Institut d’Estudis Catalans*, viajando hasta la Seu d’Urgell. El día 16 de agosto, a las 4:30 h, salía a pie por la carretera rumbo al noroeste:

“Nos domina la expectación por Andorra. ¿Cómo será Andorra, ese estado microscópico que subsiste desde los tiempos de Carlomagno, sin que ninguno de los peces mayores se lo haya comido? ¿Qué será? ¿Qué no será? Las noticias al respecto que nos habían dado no eran nada favorables [...]”.

“Camina que caminarás, y al cabo de dos horitas la ribera de la derecha se amplía y se aplanan un poco; junto al río hay una casona grande: es la Farga de Moles. Más arriba hay otra casa más nueva y prosaica. Es la de los Carabineros y las Aduanas. Nos hallamos frente a la frontera. Caminamos seis o siete minutos, estamos al lado del río Runer, que desciende de Arcabell, el último pueblo español, una pequeña luna desde aquella pila de montañas. El río Runer hace la partición entre España y Andorra. Ya estamos en el microscópico Principado.

“La ribera del río se estrecha y estrecha. Ahora siempre subiendo y con montañas por cada lado, peladas en gran parte, enfilan por arriba sus cúspides, entremezclando y entremezclando sus resaltes y repisas, y casi no dejan paso. Se ve que ya no estamos en España porque entre el río y cualquier faja del terreno hay sembrados de tabaco. El aspecto del país es seco, rocoso, estrecho y salvaje. Todo son montañas y más montañas, por donde se abren barrancos, hondonadas y comas que en algunos puntos se apartan un poco y por donde corre la Valira y confluyen sus afluentes”.

El periplo para recopilar elementos con destino al futuro *Diccionari* seguiría hacia Sant Julià de Lòria y Andorra la Vella. Unas poblaciones donde arrancarían

sus recogidas de información sobre fonética y gramática de la lengua andorrana. Pero ese tema interesante escapa ya de los asuntos excursionistas.

5.13. Campañas botánicas de 1916 y 1917

Durante los años diez del siglo XX, varios botánicos hispanos llevaron a cabo una serie de exploraciones por Andorra. Algunos de ellos, con base en Zaragoza y de la mano de la *Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales*. Entre estos eruditos se hallaba el prestigioso Longinos Navás Ferrer, un científico y sacerdote natural de Tarragona al que se cuenta entre los primeros socios de *Montañeros de Aragón*. En ocasiones se veía complementado por otro jesuita, asimismo catalán de nacimiento, como el padre Joaquim Maria de Barnola i Escrivá de Romani.

El siguiente documento sobre la *Historia de les investigations pteridològiques a Andorra* (1919), del profesor Barnola, resume los avatares de las exploraciones florísticas durante ese decenio intenso. Dejando aparte los recuentos de especímenes nuevos identificados, acudiremos a sus recorridos y actuaciones de estos naturalistas que llegaron desde Zaragoza:

“Acordada la excursión oficial de la *Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales*, de 1916, por los valles del Principado de Andorra y San Juan del Erm, pude realizar la primera parte de la misma en compañía del R.P. Longinos Navás S.J., quien continuó el resto del programa con el señor Ascensio Codina. Mi primer intento al visitar con alguna detención los frescos prados, elevadas cimas, rápidas corrientes y tranquilos lagos de región tan típica, fue herborizar exclusivamente criptógamas vasculares y muscíneas. Tanto más, que poco antes de emprender la excursión había recibido en generosa dádiva del H. Señen, un folleto intitulado *Florule de la République d’Andorra*, por los señores Paul Cousturier y Michel Gandoger, extracto del *Bulletin de la Société Botanique de France* (1913). En una corta introducción que precede al catálogo escueto de las plantas recolectadas, ordenado por los autores según el sistema de De Candolle, afirman sus autores que después de la presentación de su trabajo al mundo botánico, podía darse como bien conocida la Flora peculiar de Andorra. ¿Qué iba, pues, a resultar nuestro trabajo, más que una repetición de especies y localidades publicadas tres años antes? Tanto más que uno de los dichos botánicos, Cousturier, vivió en Andorra el año 1913 desde el 13 de mayo al 13 de agosto, único tiempo hábil para herborizar con provecho, dada la especial climatología de aquellos valles pirenaicos, imposibilitando hacerlo en otra época el régimen udométrico que la caracteriza. Mas icuál sería nuestro desencanto cuando a las primeras salidas topamos, en sitios los más obvios, con varias especies, que no concebimos cómo pudieran haberse escapado a la vista de un botánico ido exprofeso a escribir la flora andorrana, y que en tres meses pudo disponer de las facilidades que quiso, para recorrer así los caminos más trillados, como los más recónditos vericuetos de Andorra! Esto nos impelió a cambiar en parte el plan primitivo y a que recogiéramos cuantas plantas nos venían a las manos, por más que no hubiéramos ido prevenidos ni para la recolección, ni preparación de tanta planta como diariamente amontonábamos. De todos modos, cúmplenos decir en honor a la verdad, que la *Flórmula* de Cousturier y

Gandoger nos ha servido como de base, a modo de primer jalón en la Flora vascular de Andorra.

"Por la circunstancia indicada, nos complacemos en ofrecerla a la *Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales*, pues de derecho le corresponde, como organizadora de una excursión, que desde muy antiguo deseábamos emprender.

"Nuestra estancia en aquel hospitalario país fue desde el 4 al 14 de julio en 1916, y del 7 al 11 del mismo mes en 1917; pasando ordinariamente todo el día en excursión, variando lo más posible los itinerarios a fin de recorrer el máximum de terreno y poder darnos cuenta de la flora con la mayor exactitud posible. Con todo, nos quedaron algunos puntos extremos por visitar, y con gran sentimiento no pudimos terminar el reconocimiento de los valles pirenaicos más elevados y de muchos de los lagos alpinos o *ibones* allí tan abundantes.

"El sistema hidrográfico que preside la distribución de los valles andorranos es muy sencillo, atendiendo a las dos corrientes principales, llamadas respectivamente *Valira del Norte* o *Rivera del Ordino*, que nace de los riachuelos procedentes de los estanques o ibones de Tristana, Cresants, Valldaigua, Fontblanca y Sorteny, que es la rama derecha; y *Valira del Este* o *Rivera de Canillo*, que toma origen en los veintitrés ibones que ocupan hoy el circo del antiguo helero de los Pessons. Reunidas las dos ramas del *Valira* por debajo de Engordany, prosigue su curso con la misma denominación por el valle mayor de Andorra la Vella, Santa Coloma y San Julián de Loria, rebasa la frontera española entre la Borda del Cosp y la Fragua de Moles, confundiendo en fin su caudal con el del Segre al pie de la ciudadela de la Seo de Urgel. Una pequeña parte de las vertientes orientales, desde el puerto de Fra Miquel a Buhidor, en la solana de Andorra, son tributarias del Ariège.

"La geología de Andorra nos demuestra la presencia de los períodos estrato-cristalino, cámbrico, silúrico, devónico (?), representados por gneiss, micacitas y talcitas, filadios maclíferos y satinados, pizarras, grauwackas; cuarcitas y calizas, y calizas (?), respectivamente. Hacemos abstracción naturalmente de los depósitos modernos, acarreados desde el período de la segunda glaciación hasta nuestros días.

"Lo indicado sobre la constitución geológica del suelo del Principado de Andorra nos explica a las claras el inmenso predominio de especies de terrenos silíceos y la casi ausencia de las calcífilas; siendo precisamente en el notable afloramiento calizo, próximo al torrente de la Cal, junto a San Julián, depósito tal vez el más potente de entre los escasos que la caliza presenta en todo el territorio.

"Antes de comenzar la enumeración de especies, que sujetamos a la más moderna clasificación, debemos advertir que hemos cambiado algunas de las denominaciones de localidades empleadas por los autores de la *Florule*, por no hallarlas conformes con el uso corriente; que utilizamos el nombre del *Fené* para designar el sitio y alrededores donde estuvo emplazado el pueblo de dicho nombre antes de que el resbalamiento del terreno en que se asentaba lo precipitara en el Valira la noche del 16 de abril de 1865; y, finalmente, que no hemos podido identificar dos localidades, ni a fuerza de consultar mapas y preguntar a las personas más instruidas de Andorra. Una de ellas es *La Vacada*,

denominación que en castellano y catalán corresponde al grupo de los bovinos que se llevan a pastar o que están verificándolo. La otra es la de *Lauvac*. Presumimos que los autores se refieran a la parte umbría fronteriza a Andorra la Vella, ya por la semejanza con *l'aubac* o *aubaga*, con que designamos en catalán la parte umbría de los montes, ya por la identidad de especies en dicho sitio recogidas.

"Hacemos preceder de un asterisco las familias, géneros y especies..., por nosotros descubiertas.

"Con esta publicación añadimos unos doscientos números a las especies y variedades citadas por Paul Cousturier y Michel Gandoger en su *Florule de la République d'Andorre*; pero estamos –muy lejos de linsojearnos de dar con ello por bien conocida la flora del Principado–; antes distamos mucho de la apreciación de dichos botánicos: *Nous pensons donc être dans le vrai en affirmant que la flore de ce curieux pays est bien connue maintenant* [Pensamos estar en lo cierto afirmando que la flora de este país singular ahora es bien conocida]. Son tantos los andurriales que quedan por recorrer, los vericuetos escondidos, los riachuelos y pequeños prados no cruzados, las vertientes y grietas inexploradas, los picachos no escalados, las hondonadas no cruzadas; que no dudamos en afirmar que los celebrados valles encierran aún plantas no descubiertas y atesoran gratas sorpresas para el botánico que continúe la labor llevada a cabo hasta el presente. Grande ha sido indudablemente la nuestra, mas con ella sólo creemos haber aportado un nuevo grano de arena al edificio hoy incompleto de la Flora andorrana".

Según este erudito catalán, las campañas botánicas del segundo decenio del siglo XX estaban desvelando los penúltimos misterios de las especies florísticas del *País del Pirineo*. De paso que aireaban la belleza de alguna zona de media montaña.

5.14. Citas interrumpidas por una Gran Guerra

A las puertas ya del conflicto mundial de 1914-1918, algunas entidades francesas se interesaron por las trepadas más características de Andorra. Por aquel entonces había tantas asociaciones deportivas que resulta difícil rastrear sus movimientos. Es una lástima que el crecimiento del montañismo galo se viera cortado de raíz en los campos de batalla europeos.

Así y todo, se sabe que la Sección del *Club Alpin Français* de Tarbes, presidida por un viejo conocido como Émile Rayssé, indicaba en su memoria de 1912 ascensiones colectivas a "los picos de Lavans (2.892 metros), Comapedrosa (2.939 metros), Fontargent (2.618 metros), Alba (2.764 metros) y Rulhe (2.791 metros)". De esta última cumbre, Rayssé apostilló que era un picacho "de granito negro y vista siniestra". Es decir: irresistible para un montañero de pura cepa.

Otro pirineísta célebre que se interesó por el Principado pirenaico sería Henry Spont. Autor de varios libros de divulgación turística, sobre todo de las montañas cercanas al Luchonnais, este parisino firmó en 1914: *Les Pyrénées. Les stations pyrénéennes. La vie en haute montagne*. Entre sus páginas había

un capítulo que cubría los "Pirineos de Oriente" donde se descubría esta breve alusión a sus posibilidades deportivas:

"Finalmente, sobre todo, se impone una visita al valle de Andorra. Los puertos de paso no faltan, y no existe sino el problema de elegir entre los puertos de Arinsall (2.700 metros), de Auzat (2.601 metros), de Arbeille (2.604 metros), de Siguer (2.365 metros), de Bagnels (2.585 metros), de Fontargente (2.252 metros), de Soldeu (2.580 metros), de Fray-Miquel (2.460 metros). Este último es el bueno. Para el andarín resulta una delicia el errar a través de las calles [de Andorra la Vella] bordeadas por arcadas y casas con pinturas de regreso de una excursión a la Comapedrosa (2.946 metros) o del Puig de Casamanya (2.770 metros), las más altas cumbres de este extraordinario valle, que ha sabido guardar intactas sus viejas y encantadoras tradiciones. Verdaderamente, no se debería dejar el Ariège sin visitar Andorra".

Podemos constatar el proceso de asentamiento en la promoción del Principado del Pirineo a través de una guía de aquella misma época. Veamos cómo Henri Ferrand se informó sobre las zonas montuosas de Andorra para la confección de sus itinerarios en *Les Pyrénées de Perpignan à Biarritz* (1914):

"Poco antes de alcanzar Porta, dejamos por la derecha la abertura de ese valle de Campcardós que, mediante un camino de mulas y algunas mesetas con prados, nos llevaría al valle de Andorra, esa curiosa región aún inaccesible para los coches, que debe a su situación aislada el formar un pequeño estado libre entre España y Francia [...]. El collado [de Pimorent/Puymorens] forma una meseta con cierta amplitud donde se disfruta de un punto de vista importante hacia el noreste y el circo del Siscar, dominado por los picos de Siscaró (2.634 metros) y las crestas de l'Alba".

Cuanto menos, Ferrand había apuntado hacia una de las regiones altas del Principado que parecía menos explorada. Uno de sus compatriotas se puso manos a la obra para que dejara de serlo...

5.15. Exploración del Gavarnie Andorrano

Mientras media Europa se desangraba en el segundo año de conflicto mundial, el órgano del *Club Alpin Français* publicó cierto trabajo sobre una de las últimas *terras incognitas* del continente: "Un cirque pyrénéen mal connu; le cirque du Sisca". Su autor era Louis Rouch, un especialista en los Pirineos Orientales que desglosó sus pesquisas desde los números 4-6 de *La Montagne* (abril-junio de 1916).

El monográfico de Rouch sobre el Siscar pretendía objetivos tan ambiciosos como favorecer que se le comparara con el circo de Gavarnie o, mejor aún, con el Troumouse. Para abrir boca, dicho pirineísta creyó oportuno investigar los avances de sus antecesores. A mediados del siglo XIX los geodestas militares galos ya habían estudiado esta porción fronteriza entre Francia y Andorra mientras completaban el llamado Mapa del Estado Mayor. El teniente Péro serviría estimaciones de varias cotas del hemicírculo: la Punta 9 (2.610 metros), la Punta 10 (2.620 metros), la Punta 11 (2.634 metros)... En 1886 era el turno de su compatriota Victor Huot, alumno y colaborador de Franz Schrader: mientras que el primero subía con su regla-eclímetro a la cumbre del

pic de la Cabaneta (2.818 metros), desde el pic d'Envalira (2.823 metros) hacía lo propio su jefe con un orógrafo.

Aun con todo, eran tareas incompletas sin un reconocimiento minucioso sobre el terreno. Como, debido a la Gran Guerra, el *Service Géographique de l'Armée* estaba ocupado en los sectores más convulsos del Frente Occidental, Rouch se echó sobre sus espaldas el relevo de Péro, Huot y Schrader. Ni corto ni perezoso, se encaramó sobre el pic d'Escobes (2.779 metros) y comenzó a tomar anotaciones cartográficas, describiendo "sus otras dos aristas, que siguen la frontera, apreciablemente en el mismo plano, de tal forma que la vertiente andorrana de la pirámide, a pleno abombamiento es casi tan vertical; se trata de un costado a pico espantoso que, hasta ahora, por lo que sé, no ha sido tanteado por los escaladores". Más adelante se comprobará que era el tipo de insinuaciones que lograban efectos en el costado norte de la cadena.

Ajeno al *interés vertical* que pronto iba a despertar, Rouch hizo lo mismo sobre la cresta de l'Alba. Extraña que, a pesar de los dramáticos momentos que atravesaba su país, aprovechase para difundir las grandes posibilidades deportivas de esta especie de *Gavarnie de los Pirineos Orientales*:

"Son unos grandiosos dientes de sierra en granito que dibujan sobre el cielo sus puntas amenazadoras, tan recortadas y cortantes que parecen metálicas. Los *climbers* escaladores aventureros podrán *divertirse* aquí a su gusto, y sus acrobacias obtendrán como recompensa, no solamente el orgullo de la dificultad superada, sino también la satisfacción más estética de poder contemplar, desde lo alto de sus cimas, los dos bellos circos que dividen".

El resultado de sus rutas por la muga con Andorra fue una serie de correcciones toponímicas y, sobre todo, el análisis de los probables recorridos de sus antecesores, Marcaillou y Ussel; ambos, fallecidos en 1909 y 1914 respectivamente. Más amenas resultarían sus invitaciones para que "los alpinistas ejercitados que dispongan de unos días de libertad" realicen lo que bautizó como *Tour du Cirque*. Así, una vez situados en el refugio de la Bésine, bien accesible desde L'Ospitalet, se podía abordar el recorrido de los puntales que conformaban el anfiteatro del Siscar:

"Muy temprano, ganar la Portella del Siscar (2.441 metros), apuntando hacia allí directamente, desde cerca del estany de Molsuda, por el sendero de mulas que lleva allí. Desde este collado, ascender sucesivamente las cimas del pic de l'Alba (2.764 metros) y, seguido, el de Escobes (2.779 metros), siguiendo, si bien en sentido contrario, el itinerario descrito por Ussel: el pie este del pic de Regalécio (2.569 metros), la Tossa de l'Alba, la cresta terminal y la cima del pic de l'Alba (2.764 metros), la Pequeña Portella de l'Alba, la vertiente sur de la cresta de l'Alba y la cima del pic d'Escobes (2.779 metros). Desde este punto, para ganar una de las dos brechas que enmarcan el Cilindre d'Escobes, el camino más directo sería el de bajar por la cara meridional del pic d'Escobes. Sin embargo, como ignoro si esta vía es practicable, no me atrevo a recomendarla que se intente esta ruta nueva en una jornada tan densa; sobre todo, en descenso. Por ello, se regresa por el camino de ascenso hasta el vallecito que hay entre el pic d'Escobes, el pic Sud del port de Juclar y las Puntas 1 y 2 de la cresta de l'Alba. Por los dos corredores antes citados se llegará a las cercanías

del estany Superior d'Escobes, y después se tendrá que subir las molestas pendientes de guijarros que conducen a una de las brechas del Cilindre d'Escobes. Una vez franqueada, se sigue por el reverso andorrano toda la cresta del Siscar y, pasando por la Senyal/Tossa del Cap de Siscaró (2.818 metros) y el pic de la Cabaneta (2.818 metros), se alcanza la cumbre del Roc Meler (2.811 metros). Insistiendo siempre en la cresta fronteriza, pronto se encuentra, a unos quinientos metros al suroeste de esta cumbre última, un pequeño collado: descender por su vertiente nor-noreste y norte hasta hallar una traza de carneros que llevaría al mismo circo”.

El catálogo de las montañas de la muga entre Andorra y Francia había fichado una novedad interesante. Según Rouch, se trataba de “un itinerario largo que no dejaba mucho tiempo para la contemplación del paisaje”. Por lo demás, el galo recomendó que se ampliara sobre otras “regiones poco conocidas circundantes como, en Andorra, el valle de Incles”. Aunque había dos bordas de pastores en el circo francés, el pirineísta aconsejó subir tiendas, debido a su “desconfianza soberana hacia la hidroterapia [de los pastores], lo que podría causar alguna incomodidad en el olfato de los turistas delicados”. Sin embargo, sí se decantaba por dar empleo a los nativos como guías o porteadores ocasionales. Y, en caso de optar por la pernocta en las cabañas, previno para que al menos se subiera “paja fresca e insecticidas”. Tampoco se olvidó de lanzar nuevos guiños a esos “trepadores en busca de emociones violentas, las hallarán sin duda en las paredes verticales de la cresta de l'Alba y en la vertiente andorrana del pic d'Escobes”. Finalmente, este cartógrafo *amateur* finalizó con todo un canto a las grandes posibilidades del circo:

“Los cazadores batirán las alturas persiguiendo a los rebecos y a las perdices blancas. Los pescadores hallarán truchas en el arroyo del lago del Siscar. A estas frituras y manjares de caza eventuales, los *gourmets* añadirán esas ranas que saltan, innumerables, por los prados en torno al lago del Siscar y en el estany de Molsuda que, cerca de sus orillas, se esconden bajo las piedras a ras del agua. Los perezosos y los soñadores podrán, sin dejar el campamento, contemplar a placer unos espectáculos inolvidables. Porque las diversas horas del día que, en las calles oscuras de las villas apenas se diferencian unas de otras, adquieren en medio de la naturaleza un aspecto muy especial, y cada una dispone de un encanto propio”.

Fue una gran suerte que, en cuanto acabó la I Guerra Mundial, algún trepador galo se interesara por la intensa propaganda realizada por Louis Rouch.

5.16. Desde el Tíbet Pirenaico

Es preciso destacar dos incursiones más de este periodo de transición en el que, por estar Francia inmersa en la guerra de 1914-1918, dejó libre el terreno al pirineísmo catalán.

Así, los días 14 y 21 de mayo de 1914, Pere Rius i Matas “realizó una detalladísima reseña de una excursión por Andorra”. El 26 de septiembre de 1915, Josep Maria Puig Martí refería su travesía desde Puigcerdà hasta Luchon a través del Principado. Cuatro jornadas después, Joaquim Girona divulgaba su

excursión por los estanys de Tristaina. Con estas promociones, no extraña que los socios del Club de la calle del Paradís se interesaran tanto por sus montañas.

Acompañaremos al ya aludido Rius i Matas en su "Excursió a Andorra i a la Cerdanya francesa". Un viaje que llevó a cabo en la segunda quincena de julio de 1915 junto con amigo Parés i Bartra... Ambos arribaban a este campo de operaciones en compañía *virtual* de Artur Osona: con su *Guia itineraria de les regions del Llusanès, Pireneus, Cerdanya, Serra de Cadí i Andorra* (1894) en la mochila. Y tras haber leído las relaciones del conde de Carlet en 1905. Mejor no demorarse con la detallada descripción de su ruta hacia el Principado, atendiendo a esta interesante reseña sobre los *techos* andorranos:

"La montaña se vuelve a enderezar inmediatamente sobre la orilla derecha de la Valira, elevándose de repente a gran altura. En el port de Asnurri vuelve a subir de firme hacia el norte, para pasar por el puig de Canòlic, domina la célebre ermita del mismo nombre, describiendo un semicírculo hacia España, y retomando después su dirección casi en línea recta por el port de Conflent, el puig de Coma Llempla, el puig de la Comapedrosa y el puig de las Bareytes/Pla de l'Estany, donde el límite alcanza el territorio francés. En esta parte del país, la más indómita de todo el valle, abundan los osos; y el invierno dura más de ocho meses. El puig de las Bareytes se levanta hasta los 2.800 metros sobre el nivel de la mar, y el de la Comapedrosa, a más de 2.900 metros. No obstante, allí es donde se encuentra la principal riqueza de Andorra. Vastísimos rasos, cubiertos de pastos, que son recorridos por rebaños de vacas y yeguas; hay grandes bosques de pinos y hayas que permiten a los habitantes pasar el invierno abrigados de los grandes fríos, y todavía puede el Consell General sacar dinero de las talas que manda hacer en los mencionados bosques".

Pero alguna de las malas costumbres procedentes del siglo XIX tardaba en desaparecer. Así, estos montañeros del sur, a imitación de los del norte, se despacharon a gusto con una serie de epítetos poco favorables hacia la capital del Principado. Al menos aportaron sus observaciones sobre los usos locales:

"El contrabando que desde esta República [*sic*] se hace a las dos naciones vecinas es de mucha consideración. Los tenderos y traficantes casi todos son franceses y españoles. La sencillez y la buena fe forman el carácter de estos montañeses, tanto más felices en cuanto no conocen la ambición ni la codicia; son religiosos, hospitalarios, sufridos, ahorradores, pacíficos, guardianes celosos de sus antiguas costumbres, libertades y privilegios, y caritativos con los pobres. Muestran gran afición a la caza, a la pesca y al vino, siendo sus idiomas, trajes y costumbres parecidas a los de los pueblos vecinos de Cataluña [...]. La riqueza de Escaldes en manantiales de todo tipo, tanto como en su lujuriosa vegetación, sus accidentes variados y sus paisajes, han hecho exclamar a algún maestro en excursionismo [¿Osona?] que aquellos lugares no tienen rival ni en los Pirineos ni en los Alpes".

Una de las marchas imprescindibles de comienzos del siglo XX tenía como protagonista cierto laguito boscoso ya mencionado, no muy lejos de las zonas habitadas. Rius i Matas la describe como si de un viaje a la Arcadia se tratara:

"Siguiendo la subida por en medio de las fajas y pedrizas que forman la plana o *plateau* de Engolasters, en un cuarto de hora escaso se franquea un

colladito, después de haber pasado por un agrupamiento de *cortals*; o sea, casas donde se guarda el forraje y el grano, y se encierra el ganado en la montaña. Al otro lado de este colladito se encuentra el lago de Engolasters, a 1.700 metros de altitud. Es de forma oval, y de una extensión de un kilómetro de longitud por setecientos metros de ancho; sus aguas son claras, de un morado intenso, habitadas por gran número de sabrosos barbos. Este estanque es uno de los atractivos más remarcables de Andorra por su poética situación, con sus orillas rodeadas de pequeños cerros cubiertos de bosque, teniendo como fondo las lejanas montañas de Canillo y Soldeu, por entre las cuales saca la cabeza el ya citado Casamanya. Lo avanzado de la hora y, más que eso, el aspecto de un cielo que, por instantes, amenazaba con una tormenta de las que se estilan en semejantes altitudes, nos impidieron descansar en las grandes rocas que allí se encuentran, para disfrutar de aquella apacible calma de la naturaleza a la vista de las aguas cristalinas de un lago que el viento rizaba en pequeñas olas. Y a fe que toda precaución por parte nuestra fue justa, puesto que la tempestad que nos vino encima fue de las que nunca más se olvidan”.

Sin embargo, ahora los turistas deseaban trepar más arriba. En Encamp, cierto dúo acordó con el dueño de la fonda que les acompañara hasta el port d’Envalira durante su segunda jornada de excursión:

“El siguiente día, 16 de julio [de 1915], emprendíamos temprano la subida, por camino algo mejor que el de Engolasters, hacia la región lacustre de Els Pessons, pasando antes por la ermita de Sant Jaume, y después por el coll d’Enredot o de los Cortals, cerca del cual dejamos las monturas y sus conductores, mientras que nosotros, con el guía, nos dirigimos a visitar los lagos. Estos, en número de dieciocho o veinte, de diferentes medidas, están dispuestos en forma casi circular sobre una vasta terraza granítica desnuda de árboles, desde donde se arrojan las aguas que se escurren de uno a otro hasta el fondo del valle. Se ve un rosario de hermosísimos estanques unidos por el hilo de plata de la Valira oriental, que allí tiene su nacimiento. No creemos pecar de exagerados al aseverar que la grandiosidad de esta región es de las más soberbias y encantadoras de toda la cordillera pirenaica. Vistos los estanques, volvimos al lugar donde nos esperaban las caballerías y, a la sombra de unos árboles sobre la misma orilla del naciente río, despachamos las provisiones que la Fonda Oros nos preparó al efecto, en la animada conversación de sobre la tabla o, mejor, sobre la hierba”.

Estaba claro: el excursionismo catalán se iba proyectando cada vez más sobre los territorios altos de Andorra.

VI. EL DEPORTE DE ENTREGUERRAS (1919-1936)

6.01. Semana Santa en el País del Pirineo

Puede decirse que el montañismo andorrano se asentó de forma definitiva cuando una de las figuras señeras de este deporte, Josep Maria Guilera i Albinyana, se interesó por las facetas más *árticas* del *País del Pirineo*. Conocer cómo discurrió este debut invernal de la mano del pirineísta barcelonés requiere

la traducción del capítulo que dedica a la "Semana Santa en Andorra" dentro de sus *Excursions pels Pirineus* (1959).

Así, parece que los instigadores del proyecto fueron unos *veinteañeros* catalanes a quienes les apasionaba el "montañismo de piolet y crampones" cuando las marchas en invierno se contaban con los dedos en la vertiente sur del Pirineo. Además del cronista, se enrolaron para esta correría Antoni Asbert, Josep y Joan Botey, y Lluís Goytisoló. El quinteto se dirigió al Principado durante la Semana Santa de 1919: en gran medida, debido a los textos encendidos de Osona, para quien la Andorra a caballo de los siglos XIX y XX era "desconocida, inalcanzable y hermética como un Tíbet engarzado en el Pirineo catalán". Aparte de este libro, sus candidatos rebuscaron durante el estío entre las "revistas excursionistas" con relatos de viajeros. Como medida suplementaria, solicitaron cartas de presentación a conocidos suyos con intereses comerciales en el Principado, por si había problemas en la frontera.

Estos aspirantes a las nieves de los picos andorranos marchaban hacia la Seu d'Urgell el 16 de abril de 1919. Las combinaciones desde Barcelona en tren y autocar solían reclamar unas doce horas de viaje. Una vez resueltos los trámites con los carabineros en la Farga de Moles, penetraron en una Andorra nevadísima. Se puede evitar las descripciones de los núcleos del Principado, para explicar tan solo que, según Guilera, "en el sentimiento de hospitalidad de la Andorra de 1919 influía mucho los cinco años de guerra [Mundial] y la falta casi total de visitantes, la mayor parte de los cuales entraban en la categoría de indeseables, como los desertores franceses o los alemanes evadidos de campos de concentración". Tampoco se entrará en las valoraciones que Guilera realiza sobre el famoso libro de Osona, al que juzga rico en "literatura laudatoria hija de su tiempo". Acudamos directamente a las cotas altas.

El primer tanteo consistió en una marcha hasta Els Pessons que desbarató la niebla: el quinteto se tuvo que conformar con un paseo hasta Soldeu. La noche los sorprendió en Canillo, donde la gente del pueblo, al ver sus piolets, les preguntó si venían para arreglar la carretera, en tanto que exclamaban: "¡Pobre canalla! ¿Qué deben de haber hecho, para tenerlos merodeando hacia la frontera con Francia?". Evidentemente, los tomaban por desertores franceses castigados a trabajos forzados.

Para el segundo día, el plan era subir al pic de Casamanya y ganar Ordino. Una excursión con el valor añadido de situarse en el centro geográfico del país. En una hora estaban ya pisando el nevazo: a partir de las bordas de Montaup, "la blancura iba a ser constante" en su trayecto hacia el coll d'Ordino. Les esperaba una larga jornada abriendo huella en la nieve, dando relevos a quien ocupaba la cabeza en "un trabajo agotador". La marcha a pie, descrita por Guilera como "una sucesión de suplicios", no les hizo perder su fe en que "era la única manera, adecuada y digna, de visitar la montaña en invierno, tan primitiva y desprovista de recursos". Aunque, en sentido estricto, hubieran ingresado ya en la estación primaveral. Situemos a estos jóvenes sobre su objetivo:

"Unas siete u ocho horas, todas parecidas, nos llevaron sobre el mediodía a obtener el premio de la cumbre del Casamanya. El día era radiante. La perfecta sucesión de crestas y de cimas que conformaba en las alturas los límites

fronterizos de Andorra ofrecía un panorama pleno de grandiosidad que constituía el mejor premio a nuestra constancia [...]. Con el mapa delante miramos y remiramos, repasando a la buena de Dios las montañas que se apilaban ante nuestras miradas curiosas despertando nuestra admiración. Los comentarios entusiastas volaban hacia algún pico esbelto o montaña de bella planta. El delirio de las alturas y de las cimas hallaba presas fáciles en nosotros, y seguiría dominándonos con persistencia. ¡La hora excelsa que pasamos en lo alto de aquella cima es de las que cuentan en la vida!”.

Más orientados para el descenso, lo llevaron a cabo por todo el cordal hasta el coll d’Ordino. Como es lógico, aquellos muchachos llegaron a la conclusión de que su aventura hubiera reclamado “menos penas” de haber traído los esquís. De hecho, la nieve les retrasó considerablemente en su trayecto por los bosques previos a Ordino, donde llegaron con el ocaso. Ante su puente hallaron a un grupo de nativos que discutía sobre las huellas que se apreciaban en la bajada del Casamanya, preguntándose si eran “de lobos o de osos”. Solo cuando los cinco hispanos les aseguraron que se trataba de sus propias trazas, los andorranos anularon la batida programada para el día siguiente.

Por fin, el montañismo catalán *de piolet y crampones* en encaminaba con decisión hacia el *País del Pirineo*. Bien dispuesto a recuperar el tiempo.

6.02. Viajeros en los Felices Veinte

Parece oportuno rastrear un poco más el espíritu viajero, que no el alpinista, en los decorados andorranos. Porque, instalados ya en pleno siglo XX, aún se sostenían actitudes poco avanzadas desde ciertas obras llenas de tópicos. Como las que aireaban Louis y Charles de Fouchier desde *Un mois dans les Pyrénées* (1920). Unos autores de guías muy curtidos, especializados en Portugal, Holanda e Italia. Por ese motivo resulta chocante que siguieran con las mismas matracas que en lustros precedentes. Veamos cómo exageraban estos trotamundos galos:

“Pocos turistas realizan este viaje [a Andorra]. Tan pocos, que el rumor de nuestro proyecto se expande enseguida por nuestro hotel en Ax. Los consejos varían, si bien hay algo en lo que se coincide: el acceso al país resulta largo y penoso”.

Así, ante el supuesto reto en ciernes, el chófer del autobús de Bourg-Madame les recomendó que, para recorrer sin problemas los veintiún kilómetros que les separan de Soldeu, tomaran como guías a “dos notorios contrabandistas”. Pero, como él mismo les dijo, “¿quién no lo era en Andorra?”. Resulta divertido ver cómo discurriría el proceso de contratación:

“Dijimos sea porque aún no los habíamos visto. Cuando llegaron, fue otra cosa. Uno de ellos, sobre todo, tenía el aspecto siniestro de un bandido. Nos aseguraron que eran honestos. Aunque no hablaban ni una palabra en francés, tras explicarles lo que queríamos hacer, parece que asintieron”.

Una vez en L’Ospitalet, los turistas no se atreverían a ir con ellos por los senderos de montaña habituales para reducir la duración del cruce de la muga. Desde la población gala se podía intuir Andorra como si fuera una especie de meta inalcanzable:

“El sol cae y las sombras se alargan al pie de las montañas, invadiendo lentamente el valle. Algunos resplandores rosáceos aún tiñen las cumbres y no se oye sino el sonido de una cascada cuyos reflejos de plata rompen la oscuridad... Avistamos ese curioso país pirenaico que se llama oficialmente *Los Valles Neutros de Andorra*... Sus amontonadas montañas alcanzan picos de cerca de 3.000 m, cortadas por valles estrechos y profundos”.

En la villa fronteriza contaron a los forasteros las fábulas acostumbradas en contra de los naturales del Principado. Pero los últimos habitantes de Francia hubiesen tenido que mostrar mayor agradecimiento hacia la fuente de ingresos que suponía su vecindad con la pequeña nación:

“En L’Ospitalet hay guías sin mulos para ir y volver a Andorra. Pagando quince francos, más el alojamiento y comida, se hace esta excursión de dos jornadas. El primer día se sale de L’Ospitalet a las 4:00 h, para almorzar en Soldeu sobre las 9:30 h, con cena y cama en Escaldes tras haber visitado Andorra la Vella. Al día siguiente, salida de Escaldes a las 4:00 h para regresar a L’Ospitalet hacia las 13:00 h”.

La era de los operadores turísticos llegaba finalmente al *País del Pirineo*. Y aunque este cruce de frontera desde tierras norteñas ya ha sido descrito en varias ocasiones, merece la pena hacerlo una vez más para constatar lo poco que había evolucionado con los años. De este modo seguía discurriendo tras la Primera Guerra Mundial:

“¡Las 4:00 h! El guía llama a nuestra puerta. Nos vestimos con rapidez y vaciamos un gran bol de un mal café con leche. En el exterior nos hallamos en mitad de una bruma opaca. Iremos por el sendero de mulos, que es más corto que la carretera, si se quiere ganar Soldeu. Cruzamos el río Ariège y, después, el arroyo que sirve de frontera en la Palomera. Penetramos en unos pastos donde los pastores duermen aún, sobre la tierra, envueltos en sus grandes mantas. Al lado pacen los rebaños bajo la vigilancia de los perros. Una sucesión de prados que nos parece interminable nos conduce, mientras se disipa la bruma, al port d’Envalira. ¡Es una escenografía teatral! El sol ha vencido a las nubes e inunda de luz un panorama grandioso y salvaje de montes escarpados y cimas nevadas perfilándose bajo el cielo azul. Bajamos por una suave ladera hacia Soldeu, cruzándonos con unos contrabandistas que llevan plegada en su faja una enorme navaja. La *Posada l’Hostet* nos abre sus puertas. Se trata de un albergue bastante modesto [...]. Por abajo se aprecia un arroyo; a la derecha, una montaña árida; a la izquierda, un pinar; y, por el horizonte, con pico con nieve”.

No vale la pena entretenerse demasiado en la ruta de descenso hacia la capital. Tan solo extraeremos alguno de los paisajes pintorescos que retratan los imaginativos Fouchier sobre esta Andorra del primer tercio del siglo XX:

“El río Valira se hunde en un desfiladero salvaje, una verdadera cueva de bandidos que nos recuerda la garganta de Sila en Calabria. Los mil meandros de este camino de mulas que sigue la margen izquierda del torrente suben, bajan y vuelven a subir a través de los guijarros, las piedras puntiagudas y las lajas resbaladizas [...]. Después de la Mosquera, el camino es apto para carros y el valle aparece más verde. Solo quedan esos montes siniestros que interrumpen el horizonte por el sur”.

Como aportación original, estos cronistas, ambos doctorados en Derecho, informaban de una curiosa industria local: la de las bodas. A los excursionistas galos les hizo gracia que algunas poblaciones del Principado pirenaico se hubiesen podido comparar con Las Vegas actuales por cuestiones de nupcias:

“Sucede con frecuencia que las personas que se ven impedidas por cualquier motivo a contraer matrimonio civil en sus respectivos países de origen, que vienen para que bendiga su unión el cura de Canillo o el de La Mosquera”.

Cosa más extraña aún, estos visitantes que arribaban desde el norte no arremetieron con la gastronomía local. A pesar de que admitieran su “idea funesta” de entrar en una posada de Escaldes por cuenta de los “malos olores del aceite, las coles y el ajo que golpearon las pituitarias”, la experiencia terminó resultando positiva:

“Fue una cena aceptable, con huevos pasados por agua exquisitos, unas truchas deliciosas y un excelente vino servido en un porrón, que lograron que superáramos esas sopas de ajos y el *ragut* con patatas y coles que expandían aromas nauseabundos al principio”.

Un nuevo aporte desde las guías de turismo para rehabilitar la casi siempre denostada cocina de Andorra. Otro pequeño progreso.

6.03. La gran obra del Viejo Rebeco

En 1920 tuvo lugar un hecho sumamente importante para las cumbres del Principado pirenaico. Por fin aparecía la guía montañera que se ocupaba de un modo conveniente de ellas. En extenso y al detalle. Una obra que había que apuntar en la cuenta de un solo hombre: Pierre Soubiron, un tolosano conocido como el *Vieil Isard*, o el *Viejo Rebeco*.

Soubiron era comisario para las excursiones por alta montaña de la sección *Pyrénées-Centrales* del *Club Alpin Français*. Un hombre muy respetado dentro del mundillo montaraz de Toulouse por su fomento del pirineísmo a través de las marchas colectivas que encabezaba. Mientras iba completando esta labor sobre el terreno, fue macerando la obra de su vida:

“Todos los años en vacaciones, durante más de treinta años, he realizado con algunos camaradas, aunque más a menudo fuese en solitario, dos grandes excursiones por la alta montaña; la única que, en mi opinión, otorga al verdadero pirineísta las más puras sensaciones que la práctica de un deporte puede dar al hombre”.

El *Viejo Rebeco* sacó a la luz el fruto de sus sudores en 1920, fecha en la que editó un libro titulado como *Guide Soubiron. Les Pyrénées. Du pic d’Anie au Canigou (ou 140 jours de Pyrénéisme). En 30 excursions*. Quiso servirlo igualmente en fascículos, clasificados por grupos según la base de partida, listos para ser transportados en mochila. Un bibliófilo moderno como Claude Dendaletche describió en 2005 su creación como “un modo muy claro y práctico de dar forma a las excursiones pirenaicas de treinta años con cartografía práctica de primer orden”.

Por el momento, en este apartado solamente se indicarán los capítulos de esta *Soubiron*, en su tirada primitiva, donde se abordaban las montañas del *País del Pirineo* con su grafía en origen:

“Excursión 24: en el Alto Ariège, Cataluña y Andorra, por el valle de Soulcen, la Pique Rouge de la Soucaranne, la Coma Pedrosa, el port de Médacourbe, el pic des Lavans, los pics del Étang Fourcat, el Tristagnes y el pic d’Aspre.

“Excursión 25: de Auzat a Siguier, por el pic d’Endron, el Étang Fourcat, el pic de Rialp, el Estayo, el pic de Serrère, el port de Siguer, el lago de Peyregrand y la garganta de Brouquenat.

“Excursión 26: del Hospitalet a Siguer, por el circo de Sisca, el Roc Mélé, el pic de la Cabanette, la Señal de Siscarou, el pic d’Ascobes, el pic de l’Albe, el pic de Rulle, el pic Noir de Joucla, los lagos de Fontargente, el pic de Mil-Ménut, la garganta de Quioules, el valle d’Aston, el pic del Pas de las Aygues y el pic de Midi de Siguer”.

Sin embargo, Pierre Soubiron tuvo que escuchar críticas muy ásperas en su tiempo. A pesar de que, según propias declaraciones, jamás pretendió que sus itinerarios fuesen perfectos, ni mostró por los mismos ningún tipo de “entusiasmo excesivo”. Cuanto menos, le acompañó cierto éxito en ventas. Y al agotarse la primera edición, a la vista de que no disminuían las peticiones de nuevos ejemplares, en lugar de reimprimir, el tolosano optó por incrementar su oferta. Así, en octubre de 1930 sacó a la calle otra versión con treinta y seis nuevas excursiones. Se podía comprar en un solo volumen o con los extras por separado, para añadirlos a la edición de 1920. Un refuerzo que se centró de forma especial en ese sector de los Pirineos Orientales que tan bien conocía a través de las excursiones que había llevado para el *CAF-Toulouse* durante largos años.

Habrá que dejar aquí al *Vieil Isard* hasta la revisión de la segunda tirada de su guía en lo que al *País del Pirineo* atañía. La definitiva de 1930, tras la importante corrección y aumento de todo el sector oriental de la cordillera.

6.04. Primera incursión de Jean Arlaud

Tras ser desmovilizado del Ejército francés, cierto habitante de Toulouse comenzó a retomar el pulso a su vida montañera. A Jean Arlaud no se le ocurrió otra cosa que ponerse al día explorando los “inmensos caos ciclópeos alucinantes” de los hemiciclos del Principado pirenaico. El tanteo inaugural que llevó a cabo junto a su amigo Denille se centró en el Siscar: el 30 de junio de 1920 intentaban escalar todas las cimas de su circo. Después de haber trepado las puntas que bautizaron como P8, P9, P10 y P11, según el orden de aparición desde el pic de Siscaró, las nieblas se conjuraron para impedir que se coronaran la P12 en este avance hacia el Cilindre d’Escobes. La pieza más deseada del lote.

Del 5 al 7 de julio de 1920, Arlaud se movió por la divisoria con Andorra para cobrar su cuenta pendiente. Esta vez, acompañado por Olivier Lebourg y Roger Martin. Llevaban con ellos el parco Mapa del Estado Mayor y una copia de un dibujo de Schrader donde se mostraba “una sucesión de cumbres piramidales cuyo aspecto bastaba para desear hacerles una visita”.

Los tres galos salieron de Porté el día 6 a las 4:45 h, con el pic Negre d’Envalira (2.823 metros) como objetivo primerizo. En realidad, lo habían elegido a modo de atalaya para estudiar los sectores que les interesaban. Con

grandes dudas por lo largo y complicado del trayecto, ganaban dicha cima a las 10:30 h. Desde aquí se dirigirían hacia la Portella de Joan Antoni (2.677 metros) con el fin de alcanzar el circo de Els Pessons. Un lugar que, desde el recorrido de Marçailhou d'Aymeric en 1894, había caído en el olvido. Frente a semejantes decorados, hubo fascinación inmediata por parte de Jean Arlaud:

"Es una inmensa cubeta lacustre de más de tres kilómetros de diámetro, colmada por un inextricable amontonamiento de bloques rocosos. Los laguitos aparecen a cada paso: contamos dieciocho principales, si bien, ise hubiese podido añadir una infinidad de otros más pequeños!".

Desde el hemicíclo, Arlaud y Lebourg treparon hasta el Grand Pic d'Envalira (2.823 metros) a través de unos corredores muy inclinados y un tramo de cresta. A despecho de su cara sur amable, la septentrional mostraba "murallas erizadas de puntas salvajes, muchas de las cuales esperaban sin duda una primera ascensión". Tras este reconocimiento, nuestro trío tomaría el sendero de Ordino para acceder a las bordas de Envalira. Mediando cinco francos, uno de sus propietarios les dejó pernoctar bajo techo.

A la mañana siguiente, 7 de julio de 1920, Arlaud pensaba tomarse su revancha sobre el Cilindre d'Escobes. Comenzó bajando con sus amigos por la Valira d'Orient hasta alcanzar Soldeu. Hubo allí nuevos contactos con la población local: "Algunos indígenas comenzaron a mostrarse, extrañándose ante la presencia tan madrugadora [eran las 5:25 h] de tres *gabachos*". Marchando por el sendero del valle de Incles, los jóvenes ganaron sus regiones superiores. Podrían evaluar la entidad de su reto ante "las murallas andorranas del Siscaró, que aparecieron vaporosas entre las brumas, cada vez más temibles conforme nos acercábamos a ellas". Tras abandonar el camino del port de Fontargent, los montañeros galos seguirían unas trazas de sendita hacia el estany de Juclar. Allí continuó el reconocimiento visual para determinar las posibilidades del sector en cuanto a retos verticales, tal y como reflejaron sus *Carnets* (1965):

"Los muros del pic d'Escobes (2.779 metros) se reflejan con ferocidad en estas aguas sombrías. ¡Hay buenas posibilidades para escalar en esta vertiente meridional! Desde aquí parece terrorífica, si bien todas estas montañas del Ariège y Andorra tienen truco, lo mismo que los decorados teatrales: por un lado, presentan paredones terribles y vertiginosos donde el coleccionista de vías novedosas puede ejercer tanto los músculos como su buen olfato, si bien por el otro son practicables, con amplios pastizales suavemente inclinados. Así, cuando tras una ruda escalada, el trepador cree haber conquistado alguna cima inviolada, encuentra arriba tanto corderos como vacas que han subido con tranquilidad por la otra vertiente".

Llegaba el momento de sacar las cuerdas de la mochila para asaltar el cresterío de Siscaró. La cordada del *CAF-Toulouse* se situó sobre la brecha de Escobes. Ante el lúgubre aspecto de lo que les esperaba hacia el Cilindre hubo deserciones, y Arlaud tuvo que calzarse sus *espadrillas* de escalada para dar un paseo en solitario por las alturas:

"Tendí en vano [a mis compañeros] el extremo de la cuerda: nada que hacer. Así pues, tenté por mi cuenta la escalada. Primer ensayo por una fisura estrecha que salía de la brecha Norte: tenía algunos bloques encajados que no

pude superar. Pasé a la brecha Sur: por este lado, había extraplomos. Por la cara oeste, grandes lajas lisas y una especie de chimenea con presas escasas. Por allí me embarqué, en tanto que Lebourg, echado sobre un roquedo, me prodigaba sus buenos consejos: *¡Asegúrate antes de subir, no sea que no puedas volver a bajar!* Primer intento, segunda brecha. Cima del Cilindre, formada por una cresta estrecha donde el viento soplaba con furia. Parecía que el mismo Cilindre oscilaba. Rápido descenso, ayudándome de la cuerda para los rápeles”.

El escalador de Toulouse necesitó una hora y media para cobrarse esta elegante cima en la frontera francoandorrana. El trío se retiró por el circo de Siscar hacia L’Ospitalet. Como nota curiosa, añadir que cuando se hizo pública esta conquista en el CAF de Toulouse, los presentes estallaron en “salvas de aplausos”. El *Groupe des Jeunes*, esa sección trepadora que acababa de ser fundada un 18 de marzo de 1920, no podía haber iniciado mejor su historial. La conquista de la Andorra Vertical se reanudaba justo donde Jean d’Ussel la había dejado.

La aventura dejó una fuerte impresión en Jean Arlaud. Acaso, por ser uno de sus primeros éxitos trepadores. En su trabajo sobre “Aux Pyrénées désertes”, publicado en el número 151 de *La Montagne* (marzo-abril de 1922), de este modo proclamaba las maravillas poco frecuentadas del *País del Pirineo*:

“Andorra y la provincia de Lleida ocultan en el fondo de sus altos valles algunos grandes circos lacustres con misterio. Entre todos ellos, me parecen especialmente atractivos el circo de Els Pessons y el de Baborta. Con su inmensa cubeta de casi cuatro kilómetros de diámetro ocupada por caos alucinantes, salpicada de innumerables lagos y encerrada por crestas graníticas de agujas ruinosas, el orgulloso circo de Els Pessons tiene un acceso fácil desde la carretera de L’Ospitalet y el port de Framiquel. Sin embargo, no había acogido a muchos franceses desde su exploración por Marcaillhou d’Aymeric en 1894”.

La Andorra de las altas cotas se revalorizaba cada vez más. Era una tendencia imparable.

6.05. La Guide Joanne de 1921

Parece extraño que la siguiente *Guide Joanne* aparecida tras el parón de la Gran Guerra renunciase a las ascensiones de envergadura por Andorra. En sus *Pyrénées* de 1921, la antaño vanguardista casa *Hachette* se rendía ante las montañas comodonas. Eso, a pesar de que lucía una introducción del mismísimo Franz Schrader. El responsable del trabajo era un tal Marcel Monmarché, auxiliado en los terrenos montuosos por Lucien Lheureux, quien dijo “recorrer todas las regiones descritas”. Aparte de otros colaboradores, como corresponsal para los alrededores de Ax figuraba un cierto profesor Rouch que volverá a aparecer más adelante.

Como entrada principal al *País del Pirineo*, la *Joanne* reseñaba esa senda “en bastante mal estado” que, por el Pas de la Casa, ganaba el port d’Envalira a través de “pendientes del 10-12% y numerosos giros bruscos” hasta su capital. Desde Andorra la Vella existía un camino para carros de veinte kilómetros que conectaba con la Seu d’Urgell. Esta última ruta, gracias al servicio de autocares

con Puigcerdà, era la más recomendada. Como itinerarios “poco prácticos” indicaba además los puertos accesibles en mulo de Arinsal, Bareytes, Arbella, Serrat, Bagnels y Dret. Para los más andarines, los de Fontargent, Siguer y Rat. Desde el punto de vista turístico, esta guía de 1921 daba alguna pista sutil sobre lo que se recomendaba a los más inquietos:

“Soldeu (Posada Bonell-Hostet): excursión fácil en tres horas y media a los primeros lagos de Els Pessons [...].

“Escaldes (Antonio Font, alias *Montagne*, alquiler de caballos y mulos del *Touring Club Français* para excursiones; Paulet y J. Serra, alias *Parilla*, guías y mulos para excursiones): es un excelente centro para excursiones [...]. Bella excursión, aunque bastante penosa, en cinco horas, con un guía: Entremesaigües, la orilla derecha del río Perafita, en tres horas y media al Plá de Claror y al port Negre, y al pic Negre (2.664 metros). Desde aquí, media hora para subir al Sarreirosa (2.753 metros). Vista admirable de toda la frontera francesa por el norte, y sobre la sierra de Cadí al sur [...]. Descenso en tres horas y media a Escaldes, o en unas cinco horas y cuarenta y cinco minutos a la Seu d’Urgell por Bescaran. En una hora y cuarto está la capilla de Sant Miquel d’Angolasters (1.500 metros). Se sube fácilmente desde Escaldes (en dos horas) al lago de Angolasters o Engolastès (1.600 metros). Descenso en una hora y veinte minutos a La Mosquera [...].

“Andorra la Vella (Fonda Arajol, mulos para excursiones). Excursiones: a una hora, por el oeste, ruinas interesantes del Castell de Sant Vicens. A seis horas de Andorra la Vella o de Escaldes, y a cuatro de Canillo, está el pic de Casamanya, una de las más bellas y fáciles ascensiones de Andorra. Subir la Valira del Nord en una hora y media hasta La Massana, pasando por el puente y las gargantas de Sant Antoni, un lugar curioso, y después continuar dos horas hasta Ordino (Posada Ventura Coma). Desde aquí, queda una fácil ascensión de cuatro horas, pasando por la fuente de Sarradillo y el col d’Ordino (1.997 metros), para alcanzar la cumbre (2.770 metros). Excelente vista panorámica sobre los valles y montañas de Andorra. Por el oeste, se muestra el pico más alto de Andorra, el Puig de la Comapedrosa (2.939 metros). Descenso a Ordino en tres horas, o a La Mosquera en tres horas y media, por las bordas de Mereix”.

Por su parte, desde una larga introducción, Franz Schrader se limitaba a decir del Principado que nos ocupa que “a partir del meridiano de Andorra, los rastros del paisaje se vuelven rápidamente cada vez más mediterráneos, no solo en la vertiente sur de la cadena, sino también en la norte”.

Las guías de después de la Gran Guerra arrancaban de modo poco brillante para la alta montaña andorrana. Pero todo esto iba a cambiar enseguida.

6.06. El retorno de Saint-Saud

Las campañas cartográficas de Aymar d’Arlot de Saint-Saud realizadas en los años ochenta del siglo XIX iban a disponer de un emotivo colofón durante el siglo siguiente. El pirineísta de Burdeos lo adelantaba dentro del texto biográfico sobre sus *Cinquante ans d’excursions et d’études dans les Pyrénées espagnoles et françaises* (1924), cuando abordaba sus andanzas turísticas del año 1921:

“En agosto: [...] fuimos al pic dels Tres Estanys (2.880 metros), en la frontera de Andorra. Ascensiones con un tiempo soberbio que permitieron a dos de mis hijas, que venían conmigo, conocer un poco los Pirineos orientales, el Ariège y Andorra, así como entender lo que escribí sobre esta región hace treinta y cinco años”.

Su nueva incursión en familia tuvo una tribuna excepcional: la *Revista Mensual de Alpinismo Peñalara*, pues no en vano era socio de la entidad madrileña, además de pertenecer a otras de Barcelona o de Zaragoza. De hecho, serviría como carta de presentación de las posibilidades del *País del Pirineo* en la capital de España a través del trabajo de Saint-Saud titulado como “Dos ascensiones en la frontera pirenaica”. La traducción al español por cuenta de su amigo, Antonio Victory, aparecía en el número 98 de la referida publicación en febrero de 1922. Para empezar, refería su visita al “Pico de Campcardós o Puig Pedrós (2.914 metros)”, a dos kilómetros de la muga andorrana. Nos quedaremos en la segunda parte del artículo destinada al “Pico de Tres Estanys (2.879 metros)”, para ingresar junto al gran pirineísta en el Principado:

“La tempestad cesó hacia la medianoche siguiente. No dije nada por no dar una falsa esperanza a mis hijas, que dormían el sueño de los justos; pero a las 5:00 h del 27, levantándome con cuidado y entreabriendo la puerta: *iAll right!* Tiempo soberbio; pronto, el café, y *en marcha para Andorra*, grito.

“Por fin vemos este lago en forma de horca, de la que procede su nombre, *étang Fourcat* (*estany Fourcat*, en catalán). Dominámosle en 25 metros sobre una protuberancia entre su salida real y su salida artificial o tubular. Imponentes montañas, en las que se mezclan el esquisto y el granito, forman un circo majestuoso, tanto más bello cuanto que la nieve acentúa las sinuosidades de la roca, y la lluvia continua de diez días ha lavado la atmósfera. A la derecha, al oeste, el pico de Malearas (2.850 metros aproximadamente); al fondo el pico del *étang Fourcat*, llamado, por abreviar, el *Fourcat*, con tanta más razón cuanto que él también está hendido, con una cumbre principal (2.862 metros) enteramente francesa y una secundaria (2.750 metros aproximadamente) separando Francia de Andorra. Entre esta última y el Pico de Tres-Estanys, dos brechas en la frontera, brechas que no me atrevo a llamar ni *colls* ni *portells*, pues sólo el ganado y los contrabandistas se aventuran por ellas. Al este los picos de l’Aspre (2.764 metros) y de l’Arbeille. Nos dirigimos hacia las brechas. Habiéndose elevado el nivel del lago, el sendero, en la orilla izquierda, desaparece. Es menester saber por dónde se pasa, principalmente a causa de alguna losa resbaladiza. La nieve fresca sobre las rocas o la hierba escurridiza exige precauciones que retardan también nuestra marcha. Habiendo salido del refugio a las 6:00 h, no cruzamos la frontera hasta las 8:00 h, un poco por encima de la brecha oriental, a la que mis cálculos barométricos por interpolación dan 2.685 metros aproximadamente. La ascensión no es peligrosa.

“La alegría de [el guía] Rauzy estalla. Cuida con sus hijos rebaños y tiene una cabaña en el *étang* de Izourt (no se dice en el Ariège *lac*, sino *étang*), bajo el *étang Fourcat* (1.620 metros), y apercibe en el pequeño valle de los Tres-Estanys a tres de sus ovejas que, empujadas por la tempestad, han pasado a Andorra. Mientras va a reconocerlas nos detenemos una media hora

esperándole. Mientras bajamos va a buscarlas, y no sin dificultades (una de ellas mala, caprichosa, tenía (según se veía) nefasta influencia sobre las otras), haciéndolas que nos sigan, o mejor, que nos precedan; él las conduce hasta su pequeña choza de la Caoudiera, bajo el étang Fourcat.

"Bordeamos un instante el lado andorrano del pico de Tres Estanys, objeto de nuestra ascensión, para alcanzar la cima, visible unas veces, invisible otras. Hay que buscar los mejores pasos, en algunas ocasiones sobre la misma crestería, pues Rauzy no ha llegado nunca a la misma cumbre. Se pasa como se quiere, pues la roca es tan firme que la marcha constituye un verdadero placer. Llegamos a la cúspide del Tres Estanys (2.879 metros) a las nueve y permanecemos tres horas, aunque no todo el tiempo en la misma cumbre, pues hace mucho frío. Habíamos confiado en subir también al pico de Rialp o Rialb (nombre de los planos recientes, y que se vuelve a encontrar en los del siglo XVIII; llamado equivocadamente pic du Port-de Siguer, en el 80.000 del *Depósito de la Guerra*); pero además de que Rauzy no sabría guiarnos, nos preocupa tanto la nieve reciente, no suficientemente sólida para sostenernos en pendientes muy inclinadas, y las hierbas resbaladizas poco visibles, como el descenso hacia el collado de l'Arbelle o mejor hacia el étang de este nombre, más de 400 metros de alto abajo.

"Por lo demás, la vista es tan hermosa (y el estómago reclama un almuerzo serio), que no es perder el tiempo, disponiendo de todo el día, detenerse en tan magnífico mirador. En primer lugar, honor a Andorra, donde no había puesto los pies en treinta años, y que mis hijas no conocían más que de nombre y apenas de vista en estos últimos diez días. Todas las crestas, solo las crestas: ni valles, ni pueblos emergen.

"Las enumero: además de la cordillera frontera (picos de Rialp, de Serrere, de Fontargente, de Sisear), el pic d'Estanys (2.911 metros), el Casamanya (2.743 metros), verdadero mirador central de Andorra, la Coma-Pedrosa, que, con sus 2.946 metros de altitud, es la más alta cumbre de este estado vasallo; después, la larga sierra que desciende de la Muga, no lejos del Puig Pedrós (muy claramente reconocible), y termina en la Rabasa; ella oculta un poco la sierra de Cadí, pero no las de Vert y del Port-del-Compte.

"Cerca, al suroeste, están las montañas poco conocidas de Arcalís, de Cataverdís, de Escorbas (en la bella sierra de Monteixo), a las que ya he subido, y las salvajes y escabrosas llamadas Bareytes, Rocas Entravesadas, Recofred, Medacorba, Lavans y la Rouge (véase anteriormente). El Montcalm y el Estats, con sus 3.080 y 3.141 metros se proyectan majestuosamente a 8 kilómetros de nosotros, y podemos enumerar casi todas las puntas del Ariège, incluso el Montvallier (2.892 metros) A lo lejos se distingue claramente la Maladeta y todos los macizos españoles intermedios.

"Descendemos al refugio bastante temprano, cuando las nubes suben de los valles inferiores, y al día siguiente por la mañana despachamos rápidamente los 20 kilómetros que nos separan de Auzat, pues es preciso hacer las maletas y las visitas de despedida a las antiguas y nuevas amistades. Por la noche cenaremos en Toulouse".

El, sin duda, último de los grandes pirineístas franceses del siglo XIX se despedía de unos decorados a los que dedicara tantos esfuerzos. De paso que presentaba las montañas andorranas y sus regiones aledañas en una publicación en la lengua de Cervantes.

6.07. Un germano fascinado

Cierto recopilatorio de Curt Wittlin de 2004 sacó a la luz varios textos sobre Andorra poco o nada difundidos. Tal fue el caso del firmado por Kurt Tucholsky, autor de *Ein Pyrenäenbuch* (1925). Se trataba de un fragmento incluido entre sus *Obras Completas*, editadas en Berlín en 1927, con una travesía del *País del Pirineo* que destaca por las vivencias protagonizadas por este germano.

El abogado y periodista berlinés, quien a veces firmaba sus textos como *Peter Panther*, tenía treinta y cinco años de edad cuando acudió a los Pirineos. Desde 1924 se hallaba exiliado en París debido a sus controvertidos escritos. El viaje lo completaría junto a su esposa, con quien cruzó desde la Seu d'Urgell en autobús. Ambos se instalaron en Andorra de Vella, donde pasearon por sus calles.

Para la crónica excursionista muestra mayor interés el itinerario de Kurt Tucholsky a través del Principado pirenaico. Brinda perspectivas poco usuales hasta aquellas fechas. De este modo vio las bellezas naturales del *País del Pirineo* en 1925:

"Al día siguiente fui con un guía, sentado sobre mi mulo, por la carretera nacional de Andorra, que tenía una anchura de un metro con setenta y cinco centímetros, muy rugosa y bacheada, y era impracticable para los coches. Uno de los dos carteros que tiene el Servicio Nacional de Correos de Andorra iba a salir a la misma hora, y tanto él como mi auxiliar no pararon de contarse historias, caminando al mismo ritmo, haciendo trabajar sus bocas tanto como a sus piernas. Yo no entendía ni una palabra, aunque siempre me percataba cuando decían algo malo de algún rival o enemigo.

"Pasamos por Escaldes, un lugarcillo con algunas casas bonitas donde se constataba algún pequeño esfuerzo por darse aires de balneario. Después vino Mosquera, y seguido Meritxell, donde fue preciso desmontar para ir a ver el Santuario, muy famoso por sus peregrinaciones. Como otras capillas de montaña, estaba blanqueada con cal, y tenía un bonito patio cubierto delante del portal. El interior estaba lleno de donaciones y recuerdos aportados por los peregrinos, así como de figuritas compradas allí mismo. Por algún lugar invisible entraba, estrecho, un rayo de sol que proyectaba sobre la pared una mancha verdosa, parecida a una luna llena, ¿o a una cara?, ¿o una visión?

"El Soldeu, final del trayecto. En la fonda, en compañía del guía y el cartero, comimos alguna cosa. ¡Qué buenas maneras tienen los nativos de los países románticos! Eran campesinos, pero me hicieron sentir como en familia: no noté ni deferencias ni recelos. Éramos los tres iguales, tres amigos, compartiendo una cena. Excepto por la bebida: ellos sabían cómo beber de una estrecha botella con un pitorro lateral [o porrón], por el que salía el vino, que había que dirigir hacia la boca, como quería hacer, y no sobre la cara y los pantalones".

Tucholsky pasó una noche deliciosa en Soldeu, disfrutando de la armonía de sus parajes poco tocados por la mano del hombre. Al día siguiente el escritor alemán seguiría su periplo, ahora a pie, para cruzar de madrugada el puerto de Framiquel con objeto de coger el autobús en L'Ospitalet:

“El cielo había cambiado del negro al gris y las cimas ya estaban en color bermellón. El camino comenzó a subir hacia arriba; detrás de mí escuchaba los silbidos del cartero. Lo tuve que esperar. El cielo se fue volviendo más azul, y las piedras mostraban ya de qué color eran. La luna, que aún podía verse, aún no se había apagado. Era evidente que por el otro lado del collado iba a salir el sol, que nosotros aún no podíamos ver. A partir de aquí, el cartero marcó el paso. Como todos los hombres de montaña, caminaba a un paso ligero, aunque sin forzarlo, tanto si el camino subía o bajaba, siempre igual. Llegados al collado, observamos que la hierba estaba helada. Bajamos al valle del otro lado. Se veían algunos caballos, pero nada más. Alcanzamos un puentecito: era la frontera. ¡Así me encontré de nuevo en Francia! Me puse muy contento”.

Resultaba evidente que, conforme avanzara el siglo XX, se irían imponiendo nuevas mentalidades entre los excursionistas en visita por Andorra. Cada vez más objetivas y mejor ajustadas a la realidad.

6.08. Semblanzas de un viaje en 1929

La literatura itinerante contemporánea cuenta con una obra que se considera de referencia: *Un sendero entre las nubes. A pie de Finisterre a Estambul*, libro escrito por Nicholas Crane en 1999. En este amplio y divertido texto, el inglés narra sus peripecias durante tan amplio recorrido.

En lo que a los Pirineos se refiere, podría resumirse su viaje explicando que subió al Midi d'Ossau, que soñó con visitar otros gigantes prestigiosos como el Balaitús y el Vignemale, o que se iniciaría con los tresmiles de esta cordillera en el Petit Vignemale. También realizó un tanteo en el Aneto antes de pasar desde Molieres hasta un Aigues Tortes que le recordó el Lake District de su patria. Una vez situado en los Pirineos orientales, Crane avanzó hacia su Principado con el fin de ascender al emblemático al Comapedrosa. Hasta aquí, nada extraordinario en una crónica en torno a 1999; al menos, que deba figurar en un trabajo que abarca hasta 1936. Salvo por ciertas evocaciones familiares a las que recurriría una vez en Andorra la Vella, con las que realizó cierta conexión con los excursionistas británicos del primer tercio del siglo XX:

“Mis abuelos maternos, Ruth y Jack, habían visitado la Casa de la Vall en 1929, cuando todavía se usaba parte del edificio como escuela [...]. En aquella época no se llegaba por carretera desde Francia, y los dos habían recorrido las montañas por caminos de herradura [...]. Me marché de Andorra la Vella una tarde y subí por el valle hasta Les Escaldes, donde Ruth y Jack se habían hospedado en el deteriorado Hotel La Pla. Llevaba conmigo una fotocopia del diario de viaje de Ruth. El río Valira había rugido con tal fuerza bajo su ventana que soñó que una tormenta arrasaba el paseo marítimo de Hastings: *Los inodoros se encuentran en unos balconcitos de aspecto terrible y endeble que dan al torrente* –observó–. *Vistos desde fuera, parecen del todo inseguros. Creo*

que cuando estamos en ellos deberíamos atarnos a una cuerda. Ruth y Jack cenaron pichón con ciruelas.

“Desde Les Escaldes seguí los pasos de mis abuelos a través del bosque hacia las plantaciones de tabaco alrededor de Sant Miquel d’Engolasters, una iglesia del siglo XII, pequeña y de construcción tosca, que en tiempos de Ruth solo celebraba dos misas al año. La encontré cerrada y, a todas luces, abandonada.

“Una vez pasados los campos, elegí de nuevo el camino de herradura por entre los árboles hacia el lago donde Ruth se había bañado y, después, me encaminé hacia Encamp, donde mi abuela había entrado en el único comercio de la localidad, que vendía chocolate y calzado con suela de esparto. Encamp se había convertido en una ciudad pequeña, donde los escaparates exhibían de todo, desde sierras de cadena hasta cepillos de dientes [...].

“Pasado Encamp, los ingenieros de caminos que habían borrado la vereda que usaron mis abuelos no habían hecho concesiones a los caminantes de la tercera edad. En la serpenteante carretera que discurría por el desfiladero, tuve que compartir el asfalto con automóviles que me adelantaban a toda velocidad y devoraban el aire sucio como si fuesen aspiradoras. Anduve dos días por el valle principal en busca de los caminos de herradura que habían recorrido Ruth y Jack, Spender y Belloc. Quedaban algunos tramos entre las nuevas carreteras. Infestadas de maleza y abandonados, se erigían en reserva para las serpientes que tomaban el sol. No vi las barretinas rojas, pantalones bombachos y chalecos que llevaban en el valle hacía un siglo”.

De esta forma recordaba Nicholas Crane, setenta años después, cómo retrataron sus abuelos maternos la Andorra de 1929. De nuevo, la mirada británica del *País del Pirineo*.

6.09. Nuevo coleccionismo de gendarmes

Desde las incursiones verticales de Jean d’Ussel, allá por los inicios del siglo XX, parece que nadie se encaramó sobre los muros más enderezados de Andorra. Durante largos años, ningún montañero quiso transportar hasta sus parajes vertiginosos la cuerda y las zapatillas de suela de cáñamo. La segunda parte de la descubierta de las paredes del Principado tendría que aguardar hasta el término de la I Guerra Mundial. Por suerte para su crónica trepadora, no quedaba lejos de la ciudad de Toulouse, epicentro de la escalada en esta cordillera durante un par de decenios.

Ya hemos visto cómo el doctor Jean Arlaud se desperezó, tras su desmovilización del Ejército galo, sobre el cordal del *Gavarnie Andorrano*. No tardaría demasiado en regresar al *País del Pirineo*. Así, del 6 de agosto al 2 de septiembre de 1921, su *Groupe des Jeunes* organizó una travesía exigente por el extremo oriental de la cadena. El objetivo era conectar el Montcalm con Certescans. Una actividad en la que participaron Bousquet, Labatut, Martin, Roustan y, desde luego, el propio Arlaud. El 30 de agosto este quinteto realizaba un recorrido más que interesante por las montañas de la muga. Recurriremos al último escalador mencionado para conocer los detalles, ricos en aguijonazos contra la *Guide Soubiron*:

"10:50 h. El port de Boet (2.511 metros) y, enseguida, partimos hacia el de Socarana. La subida se ve salpicada con las discusiones con Martin por causa del itinerario y por los mejores pasos que deberíamos seguir. Vamos por un flanco hasta cierto collado herboso sobre la cresta fronteriza: posiblemente es el mismo que Soubiron acotó como de 2.650 metros, pues una torreta se alza en las inmediaciones. Desde aquí, a toda cresta hasta...

"11:45 h. La cumbre de la Pica [Rouge de Socarana/Soucaranne (2.903 metros)]. Hay una amplia plataforma sembrada de embudos similares que posiblemente se debe a los rayos. Salida de la cima por su flanco hacia...

"13:20 h. El port de Boet, donde almorzamos en una agradable fuentecita. Los dos pastores de Socarana acuden para maravillarnos con su conversación y para distraerse con el espectáculo del *Banquete de las Fieras* [¿un almuerzo de los escaladores?]. Nos separamos. La caravana regresa tranquilamente a Labinàs, a pesar de mis vanos intentos por promocionar las bellezas del pic dels Lavans (2.892 metros). En ruta, pues, hacia el sur [en solitario]. De camino se alza un pitón de 2.715 metros. Resulta realmente tentador. ¡Vayamos allí! Bellas lajas, buenas presas y, en veinte minutos, es vencido como una cucaña (14:40 h). Hay una torreta en la cima con un tubo de tintura de yodo entre las piedras a falta de tarjeta de visita [¿ganado por algún otro escalador o por un cazador de rebecos?]. Pienso en colocarme enseguida sobre la cresta mientras lo permita el terreno. Algunos gendarmes resultan interesantes de trepar, a pesar de tener solo tres caras: por lo general, la cuarta suele ser un plano inclinado. Alcanzo la profunda brecha de Lavans y, después, un soberbio gendarme que precede al pico, el más bello de todos. Hermosa escalada por el norte. Hay otro *cairn* en la cumbre, sencilla de descender por el sur. Ataco los *precipicios* del mismo pico [de Lavans]. Todo va bien y...

"15:45 h. La cumbre. Las murallas del Medacorba (2.748 metros) resultan más impresionantes desde aquí, e incluso la chimenea que hay encima del puerto parece de una verticalidad absoluta a pesar de que Soubiron subiese por allí. Es tentadora. Pero el tiempo se me echa encima... Solamente el destrepe hasta el port de Medacorba me cuesta un cuarto de hora. Me planto ante las murallas del pico. La chimenea se humaniza a medida que se escala: itiene tan poca pendiente que los guijarros ni siquiera ruedan!

"16:35 h. La cima [del pic de Medacorba (2.912 metros)]. ¡Por el otro lado resulta practicable! Hasta las vacas podrían subir hasta lo más alto del Medacorba, cuando su muralla norte parece todo un desafío para la escalada. Cinco minutos de descanso y, por la chimenea, a todo trapo hacia...

"16:45 h. Regreso al puerto. Soubiron le dedica hora y media al Medacorba. ¡Yo solamente le he dedicado media!".

Como se ha visto, las más tempranas anotaciones de Jean Arlaud aparecían salpicadas de reproches contra su maestro, Pierre Soubiron. El médico afincado en Toulouse no tardó demasiado en regresar a los picachos de la raya andorrana. En agosto de 1922 los rondaba por las laderas norteñas junto a sus camaradas Bousquet, Fazeuilles y Martin. Extraeremos de los *Carnets* (1966) cómo discurrió la visita a cierta montaña muy recomendada por Charles Packe desde el lejano 1864:

"10:20-11:50 h. Almorzamos al fondo del valle de Gniura. Luego nos dividimos en dos grupos: Martin y Fazeuilles regresan directamente al refugio para la preparación de una sopa y para intentar encender su estufa, mientras que Bousquet y yo enfilamos directamente el pico de Rialb. Siguiendo el itinerario de Soubiron, nos elevamos por grandes pendientes de guijarros hasta la altura del col de Fangasses, donde nos detenemos a las...

"12:05 h. Después, expuestos al aire debido a un viento violento del sur, atravesamos sus pendientes meridionales. Pasamos el corredor indicado, no por su base, sino por el centro, y volvemos a la cresta desde la brecha.

"12:50 h. Cima del Rialb (2.687 metros). Muchas nubes, pero las vistas son bastante buenas".

Por lo demás, ya tardaba Arlaud en dejar su tarjeta de visita sobre el *techo* de Andorra. El 15 de julio de 1924 llegó su ocasión. Desde Labinàs se internó hacia el sur con cinco compañeros del *GDJ*. De esta forma resolvió la asignatura pendiente para todo buen pirineísta:

"Bousquet arrastra una pata por el camino de port Dret/de las Bareytes (2.683 metros). Hay cuatro resaltes: abandonaremos a Bousquet en el segundo. Finalizamos la subida mediante una escalada por la cascada (recomendada), y un poco más arriba...

"9:40 h. Un bocadillo después de haber removido los bloques de roca para llegar hasta el agua. ¡Bousquet reaparece! Partimos hacia el port Dret/de las Bareytes. Es una subida extremadamente directa. Error de Soubiron: el puerto se halla inmediatamente bajo del pico del mismo nombre.

"10:25 h. En la cresta. La caravana se escinde. Maigné y yo vamos hacia las crestas de Racofred. Marceillac, Martin y Mayrac, hacia el pic de Comapedrosa. Y Bousquet ha desaparecido, no se sabe dónde.

"10:35-10:50 h. El primer pitón. ¿Es el de Racofred? Bousquet no aparece. Hay un bello circo al norte. Vamos por la cresta. Lajas hermosas hacia Septentrión. Las crestas al este del pico parecen interesantes.

"11:15 h. Segunda cima (2.837 metros). Hay *cairns* por todas partes. Las dos puntas de Medacorba y la de Els Lavans tienen un gran aspecto. Por la cresta hacia el Medacorba. El segundo circo es mucho menos interesante que el primero.

"11:45 h. Cumbre del Medacorba. Diez minutos de descanso y alcanzamos su segunda cima. Parece menos alta que la anterior. Bajamos al sur hacia el col de la Roca Entravessada (2.743 metros). Encontramos agua.

"12:30 h. El collado. Por unas lajas grandes y esquistas subimos en veinticuatro minutos...

"12:45 h. A la cima de la Roca Entravessada (2.925 metros). Hay una hermosa torre de dos metros y medio de altura. Los demás llegan al mismo tiempo a la Portella de Baiou (2.757 metros). A las 13:10 h están sobre la cima del pic de Comapedrosa (2.939 metros) en número de cuatro. ¡Bousquet ha seguido adelante!

"13:30 h. Descenso por la cresta hacia el sur primero, y luego hacia el primer contrafuerte, por un corredor de guijarros muy áspero y desagradable.

Se destrepa hacia el gran lago de Baiau. Baño y natación. El agua está muy fresca y agradable. Nos secamos al sol. Esperamos al resto de la caravana”.

El sexteto francés regresó a su base de Labinàs a través del port de Medacorba. La exploración de aquellas regiones poco visitadas por los montañeros quedó aquí. Hasta la siguiente ocasión.

Estos socios del *CAF-Toulouse* también trasladaron hasta el *País del Pirineo* sus eventos. Del 25 al 29 de agosto de 1926 se celebraba un Congreso del *Club Alpin Français* a caballo entre el Ariège y Andorra. El importante festejo quería conmemorar las bodas de oro de su sección de los *Pyrénées-Centrales*. Aparte de los diversos banquetes, se realizaron varias marchas. Las cimas y poblaciones andorranas serían visitadas en el curso de tres jornadas: el 27 de agosto (Comapedrosa), el 28 de agosto (Andorra, Escaldes, Encamp y Soldeu) y el 29 de agosto (circo de Els Pessons, pic Negre, Porté).

Por fortuna, se dispone de una reseña sobre este evento del montañismo galo. Procede del órgano oficial de la *Sociedad Española de Alpinismo Peñalara*. Desde un número de 1934 de la *Revista Mensual de Alpinismo Peñalara*, de este modo se informaba:

“La próxima reunión general del *Club Alpino Francés* tendrá lugar en los Pirineos Centrales del 22 de agosto al 10 de septiembre.

“Los tres grupos de congresistas (alpinistas, buenos marchadores y autocaristas) inaugurarán el refugio de Caillaouas y visitarán uno de los macizos pirenaicos menos conocidos, y más pintorescos: la sierra de Encantados.

“Por otro lado, el grupo de autocar recorrerá la región de Ariège, Andorra y muchas gargantas del Norte de España.

“El secretario general de la Sección de *Pirineos Centrales* del *Club Alpino Francés*, doctor Arlaud, nos remite la nota que dejamos transcrita, y tiene la amabilidad de invitarnos para que a esas interesantísimas excursiones puedan concurrir nuestros socios en unión de los camaradas del *Club Alpino Francés*. Aquellos que deseen hacerlo y nuestra Directiva desearía fueran numerosos y buenos alpinistas, pueden pedir detalles a Secretaría”.

Andorra parecía más de moda que nunca. Aunque desde Madrid aún se clasificase entre los decorados *menos conocidos* de toda la cadena.

6.10. El Centre de Entreguerras

Resulta complicado seguir las actividades montañeras de los socios del *Centre Excursionista de Catalunya* entre 1919 y 1936. Durante esos diecisiete años del período de Entreguerras el número de salidas reseñadas desde su órgano oficial se incrementó de un modo importante. Se puede rastrear desde los diversos números del *Butlletí*, extractando las salidas por el *País del Pirineo* más llamativas. Lo haremos por añadas:

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 302 (marzo de 1920): recorrido por Andorra en agosto 1919 realizado por Joan Sala en diez jornadas que le llevaron desde Bergadà hasta la Cerdanya. El Principado pirenaico lo hollaba en el curso de su sexta jornada: desde La Seu a Sant Julià, La Massana y Ordino. El séptimo día recorría el tramo desde Ordino a Canillo y Soldeu. En cuanto al octavo tramo, fue desde Soldeu al estanys dels Pessons y

Soldeu. Finalmente, el día noveno Sala marchaba desde Soldeu a la Portella de Josep Antoni, La Llosa, Coborriu, Prullans y Bellver.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 332 (septiembre de 1922): excursión de Miguel González Llubera, Aimé Berthon y otro montañero que no se especificaba. El 18 de julio marchaban por L'Hospitalet, el refugio de Sisca, el pic d'Ascobes y vuelta al refugio. El 19 de julio partían de dicho cobijo para avanzar hacia la Portella de Sisca, el circo lacustre de Padourés, el circo de estany Quart, la Vall del Mourguillot y Mérens. El 23 de julio, desde los Orris de Calat, pasaban por el port de Rat, la Coma Tristayna Serrat, Ordino y Andorra la Vella. Terminaban su periplo el 24 de julio con un paseo clásico: Andorra, Sant Julià y La Seu d'Urgell.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 346 (noviembre de 1923): nueva incursión por tierras andorranas de Miguel González Llubera, quien acudiría desde Barcelona hasta los "altos valles del Ariège" del 8 al 18 de julio. Dentro de los "itinerarios de algunas excursiones realizadas por socios del Centre" se aclaraba que solo incluían en ella "los itinerarios con interés por tratarse de regiones poco visitadas por nuestros consocios". A continuación, desglosaban este periplo de González Llubera:

"9 de julio: Porté (1.623 metros)-coll de Puymorens-estany de Fontnegre-Port Negre, pic Negre d'Embalira Occidental (2.812 metros)-fuentes del Ariège (2.315 metros)-port Framiquel (2.445 metros)-bordas d'Embalira o de Regi-Soldeu. Total: 8 horas.

"10 de julio: Soldeu (1.862 metros)-bordas d'Incles-plá de Siscaró-pic de Joucla o Jouglan (¿2.675 metros?), descenso por un corredor de nieve hacia los estanys de Joucla (2.250 metros)-port de Joucla (2.525 metros)-estany francés de Joucla y cabaña de Garseing (1.960 metros). Total: 9 horas.

"14 de julio: Siguer (745 metros)-port de Siguer (2.365 metros)-ascensión al pic de Rialp (2.903 metros) sin mochila y en 2 horas 30 minutos, ida y vuelta por la cresta d'Ariel; La Rabassa-el Serrat (1.500 metros). Total: 9 horas y 30 minutos.

"15 de julio: por la mañana, ascensión a L'Estanyó (2.911 metros) por la ribera y la cabaña de Sorteny y su arista Occidental. De L'Estanyó al Serrera (1.911 metros), por la cresta del mismo nombre. Del Serrera a El Serrat por los Meners de Sorteny y el estany del mismo nombre: 7 horas y 30 minutos. Por la tarde, de El Serrat a la Coma del Rat inferior por el valle de la Valira del Nord: 3 horas y 30 minutos. Noche al raso a 1.960 metros.

"16 de julio: desde el vivac en la pleta, al port del Rat (2.525 metros)-Orri de la Cruz-[...]-Auzat. Total: 8 horas".

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 354 (julio de 1924): trabajo sobre la Andorra de Chevalier, explicando esas campañas cartográficas de Saint-Saud que "un año detrás de otro, sus anotaciones van a adquirir una importancia tal que en el año 1892 publicaba su *Contribution à la carte des Pyrénées Espagnoles* con un mapa a 1:200.000 dibujado por el coronel F. Prudent y dividido en las hojas de Jaca, Huesca, Benabarre, Motçó, Andorra y la Seu d'Urgell, regiones que se extendían a lo largo de 200 kilómetros y 60 de anchura, de la que ninguna cartografía había sido publicada".

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 357 (febrero de 1925): recorrido andorrano de J. Saltor, S. Torrent y L. Creus. Seguirían este programa:

“19 de julio: Andorra, Engolasters, Andorra (una mañana); Ordino (2 horas), La Massana (30 minutos).

“20 de julio: La Massana-Arinsal (30 minutos)-ribera del Tristayna-coll de Vallagua-Coma Pedrosa 2.950 m (4 horas)-Portella de Medacorba-circo lunar d’Areu (30 minutos)-port de Boet (1 hora)-orri del port de Rat”.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 358 (marzo de 1925): La Secció d’Esport de Muntanya realiza del 31 de enero al 2 de febrero una excursión por el circo de Sisca.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 362 (agosto de 1925): comentarios sobre el libro de Andorra de Chevalier. Reproducimos la reseña de J. F.:

“Complementario del texto, es el mapa *Les vallées d’Andorre* que a la par ha visto la luz, con el cual el señor Chevalier rellena una laguna siempre inédita en el conocimiento geográfico de nuestro Pirineo, al quedar constantemente Andorra al margen de los trabajos geográficos emprendidos por los gobiernos francés y español. Dicho mapa, a escala 1:50.000, con curvas de nivel cada 25 metros y tirado a 3 colores, resulta un documento único. Su ejecución está avalada por el autor, un topógrafo y geólogo que reúne todas las condiciones indispensables para interpretar la fisiografía de una región tan complicada como la descrita”.

En dicho libro, acaso lo más interesante fuera “un apéndice descriptivo de los diferentes itinerarios que pueden recorrerse para conocer tan interesante país”.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 396 (mayo de 1928): tiene lugar en su sede una proyección sobre el Principado. Se trataba de “Andorra i les seves Valls”, por Jaume Biosca, el día 12, con diapositivas de “Sant Julià de Lòria, Santa Coloma, Andorra la Vella, La Massana, Ordino, Les Escaldes, estany d’Engolasters, Santuari de Meritxell, pueblo y puerto de Soldeu, estany de Pessons”. Habló de “los bellos valles andorranos”.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 426 (noviembre de 1930): se destacan diversas excursiones de socios por el *País del Pirineo*. Se trataba de los grupos de Labarta (Comapedrosa), Folch (Incles, Soldeu), Botey (Portella Blanca, Envalira), Munsech (Regalessio, Escobes, Siscar) y Ribera (Comapedrosa).

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 450 (noviembre de 1932): informe de la *Secció d’Esports de Muntanya* de sus salidas de verano “a la Vallferrera y Andorra. Interesantes escaladas en [...] el circo de Siscar”. También excursiones con esquís en invierno “al pico Negre d’Envalira, Soldeu y el valle de Siscar”. Estas últimas, “para que los esquiadores puedan practicar con las mayores probabilidades de éxito sus salidas a la montaña y conocer en todo momento dónde están los lugares más apropiados para la práctica de su deporte, la Sección publica semanalmente, durante los meses de invierno un boletín de nieve en Cataluña, donde proporciona datos sobre la cantidad de esta

en La Molina, Nuria, Andorra (Soldeu), port de la Bonaigua y, eventualmente, otros lugares que, según las circunstancias, pueden interesar, junto con la temperatura y el estado atmosférico de los referidos lugares. Ese Boletín se lleva regularmente a las casas y entidades que están suscritas al mismo”.

Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya número 451 (diciembre de 1932): la *Secció d’Esports de Muntanya* informa que, durante el pasado verano, dicha entidad efectuó diversas salidas como a “La Masana, Andorra la Vella, Escaldes, estany d’Engolasters, circo de Pessons, portella de Joan Antoni, portella Blanca d’Andorra [...] y al pico alto de Comapedrosa (2.946 m)”.

Estas líneas breves mostraban una tendencia al alza del excursionismo catalán en Andorra que, en el plano deportivo, solo interrumpiría el conflicto en España de 1936.

6.11. Un geólogo y cartógrafo nantés

Las alusiones previas a la obra de Marcel Chevalier merecen un rápido inciso. Este geólogo nacido en el Nantes de 1876, se había doctorado en La Sorbonne, desde donde obtuvo una beca para estudiar a orografía del *País del Pirineo*. Comenzó pronto su producción literaria, desde *Le Quaternaire dans les Pyrénées Catalans* (1908), *Barcelone et la Catalogne* (1912) o *Le Montserrat* (1924).

En lo referente a su obra cartográfica, informa Claude Dendaletche en su estudio bibliográfico de 2005 que este “antiguo preparador de geografía física de la universidad de La Sorbonne” dedicó cinco años a estudiar la orografía de Andorra y Cataluña por cuenta del *Ministère de l’Instruction Publique* francés, en colaboración con el *Servei Geologic* de Cataluña. El primer resultado sería el ya citado mapa sobre “Andorra” del *Dépôt Général pour la France* en 1925. El mismo año editaba “Les vallées d’Andorre. Carte entièrement levée sur le terrain, dressée et désignée por mr. Marcel Chevalier” a 1:50.000 de escala. Con el patrocinio de la *Academia de las Ciencias* de Barcelona y del *Centre Excursionista de Catalunya*. Finalmente, el galo compondría su trilogía con su “Carte topographique et guide touristique de l’Andorre, accompagné d’un abrégé historique et politique” en 1933. Realizado asimismo a 1:50.000 de escala, con folleto de acompañamiento. Sin contar con reediciones como las de 1946 ó 1948.

Menos conocida resulta su faceta como geólogo. Muestra de ella sería el trabajo publicado en la *Institució Catalana d’Historia Natural* sobre una “Contribution à l’étude de la tectonique des Pyrénées et de la Catalogne” en diciembre de 1929. Se puede bucear entre alguna de las alusiones que destina a la orografía del Principado pirenaico:

“En las siguientes líneas, la situación y aspecto de los pliegues antiguos del sistema hercínico en Cataluña son el tema de nuestro estudio más específicamente. También insistimos especialmente en los terrenos paleozoicos de los valles de la Valira y Alto Segre, que aportan un nuevo complemento al estudio de los Pirineos que ya comenzó en los boletines anteriores de nuestra Sociedad.

“En el centro de Andorra, como en las regiones centrales de los Pirineos catalanes, la orientación general de las cordilleras montañosas afecta

aproximadamente a una dirección oeste-este que a menudo coincide con una serie de grandes ondulaciones de edad antelutelia (pirenaica) y que fluyó en pliegues imbricados hacia el sur; podemos, por ejemplo, seguir muy bien una banda de esquistos de carburo negros del gothlandiano que ingresa en Andorra por el paso y el valle del río Montaner, luego continúa a través de la masa del Padern y sube por encima de Encamp a través del barranco de Rio des Cortals para llegar a los alrededores del paso de Embalira. Estas ondulaciones, que se extienden hacia el sur, siguen el eje central de la cadena que, en este punto, parece estar dividida y que está marcada por masas de granito, interpuestas en el medio de las ondas sedimentarias paleozoicas. Estos macizos cristalinos actuaron naturalmente por metamorfismo en las rocas sedimentarias, ya que estos últimos reaccionaron a su vez en la roca cristalina, pero la orientación general oeste-este de los pliegues ha sido poco modificada por la presencia de esas masas resistentes interpuestas.

"El granito parece haber penetrado como por un cortador de galletas a través de las capas sedimentarias que, en muchos casos, se encuentran en fragmentos incrustados en el mismo granito. Estos fragmentos han conservado su orientación original del plegado oeste-este [...].

"Esta nueva orientación de los sedimentos pirenaicos paleozoicos se observa particularmente bien entre la Farga de Moles (frontera de Andorra) y la Seu d'Urgell, a lo largo del curso de la Valira, y también entre la Seu d'Urgell y la Cerdanya, a lo largo del curso río Segre. Los cortes y mapas adjuntos, mejor que cualquier descripción, demostrarán la ubicación y la dirección. Se puede ver allí una serie de pliegues noroeste-sureste de orientación que se suceden regularmente y donde aparecen fallas que establecen contactos anómalos entre ciertas capas. Estos restos de los pliegues hercínicos parecen haber regresado de la profundidad a la superficie bajo la presión de nuevos movimientos orogénicos que son precisamente movimientos de la era pirenaica.

"Todos los sedimentos paleozoicos están representados por los del Silúrico y Devoniano, cuya edad ya había sido reconocida por Leymerie, aunque algunos geólogos desde entonces han creído que podrían modificar estas primeras determinaciones demasiado apresuradamente. Por nuestra parte, creemos que podemos así fijar la edad de la tierra sujeta a los intensos movimientos orogénicos del bucle hercínico en los valles inferiores de la Valira y los valles superiores del Segre.

"En la base, pizarras duras y oscuras con *Orthys Actoniae*, y *Graptolitos* diprionidiano, representan el Ordovícico, visible no lejos de Sant Julià de Lòria (Andorra). En algunos lugares, reconocemos los Grauwackes del Caradoc. Este Ordovícico está marcado por un SI en nuestro mapa y en las secciones [...].

"En general, las montañas de Levante (la cordillera del Montseny y la cadena costera) nos muestran una distribución del terreno primario similar a la de la cadena de los Pirineos. En el noreste desde las orillas de la Fluvia hasta las del Llobregat, las arrugas montañosas revelan un eje de granito muy importante flanqueado a cada lado de los terrenos primarios más antiguos (Cambriano Siluriano-Devoniano) al igual que las arrugas hercínicas de los Pirineos

orientales. El Montseny, la masa de Cadiretes, por ejemplo, son los análogos del Canigó o el macizo de Els Pessons en Andorra [...].

No hay duda de que el estudio del relieve andorrano tuvo mucha suerte al tener a su servicio a un doctor en geología enimente apellidado Chevalier. Interesado, por lo demás, en la cartografía.

6.12. La Soubiron de 1931

Es tiempo de revisar la obra de Pierre Soubiron en su versionado más amplio. Con objeto de viajar por Andorra a través la *Guide Soubiron. Les Pyrénées. Du pic d'Anie au Canigou. En 40 excursions* (1931). Que es tanto como indicar: quinientas cuarenta y cuatro páginas de letra densa con explicaciones prácticas, cuarenta y dos croquis, cinco planos y cinco vistas, con mapas que fueron realizados bajo la supervisión del joven Raymond d'Espouy. Repasemos en dos entregas las descripciones de sus visitas a las cumbres franco-andorranas, aunque solo sea en los tramos finales.

El trabajo definitivo de Pierre Soubiron permite conocer, en primer lugar, las regiones altas de su Excursión 33, a través de su segunda jornada desde la base de partida en Labinàs:

“En lo alto del valle [de Vicdessos] se realiza un largo cambio hacia el este con el fin de contornear por la izquierda una muralla cortada a pico. Una zeta por la derecha lleva hasta lo alto del muro que conforma la cuenca última desde la cual se aborda el puerto. Desde aquí se percibe, arriba y a la derecha, el verdadero port Dret/de Bareytes (2.735 metros), situado al este del pic de Racofred (2.837 metros), por donde hay comunicación con Andorra. En el puerto nuestras miradas enseguida se ven atraídas hacia el suroeste, en pos de la cima agreste de esa Roca Entravessada (2.925 metros) que se aprecia muy cerca, al otro lado del vallecito, y que aparece rematada por una gran torreta. Su cara Norte constituye una muralla casi vertical sobre un amplio collado situado en los límites entre Cataluña y Andorra que comunica la Vall Ferrera con el valle de Arinsal. El pic de Comapedrosa, más al sur, se ve en parte enmascarado por un contrafuerte de la Roca Entravessada. Como su nombre indica, esta *roca puesta de través* corta de forma clara un cañón que sube de sur a norte hacia la frontera, creando así un amplio collado que impide que se una con la cadena principal [...].

“Desde el collado hay que descender hacia el sur hacia el valle de Arinsal, dejando un laguito a la derecha y, después, se contornea el contrafuerte sureste de la Roca Entravessada para desembocar, tras este, en un vallecito pedregoso. Seguido, se sube dicho valle de este a oeste y, una vez llegados a mitad de la altura, se continúa la ascensión en diagonal por la vertiente norte del Comapedrosa, con el fin de alcanzar un pequeño collado situado entre este y el pic de Baiau (2.881 metros), al noroeste. Entonces ya no resta sino trepar a toda cresta hacia el este, para llegar en un cuarto de hora a la cima del pic de Comapedrosa (2.939 metros), hasta su gran torre cuadrada. La cumbre es el punto culminante de toda Andorra y domina todas sus cimas [...].

“Si desde el pic de l'Estanyó se perciben mejor los valles y pueblos andorranos, como revancha, las perspectivas desde el Comapedrosa son

superiores por el oeste. Se desciende por el suroeste hacia el lago helado de Comapedrosa, que se deja a la izquierda para virar a la derecha rumbo al noroeste, y de esta forma llegar a un pequeño collado situado al sur del pic de Baiau (2.881 metros). Franqueando dicha cresta, se pasa de Andorra a la Vall Ferrera [...].

"La jornada, ya muy sobrecargada [con la ascensión al pic de Els Lavans] permitiría añadirle la del pic de Medacorba (2.912 metros) a costa de realizarla a toda velocidad. Si se dispone de una hora y media más, se podría subir allí sin mochila desde el puerto, trepando por una chimenea que conduce a un collado sito a diez minutos del punto culminante. Personalmente me arrepentí tras dicha ascensión, pues me obligó a reducir la estancia en las demás cumbres".

Nunca hasta ahora el *País del Pirineo* había dispuesto de instrucciones tan precisas para recorrer sus alturas. Pero las rutas andorranas del apodado como *Viejo Rebeco* no habían hecho más que debutar. De nuevo nos fijaremos en otro itinerario de su Excursión 33, ahora en la tercera jornada desde Labinàs:

"El Grand Fourcat (2.855 metros) queda enteramente en Francia, en tanto que el pico secundario sirve como punto de unión a la cresta fronteriza. Tras volver a tomar la mochila, seguiremos la cresta por el este hasta el Petit Fourcat/pic de Costa Rodona (2.816 metros), por donde no haremos sino pasar. Siendo que llegamos desde la gran cima, este no presenta mayor interés que mostrar, por el sureste, los tres estanys de la Coma de Tristaina, hacia donde se desciende para pasar a Andorra. Unos minutos más tarde tomamos la dirección este por el flanco sur de la cresta, con el fin de llegar de forma casi horizontal al port del Fourcat, situado sobre los 2.650 metros entre el pic de Costa Rodona y el de Tristaina. Aquí dejamos la mochila, pues regresaremos por este lugar cuando bajemos de Tristaina. La ascensión a esta última montaña resulta de lo más sencilla por este flanco. Desde el puerto, subir primero a toda cresta y, después, por el costado sur durante un cuarto de hora para, finalmente, hacerlo por la cresta hasta la cima [...].

"El pic de Tristaina o de Tres Estanys (2.882 metros) es un mirador de primer orden. Como aquí estamos en el eje del valle de Arties, se goza hacia el este de unas vistas aéreas magníficas. El pic de Rialb queda a dos pasos y, si se avanza una cincuentena de metros sobre la cresta del contrafuerte noreste, se llega a un cortado a pico terrorífico de quinientos metros. A nuestros pies quedan la pequeña cuenca lacustre de Petsiguer, el port y el estany de l'Arbella".

Pero la cresta de separación entre Andorra y Francia daba para mucho más. Soubiron seguiría desvelando sus secretos desde la Excursión 34. En concreto, durante su segunda jornada desde el Étang Fourcat:

"No es preciso sino contornear un contrafuerte por la izquierda y subir por un vallecito que trepa directamente al port de Fangasses/de l'estany Esbalçat (2.512 metros), por donde pasaremos a Andorra. A unos mil quinientos metros aproximadamente, y por el noreste, aparece el dominador pic de la Font Blanca [y no del pic de Rialb (2.687 metros), como dice Soubiron durante todo su texto]...

"Desde el port de l'Estany Esbalçat nos dirigiremos hacia el este por el flanco de la montaña, elevándonos ligeramente con el fin de pasar a la base de

un estrecho corredor que desciende desde la cresta. Pasado dicho corredor, se vira un poco a la izquierda para subir directamente al noreste y retomar la cresta en un pequeño cordal situado al oeste del pic de la Font Blanca. Desde allí se percibe su vertiente septentrional, unos quinientos metros más abajo, el bonito *estany de Rialb*, que no figura en ningún mapa [¿el estany del Roig?]....

"Desde la brechita, el pic de la Font Blanca aparece por el este, a diez minutos: solo resta contornear una cima secundaria por el sur y remontar por su flanco la cresta, directos hacia la cima. Al igual que el Comapedrosa, el mirador del pic de la Font Blanca (2.903 metros) es de primer orden. Abarca un panorama inmenso que se extiende desde el Aneto hasta el Canigó. Por el sur, aparece a nuestros pies toda Andorra y se distingue con claridad La Massana y algunas casas de Andorra la Vella".

Se dispone de un cuarto ejemplo: la Excursión 34 de Soubiron, en su tercera jornada desde El Serrat. El tolosano retomaba aquí su ronda por la muga norteña del Principado:

"Estamos en una zona que no ha sido visitada ni por veinte turistas y que, sin embargo, dispone de dos de las más bellas cimas de Andorra y del Ariège: el pic de l'Estanyó, que domina Andorra al completo, y el pic de la Serrera, que reina en la cresta fronteriza sobre las dos vertientes. Hay que salir desde El Serrat para realizar con comodidad la ascensión de ambas cumbres durante la misma jornada. Nos podemos hacer acompañar por un pastor de la zona. Sin embargo, esto no es indispensable, salvo de ser un debutante [...].

"Se sale por la ruta del port de Siguer y, a la media hora, se deja, para tomar al este un sendero que sube al valle de la Serrera por la orilla derecha del arroyo de Sorteny. Una vez en lo alto de un resalte en un cortal verde donde la pendiente se suaviza, se vira a la derecha, rumbo al sur, para zigzaguear por un flanco de la montaña con el fin de ganar la cúspide de una loma de césped que sube al este, directa hacia el Estanyó. Por lo demás, este se percibe desde que llegamos a la cresta. Se accede a un cañón situado a gran altura y orientado de oeste a este. Constituye un mirador maravilloso para observar, de un extremo a otro, las montañas de Andorra y la cresta fronteriza. Más bien se trata de una sierra salpicada de arbustos en el fondo, y de hierba fina en el sector de arriba, lo que la hace muy fácil y agradable de recorrer. Hay que permanecer constantemente sobre la cresta y, siguiéndola con regularidad, llegar por una pendiente suave al pico más bello de Andorra, el de l'Estanyó (2.915 metros). Hacia el este, el panorama es casi el mismo que el del Comapedrosa. Pero si las perspectivas desde este último pico son superiores hacia el oeste, las de l'Estanyó le ganan en belleza sobre su entorno cercano. Situado en el centro de Andorra, domina por completo todos sus valles y un gran número de villas. Este pico es, verdaderamente, el *Monarca* de las cimas andorranas".

El *Vieil Isard* prosiguió su desglose de las posibilidades de la divisoria francoandorrana en la Excursión 34. De este modo difundió esas regiones que recorriera durante años a través de una cuarta jornada que partía desde El Serrat:

"Un sendero remonta el valle de Rialb o de la Valira del Nord para comunicar con Francia por los puertos de Banyell y de Siguer [...]. Tomaremos

esa senda de la víspera que sube hacia el norte y que, por encima del torrente de Sorteny, pasa a la orilla izquierda del de Rialb. Durante una hora, el vallecillo sigue la dirección noreste para después tomar bruscamente la del noroeste. Antes de girar, se deja a la derecha la senda que sube hacia el port de Banyell (2.532 metros), para seguir el valle principal. Enseguida, en el recodo de un torrente, aparece el magnífico pic de Rialb, con forma piramidal y dominando todo cuanto le rodea [¿se refería al de Font Blanca?]. Unas dos horas después de nuestra salida, el arroyo de Rialb forma un nuevo acodamiento hacia el oeste: entonces el sendero se aleja hacia el norte para subir en múltiples zetas hacia Septentrión, hasta el port de Siguer (2.399 metros), por el que pasamos a Francia. Antes de franquearlo, se puede echar un último vistazo a las bellas cimas que vamos a dejar: sobre todo, a las de l'Estanyó y de la Font Blanca".

Ni en sueños se hubiera podido imaginar que las cumbres del *País del Pirineo* fuesen a tener en servicio una guía tan minuciosa desde el primer tercio del siglo XX. Con un solo responsable: ese *Viejo Rebeco* infatigable que moraba en Toulouse.

6.13. El Señor de las cimas del Principado

Las montañas de los Pirineos orientales por fin disponían de su gran guía. Durante las añadas a caballo entre los siglos XIX y XX, el *Vieil Isard* se dedicó a recorrerlas y, sobre todo, a redactar unos itinerarios meticulosos. El resultado fue esa *Guide Soubiron* (1931) que se ha comenzado a repasar en la entrada previa. Una obra que, con la perspectiva que proporciona el tiempo, resultó muy oportuna.

Sin embargo, desde ambientes escaladores de Toulouse censuraron con frecuencia a Soubiron. Especialmente en cuanto a los horarios o la viabilidad de las rutas descritas por su antiguo maestro. Por eso se agradece que un miembro añejo del *GDJ*, Jean-Victor Parant, reconociera en 1991:

"Esta obra destacable [de Soubiron] es, si se exceptúan las *Grandes Ascensions* de Russell, la primera guía de alta montaña de los Pirineos. La generación siguiente, siguiendo el ejemplo de Arlaud, criticó mucho las imperfecciones de dicha obra de un hombre solo. Pero estos críticos no dejaron de beneficiarse de esa obra, y sus ironías no dejaban de ser sino una reacción contra el carácter autoritario y el tono doctoral del que daba muestra su autor en las reuniones y salidas colectivas".

Realizadas estas precisiones, nada como retomar los itinerarios del referido trabajo. Porque Pierre Soubiron también dio un repaso a la muga francoandorrana por su flanco nor-noroeste, antes de hacerlo con la vertiente nororiental del Principado. De este modo describía el *Viejo Rebeco* los segmentos superiores de la Excursión 35, en su primera jornada y desde el refugio forestal de la Bésine del Siscar:

"Llegamos a la entrada de una maravilla pirenaica casi desconocida. El circo del Siscar. A través de sus crestas vamos a darle la vuelta, completando de paso la ascensión a sus cimas principales [...].

"Partiendo en dirección suroeste, franqueamos el torrente sobre una hilera de grandes piedras, para subir hacia delante zigzagueando por las laderas y

contorneando los resaltes del terreno, de forma que abordemos la frontera unos quinientos metros al sureste del Roc Meler (2.811 metros). Subimos a la cumbre para proseguir a toda cresta hacia el oeste, haciendo de paso el pic de la Cabaneta (2.818 metros) y la Tossa del Cap de Siscaró (2.819 metros). A partir de aquí la cresta fronteriza toma dirección norte. La seguiremos por el flanco de la vertiente andorrana hasta el Cilindre d'Escobes, donde descendemos unos cincuenta metros. Este trayecto es de una belleza total. Desde el Roc Meler hasta el Cilindre d'Escobes se va dominando desde el valle alto del Ariège hasta la región de Font Negre, el circo de Els Pessons, el valle de la Valira y el de Incles. Por la derecha, la vista descubre poco a poco las formas armoniosas de un circo que parece ir virando a medida que lo recorremos. Llegados a la base oeste del Cilindre, se podría continuar hacia el norte y hacer la ascensión, un tanto delicada, del pic d'Escobes (2.779 metros) por esa vertiente, pero dicho itinerario sería menos interesante que el que franquea la brecha al noreste del Cilindre para volver al circo. Por algún tipo de capricho, la naturaleza ha excavado allí, sobre las dos vertientes, dos corredorcitos pendientes y fáciles que trepan hacia una estrecha y profunda mella en la cresta en la que solo hay sitio para una persona. Desde la referida brecha se domina el circo del Siscar al sureste y el valle de Incles al oeste. Entonces hay que contornear la base del Cilindre para subir inmediatamente al este por el estrecho corredor que lleva a la brecha, desde donde se regresará al circo del Siscar. Tras un descenso de tres minutos, se vira a la izquierda, rumbo al este, para cortar los contrafuertes meridionales del pic d'Escobes y desembocar, mediante una marcha horizontal, en la base de una coma en pendiente que sube hacia la cresta este de dicho pico. Dejando allí la mochila, se completa la ascensión al Escobes (2.779 metros) por su cara noreste. Este pic d'Escobes aparece coronado por una torreta que fuealzada por Ussel durante su primera ascensión, el 28 de julio de 1900. Se trata de un mirador de primer orden sobre el entorno inmediato y, especialmente, sobre el circo. Se domina maravillosamente este último, cuyos detalles salen a la luz [...].

“En la vertiente andorrana, por el noroeste, destacan los dos estanys de Juclar (unos 2.300 metros), que no figuran en ningún mapa aunque sean importantes. Al sur de estos dos lagos aparece el bonito pic Negre andorrano [¿el pic de la Tossa de Juclar?] de, aproximadamente, unos 2.600 metros [¿2.696 metros?]. Así pues, disponemos de dos picos Negros en Juglar: uno en Francia [el pic Negre de Juclar (2.627 metros)] y otro en Andorra, del mismo modo que hay cuatro estanys de Joucla/Juclar”.

Pierre Soubiron no era un hombre rencoroso. La prueba es que quiso rematar este apartado añadiendo que “el Cilindre d'Escobes fue ascendido por vez primera el 7 de julio de 1920 por mi discípulo, el doctor Jean Arlaud”. No hay duda de que el *Gavarnie Andorrano* gustó mucho al *Vieil Isard*. Durante una ascensión por territorio galo al pic de l'Alba, alzó los ojos hacia este hemisiciclo para fijarse en que “el pic d'Escobes adquiere el aspecto de una pirámide puntiaguda y las crestas que rodean su circo aparecen por completo”.

Pero cambiemos ya de decorados, permaneciendo un poco más en la compañía del autor de *Les Pyrénées du pic d'Anie au Canigou en 40 excursions*.

Justamente la Excursión 35, en su tercera jornada desde la Coma de Varilles, se decantaba por un recorrido de las atalayas francesas que dominaban la raya noreste del *País del Pirineo*:

“A partir del collado de la Coma d’Óssa, entramos en la región tributaria del gran pic de la Serrera (2.913 metros), situado en la frontera, unos cinco kilómetros más al oeste. El más interesante de sus satélites es el Mil-Ménut/pic de Mil Menut (2.782 metros), que tenemos ante nosotros al oeste-suroeste, a unos dos kilómetros del collado, surgiendo con la forma de una pirámide negra, en tanto que, si le percibe desde el norte, no se ve sino una larga cresta varias veces hundida. Su ascenso resulta muy fácil. Dejamos el collado por la izquierda y, a través de una marcha horizontal, cortamos las terrazas del flanco norte del pic de la Coma d’Óssa. Siempre sobre un pequeño lago que dejamos a mano derecha, se desemboca enseguida en la base del gran corredor, que sube al puerto Viejo de la Coma d’Óssa [¿collado de Jan (2.651 metros)?]. Dicho collado se encuentra situado entre el pic de la Coume d’Ose [¿el pic de la Pala de Jan (2.776 metros)?], al este, y el pic de Mil Menut, al oeste. Una trepadilla de veinte minutos conduce al puerto. Desde Allí, no resta sino seguir hacia el oeste, ascendiendo al Mil Menut a toda cresta. Sin que se pueda comparar con las de Rulhe o de la Serrera, la vista desde el Mil Menut es muy bella. Sobre todo, hacia el norte y hacia el sur. Se perciben desde esta cima multitud de vallecitos secundarios que, tanto por la vertiente andorrana como por la francesa, aportan a los grandes valles el tributo de sus aguas torrenciales. Desde el Mil Menut, hay que descender hacia el noroeste por un contrafuerte y un corredor hacia la cubeta del antiguo estanquito de la Coma de Senyac”.

Cerraremos este apartado con una pequeña incursión por zonas altas del costado sureste de Andorra. Unas montañas remotas donde Soubiron recomendaba la contratación de un guía local debido a las dificultades para orientarse. Atendiendo a las descripciones de su Excursión 38, de esta manera discurriría la jornada quinta desde Porté:

“Después de haber sobrepasado la antigua mina y franquear los torrentes del Baladra y el Bac de Moré, el camino desemboca, en la nueva carretera a Andorra que lleva al puente fronterizo del Pas de la Casa. Allí encontraremos, sobre su orilla izquierda, dos cabañas: una de ellas es muy confortable, si bien se halla cerrada con llave cuando los pastores se encuentran ausentes. La carretera da un giro a la derecha y, después de numerosas zetas, franquea la cresta del port de Framiquel, desde donde se desciende a Soldeu. La dejaremos inmediatamente después del puente, con el fin de pasar ante las cabañas y dirigirnos rectos hacia el sur, para remontar el curso del Ariège por su orilla izquierda hasta el lago de Font Negre/estany de les Abellettes (2.258 metros). El lugar resulta espléndido. El circo de Fontnegre aparece dominado, al sur, por el macizo del mismo nombre: comprende varias cimas, entre las cuales destacan la Senyal/Tosseta de l’Esquella (2.869 metros) y el pic Negre d’Envalira (2.818 metros); por el pic dels Pedrons (2.715 metros) al este; y, finalmente, por esa cresta que forma la línea de partición de aguas de Europa [...].

“Todo hacia arriba, al suroeste del lago, aparece, muy escarpado, el pic Negre d’Envalira (2.818 metros), cuya ascensión es de lo más sencilla por la

cara este. Desde esta cima se disfruta del más bonito panorama de la región. Resulta mucho mejor que el de la Tosseta de l'Esquella, más alta, aunque mucho más penosa de subir. Seguiremos en esa dirección, hollando un senderito que recorre la fuente principal del Ariège hasta donde esta desaparece en un circo con rocalla al pie del pico. Aquí gira a la izquierda, para mostrar esas zetas que trepan hacia el pequeño coll dels Isards (2.654 metros), por donde se franquea el cañón secundario de la Portella. Bajamos unos metros por la derecha, para pasar hasta la parte alta del circo y, seguido, distinguir, todo hacia el sur, la amplia hendidura del port de Fontnegre (2.654 metros). El sendero conduce allí directamente en unos diez minutos [...].

"Se dejan las mochilas en dicho puerto y, en media hora, se realiza la ascensión, sobre céspedes fáciles hacia el oeste, del pic Negre d'Envalira (2.818 metros). Esta cima está formada por dos cumbres gemelas y de alturas similares, separadas por una brecha profunda. No se requiere más de cinco minutos para ir de una cima a la otra, pues resulta indispensable acudir a las dos con el fin de disfrutar del panorama del entorno inmediato al completo [...].

"Si sus caras este y sur son fáciles, la norte de ambas cumbres resulta inaccesible, pues cae verticalmente varios centenares de metros hacia el valle de la Valira y su laguito. La situación de privilegio del pic Negre, en el remate del valle de Campcardós, y en el eje de los valles del Ariège y de la Valira, hacen de él un mirador de primer orden. Sin embargo, es casi desconocido, y aunque se le ha citado en algunos artículos de montaña, ningún guía realiza su itinerario de ascenso a pesar de ser tan fácil. Nuestra mirada puede abarcar con mucha claridad, pues se hallan del todo cercanos, once de los dieciocho lagos del circo de Els Pessons. El pueblo de Soldeu parece estar a dos pasos y, después, algo más alejado, aparece casi toda Andorra la Vella [...]. Finalmente, hacia el norte, las cimas de Fontargent y del Siscar, se mezclan en un decorado espléndido".

Aquí nos vamos a despedir del *Vieil Isard*, quien puso la alta montaña al alcance del pirineísta medio. Constituyendo un auténtico jalón en la historia pirineísta de Andorra.

6.14. Trepadas catalanas en los años treinta

El montañismo catalán estuvo siempre entre los más avanzados de nuestra Península. Por ello, sus escaladores no podían demorarse mucho en comparecer por los abismos andorranos. Desde el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* número 476 (enero de 1935) se difundía un texto sobre "Dos escaladas desde el refugio de Envalira". Su autor, que firma con sus iniciales de J. R., o Jaume Reñé, fue uno de los trepadores más descollantes en la época.

El trabajo destacaba la posibilidad de que estos escaladores del CEC se hubieran cobrado alguna primicia, dado que reconocía que "aprovechando nuestra estancia en Envalira, del 28 de septiembre al 2 de octubre del 1934, hemos realizado dos excursiones que, por tratarse de las *primeras*, según nuestros datos, creemos que su descripción puede tener interés". Así, nada como traducir en extenso su "Escalada de la pared Suroeste de Ascobes" para conocer una de las murallas más dificultosas de la *Andorra Vertical*:

"Esta escalada fue realizada por primera vez el día 10 de septiembre de 1933 por los socios A. Menéndez (uno mejores mejores conocedores actuales de Andorra), J. Roig, E. Bachs, A. Figueres, C. Bertrand y J. Reñé. Llegamos al pie de la pared accediendo casi horizontalmente desde la brecha que separa el Ascobes del Cilindro. No hicimos entonces la descripción porque no pudimos sacar ninguna fotografía de la pared. Después de un año, repetimos la misma ascensión.

"Día 28 de septiembre de 1934. Salida del Refugio de Envalira, a las 7:00 h, junto con los compañeros Menéndez, Larrieu, Rigat, Bertrand y Reñé, para trasladamos en coche hasta el fondo del valle de Incles. Seguimos a pie por el camino de herradura que dirige al lago inferior de Joucla, que bordeamos por la orilla izquierda, y continuar hasta situarnos entre los dos lagos.

"Empezamos a subir en dirección a la brecha Cilindro-Ascobes, buscando un itinerario directo hasta el pie de la pared sin tener que pasar por la brecha. Una canal que parece factible casi en su totalidad, se nos ofrece como la vía más directa. Nos encordamos en su base. Rigat prefiere esperarnos hasta nuestro regreso.

"Sin dificultades, pero con mucho cuidado por la gran cantidad de piedras sueltas que hay, subimos por el fondo del canal hasta llegar a media altura, entre el pie de esta y el de la pared.

"Aquí, el canal se inclina ligeramente hacia la derecha. Este trozo es muy empinado y no tiene salidas. Después de un tanteo y con la idea de no perder tiempo, nos decantamos unos 10 metros hacia la derecha por una cornisa horizontal desde donde, por un terreno fácil, conseguimos situarnos encima el tramo inclinado.

"El canal desde este punto se transforma en una tartera enderezada, la cual nos permite llegar rápidamente al pie de la pared del Ascobes. Desde aquí, se domina ya todo el circo de Siscar.

"Seguimos el mismo itinerario del año pasado: atacamos la fisura que empieza unos metros abajo, por el lado andorrano; el primer sector se inclina fuertemente hacia la derecha y dura unos 12 metros. Hecho este trozo, atravesamos horizontalmente unos 2 metros hacia la izquierda, hasta meternos en una fisura vertical que ya no dejamos hasta la cresta. A media altura, se encuentra un verdadero balcón, el cual permite hacer una parada con toda seguridad.

"Una vez en la cresta, la seguimos hasta la cumbre, sin dificultad. En toda la pared y en la cresta, la roca es excellent, lo cual hace que la escalada sea segura y agradable.

"Si bien, durante la primera canal, la niebla nos ha perseguido, al llegar al pie de la pared se ha desvanecido rápidamente y nos ha permitido disfrutar del espléndido panorama que se domina desde el Ascobes.

"La bajada la hacemos directamente por el lado andorrano, hasta encontrar a Rigat, para seguidamente deshacer el camino que habíamos llevado por la mañana.

"Horario:

"Fondo del valle de Incles-pie de la pared: 1 h 10 min.

"Lago inferior de Joucla: 30 min.

"Cresta: 35 min.

"Entre los dos lagos: 15 min.

"Cima del Ascobes: 10 min.

"Pie de la canal: 40 min.

"Total: 3 h 20 min desde el fondo del valle de Incles".

La segunda de las aventuras acrobáticas de estos pirineístas catalanes se llevaría a cabo a través de su "Ascensión a Els Pessons por su cara Norte". Un nuevo hito de la escalada del CEC que de nuevo reclama su reproducción completa junto con la reseña horaria de Jaume Reñé:

"Esta escalada fue intentada el junio del año 1931 por nuestro consocio Àlvar Menéndez, junto con dos compañeros, pero, debido a ser a comienzos de la temporada, la nieve y el hielo les impidieron llevarla a cabo.

"Día 2 de octubre de 1934. Asuntos particulares no nos permitieran salir del refugio de Envalira antes de las 10:30 h. Esto nos obliga a llevar un paso muy rápido hasta el lago superior de Els Pessons. Por lo tanto, creemos que los tiempos que indicamos no pueden considerarse como los normales. Hoy solo somos tres de pandilla: Menéndez, Bertrand y Reñé [autor del trabajo]. En el lago superior de Pessons, dejamos las mochilas, ya vacías de provisiones.

"Por una tartera fatigosa, llegamos al pie del canal que va a parar directamente entre los dos picos. Ya encordados, empezamos la escalada por los lados de la canal; el primer trozo no tiene dificultades ni apenas inclinación, pero la roca es muy mala y hace difícil el poderse asegurar.

"Más arriba, el canal se endereza y aparecen claramente dos fisuras muy derechas, de 12 a 15 metros de altura. Nuestro líder empieza a subir la de la izquierda, el último trozo lo tiene que ganar en medio de una fuerte aguacero que, de repente, empieza a caer.

"Los otros dos preferimos subir por la fisura de la derecha, pues la consideramos más factible. Sobre ambas fisuras hay un trozo relativamente plano, con muchas piedras sueltas. Viene después otra fisura absolutamente vertical, de unos 10 ó 12 metros de altura, inclinada hacia la izquierda. Para superarla, invertimos la cordada con objeto de repartir el esfuerzo. A continuación, el terreno pierde inclinación, si bien se hace más complicado todavía, puesto que no se encuentra una piedra segura. Afortunadamente; el aguacero ha parado. la canal se vuelve mucho más ancha. A mano derecha, se deja un gran gendarme. Atravesamos hacia la derecha, subimos después derecho arriba, y por fin llegamos a una pendiente de hierba, ya casi arriba de todo.

"La escalada ya está terminada: en un momento, estamos en la cumbre.

"La bajada la hacemos por una tartera vertical, próxima a la cumbre occidental. Recogemos las mochilas y, con pequeñas variantes respecto a la mañana, seguimos el camino que nos dirige al refugio.

"Horario:

"Salida del refugio: 10:30 h.

"Río Valira: 10:45 h.

"Lago de la Cascada: 11:05 h.

"Lago de Els Pessons: 11:45 h.

"Salida: 12:15 h.

"Pie de la canal: 12:30 h.

"Pessons (cumbre): 14:45 h.

"Salida: 15:05 h.

"Lago de Els Pessons: 15:30 h.

"Salida: 16 h.

"Refugio: 17:05 h.

"Total: 3 horas 45 minutos hasta la cumbre; 1 hora 30 minutos desde la cumbre hasta el refugio".

A los escaladores galos, hasta entonces hegemónicos, les había surgido una competencia dura en la firma de recorridos verticales sobre los paredones andorranos. Por desgracia, por el horizonte se insinuaba un nuevo período de guerras que acabaría durante largos años con cualquier iniciativa turística o deportiva.

6.15. En la Tesalia del Pirineo

Uno de los cronistas más populares del primer tercio del siglo pasado fue Raymond Escholier. Autor de una obra muy cuidada que tituló como *Mes Pyrénées. De Gavarnie à la Méditerranée* (1933). Un libro del que el bibliófilo Claude Dendaletche señalaba otras ediciones en 1949 y 1962. Por su parte, Louis Le Bondidier dijo en su día que se trataba de "los Pirineos vistos a través de un recorrido desde los autobuses de la *Compagnie du Midi*, no los de los lectores del *Bulletin Pyrénéen*". La mirada del turista, en absoluto la del montañero.

Debido a lazos familiares, Escholier conocía algún aspecto poco difundido del *País del Pirineo* del que quiso dar constancia. Apartando de lado sus historias un tanto tópicas y sangrientas sobre contrabandistas o cazadores, prestaremos atención a sus porciones más pintorescas.

El viaje de largo recorrido de Escholier se iniciaba en Tarbes y finalizaba en el Canigó. Ingresó en tierras andorranas desde L'Hospitalet, localidad donde se hablaba de buscar oro en las fuentes del río Ariège. De hecho, la primera referencia al Principado sería para preguntarse: "¿Quién sabe si este Eldorado no se encontraría a las puertas de Andorra?". Que era tanto como que hablara de "un nuevo Klondyke, una nueva Alaska" de la *Fiebre del Oro*. Extractemos los párrafos representativos de este periplo:

"Andorra... Tras una pausa en L'Hospitalet (donde por otra parte hay un rancio excelente y se encuentra un suculento jamón de montaña, truchas y rebeco [...]), se atraviesa este pobre pueblo y dejando a la izquierda el túnel del Puymorens, se franquea el Ariège y se toma la pista de mulos que lleva a la verdeante Solana, donde suenan los cencerros de los rebaños, y también a Andorra.

"Andorra, la patria soñada de los contrabandistas... En mis recuerdos de la infancia, todavía veo las cajas de cerillas con forma de libro, estampadas con una mariposa e inscripciones en español, donde los trabucos andorranos inundaban el Ariège y los Pirineos orientales...

"Evoco también una terrible venganza andorrana que conocí a través de uno de mis tíos, Henri Pé de Arros, juez del tribunal de Foix... Cierta contrabandista, nativo creo de Soldeu, fue muerta en una emboscada por un gran diablo de aduanero por un balazo en mitad de la frente... Unas semanas después, el aduanero desapareció a su vez... Hubo problemas para encontrar sus restos. El desdichado se hallaba con el pecho abierto en el fondo de un barranco. Cuando por fin, después de grandes esfuerzos, se pudieron subir, se constató, no sin horror, que su corazón había desaparecido [...].

"Se entiende que con semejantes montañeses se halla podido salvaguardar, a través de las edades, y a pesar de sus dos poderosos vecinos, Francia y España, la independencia de esta pequeña república [sic].

"La naturaleza, bien es cierto, también se ha encargado de defenderla. Incluso desde España, por Puigcerdà y la Seu d'Urgell, el acceso se mantiene difícil. He visto caravanas en las que algunas mujeres jóvenes habían cometido el error de incluirse, volver por el port de Rat completamente agotadas. Cuando hay amenaza de nieve, desgraciado quien se arriesgue sin guía a través de los collados que llevan a Andorra. Sí, pero desde que se alcanza esta libre y feroz república, ese bello circo de montañas, esos grandes pastizales sembrados de rebaños, esas praderas donde abundan los rododendros y los mirtilos, esos Valles de Andorra donde las aguas vivas saltan entre los álamos rígidos, nos sentimos bien pagados por nuestros esfuerzos. Salvo quizás en la Tesalia o en Macedonia, no se ve muy a menudo una naturaleza tan singular que *cambia* incluso a los más escépticos, incluso a los más cansados.

"Aquí, a pesar del salvajismo de estos lugares, de la aspereza de los lugares, hay con qué seducir a los fervorosos del pasado: las ruinas del Castell de Sant Vicens, sobre el Puig de Anclar, de Sant Miquel de Angulastre, de Santa Filomena, las torres de Rossell de la meca a la ceca, las capillas de Sant Pere, de Nuestra Señora de Meritxell, cuya peregrinación del 8 de septiembre, día de la Natividad de la Virgen, atrae a todos los fieles de seis parroquias, las venerables iglesias de Canillo o de Encamp con campanario románico de tres pisos, de La Massana, con un bello retablo, de Santa Coloma con su torre de aspecto morisco con varios pisos.

"Pero lo más curioso que hay para ver en esta antigua República [sic] pirenaica es su capital, Andorra la Vella. Emplazada al pie del pic de Anclar, sobre una terraza rocosa que se extraploma sobre la orilla derecha de la Valira, una pequeña capital que no es, a decir verdad, sino un burgo bastante melancólico con sus tejados de pizarra, las casas de esquisto y de granito [...].

"Cuando el andorrano no cultiva su tabaco o practica el contrabando, entonces va a cazar rebecos, como hacen, por otra parte, todos nuestros montañeses, desde el pic du Midi hasta el Canigó. Después del largo invierno, estos animales dulces y graciosos como las gacelas se emparejan. Se trata de un amor único, asegura Joseph de Pesquidoux: *Nada separa a una pareja de rebecos, salvo la muerte*. Por desgracia, si en estas soledades de altura la estación estival despierta el amor, también trae al hombre, y con él la destrucción. Sobre unas cimas que se dirían inaccesibles, los batidores y sus perros se empeñan en perseguir a sus manadas. Este rebeco [*isard*] dispone de

la agudeza de sus sentidos y de su increíble agilidad: franquea gargantas, torrentes y precipicios. Salta de cresta en cresta, ligero y rápido como el viento. Pero el hombre idea trucos con los que engañar sus instintos. Cuando una manada es cercada, se la lleva de paso en paso, y creyendo que escapa hacia la seguridad, si bien es conducida hacia el lugar preciso donde les aguardan los cazadores. Se deja pasar a los viejos machos, los jefes de esta raza, pero una vez que desfilan las jóvenes parejas, la fusilería estalla. Cuando ven caer a su madre, las crías permanecen a su lado, temblorosas e incapaces de huir, y es entonces cuando se produce el milagro del amor maternal. Otras hembras salen de la manada, vuelven atrás y van a buscar a los huérfanos, para quienes desean ocupar el lugar de sus madres. Es un sacrificio inútil: estas cabras [*chèvres*] resultan abatidas. ¡No importa! Otras madres se separarán de la manada para socorrer a los pequeños, por lo que la ferocidad de los hombres sacará provecho de este amor más fuerte que la muerte. Las jóvenes crías, en su desgracia, constituyen el más terrible de los cebos. Este amor sublime costará la vida a todas las hembras de la manada. Sé de hombres rudos y osados que no han podido dejar de verter lágrimas a la vista de su victoria. Uno de nuestros mejores batidores me dijo un día.

“—No cazaré más rebecos. Me da demasiada pena”.

Como se ve, Escholier propugnaba desde su texto por el turismo cultural por Andorra. Aunque salpicara su narración de 1933 con esos tópicos poco propicios que seguían permaneciendo a través de los tiempos.

6.16. Aventuras postreras del GDJ

Dado que el *País del Pirineo* quedaba tan cercano y tan bien comunicado con Toulouse, sus urbanitas se prodigaron mucho por estas montañas. A modo ilustrativo, sirva la siguiente ascensión al pic d'Ensagents o de Els Pessons (2.852 metros) completada por su arista Norte del 21 de octubre de 1934. Para esta nueva ronda desde el Ariège, una cuadrilla del *Groupe des Jeunes* compuesta por Arlaud, Bousquet y Fazeuilles se situó en el estany Forcat. Su objetivo no era otro que recorrer la fronteriza serra de Tristaina, tal y como explican los *Carnets* (1966) del primer citado:

“Atravesamos la presa y después pasamos por la segunda Forca, para trepar por los contrafuertes septentrionales de los picos de Tristaina. Rauzy *hijo* [vástago del célebre guía de Jean d'Ussel] apareció, acompañándonos en nuestra ascensión con su agilidad extraordinaria... Finalmente, ya sobre la cresta, trepando a la pirámide que precede al propio pico, se escapó por delante. Tras pasar, como él, a la cresta de las grandes lajas, y después por debajo de la cresta, lo encontramos en la cima del pic de Tristaina (2.882 metros).

“Soplaba un viento de suma violencia. Se veían brumas sobre la llanura. Dentro de la torreta de piedra, apareció la tarjeta de Saint-Saud y de sus hijas. Siguiendo los consejos de Soubiron, ganamos la extremidad este de la cresta secundaria, aunque no logramos que nos impresionase. Partimos por la cresta suroeste, para después bajar directamente sobre grandes neveros, muy adecuados para los resbalones”.

Algo más adelante, Arlaud quiso valorar este recorrido de aristas complicadas, comentando que “en Tristaina nada se sostiene”. Por cuenta de la fragilidad de las rocas, claro. Dicha actividad suponía su despedida del Principado. Dicho médico, fallecido en los Gourgs-Blancs pocos años más tarde, jamás regresó a este prometedor escenario donde tanto quedaba por hacer.

Contamos con una segunda muestra de las actividades de los escaladores galos ceñida a la “Roca de Pourtaneilles (2.500 metros)-pic Negre d’Envalira (2.810 metros)”. La facilitaba su amigo y compañero del *GDJ*, Maurice-José Jeannel, desde su propio *Carnet de Courses I* (2012). De este modo discurriría su trepada del 21 de octubre de 1934:

“Después de la noche pasada en el refugio del Pas de la Casa, Henri Thillet y yo salimos hacia el pic Negre. No pudimos evitar hacer de paso la Roca de Pourteilles por el noreste. Una escalada divertida si se eligen bien los pasos. Después descendimos a toda cresta hacia el pic Negre y, en unos minutos, nos divertimos sobre bonitos bloques graníticos. Después subimos hacia el pic Negre y alcanzamos la loma de césped que sube hacia las dos puntas que hacemos sucesivamente. Bajamos entonces de la cumbre más elevada hacia el col d’Envalira por la cara Norte. Lajas y luego chimeneas delicadas, más lajas todavía y después un corredor de guijarros, y luego una subida hacia las lomas herbosas que conducen al collado, desde donde descendemos al Pas de la Casa. Muy buen tiempo. Volveré a estos parajes en invierno, aunque solo en invierno”.

La actualidad política iba a atajar con todas estas actividades en alza. Uno de sus protagonistas, el propio Maurice-José Jeannel lo describía desde sus *Heures pyrénéennes* (1972) cuando evocaba en 1942 su trabajo como cartero militar con Andorra entre 1937 y 1939:

“Los Valles de Andorra constituyen un coprincipado de seis mil almas regidas por el Presidente de la República Francesa y por el Obispo español de la Seu d’Urgell. Solo la carretera del col de Framiquel permite ir directamente de Francia a Andorra. Pasando a casi 2.500 metros de altitud, solo puede utilizarse en verano, pues la nieve la cierra de noviembre a junio. Durante esos meses el corre de Andorra daba un largo rodeo en España por Puigcerdà y la Seu d’Urgell. La guerra de España [en 1936] vino a terminar con la paz en los Valles [de Andorra]. Para mantenerla fue preciso llamar a la Guardia Móvil Francesa. Tampoco era cuestión de utilizar las carreteras poco seguras de España para el transporte del correo, que incluía junto al de los Valles, las órdenes y sueldos destinados a la Guardia”.

Pero la militarización de la frontera había llegado mucho tiempo antes de lo que apunta Jeannel. No en vano, la inestabilidad política de España desde 1931 lastró mucho las relaciones a través de las montañas.

6.17. La frontera candente

Durante la década de los años treinta del siglo XX, a pesar de esas actividades que hemos comprobado cómo salían adelante, se fue ralentizando el ritmo montañero por cuenta de los acontecimientos de la política en España. De hecho, se empeoraron los cruces de frontera a partir de la misma declaración de la República en 1931.

Como muestra de las importantes tensiones entre los soldados españoles y los franceses, así como por la entrada de refugiados, las incursiones de pistoleros hispanos y largo etcétera, se puede consultar una interesante tesis doctoral. Se trata de la *Evolución política de Andorra (1931-1939)*, trabajo de Jean Louis Hague Romà dirigido en 1998 por su profesor, el doctor Antonio Nadal Sánchez, de la universidad de Málaga.

Los conflictos en torno al *País del Pirineo*, arrastrados por la situación política española, se recrudecieron a partir de 1934 y alcanzaron una mayor tensión en 1936. Es factible intuir cómo se tradujeron hasta el inicio del conflicto fratricida en el capítulo VII sobre "La frontera andorrana y la Guerra Civil española; el contrabando". De esta manera aportaba pistas sobre sus consecuencias en terrenos montaraces Hague Romà:

"La frontera con sus altos picos aparecía –y sigue estándolo en nuestros días– determinada por: primero, una bella carretera que procedía de Andorra por el collado de Envalira (2.400 metros) que se unía a la carretera nacional francesa nº 20 a cinco kilómetros de L'Ospitalet en el territorio del departamento de los Pirineos Orientales. Segundo, por una vía férrea que partía de Bourg-Madame donde la llegada era en La Tour de Carol [Latour-de-Carol] y que desembocaba en el departamento del Ariège por L'Ospitalet a la salida del túnel de Puymorens. Existía un empalme desde Perpignan, pasando por Prades, Olette, Mont-Louis, La Cabanasse, Saillagouse, Ur y Enneigt, que empalmaba con La Tour de Carol en la ruta hacia L'Ospitalet, Ax-les-Thermes y Foix. Tercero, hay que subrayar que una nueva carretera, que pasaba por el collado de Salau, era primordial en el programa de trabajos nacionales y que llevaría por los altos valles del Salat y sus afluentes una gran cantidad de contrabandistas.

"A pesar de la falta de carreteras, y a pesar de la nieve, o a lo mejor a causa de ella que transformaba las altas montañas muy ventajosas a aquellos que las conocían bien, la frontera era muy permeable –en ocasiones– a la entrada de elementos que perseguían fines al margen de la Ley [...].

"Quedaría más arriba la brigada de Mérens para poder confirmar la vigilancia, aunque con la provisión de un vehículo para hacer más fácil el traslado entre el Pas de la Casa y el collado de Port.

"Pero la situación de dicha brigada especialista se complicaba por momentos por lo que deducimos de un informe del jefe de escuadrón Bonnin, comandante de la compañía de gendarmería del Ariège, en el que se recoge que no había sido prevista la creación de una brigada especialista en vigilancia de la frontera y en relación al departamento del Ariège, el que la frontera fuera española o andorrana tenía un carácter particular ya que estaba situada justo en la división de las aguas en las montañas pirenaicas, con unos collados que no tenían una altura superior a los 2.000 metros y que consecuentemente daba paso a los mulos y peatones sin que pudieran pasar vehículos. El paso a través de los valles se hacía por unos senderos escarpados y todos seguían una dirección norte-sur, además de ser independientes unos de otros. Como se ve, según el informe, lo que querían era clarificar que la frontera no era tan permeable en particular sobre todo en los meses de invierno donde la nieve la

hacía inaccesible. Según ellos la única vía era el valle del Ariège, seguido por la carretera nacional 20 y la vía férrea de Toulouse a Puigcerdà.

"Además, si la nueva carretera de Andorra, vía abierta en 1934, desembocaba en los Pirineos Orientales, era el departamento del Ariège el que iba a recibir la circulación que provenía del país. Por lo tanto, todo vehículo que venía de Andorra y llegaba a Francia en el valle del Ariège por el Pas de la Casa tenía tendencia a bajar hacia L'Ospitalet en vez de ir hacia el collado de Puymorens, cuando tuviera intención de dirigirse hacia Perpignan. Por todo lo reseñado la vigilancia de esa frontera parecía fácil.

"Tampoco se podía olvidar la autorización para poder llegar hasta el límite del departamento o alcanzar hasta el Pas de la Casa, al oeste del collado de Puymorens donde se encontraba un puesto de aduana ocupado por la brigada de L'Ospitalet. Por lo tanto y como se ve claramente, el valle del Ariège comprendido entre el collado de Puymorens y el collado de Envalira, no podía ser vigilado por la brigada de La Tour de Carol [...].

"El Ministro francés del Interior, consciente del problema de la importancia de las brigadas y de la vigilancia del territorio y de las fronteras, creó una comisión interministerial que comenzó a estudiar el refuerzo de las unidades solicitadas. No obstante, dicho comité limitó las dotaciones a los pasos de frontera o de montaña especialmente conflictivos, entre los que no se encontraban a su juicio en ese momento los de Andorra con el Ariège o el Rosellón, lo que no impedía que –desde el Ministerio– se instase al Prefecto del Ariège a que coordinase, con mayor presteza, los elementos humanos disponibles en la vigilancia de policía, aduanas, gendarmería y control de bosques y montes [...].

"Aquí indicamos el principio de la Guerra Civil española y la situación agónica por la que estaba pasando Andorra, pues la frontera llevaba cerrada desde hacía un mes por parte de España, y faltaban productos de primera necesidad. Pero, junto a este problema real, otro de no menos envergadura asolaba a algunos andorranos, como era la cuestión monetaria, derivada de la presencia de un menor número de turistas y el bloqueo de las cuentas corrientes de los andorranos en las entidades bancarias de Barcelona, Lérida y la Seu d'Urgell. Muchos pequeños comerciantes, hoteleros y etcétera, atravesaron por momentos de grandes dificultades [...]."

En efecto: llegaban malos tiempos para la práctica del pirineísmo en este Principado. A pesar de los atractivos de la *Andorra de los Turistas*, la *de los Montañeros* o la *de los Escaladores*, todas sus actividades tendrían que esperar hasta después de ese período de incertidumbre y de guerras que acababa de iniciarse.

Quedaba atrás un pasado de ciento cuarenta y ocho añadas intensas. La Andorra Pirineísta había cubierto felizmente su periodo inaugural. No hay duda de que los pioneros de 1788 a 1936 supieron trasladar con eficiencia su fascinación por estas montañas singulares.

Alberto Martínez Embid

VII. FUENTES PRINCIPALES

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El misterioso País del Pirineo", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 3 de diciembre de 2011.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Andanzas por un lugar de muerte y desolación...", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 1 de enero de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Entre pastores, contrabandistas..., y sopranos", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 13 de enero de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Las cosas del Gibraltar pirenaico", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 21 de enero de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El descubrimiento del saco de dormir", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 20 de febrero de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Y entonces llegó el Hombre del Saco", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 2 de marzo de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Con los Livingstons del Valira", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 12 de abril de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Cuando medio Comapedrosa era hispano", en: Desnivel.com. Blogs Desnivel, 16 de mayo de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los mapas (y el nudismo) llegan a Andorra", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 25 de mayo de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El Conde y el porrón", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 29 de junio de 2012.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los militares van saliendo del armario", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 17 de enero de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Trazando una frontera de mojón en mojón", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 25 de enero de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La perspectiva del dominguero galo", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 19 de febrero de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "¿Y si cambiamos Andorra por Aran...?", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 22 de febrero de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El clan de Marcailhou d'Aymeric", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 21 de marzo de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "En recolecta de cumbres y floripondios", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 2 de abril de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Turismo de piedra vieja entre las Valiras", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 14 de mayo de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Cuando el vértigo asomó la oreja", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 14 de junio de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Jean d'Ussel y los abismos de un Principado", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 21 de junio de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El Vizconde que se peleaba con los gendarmes", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 28 de junio de 2013.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La mirada del pirineísmo catalán", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 16 de enero de 2014.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El pigmeo entre dos colosos", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 23 de enero de 2014.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Un Rousseau tardío en la Andorra de 1904", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 10 de febrero de 2014.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Un Tíbet engarzado en el Pirineo catalán", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 26 de marzo de 2014.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Turismo lechuguino desde Francia", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 13 de abril de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El espía del rey", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 10 de marzo de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Un cura con maleta y paraguas", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 7 de mayo de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La exploración del Gavarnie andorrano", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 27 de mayo de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "La Andorra del Viejo Sarrio", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 13 de junio de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Un gurú para las cimas andorranas", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 19 de junio de 2015.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El coleccionista de gendarmes", en: Desnivel.com, Blogs Desnivel, 26 de junio de 2015.

VIII. BIBLIOGRAFÍA NO EXHAUSTIVA

ANÓNIMO (Una Sociedad de Literatos), *Diccionario Geográfico Universal*, José Torner, Barcelona, 1830.

ANÓNIMO (Un Amante de su Patria), *Historia política, social y administrativa de la República Federal de Andorra. Su origen, fundación, privilegios, leyes, administración, población, productos de su suelo, etcétera. Conforme a los documentos más fehacientes y autoridad de los autores más acreditados*, Esteban Pujal, Barcelona, 1874.

ANÓNIMO, *Bulletin des lois de l'Empire Français* (Tomo IV), Imprimerie Impériale, París, 1806.

ANÓNIMO, *De l'Andorre*, Imprimerie Vieusseux, Toulouse, 1823.

ANÓNIMO, *Guide pittoresque du voyageur de France. Route de París à Bayonne. Département des Basses-Pyrénées*, Imprimerie Didot Frères, s. f. (c. 1836).

ANÓNIMO, *Guide pittoresque du voyageur en France* (6 volúmenes), Didot, París, 1835-1838.

ANÓNIMO, *Historia de la República de Andorra*, Juan Bautista Vidal, Reus, s. f. (c. 1840).

ANÓNIMO, *Notice sur les Bains d'Ussat. Ariège*, 1869.

ANÓNIMO, *Pariatges 1278-1288*, Gobierno de Andorra, Andorra la Vella, 1990 (textos de 1278-1288).

ARBANÈRE, Étienne, *Tableau des Pyrénées françaises*, Treuttel et Würtz, París, 1828.

ATELA, David, *50 montañas del Pirineo. Grandes cimas por debajo de los 3.000 m*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2009 (1ª edición de 2007).

AVILÈS ARNAU, Joan, *El Pallás, Arán y Andorra*, Garsineu, Tremp, 1993 (1ª edición de 1893).

BELLOC, Hilaire, *The Pyrenees, with forty-six sketches*, Methuen and Company, Londres, 1909.

BENET, Serge, *Autour de l'Andorre en skis*, Benet, Pas de la Casa, 1997.

BENET, Serge, *Un tomb per Andorra amb esquís*, Esports La Muntanya i Trekking Esports, Pas de la Casa, 1994.

BENTHAM, George, *Plantes indigènes des Pyrénées et du Bas Languedoc avec des notes et observations sur les espèces nouvelles ou peu connues, précédé d'une Notice sur un voyage botanique fait dans les Pyrénées pendant l'été de 1825, 1826*.

BERALDI, Henri, *Cent ans aux Pyrénées*, Tomo IV, París, 1901.

BERALDI, Henri, *Cent ans aux Pyrénées*, Tomo VII, París, 1904.

BERGÈS, C., *Lectures morales, suivies de la description du département de l'Ariège par arrondissements, cantons et comunes*, Pomiès, Foix, 1839.

BERTAND, P., *Mosaïques du Midi. L'Andorre*, J. B. Paya, Toulouse, 1840.

BERTHET, Bertrand (alias Élie), *Le val d'Andorre*, París, 1848.

BOSCH, Rosa María, GARCÍA, Rosa, MAS, Rosa, y ROMERO, Jorge, *Esquiar en los Pirineos. España, Francia y Andorra*, Geoplaneta, Madrid, 1998.

BRUTAILS, J.-A., *La Coutume d'Andorre*, Ernest Leroux, París, 1904.

CAMPOS VIDAL, Francisco, y GARCÍA MARÍN, Pedro, *España Blanca. Guía práctica de todas las estaciones de esquí de España y Andorra*, Gaesa, Madrid, 1995.

CAPDEVILA I SUBIRANA, Joan, *Historia del deslinde de la frontera hispano-francesa. Del Tratado de los Pirineos (1659) a los Tratados de Bayona (1856-1868)*, Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid, 2009.

CHATTERTON, lady Henrietta Georgiana Marcia, *The pyrenees, with excursions into Spain*, Saunders and Otley, Londres, 1843.

CHEVALIER, Marcel, *Carte topographique et guide touristique de l'Andorre, accompagné d'un agrégé historique et politique*, E. Girard, París, 1933.

CHEVALIER, Michel, *Essai de politique industrielle. Souvenirs de voyage. France, République d'Andorre, Belgique, Allemagne*, Gosselin, París, 1843.

CHEVALIER, Michel, *La République d'Andorre, ou une république séculaire heureuse et stable*, 1848.

COLL, Pep, *Los valles por donde se pone el sol*, Fabulario Diagonal, Barcelona, 2002.

COLONNA D'ISTRIA, V., *La Mosaïque du Midi. L'Orpheline de l'Andorre*, J. B. Paya, Toulouse, 1839.

CORNIDE SAAVEDRA, José, *Descripción física, civil y militar de los montes Pirineos*, 2008 (1ª edición de 1794).

CRANE, Nicholas, *Un sendero entre las nubes. A pie de Finisterre a Estambul*, Ediciones B, Barcelona, 1999.

D'USSEL, Jean, *Excursions et sensations pyrénéennes*, 1901.

DALMAU DE BAQUER, Luis, *Historia de la República de Andorra*, Pablo Riera, Barcelona, 1849.

DAUBIN, Daniel, y DEDIEU, Michel, *Cent randonnées à skis en Ariège, Andorre, Pyrénées-Orientales, Randonnées Pyrénéennes*, Tarbes, 1992.

DAUNER, Enrique, FEIJÓO, Jorge Carlos, y VALLS, Alvar, *Principat d'Andorra. El País dels Pirineus*, Foto Ruta Internacional, Valencia, 2001.

DE CHARPENTIER, Jean, *Essai de la constitution géognostique des Pyrénées*, 1823.

DE CHAUSENQUE, Vincent, *Les Pyrénées, ou Voyages pédestres dans toutes les régions de des montagnes depuis l'Océan jusqu'à la Méditerranée*, 1834.

DE MEDINA, Pedro, *Libro de grandezas y de cosas memorables de España*, 1548.

DE SAINT-SAUD, Aymar d'Arlot, *Cinquante ans d'excursions et d'études dans les Pyrénées espagnoles et françaises*, Burdeos, 1924.

DE ZAMORA, Francisco, *Diario de los viajes hechos en Cataluña*, 1973 (textos de 1785-1788).

DEVERELL, Frederick H., *All round Spain by road and rail, with a short visit to Andorra*, 1884.

DIETRICH, barón Philippe-Frédéric de, *Description des gîtes de minerai, des forges et de salines des Pyrénées* (2 volúmenes), Didot et Cuchet, París, y Treuttel, Estrasburgo, 1776.

DRALET, Étienne-François, *Description des Pyrénées*, 1813.

DUJARDIN, Victor, *Voyages aux Pyrénées. Souvenirs du Midi par un home du Nord. Le Roussillon*, L. Lamiot, Céret, 1890.

EYRE, Mary, *Over the Pyrenees into Spain*, Richard Bentley, Londres, 1865.

FAURA BUSTO, Enric, y LONGÁS MAYAYO, Jordi, *Pirineos con esquís. 150 itinerarios para esquí de montaña*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2004 (1ª edición de 1999).

FAUS COSTA, Agustín, *Andar por Andorra*, Libros Penthalon, Madrid, 1992.

FITER I ROSSELL, Antoni, *Manual Digest de las valls neutras de Andorra, en lo qual se tracta de sa antiguitat, govern y religió, de ses privilegis, usos, preheminiencias y prerrogativas*, 1748.

FITER I ROSSELL, Antoni, *Manual Digest de las valls neutras de Andorra*, Govern d'Andorra, Andorra la Vella, 1987 (1ª edición de 1748).

FORD, Richard, *A hand-book for travellers in Spain and readers at home*, Londres, 1845.

FORÉS, Beatriz, SÀNCHEZ, Daniel, y SÀNCHEZ, Xavier, *Nuevas ferratas y caminos equipados. Catalunya, Aragón, Andalucía, Comunidad Valenciana, Andorra*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2007.

GAROLERA, Narcís, y WITTLIN, Curt, *Del Canigò al Aneto. Las excursiones de 1882 y 1883. Jacint Verdaguer*, Editorial Milenium, Lérida, 2003 (1ª edición de 2002).

GEL RODRÍGUEZ, Carles, *Estanyes del Pirineu català i Andorra. 52 itineraris*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2008.

GEL RODRÍGUEZ, Carles, *Pirineos catalanes. Los grandes macizos y regiones de este a oeste. 63 ascensiones*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2006.

- GEL RODRÍGUEZ, Carles, *Raquetas por el Pirineo oriental. Las más bellas travesías y ascensiones. 44 itinerarios*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2007.
- GOURDON, Maurice, *Soixante ans aux Pyrénées*, s. f. (c. 1929).
- GRATIOT, Maurice, *Deux parisiens dans le val d'Andorre*, 1890.
- GUASCH I TERRÉ, Oriol, *Esquí de montaña en el Pirineo catalán. 35 itinerarios del Canigó al Mulleres*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2002.
- GUILERA, Josep Maria, *Una historia d'Andorra*, 1960.
- HUGO, Abel, *La France pittoresque* (3 volúmenes), Delloye, París, 1835.
- JAYBERT, Léon, *La Republique d'Andorra. Ses moeurs, ses lois et ses coutumes*, 1865.
- JEANNEL, Maurice-José, *Carnet de Courses I*, Cairn, Pau, 2012.
- JEANNEL, Maurice-José, *Heures pyrénéennes*, MTC, Pau, 1972.
- JOANNE, Adolphe, *Pyrénées*, 1873.
- JOANNE, Adolphe, *Pyrénées*, 1879.
- JUNOY, padre Tomás (alias R. F. T. J.), *Relatio sobre la vall de Andorra*, Casa de la Vall e Imprimerie Montaubin, Toulouse, 1838.
- LACROIX DE MARLÈS, Jean, *Gustave, ou Le jeune voyageur en Espagne*, 1857.
- LANNAU-ROLLAND, *Nouveau guide général du voyageur en Espagne et Portugal*, 1864.
- LAPORTE, Albert, *Aux Pyrenées le sac au dos*, Librairie des Pyrénées et de Gascogne, Pau, 2003 (texto de 1876).
- LARA I GARCIA, Sergi, *Alta Ruta Pirenaica. Del Atlántico al Mediterráneo en 40 etapas*. HRP, Desnivel Ediciones, Madrid, 2006.
- LAUBIE, abate, *Les aventures d'un grippe-sou dans la vallée d'Andorre*, 1858.
- LLAUDER, Carlos, *Actual estado de los límites divisorios de España y Francia en la frontera de Cataluña*, 1851.
- LONGÁS MAYAYO, Jordi, *Pirineos. 100 ascensiones a las montañas más bellas de la cordillera*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2003.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar, Tomo XII*, Imprenta de Jesús y María, Madrid, 1849.
- MALTE-BRUN, Victor-Adolphe, *Les jeunes voyageurs en France, ou Description pittoresque du sol et des curiosités de ce pays* (2 volúmenes), Lehury, París, s. f. (c. 1843).
- MARCAILHOU D'AYMERIC, abate Alexandre, *Aux cimes des Pyrénées enchanteresses*, Éditions de la Vie Élégante et Touristique, Toulouse, 1928.
- MARCAILHOU D'AYMERIC, abate Alexandre, *Quelques unes de mes ascensions en Ariège et en Andorre. Les Pyrénées et l'Ariège*, Veuve Pomiès, Foix, 1906.
- MARCAILHOU D'AYMERIC, abate Alexandre, y MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *Catalogue raisonné des plantes phanérogames et cryptogames indigènes du bassin de la Haute-Ariège (canton d'Ax-les-Thermes, etc.)*, Tomo I, Dejussieu, Autum, 1998-1902.
- MARCAILHOU D'AYMERIC, abate Alexandre, y MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *Catalogue raisonné des plantes phanérogames et cryptogames*

indigènes du bassin de la Haute-Ariège (canton d'Ax-les-Thermes, etc.), Tomo II, Le Mans, 1903-1905.

MARCAILHOU D'AYMERIC, abate Alexandre, y MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *Catalogue raisonné des plantes phanérogames et cryptogames indigènes du bassin de la Haute-Ariège (canton d'Ax-les-Thermes, etc.)* Tomo III, Académie de Géographie Botanique et Imprimerie Monnoyer, 1910-1912.

MARCAILHOU D'AYMERIC, doctor Alphonse, *Récits de haute montagne. Les Pyrénées et l'Ariège*, Toulouse, 1907.

MARCAILHOU D'AYMERIC, doctor Alphonse, *Six jours d'ascension aux frontières de l'Andorre*, s. f. (hacia 1900).

MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *Ax-les-Thermes (Ariège) et ses environs*, Pomiès, Foix, 1906.

MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *Ax-les-Thermes (Ariège). Guide du touriste et de l'alpiniste dans les vallées de la Haute-Ariège et les régions limitrophes*, s. f. (c. 1900).

MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *Explorations pyrénéennes. Excursion botanique en Andorre. Contribution à la flore de l'Andorra*, Topographie, Veuve Pomiès, Foix, 1907.

MARCAILHOU D'AYMERIC, Hippolyte, *La notice historique sur les villages composant le canton d'Ax (Ariège)*, separata del Annuaire de l'Ariège, 1910.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, José, *Las 100 cumbres más prominentes de la Península Ibérica*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2010.

MERCADIER DE BELESTA, Jean-Baptiste, *Ébauche d'une description abrégée du département de l'Ariège*, 1801.

MONY, Adolphe, *Notes de voyage. Du Vernet à Ax-les-Bains par la montagne*, 1897.

MURRAY, James Erskine, *A summer in the Pyrenees*, 1837.

OLHAGARAY, Pierre, *Histoire de Foix, Béarn et Navarre*, París, 1982 (1ª edición de 1609).

OLHAGARAY, Pierre, *Histoire de Foix, Béarn et Navarre, diligemment recueillie, tant des précédents historiens, que des archives desdites maisons. En laquelle est exactement monstrée l'origine, accroissemens, alliances, généalogies, droicts et successions d'icelles, iusques à Henry IIII, Roy de France et de Navarre, seigneur souverain de Béarn et comte de Foix, à present régnant*, David Douceur, París, 1609.

PACKE, Charles, *A guide to the Pyrenees*, 1862.

PÉJOUAN, Henri, *Avalanches et ski de randonnée, département des Pyrénées-Orientales et limites de l'Ariège et de l'Andorre*, Péjouan, Toulouges, 1980.

PERRET, Paul, *La vallée d'Andorre*, París, s. f. (c. 1883).

PISTE, Guy, *Ski sauvage à Andorra*, Jacques Jaime, Béziers, 1997 (1ª edición de 1982).

PUIG, padre Antoni, *Politar andorrà*, Conselleria d'Educació i Cultura, Andorra la Vella, 1983 (1ª edición de 1763).

ROCH DE ROUSSILLOU, Pierre, *De l'Andorre*, Imprimerie Vieusseux, Toulouse, 1823.

RUSSELL, Henry, *Les grandes ascensions des Pyrénées*, Pyrémonte, Pau, 2007 (1ª edición de 1866).

RUSSELL, Henry, *Recuerdos de un montañero*, Barrabés Editorial, Zaragoza, 2002 (1ª edición de 1908).

RUSSELL, Henry, *Pau, Biarritz, Pyrenees*, 1890.

SÁNCHEZ DE LA CAMPA, Juan, *El valle de Andorra. Examen crítico del origen, naturaleza y circunstancias de los privilegios que disfrutaban los andorranos, y de los perjuicios que irrogan al Tesoro, a la Agricultura, al Comercio y a la Industria nacional*, 1851.

SÁNCHEZ, Pako (alias Crestas), *Corredores de Andorra*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2008.

SÁNCHEZ, Pako (alias Crestas), *Crestas pirenaicas. Pirineo oriental. Canigò, Núria, Carançà, Carlit, Andorra, Ariège, Couserans, Alt Pallars, Vall d'Aran*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2005.

SANS, Joseph, *Histoire de la vallée d'Andorre et de ses rapports avec le ci-devant comté de Foix, aujourd'hui formant le département de l'Ariège*, A. N. Dours, Toulouse, 1842.

SIMÓ, Cristina, y VALLHONRAT, Sara, *Aeroguía del esquí. España y Andorra*, Geoplaneta, Madrid, 1998.

SOUTRAS, Frédéric, *Guide aux établissements thermaux des Hautes et Basses-Pyrénées et de la Haute-Garonne*, 1858.

SPONT, Henry, *Les Pyrénées. Les stations pyrénéennes. La vie en haute montagne*, Perrin et Cie, París, 1914.

SUTTER-LAUMANN, *Au Val d'Andorre. Les Ecrehou*, Murlon et Cie, París, 1888.

THIERS, Adolphe, *Les Pyrénées et le Midi de la France pendant les mois de novembre et décembre 1822*, Ponthieu, París, 1823.

TONNELLÉ, Alfred, *Lettres à sa mère écrites pendant son voyage aux Pyrénées en 1858. Journal de voyage*, Les Amis du Livre Pyrénéen, Pau, 1977 (texto de 1858).

URTASUN URIZ, Alberto, *El Pirineo oriental a través del IV grado. 39 escaladas entre AD- y MD. Macizo de Ariège, la Dent d'Orlu, Cinglera dels Esplovins, Andorra, Serra d'Odèn, Roca Gran d'en Ferrús, Macizo de Pedraforca, Serra del Cadí, Ripollès, macizo de Canigó*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2002.

VALLS, Antoni, *Memoria sobre la soberanía de la nación española sobre el valle de Andorra, parte integrante de la provincia de Cataluña*, Imprenta Dorca, Barcelona, 1820.

VARIOS AUTORES, *Andorra GPS. La vuelta a todo un país*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2012.

VELASCO, Adolfo, *Estaciones de esquí. Guía mundial*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2001.

VIDAL, Victor, *L'Andorre*, Librairie Centrale, París, 1866.

WITTLING, Curt, *De la Maladeta al Canigó*, Pagès Editors, Lleida, 2004.

WELD, Charles Richard, *Les Pyrénées d'Ouest en Est*, Loubatières, Portet-sur-Garonne, 2003 (1ª edición de 1859).